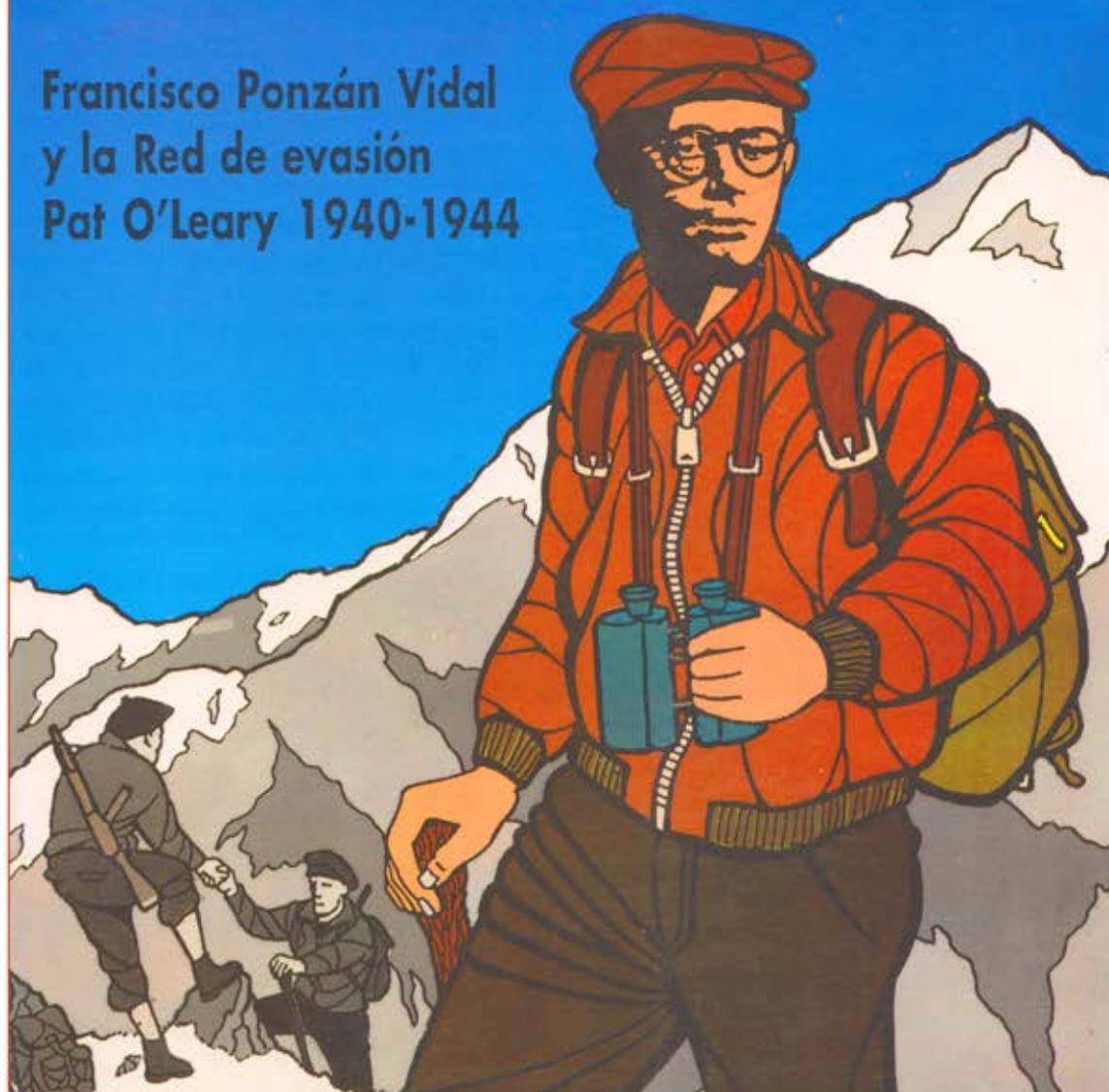


Pilar Ponzán

LUCHA Y MUERTE

POR LA LIBERTAD 1936
1945

Francisco Ponzán Vidal
y la Red de evasión
Pat O'Leary 1940-1944



Diseño portada: Zadquiel

Pilar Ponzán Vidal

LUCHA Y MUERTE POR LA LIBERTAD

Tot Editorial, S.A.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

A todos los caídos por la libertad.

*A nuestra madre y hermanas que tanto sufrieron. A los sobrinos, para que
conozcan mejor a su tío Paco y no lo olviden.*

Pilar Ponzán Vidal En Exilio, julio de 1975

Índice

PALABRAS PRELIMINARES AL LECTOR

Primera parte: EN ESPAÑA

18 DE JULIO DE 1936

INFANCIA, ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DE PACO

PRIMEROS CARGOS EN LA GUERRA

MI TRASLADO A JACA. CÁRCEL Y TRÁGICA SALIDA DE LA MISMA

DE CASPE AL GRUPO "LIBERTADOR" Y SIEP

EL ESTADO MAYOR DESDEÑA LOS INFORMES. RUPTURA DEL FRENTE

LA EMBOSCADA EN VIELLA Y RETIRADA A FRANCIA

DE BARCELONA A LA SEO DE URGEL

EL ÉXODO

Segunda parte: EN EXILIO

MI REFUGIO Y CAMPO DE VERNET D'ARIÉGE

VARILHES. CONTACTOS CON RESISTENTES INGLESES Y VUELTA A ESPAÑA

LA RESISTENCIA. ÚLTIMO TRIMESTRE DE 1940: PRIMER PASAJE...

1941: EL CAPITÁN IAN GARROW. LA RED DE EVASIÓN "PAT O'LEARY"

OTRO ESPAÑOL ACUSA... LA CAÍDA

CÁRCELES FRANCESAS Y ALEMANAS

MI EVASIÓN DEL CAMPO DE GURS

17 DE AGOSTO DE 1944: LOS VENCIDOS SE VENGAN... ¡INMOLACIÓN!

SÓLO UN TRAIADOR ESCAPA AL CASTIGO QUE MERECE

EPÍLOGO

APÉNDICE: TESTIMONIO DE FLOREAL BARBERA

ACERCA DE LA AUTORA

Notas



Francisco Ponzán Vidal

PALABRAS PRELIMINARES AL LECTOR

Hace 30 años, amable lector, que debí haber hilvanado las páginas que te dispones a leer, pero no lo hice por dos razones: primero, porque cuanto hizo mi hermano no fue con el afán de que hablase de él, sino impulsado por un vehemente deseo de fraternidad entre los hombres, de mutua ayuda, de superación y emancipación de la clase trabajadora a la que también pertenecía. Y segundo, porque en los meses y meses que siguieron a su desaparición yo continuaba acariciando la idea de que no había muerto y que volvería a encontrarle.

Esta confianza sólo fue fruto de mi imaginación, pues los muertos no vuelven y de él ya no quedaban ni sus despojos. Han tenido que ser los años, al acumularse unos tras otros, los que me han hecho aceptar la terrible verdad.

En 1949, cuando Federica Montseny preparaba su libro "Pasión y muerte de los españoles en Francia" me pidió unas cuartillas en las que relatase lo que había sido la obra de Paco en la Resistencia. Escribí unas cuantas y se las entregué. Al publicarlas, ella posibilitó que otros escritores, Antonio Vilanova, Alberto Fernández, Eduardo Pons Prades, etc., se interesasen por él y le dedicaran algunas páginas, que agradezco profundamente a todos, aunque las de ellos y las mías son incompletas porque no reflejan más que una de las facetas de su breve existencia.

En las que escribí, conocidas por todos ya que el citado libro despertó gran interés, se trasluce mi amargura de aquel entonces. Confieso que me identificaba en todo y por todo con lo que nuestro amigo Salvador Aguado escribía en un artículo titulado: "Pasado y presente de un Hombre", publicado en Guatemala allá por los años 1946 o 1947:

"De amargura e impotencia está hecha la necesidad del hombre. Y en la confluencia de estos dos valores, surge un nuevo río, río triste, sin reflejos,

muerto: el desagrado. Y a este amigo, no sólo lo mataron las balas y las llamas más tarde de la Gestapo, sino el desagrado, robusto, ventrudo, de aquellos que se olvidaron de él."

Y más adelante:

"La envidia fue también otra bala. Y ella se opone en la actualidad con toda su energía, a que el ayer viva en la memoria de los hombres."

Hoy en el ocaso de mi vida y antes de que sea demasiado tarde, me decido a publicar este libro que acabo de escribir sin pretensión alguna, a fin de dar satisfacción a los muchos amigos que me han estimulado a hacerlo y dar a conocer una breve biografía de mi buen hermano. La completo con los episodios más sobresalientes de la mía (relacionados con él) que comprenden los trágicos años 1936-1945. Nueve años de penas, de dolor, de sacrificios, de lucha, pero también de esperanza en un mañana mejor.

Quedarán muchas cosas sin decir. Acaso las más trascendentales e interesantes que vivió, pero pese a la confianza que tenía depositada en mí yo sé que se impuso silencio para evitarme una tortura moral que no logré nunca disimular.

Por otra parte, si el tiempo no ha podido apagar mi cariño hacia el hermano bueno, sí ha borrado de mi memoria infinidad de pequeños hechos, de anécdotas, que unos lustros antes estaban presentes en ella y hubiese podido relatárselos.

Sí. Retrasar la redacción de estas páginas ha sido mi mayor error, mas no puede volverse atrás.

Te ruego, pues, amable lector, que perdones la imperfección de mi estilo y no veas en lo que vas a leer más que mi deseo de dar un nuevo soplo de vida a quien tanto luchó, para que llegue el día en el que la Humanidad entera goce de libertad, de paz y de un mayor bienestar.

Primera parte

-EN ESPAÑA-

18 DE JULIO DE 1936

El curso escolar terminaba. Sin embargo, las vacaciones tan esperadas llegaban para mí con un poco de retraso porque tuve que formar parte de un tribunal de exámenes.

El Movimiento me sorprendió en Jaca donde ejercía desde hacía dos años mi profesión de maestra con plaza en propiedad como consecuencia de haber aprobado los cursillos de selección de 1931. Esto, que para otra muchacha hubiese constituido un éxito en su carrera, fue para mí el mayor de los fracasos ya que cambió totalmente el rumbo de mi vida, que pudo haber sido normal, de haber continuado trabajando en las oficinas de Riegos del Alto Aragón, en Huesca. Este trabajo lo había también obtenido por oposición, pero renuncié a él para dar satisfacción a mi buena madre que prefería verme en una escuela antes que trabajando "entre hombres". Educada en los viejos principios se asustaba de la evolución que nos iba emancipando poco a poco.

Fue por esta razón que el 18 de julio lo viví en la Ciudadela de Jaca, en el pabellón que ocupaba mi hermana, casada con un militar. La noche fatídica la pasé, por consiguiente, en pleno dentro de la rebelión. Ni Carmen ni yo pudimos conciliar el sueño. Sólo las niñas dormían.

¿Qué significaba aquel ajeteo de mi cuñado, aquel ir y venir, aquel malestar que se respiraba a nuestro alrededor...? Sin darnos la más mínima explicación, comprendimos que algo grave se preparaba. Se barruntaba la gran tormenta. Se presentía que las armas se preparaban.

Amanecía cuando supimos que los militares se disponían a echarse a la calle, decididos a ahogar toda tentativa de lucha y de resistencia por parte de los partidos de izquierdas que, sabían, intentarían oponerse al golpe de Estado dado la víspera por el Ejército en Marruecos y que gracias a los comunicados de radio y prensa se conocía ya.

A partir de aquel momento nuestra obsesión fue Paco, nuestro bueno e idolatrado hermano. Estábamos seguras de que en esas horas se jugaría la vida y como él miles y miles de hombres, amigos muchos, conocidos otros, dispuestos a combatir y dar su sangre por la República que se había proclamado en España, en elecciones libres, el 14 de abril de 1931.

Serían las cinco o las seis de la madrugada cuando sonaron los primeros disparos y supimos que del Cuartel de Galicia había salido una compañía, al mando del capitán José Soto Pérez y de los tenientes Eusebio González Noriega y José Álvarez Pacheco.

Los soldados avanzaron por la carretera, bayoneta calada, convencidos de que el enemigo les esperaba, pero continuaron su marcha por un camino en apariencia desierto y ya bañado por el tibio sol de la mañana. De repente, unas descargas cerradas les cortaron el paso, iniciándose el tiroteo. El capitán Soto y algunos militares más cayeron heridos, Soto mortalmente, cuando se hallaban cerca del nuevo grupo escolar (inacabado todavía) en el que algunos antifascistas se habían parapetado, mientras otros ocupaban diversos puntos de las cercanías del edificio por donde la tropa se disponía a pasar. El combate, que duró dos horas, comenzó cuando trataron de impedir su avance.

Las puertas de la Ciudadela no tardaron en abrirse para dar paso al primer herido que cuatro camilleros transportaban. ¿Quién era...? ¿En qué bando combatía...? Lo ignoraba, pero no escuchando más que la voz de mis sentimientos, despreciando el peligro, corrí hacia él por las largas galerías del viejo fuerte militar.

- ¡No seas loca, Pilar...! -me gritó mi buena hermana comprendiendo las consecuencias que podría acarrearle aquel gesto impulsivo, irreflexivo...

Mas, haciendo caso omiso de su advertencia, de su sensatez, llegué hasta el cuarto de guardia en el que el paciente había sido depositado.

- ¡Es un rojo...! -me dijo el soldado que estaba a su lado... Miré al herido pero no lo conocía. Tendría unos 18 o 19 años. El miedo se reflejaba en su rostro y sus ojos grandes y tristes no se apartaban de las manchas de sangre que se extendían más y más.

- Se está desangrando -dije- hay que vendarle...

El soldado me miró y salió en busca de socorro.

Viéndome sola con el herido añadí:

- Cuando te interroguen di que no sabes nada, que no conoces a nadie. Que seguiste a los otros sin saber lo que iba a pasar. Si hablas, si les acusas, si das nombres, cuando ellos vuelvan te matarán.

- No les traicionaré. Se lo juro... -me contestó débilmente.

Instantes después penetraba en el pequeño local un enfermero invitándome a salir de allí. Por toda respuesta me atreví a decir:

- Tengo un hermano que en estos momentos quizá se encuentre en el caso de este muchacho y también quisiera que un alma caritativa le socorriese.

- La comprendo perfectamente, pero por favor ¡váyase...! No me comprometa usted.

Volví de prisa a nuestro pabellón, secando lágrimas que no lograba retener. Carmen me tendió su mano y asíéndose fuertemente a una de las mías me hizo entrar en el piso, cerrando la puerta con violencia. Las dos llorábamos mientras las niñas nos miraban asustadas sin comprender.

En auxilio de los militares había salido toda la fuerza disponible en Jaca, al mando del capitán De la Vega, logrando hacerse dueños de la situación. A las ocho de la mañana todo estaba terminado.

El bando que, firmado por el teniente coronel Rafael Bernabé, fue leído en las calles de la pequeña ciudad decía:

"Serán rigurosamente castigados todos los delitos que por su naturaleza puedan afectar gravemente al orden público, o a los intereses generales de la República.

"Espero de la tradicional sensatez del pueblo jacetano que no dará ocasión de emplear la violencia por infracción de este bando, cuando es mi propósito no interrumpir la necesaria vida de la población y sus habitantes."

Entretanto, los vencidos se dispersaron como pudieron. Los más afortunados corriendo hacia la frontera. Otros lograron esconderse y escapar después, como el maestro Manolo Latorre. Pero muchos fueron pronto apresados y guardados bajo buena escolta, en el extenso terreno que constituye el patio de la Ciudadela.

Antes de mediodía, apiñados bajo un sol de plomo, centenares de hombres esperaban con ansiedad saber lo que iban a hacer con ellos.

Desde una ventana que daba a la galería yo miraba a los detenidos tratando de descubrir amigos o conocidos, pero no vi ninguno. Sentí mitigada mi pena y al mismo tiempo compartí la angustia de todos aquellos presos, en cuyos ojos se leía la incertidumbre, el temor, la tristeza, incluso la desesperación...

Con ellos había estado siempre en la brecha Julio Caujapé, sargento del Regimiento de Galicia, muchacho joven y entusiasta, natural de Embún, al que conocía perfectamente por haber charlado muchas veces con él. Republicano por convicción, defendió la bandera que había jurado proteger pero fue detenido e inmediatamente fusilado, encabezando así la larga lista en la que figurarían después centenares de antifascistas, entre ellos no pocas mujeres, ejecutados unos y otras por el terrible delito de amar la libertad y defenderla.

Pero, al desencadenarse horas antes la contienda, ¿Quién podía pensar en tamaña tragedia, en esa siega de vidas en plena flor, en esa sed de venganza, que siguieron al fatídico 19 de julio...?

La disputa meses antes entre Peñarrocha, catedrático del instituto, perteneciente al Partido Comunista y el capitán ayudante Ruiz, disputa a la que la prensa del partido dio grandes vuelos, había costado a este último varios días de arresto y su traslado a la guarnición de Huesca.

Los jacetanos de derechas, que no lo habían olvidado, aplaudieron con entusiasmo la victoria de los militares, quienes dueños de la situación emprendieron la caza de republicanos, socialistas, comunistas y confederales. Esta victoria dio también a los que el Primero de Mayo habían visto con desagrado y desprecio desfilar por las principales calles de la ciudad a un

fuerte número de trabajadores manuales e intelectuales gritando vivas a la República y al Frente Popular.

El mismo día llegaron a Jaca unos trescientos carabineros que prestaban sus servicios en la zona pirenaica y se incorporaron al Ejército. Enseguida se organizó una compañía de voluntarios que se denominó Capitán Soto y pronto salió a la calle el periódico Jaca española, dirigido por el profesor Ricardo del Arco Garay, mientras la radio local difundía optimistas noticias para hacer creer que el Alzamiento seguía triunfando por toda España a fin de mantener vivo el entusiasmo de los vencedores.

Ni que decir debo que todo tráfico fue interrumpido, que nadie podía salir de allí sin la correspondiente autorización.

No veía, pues, la manera de trasladarme a Huesca, de escapar de aquella atmósfera para mí irrespirable.

Afortunadamente mi cuñado velaba por mi seguridad. No ignoraba cómo pensaba. Conocía a mis amigos y compañeros; sabía que eran de izquierdas y deseaba alejarme, temiendo que mis nervios me vencieran y dejara escapar por mi boca todo el desprecio que me merecían sus correligionarios de armas, que al igual que nosotros vivían con sus familias en la Ciudadela. Y la verdad es que aún hoy no sé cómo escapé con vida. Quizá porque teniéndome simpatía no quisieron hacerme daño. Más tarde comprendí el peligro que había corrido, cuando escuchando una emisión de radio, precisamente en la que se leyó el manifiesto que el general Franco dirigía a los españoles desde Las Palmas, dejé escapar una palabra que ni convenía a mi educación ni a mi feminidad. Pero me salió espontáneamente y llena de cólera abandoné el recinto dónde nos habíamos reunido un crecido número de jóvenes, vecinos todos ellos e hijos de militares. Sorprendidos me miraron como preguntándose si habían oído bien, mas no debieron hacer el menor comentario a sus padres, porque de haberlo hecho mi sentencia hubiese sido firmada. ¡Hizo falta tan poco en las primeras horas para ser fusilado...!

Por fin mi cuñado supo que iba a salir hacia Huesca un pequeño convoy con tropa, formado por soldados y guardias civiles, para reforzar las fuerzas de la capital de la provincia. Desconociendo mi nombre y forma de pensar fui

aceptada con agrado, reservándoseme plaza en una de las cabinas. Sentada al lado del chófer y de un oficial seguía con creciente interés su conversación, embriagados uno y otro por el triunfo tan fácilmente obtenido en la ciudad que acabábamos de dejar. Hablaban de futuras y posibles operaciones para capturar a los revolucionarios que no hubiesen conseguido huir, o que intentasen acercarse de nuevo para continuar el combate; de las redes que les tenderían para detenerlos; de su deseo de terminar con ellos cuanto antes mejor. Como esperaba, el nombre de mi hermano fue pronunciado con odio. Le conocían de cuando había estado de maestro en Ipas, pueblecito muy próximo a Jaca y sabían de sus andanzas como militante activo de la Confederación Nacional del Trabajo. Había que exterminarlo, pues, como a uno de los cabecillas peligrosos y esperaban que cayese pronto en la emboscada que se le preparaba.

¿A qué obedecían estas palabras...? ¿Sería posible que no hubiese sabido comprender el riesgo que corría en aquellas horas...? La sangre ardía en mis venas. Con un esfuerzo supremo de voluntad retuve las lágrimas que se agolpaban a mis ojos y simulando un pequeño mareo me llevé las manos a la frente y disimuladamente las enjuagué. Los dos hombres debieron mirarme y después de preguntarme si deseaba que el vehículo se parase un poco, tras mi negativa, el silencio se hizo y continuamos la marcha seguidos de otros camiones en los que soldados y guardias civiles habían fraternizado y lanzaban al viento canciones, tal vez para no pensar...

Ya en casa, supe por mi madre y hermana que Paco había llegado de Galicia, pero que apenas le habían visto después. La policía había registrado el piso una vez más y las pobres mujeres estaban muertas de miedo. ¿Qué iba a pasar...?

Salí en busca de noticias. Ni familiares, ni amigos sabían nada de él, pero en todos los semblantes leía el terror, el pánico que les infundía el nombre. Parecía que nadie quería saber nada de nosotros. Días después constaté que hasta mis más íntimas amigas se daban disimuladamente la vuelta cuando me veían, esquivando el compromiso de saludarme. En la más grande inquietud pasamos dos semanas, hasta que un tío nuestro, que trabajaba en el Gobierno

Civil, nos invitó a ir a reconocer unos objetos, encontrados en los bolsillos de un joven que había sido fusilado aquella noche y que decíase era Ponzán.

Al oírle mamá se puso lívida, desencajada. Corrimos hacia ella creyendo que iba a desmayarse, pero no fue así. Ni una lágrima salió de sus ojos; ni una queja; ni una palabra de su garganta. Cuando quedamos solas dio rienda suelta a su desesperación y entonces vimos en sus manos las marcas de las uñas que ella misma se había hecho para ahogar el grito que se escapaba de su corazón herido...

Ni el reloj, ni la pluma que me enseñaron eran de mi hermano. Sin embargo me fui al cementerio y al ver al supliciado me convencí todavía más. Se trataba de un muchacho rubio, aproximadamente de su talla y edad. Su cara estaba tan desfigurada por la metralla que era imposible identificarla. Sólo la ropa y el calzado hubiesen permitido darle un nombre. Pensé en su pobre madre, en su familia, que jamás volverían a saber de él...

Poco después la visita de un amigo nos reconfortó. Había tenido noticias de mi hermano, pero lo único que podía decirnos era que estaba bien y en lugar seguro. ¿Cómo lo supo Valeriano Estaún...? Nunca podremos saberlo. Lo que no ignoro es que se le fusiló pronto y que este fue uno de los grandes crímenes que se cometieron. Maestro en Robles desde hacía muchos años era querido por todos y respetado. Quería a los niños como el que más y la Escuela era su principal objetivo. Ni fue hombre de acción, ni lo hubiese sido, pero amaba la República, había votado por ella y defendía la Libertad. Y esto en aquellas horas se pagaba duramente.

A fuerza de indagaciones logré reconstituir lo que había sido la actividad de Paco, desde su llegada de Galicia hasta que escapó de Huesca.

Tan pronto como abrazó y charló unos minutos con la familia, se marchó en busca de sus amigos. Lo que más le interesaba era estar entre ellos, para decidir, discutir, emprender juntos la lucha que imaginaba difícil e inevitable.

Desde la ejecución de Calvo Sotelo, jefe del partido monárquico de Renovación Española, el 13 de julio, al parecer por represalia del asesinato del teniente de Asalto José del Castillo, el clima social de la nación empeoraba de hora en

hora. Se adivinaba que serios conflictos podían estallar de un momento a otro. No pocos pensaban en una posible guerra civil, teniendo en cuenta los votos obtenidos por los partidos de izquierda en las elecciones legislativas de febrero. Pero prefiero dejar la palabra a mi hermano, transcribiendo páginas de uno de sus escritos, en los que hace referencia a la situación de España en aquel entonces:

La guerra española es sencillamente lo que sus provocadores pretendieron, o sea: una guerra social. Mejor todavía: una guerra de los ricos contra los pobres, o convertida por la misma razón, en una lucha de los pobres contra los ricos.

Es este uno de los tantos hechos de la historia en los que según el refrán aragonés -y quepa la frase- las muías se han vuelto contra el carro.

Los antecedentes vamos a buscarlos en abril de 1931 (si bien son centenarios), cuando por un gesto político del pueblo en las urnas, adviene la segunda República.

Fue esta una República sin republicanos. Y como quiera que los que se encargaron del gobierno en la primera etapa, no eran republicanos, ni liberales, ni nada, no comprendieron las ansias ni las aspiraciones del pueblo, y lo engañaron, lo estafaron y lo defraudaron.

Algunos de aquellos hombres pretendieron obrar de buena fe, pero los otros, en cambio, representando las viejas oligarquías y los intereses de las castas pudientes, dieron cara contra todas las reformas fundamentales y convirtieron el nuevo régimen en una continuación del borbonismo sin borbones. El nuevo Rey de la flamante República, en vez de llamarse Alfonso o Juan, se llamó Niceto.

Esta es en síntesis, la pobre historia de la no menos pobre y menguada República del 14 de abril, nacida entre alegría y explosiones jubilosas, de este pueblo niño y grande a la vez que quiso

poner en el nuevo Régimen sus mejores ilusiones y sus más bellas esperanzas.

¿Qué quería España...? ¿Por qué se debatía nuestro pueblo, buscando una salida del callejón monárquico...? ¿Qué intención le guiaba al licenciar al monarca...?

Es fácil contestar a esto. Todos los pueblos, hasta los más atrasados espiritualmente -y España es el más avanzado de la tierra en este sentido- quieren lo mismo y tienden a lo mismo: aspiran a los mayores grados de libertad política y a las mejores condiciones de vida económica y material.

Son estas las aspiraciones corrientes y naturales de todas las capas de la humanidad doliente.

Buscando el logro de estas aspiraciones, que la monarquía interceptaba en torpedeo continuo, el pueblo español creó un régimen republicano, cuyos hombres desconocedores del anhelo popular o pusilánimes para satisfacerlo, continuaron afirmando los errores y hasta los crímenes del viejo régimen.

La crisis de trabajo, endémica en España, no sólo no fue resuelta por los republicanos encargados de administrar y gobernar, sino que fue considerablemente agravada y aumentada.

La Reforma Agraria, que de alguna manera se tenía que llamar aquello que no fue otra cosa que una merienda de burócratas, no sólo no reformó nada, sino que por el contrario, sirvió generalmente para valorizar los pedregales del campo, indemnizando espléndidamente a los ricos de la tierra por parcelas sin valor alguno, parcelas que eran entregadas como un sarcasmo a los pobres campesinos, a quienes se ilusionó haciéndoles ver que se les convertía en propietarios a su vez.

Por estas razones poderosas y otras derivadas de la secular miseria y opresión de nuestros campesinos y de nuestros obreros, la República

representada por Maura, hubo de asesinar decenas de labriegos en los campos andaluces, extremeños, gallegos, castellanos, etc.

Por todo lo expuesto y por otras causas que no me es posible citar aquí, fue posible que el pueblo español diese la espalda a los llamados republicanos del 14 de abril, absteniéndose de votar en noviembre de 1933 lo que dio el triunfo a las derechas.

Cara pues, pagaron su incuria, su falta de decisión y sus titubeos aquellos hombres llamados de izquierda que, si algo hicieron desde el poder fue repartir enchufes a sus amigos, mientras abandonaban al pueblo a su triste suerte y peor destino.

Inútil decir que el segundo bienio -el bienio negro- cuyos hombres pudieron llegar al gobierno del país con promesas de trabajo y de paz social, hizo honor al primero, empeorándolo todo, arremetiendo furiosamente contra las organizaciones obreras y de vanguardia política, hasta provocar la insurrección de octubre de 1934 que ahogó en sangre, sobre todo en Asturias, la única región española dónde se demostró el poderío de la clase obrera organizada y unida por el pacto UGT-CNT

Con este movimiento quedó patentizado en Asturias que todas las fuerzas populares del país reunidas son impotentes para llegar a ningún fin revolucionario y práctico si no se cuenta con la Confederación Nacional del Trabajo y con la Federación Anarquista Ibérica. En igual estado de tensión política y social que en las elecciones de noviembre de 1933, se llega a las de febrero de 1936. Con una diferencia en la apreciación colectiva de estas dos fechas. En noviembre la CNT fue la fuerza determinante de la abstención política. En febrero, por el contrario, fue la fuerza determinante e intervencionista que da el triunfo a las izquierdas.

La prueba más tangible de esta afirmación la da el triunfo izquierdista en las grandes zonas dónde el sindicalismo revolucionario tiene fuerzas preponderantes. Pero de nuevo las

izquierdas dueñas del poder nos defraudan. Vuelven a la política vieja de la zancadilla y del titubeo.

Quedan en pie, amenazantes y ensoberbecidos, los generales, los obispos, y los señoritos de la tierra y de las finanzas.

Se masca en el ambiente la amenaza de la sublevación fascista. Y el gobierno que cuenta con la adhesión total del pueblo vuelve la espalda a las trágicas realidades del momento, sin atreverse a nada contra los que conspiran contra España en sus propias narices.

Se consiente por el gobierno que los militares monárquicos y traidores hagan lo que les venga en gana, convirtiendo en arsenales los cuarteles y los conventos, a los que se entregan sin tasa ni medida las armas de la nación, armas con las que, semanas más tarde la facción asesinará al pueblo.

En este ambiente de cobardía gubernamental, que contrasta con las provocaciones del fascismo, se llega al 18 de julio...

Con esta visión clara de la situación Paco sabía que las horas que se vivían eran graves y aunque siempre dispuesto a jugarse la vida en aras de la causa que defendía con todo el vigor de su juventud, prefería combatir sobre terreno conocido y al lado de sus amigos oscences. De ahí su prisa por llegar a casa. Por esto, sin pensárselo más, colocando su ideal por encima de la escuela y del deber profesional, adelanto las vacaciones y en cuanto pudo llegar a la estación más próxima, cogió billete y subió en el primer tren que salió con dirección a Huesca. Pero en aquel entonces, como se ha sabido después, los militares tenían su plan perfectamente preparado.

El Regimiento de Valladolid número 20, que guarnecía la plaza, estaba mandado por el coronel Carmelo García Conde, muy compenetrado con el general Gregorio De Benito, gobernador militar de la región. Ambos estaban de acuerdo para sumarse al Alzamiento tan pronto como se les diese la orden, pues la mayoría de los oficiales acataban las decisiones de los jefes y ellos procuraban a su vez captarse la confianza de los soldados.

Ya en el mes de junio el general De Benito se había trasladado a Jaca para conocer lo que pensaba el Regimiento de Galicia y habiendo llegado á un acuerdo dio la conformidad de unos y otros a Mola, en el pantano de Yesa, lugar en el que se entrevistaron.

Todo estaba, pues, dispuesto. El mismo general Cabanellas, jefe de la V División, se había trasladado a Huesca para hablar con De Benito y García Conde. Lo único que esperaban estos últimos era el momento en el que deberían lanzarse a la calle. Y el 18 de julio de 1936, por la tarde, se reunieron en el despacho del gobernador militar el coronel García Conde, los comandantes La Sema (jefe de Estado Mayor), Carlos Ayalay Enrique Enamorado; los capitanes Enrique Ramos, Julián Miranda y Nicolás Adrados, para tratar sobre cuál debía ser la actitud del Regimiento ante los acontecimientos que se vivían.

Por otra parte el jefe de Falange llamaba a sus afiliados y dos oficiales del Ejército que estaban camino de Zaragoza para recibir instrucciones concretas del jefe de la División y conocer su determinación con respecto a la guarnición de Huesca. Les fue dado la orden de declarar el estado de guerra en la madrugada.

Y a estamos, por consiguiente, en la famosa noche en la que Paco pudo haber jugado un papel determinante si se hubiese escuchado su voz. Pero fue tarde cuando muchos lo comprendieron. Veamos por qué. En esas horas difíciles en las que se ventilaba el porvenir del país también se habían reunido en el Gobierno Civil los representantes más destacados de los partidos de izquierda y algunos de la CNT -entre estos últimos el profesor Ramón Acín, gran figura del movimiento libertario español- para pedir al gobernador Manuel Carrascosa que armase al pueblo, a fin de poder afrontar al enemigo que se esperaba diese el golpe de Estado de un instante a otro. Pero éste, como la mayor parte de los gobernadores civiles, titubeó y fue dejando pasar las horas sin darles satisfacción.

Mientras allí se perdía un tiempo precioso discutiendo en balde, en la calle, ante el edificio, centenares de hombres pertenecientes al Frente Popular y no

menos militantes de la Confederación Nacional del Trabajo, llegados de todos los pueblos cercanos a Huesca, se apiñaban pidiendo a gritos armas.

Grupos de jóvenes de las Juventudes Libertarias corrían de un lado a otro en busca de armamento: al polvorín en donde ya no encontraron municiones, a las casas de los burgueses que sabían disponían de escopetas de caza, a llevar y transmitir mensajes para coordinar la acción común. Y todo ello con un entusiasmo indescriptible.

Al principio los guardias de asalto se sumaron a la acción popular. La guardia civil, que parecía neutral, acabó por seguir el ejemplo golpista de sus compañeros uniformados.

Paco no se contentaba con ser uno más. De tanto en tanto arengaba a la muchedumbre, invitándola a tomar por sí misma la iniciativa puesto que los dirigentes no eran capaces de llegar a un acuerdo. Hablaba desde un camión al que se había subido para que le viesen mejor y, con toda la fuerza que podía, decía: "Queremos y necesitamos armas. Si no nos las dan, iremos nosotros mismos a buscarlas pues pocas o muchas las sabremos encontrar... ¡Ya hemos perdido demasiadas horas!".

Sus palabras fueron acogidas con entusiasmo, lo que le hizo comprender que el momento de actuar había llegado. Descendiendo del vehículo que le servía de estrado, el improvisado orador, seguido de los manifestantes, se dirigieron a la pequeña armería de Juliana Miravé, más conocida por "Casa de la Miraveta", situada cerca del viejo mercado. En efecto, en el escaparate se hallaban expuestas algunas, pocas pero suficientes para que fuesen codiciadas entonces. Paco, sin la más leve vacilación, dio un fuerte golpe a la vitrina y el cristal se hizo añicos. Escopetas, pistolas, cartuchos, balas, se distribuyeron lo mejor posible y satisfechos regresaron al Gobierno Civil.

En sus salones seguían los hombres nerviosos, inquietos, preguntándose entre ellos si el gobernador se decidiría a ponerse del lado del pueblo o del de los fascistas. Veíanle vacilar, nadar entre los dos bandos y mientras los defensores de la República se consumían viendo desfilan los minutos, quien tuvo en sus manos la suerte de la provincia aragonesa, argumentaba a su manera para convencerlos de que en realidad la situación no era tan crítica ni desesperada.

Serían las tres de la madrugada cuando mi hermano se decidió a subir y entrar en el despacho que ocupaba Carrascosa. Esta vez entró en el edificio con paso rápido y decidido. Subió las escaleras de dos en dos. Tenía prisa de llegar, de acabar con aquella larga espera. Pero el bueno de Ramón Acín, que comprendió su intención, le asió fuertemente por un brazo al par que le decía:

-¡No seas loco, Ponzán, que nos pierdes...!

El muchacho le miró fijamente y guardó silencio. No fue el miedo lo que lo detuvo, sino el respeto al maestro, al pacifista, al hombre que tanto admiró.

Discutieron los dos todavía un rato, mas no había ya mucho tiempo que perder. ¿Quién tenía razón?

La Historia lo ha dicho, en la madrugada del 19 de julio el impulsivo, el vehemente, el hombre de acción que empezaba a ser, perdió su primera batalla. Sin embargo, ¡cuán duramente la pagaron muchos de los que en aquellas horas creyeron en la buena fe del pusilánime gobernador...!

Fueron testigos de la escena que acabo de narrar algunos compañeros de la CNT: Juan Manuel Barrabás, Perrinques, Gella, Jesús Gracia, Fagines, varios de ellos muertos hoy día. Pero si hay sobrevivientes podrán decir que mis palabras responden a la verdad, poco más o menos. Desde luego, yo no la presencié. Paco y otros me la contaron, quedando tan grabada en mi memoria que me parece fue ayer cuando me lo explicaban.

A partir de entonces los acontecimientos se precipitaron. A las seis de la mañana, el Regimiento de Valladolid, sumándose al "Alzamiento Nacional" salía del cuartel en actitud guerrera. El coronel García Conde sabía perfectamente que la guardia civil, los carabineros y los guardias de Asalto, secundaban al Ejército. La traición se había consumado momentos antes...

De Jaca y Barbastro se ignoraba todo, por estar las comunicaciones cortadas.

Ya teníamos, pues, a los soldados avanzando por el paseo de la estación hacia el centro de la ciudad, los fusiles a punto, como en una descubierta. Al llegar a los Porches, la columna se bifurcó. Parte de ella mandada por el capitán Giménez Carrasco se dirigió hacia el parque Miguel Servet. La otra mitad, con

el capitán Mayoral al frente, continuó hacia Coso Alto. Se trataba de unirse en el Gobierno Civil, en donde se temía que los republicanos intentarían alguna resistencia, pero los grupos de jóvenes que estaban apostados en lo que se llama "las cuatro esquinas", viéndose en minoría y sin armamento, iniciaron la retirada.

En el Gobierno Civil la noticia de que la tropa estaba ocupando la ciudad al grito de ¡Viva la República! causó una viva impresión, que se tradujo en un "sálvese el que pueda". ¿Qué podían hacer sin armas...?

Pronto se vio el gobernador sólo, anonadado, desconcertado y sin la menor reacción de defensa se entregó sin condiciones. El teniente coronel Gervasio Sáenz de Quintanilla se hizo cargo del mando de la provincia. La central de Correos y Telégrafos fue ocupada sin dificultad.

Mi hermano y sus amigos, con el alma desgarrada, apretando los puños con rabia en señal de impotencia, corrieron para llegar cuanto antes a las afueras de Huesca y poder ganar Monte Aragón o la Sierra de Guara, en espera de que los sucesos decidieran si debían pasar a Francia o reorganizarse y alistarse en la lucha que indudablemente iba a seguir. Antes de alejarse, el teniente de asalto Riera, que según informes habría de morir pronto, le dijo, tendiéndole la mano y con lágrimas en los ojos:

- ¡Váyase, Ponzán. Salve su vida. Si todos cuantos se han reunido esta noche aquí hubiesen tenido el coraje de seguirle, no viviríamos esta hora desgarradora!

Lívido, desencajado, Paco apretó fuertemente su mano. Sí..., en aquellos trágicos minutos, Riera fue uno de los suyos.

¿Quiénes fueron los que comprendieron primero la hecatombe que comenzaba? Los hombres de la CNT. Los otros, republicanos, socialistas, etc. entraron -excepto algunos- en sus casas, a esperar que pasase la tormenta, convencidos de que no les ocurriría nada. ¿Qué habían hecho para que se metiesen con ellos...? Si había que encarcelar o fusilar pagarían como de costumbre Ponzán, Viñuales, Gella, Fagines..., jóvenes todos de tendencia revolucionaria. Los defensores de la República no habían hecho nada malo.

Haber votado a las izquierdas, hecho propaganda durante el período electoral o desempeñar un cargo en un sindicato o partido político, no era un delito.

¡Caro error! Cuántos, cuando semanas más tarde fueron detenidos, encerrados en la cárcel o en otro lugar, debieron arrepentirse de su mansedumbre. Cuántos, frente al piquete de ejecución o aislados en una carretera o camino, comprendiendo la intención de los que les habían llevado hasta allí, pensarían en los ilusos que habían sido durante la noche en la que Paco con su formidable intuición había comprendido en seguida que se estaban jugando la vida, cometiendo el más grande de los errores: perder el tiempo escuchando al gobernador en vez de haberlo quitado de en medio por el procedimiento que hubiese sido.

Jesús Gascón de Gotor, Mariano Carderera, Manuel Sender, Alfonso Mairal, Antonio del Pueyo, Jesús Tomer y más tarde otros republicanos o socialistas menos destacados -el maestro Julio Noguerras, Emilio Coiduras, Ramón Arriaga, Adrián Boned, Julio Nogués, Jerónimo Sánchez, Domingo Lasaosa, casi todos de Huesca- figuran en las largas listas de fusilados, en su mayoría en la fatídica noche del 23 de agosto de 1936, compuesta de 120 nombres, en represalia se dijo, del bombardeo de la capital, por las fuerzas de la República. Pero ya antes ¡cuántos habían sido acribillados en un campo, en un rincón oscuro de las afueras de la ciudad...

Así cayeron Ramón Acín, José Espuis Buisan, Pedro Samitier Uruel, el taxista "Fabian", Santiago Muñoz, su compañera Adelina, muerta a tiros cuando corría con todo el vigor de su juventud para escapar de sus verdugos... Por el mismo procedimiento eliminaron a Alfredo Atarés, quien viéndose enfermo no se había atrevido a lanzarse a la montaña y se había refugiado en Bolea.

Le vi muerto en el depósito del cementerio de Huesca, con su cuñada María Cristina Barbero quien me había rogado que la acompañara para identificar el cadáver. Recuerdo que estaba tendido sobre una losa. Delgado, demacrado por la enfermedad, sin afeitarse desde hacía días, medio vestido, es decir, tal como había sido obligado a salir de su casa por la fuerza, dejando en ella a su Josefina en el más profundo desconsuelo. Pero la muerte no había alterado la serenidad de su rostro y más bien parecía dormir. De la sien derecha brotó su

sangre, por el orificio hecho por las balas y aunque seca ya, ahí estaba marcando el surco, por el que se había escapado la vida de aquel maestro de la CNT joven y entusiasta.

Durante las primeras semanas que siguieron al 18 de julio, en donde los fascistas vencieron, el procedimiento empleado para la exterminación de "rojos" fue el mismo en todo el territorio español. Antonio Ruiz Vilaplana, que lo vivió intensamente por hallarse destinado en el Juzgado de Burgos en calidad de secretario judicial hasta el 30 de junio de 1937, lo explica bien en su libro: *Doy Fe: Un año de actuación en la España nacionalista*:

Por toda la zona nacionalista el movimiento militar adquirió un tinte de ferocidad indescriptible.

Mientras muchos falangistas y fanáticos navarros acudían de buena fe a la guerra en los frentes, las fuerzas reaccionarias dueñas por el golpe de Estado de las ciudades y de los pueblos, iniciaron la trágica etapa represiva.

En Burgos, al día siguiente de la proclamación del estado de guerra, fueron detenidos y fusilados después, todos los directivos de las organizaciones y Casas del Pueblo, tanto de la capital como de los pueblos, aún de los más modestos. Esta persecución alcanzaba, no solamente a los ejercientes en los cargos, sino a todos aquellos, que habían desempeñado los puestos en épocas anteriores; se hizo una rebusca de archivos y ficheros y todos los afiliados y meros cotizantes, eran detenidos y juzgada su actuación entre la pasión y la fiebre política dominante. (Página 35).

Los sumarios por "Hallazgo de cadáveres desconocidos" aumentaban sin cesar, no solamente en nuestro Juzgado, sino en todos los de la región, siendo ello una de las preocupaciones que todos los profesionales teníamos y que en conversaciones con compañeros, comentábamos, hipócrita y miedosa, pero amargamente. (Página 41).

Las ejecuciones sin formación de causa alguna, fueron numerosísimas. Del Penal, cada noche, cada madrugada, eran sacados de sus celdas y entregados a los portadores de listas fatídicas, varios desgraciados. (Página 95).

¿Cabe mejor testigo, me pregunto, para decir lo que fue el terror y el pánico, desatados por la reacción dominante?

En Huesca, como ya he dicho, una de las primeras víctimas fue Ramón Acín, del que hablaré más tarde. También él escapó o creyó escapar a la represión refugiándose en el escondite que tenía preparado en su propia casa, en el que ya había vivido unos meses cuando fracasó el Movimiento de Jaca, que costó la vida a Galán y García Hernández, en diciembre de 1930. Mas como siempre se cometen imprudencias, consciente o inconscientemente, los falangistas invadieron su domicilio convencidos de encontrarle en él. La esposa fue insultada, abofeteada, torturada... Creyendo mejor defenderla, Acín salió de su escondrijo y se entregó. Los dos fueron sacados por la fuerza y conducidos, ella a la cárcel, él... pocas horas después al sitio que habían elegido para asesinarlo y que al parecer era una de las tapias del cementerio. Antes de morir tuvo el coraje de decir a sus verdugos: "Mi sangre no será estéril. Mis alumnos me vengarán". Fue el 6 de agosto de 1936.

Su mujer fue fusilada el famoso 23 de agosto. Formó parte del grupo de once mujeres asesinadas, entre ellas las hermanas Barrabás, de 17 y 25 años, por el sólo delito de pertenecer a las Juventudes Libertarias.

Uno de los discípulos de Ramón Acín, fue mi hermano. Las lecciones que recibió de su profesor no las olvidó nunca. Por querer ponerlas en práctica, también perdería la vida, una vida segada en plena juventud, pero consagrada enteramente al Ideal que le había hecho amar, por encima de todo, el gran maestro.

En su testamento, escrito en la cárcel de Toulouse, días antes de que se le asesinara dice: "Deseo que mis restos sean trasladados un día a tierra española y enterrados en Huesca, al lado del profesor Ramón Acín".

INFANCIA, ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DE PACO

Nació en Oviedo el 30 de marzo de 1911, pero siempre se consideró oscense, pues desde muy niño vivió en Huesca, en donde mamá y las hermanas mayores habíamos nacido.

Nuestro padre, hombre culto y liberal, falleció cuando Paco tenía 7 años. También nuestro padre había cursado la carrera de maestro, aunque no la ejerció nunca. En su juventud viajó mucho ya que sus progenitores disfrutaron de una excelente posición económica, que poco a poco se fue perdiendo a causa de la pasión por el juego de uno de los integrantes de la familia. Después de visitar lejanos países y conocer una buena parte del mundo, decidió regresar a España y falta de recursos tuvo que trabajar. Le fue fácil ingresar en la Compañía de Caminos de Hierro del Norte como empleado de oficina destinado a Huesca. Poco después contrae matrimonio con la que fue nuestra madre, mujer tan bella como buena, pero extraordinariamente religiosa. Si en algo no debieron estar de acuerdo sería en esto, mas cada uno, en plena libertad, obró siempre según sus propias convicciones.

Temperamento rebelde, inconformista, defensor acérrimo de las causas que creía justas, pese a ser pronto nombrado subjefe gracias a los exámenes que aprobó. En todos los conflictos que surgían en el trabajo (huelgas, etc.) estuvo siempre al lado del obrero, lo que le valió ser sancionado muchas veces, obligado a trasladarse de un lugar a otro y no ascender en su carrera: Oviedo, Tarragona, Reus, Medina del Campo, León,... eran ya demasiados cambios de residencia para imponerlos a su numerosa familia (seis hijos y la esposa). Optó, pues, por abandonar la compañía de ferrocarriles y dedicar su inteligencia y vasta cultura a otra cosa. Pero la suerte no nos acompañó. La gripe española que tantos estragos causó, segó también la vida de este hombre bueno e inolvidable. Tenía 42 años cuando nos dejó solos con la madre, dejando a su

cargo cinco hijos, ya que el benjamín había muerto en Medina del Campo a los once meses.

El último año de su vida lo vivimos en Huesca. Paco no olvidó nunca la dolorosa impresión que recibió en la mañana del 16 de abril de 1918. Volvía a casa, con la hermana mayor, cuando oyó el tintineo de una campanilla, que en seguida se dio cuenta era movida con fuerza por un monaguillo. Los dos se quedaron parados en la escalera como petrificados. Estaban dando la extremaunción a nuestro padre, en extremo peligro de muerte. Su excesiva juventud no le permitió captar entonces la verdadera significación de este acto, pero ese sonido rezumbó mucho tiempo en sus oídos. Algo le decía que su papá debía estar muerto cuando el sacerdote estaba cerca de él. ¡Formidable intuición la suya, que desde su más temprana edad se manifestó ya...! Cuántas y cuántas veces me lo recordó:

- No comprendo cómo mamá, que ha sido siempre tan buena, pudo traicionar así el pensamiento y las ideas de nuestro padre. Aunque viva cien años, no creo que se borre esa escena de mi memoria...

- No es a ella a quien debes condenar, hermano -solía contestarle-, sino al fanatismo de la época, a los principios religiosos que había recibido, al miedo que le inculcaron hacia el infierno, en el que creía.

- Tienes razón -acababa por decirme-. No obstante, procura no olvidar nunca el respeto que merece el libre albedrío del ser humano...

¿Acaso temía que cayese en el mismo error? Posiblemente.

Teniendo en cuenta esto, la ley de herencia incluso, no es de extrañar que fuese rebelde. Pero educado, dirigido por la madre, siguió la ruta que le trazó: colegio religioso, enseñanza y formación de moral cristiana, etc. Es decir, que hizo la primera comunión como los demás niños (bien endomingado), que fue monaguillo durante bastante tiempo, que estudió y aprendió la doctrina, en fin que seguía los cursos a la satisfacción de los profesores.

Hay que decir en honor a la verdad que los padres salesianos como maestros eran buenos. Lo demostraba el resultado que obtenían sus alumnos en los exámenes públicos, bien en la Escuela Normal, o bien en el instituto. Conocían

los programas perfectamente y era muy raro que los suspendieran. Desde luego, tenían un tacto muy especial para seleccionarlos y en cuanto descubrían una inteligencia privilegiada, hacían cuanto podían para ganarlo a su causa. Esto fue lo que ocurrió con Paco. Vano intento. A medida que los años pasaban su rebelión se acentuaba. Apenas tendría doce años cuando empezaron los conflictos entre él y mamá. Ya no quería ir y venir con ella a las iglesias, para hacer novenas, mes de María, siete domingos a San José, misa mayor, etc., a donde solían ir juntos. Se acabó igualmente el ser monaguillo, el aceptar la instrucción religiosa que le imponían. No, él no quería seguir por esa vía. Podían pegarle, castigarle, dejarle encerrado o privarle de sus juegos favoritos. De nada le servirían ni amenazas, ni ruegos. A la madre, pues de decidir.

La pobre estaba desesperada. Adoraba a su hijo y hubiese deseado modelarlo a su gusto. El chico era bueno, afectuoso, cariñoso con ella y le dolía tener que ser dura con él... Un día que comentaba sus penas con un familiar, Paco oyó una frase que lo desconcertó: "Ya tiene a quien parecerse", respondióle su interlocutora.

Una idea surge entonces en el cerebro de mi hermano: conocer la vida del padre. ¿Cuáles fueron sus ideas, sus luchas, sus convicciones y el porqué había abandonado su plaza de subjefe en la compañía de ferrocarriles, en dónde según se sabía había ganado bien su pan y el de su familia? Torturado por esto dejó de estudiar, de fijar su atención en las clases y así estuvo semanas y semanas, hasta que los religiosos viendo que nada podían sacar de él, sino que más bien empezaba a ser un mal ejemplo, obligaron a mamá a sacarlo del colegio. La buena mujer resolvió el problema poniéndolo de aprendiz en una librería, pensando que a su edad el trabajo le sería duro y preferiría volver a estudiar.

El dueño, señor Iglesias, era excesivamente bondadoso y humano. Simpatizó pronto con el chiquillo, en el que vio una viva inteligencia, una aguda imaginación y una fuerte sed de saber. En los primeros meses todo fue bien. Barría la tienda y el almacén, limpiaba el polvo, hacía los recados, en una palabra, hacía todos los trabajos que se le ordenaba con prontitud, comportándose con educación y manifestando cada día mayor interés por todos aquellos libros que él cogía alguna vez con cariño para ver las imágenes.

Pero a medida que fue lanzando un rápido vistazo por unos y otros, su curiosidad se despertó todavía más y en cualquier hora del día el patrón lo encontraba en un rincón, leyendo uno de esos libros que tanto le cautivaban ya. En ningún sitio hubiese estado más a gusto que allí. Era un mundo aparte, lleno de atractivo y misterio en el que Julio Verne, Dickens, Víctor Hugo, etc. le descubrían mundos que desconocía. El primero le invitaba a soñar, a evadirse; los otros a conocer la miseria en que muchos seres vivían, sufriendo el hambre, los castigos corporales, el frío, la soledad,... Decididamente, el mundo estaba mal hecho. Su corazón le parecía que palpitaba más fuerte, cuando con emoción constataba la injusticia, la crueldad,... Ensimismado en sus lecturas el establecimiento estaba mal aseado, los recados la mayoría de las veces los hacía mal; su pensamiento no vivía la realidad, sino el mundo que creaba todas aquellas lecturas, ingeridas sin orden, pero con el afán de querer saberlo todo. El soñador que siempre fue se despertaba a la vida espiritual...

Cansado el patrón y al mismo tiempo convencido de que el adolescente no hacía más que perder el tiempo en su casa, llamó a mamá y con palabras amables, con inteligencia y sentimientos, le hizo comprender que en la tienda su hijo no cumplía con sus obligaciones de aprendiz que era lo que en realidad él necesitaba y que por otra parte lo que debería de hacer ella era estimular al chiquillo para que siguiese estudiando, por ser lo único que le interesaba.

Nuestra madre no tuvo otro remedio que claudicar y retirándolo de la librería le hizo entrar en una escuela nacional. Poco después ingresaba en la de Magisterio, tras un examen de ingreso que aprobó fácilmente. Tenía 14 años.

Fue por entonces, cuando en ausencia de la familia, decidió subir al desván de casa, en donde le intrigaba lo que podía contener una enorme caja de madera (especie de baúl), cerrada con un candado y que estaba siempre disimulada entre trastos viejos. ¿Qué podía haber allí? La abrió como pudo y ¡oh sorpresa! Eran los libros que habían constituido la biblioteca de papá. Gran revelación para él, porque a través de su lectura iba seguramente a poder conocerlo mejor. Deducir su formación, sus ideas, sus gustos... Entre los autores: Rousseau, Voltaire, Anselmo Lorenzo, Joaquín Costa, Espronceda, Ganivet...

Anotó cuidadosamente los títulos y autores que pudo y fue al encuentro de su profesor de dibujo don Ramón Acín, hacia el que sentía una profunda admiración. Fue al único que confió el secreto de su descubrimiento, ávido de comentar con él todas aquellas lecturas.

Acín era un hombre todo bondad y corazón. Militó en la CNT desde que su consciencia se abrió a las grandes inquietudes creadoras y luchó por ella desde el momento que se incorporó en sus filas.

Algunos lustros antes, había fundado en Huesca el periódico Floreal que podía contarse entre los mejores del Movimiento Libertario español. La sección "Florecicas", redactada por él constituía un deleite para sus lectores. Pero por encima del dibujante, del escritor, del maestro, hay que colocar la personalidad del hombre, de revolucionario auténtico, que supo poner siempre su vida de acuerdo con sus palabras.

Lo que más admiraban sus alumnos: su grande y privilegiada inteligencia, su vasta cultura, su modestia, su desprendimiento, su temple tranquilo, su bravura...

Risueño, servicial, amable, todo el mundo sabía que Acín no tenía un solo enemigo personal y, sin embargo, el 6 de agosto de 1936 fue asesinado por los fascistas que no podían perdonarle ni su condición de hombre del pueblo, ni la amistad que le unió a Fermín Galán y demás participantes de la sublevación de Jaca.

Estaba casado con Conchita Monrás, hija de otro profesor de la Escuela Normal. Tenían dos hijas que adoraban. En su hogar se respiraba la paz, la fraternidad. Era algo así como un oasis después de la dureza del desierto. Muchísimos jóvenes lo frecuentaban para dialogar principalmente sobre cuestiones sociales. Nunca el anarquismo tuvo mejor maestro en Huesca para inculcar a la juventud la pureza de unas ideas, que eran como el pan espiritual que alimentaba las almas de este matrimonio unido y respetado. Como ya he dicho, los dos pagaron el delito de haber amado y defendido la libertad.

Los libros descubiertos en el desván de casa y las eternas charlas con Acín hicieron a mi hermano amar las ideas libertarias y a ellas se entregó

totalmente. Entre los discípulos preferidos, quizá por su despejada inteligencia, figuraban Evaristo Viñuales y él, muy pronto afiliados al sindicato CNT de Huesca y entusiastas propagandistas de las lecciones recibidas del buen maestro...

En tanto que miembro de la directiva del Ateneo Cultural Libertario, Paco a su vez ejerció una gran influencia sobre los jóvenes de su misma edad. Como había leído ya tanto, les aconsejaba las lecturas que sabía despertarían en ellos el interés por la causa que el mismo defendía. No hace mucho, uno de estos, refugiado en Francia como nosotros desde enero de 1939, me recordaba una anécdota:

- Lee esto -le dijo a uno de estos muchachos, poco avisado. Se trataba nada menos que de las *Doce pruebas de la inexistencia de Dios* de Sebastián Faure.

Pasaron semanas sin que se le viese por el Ateneo. ¿Estaría enfermo? Por fin una noche volvió y explicó:

- Tuve el gran disgusto con mi madre, pues cuando leyó el título del libro que tenía en las manos me hecho la gran bronca y me castigó a no salir. Es por eso que no he podido venir...

- Bah, si es por eso, no te preocupes. Voy a darte otro y verás como ahora estará contenta. Dio vueltas por su pequeña biblioteca y al fin encontró lo que buscaba: *La religión al alcance de todos* de Rogelio H. Ibarreta. Y con una sonrisa que decía más de cuanto hubiese podido añadir se lo entregó.

- ¿Qué te ha dicho tu madre? -le preguntó a la semana siguiente.

- ¡Oh! Esta vez ha estado muy contenta y hasta me dijo: "veo que tienes en cuenta los consejos que te doy y que ya has cambiado de amigos. Estoy contenta de ti".

¡Pobre madre! Su ignorancia no le permitió comprender nada más, pero nuestro maestro en hierbas, esta vez estaba verdaderamente satisfecho...

Antes de terminar sus estudios, los policías lo tenían bien fichado y en cualquier acontecimiento que ocurriese, huelgas, mítines no autorizados, pequeños sabotajes, etc., Viñuales y él eran inmediatamente detenidos.

La primera vez que entró en la cárcel (luego diré porqué), fue algo así como la vergüenza, la hecatombe de la familia. ¡Dios mío, que diría la gente...! ¡Desdichada mamá! Sufrió un verdadero martirio, pero por orgullo maternal no lo dejó traslucir jamás, y mientras la policía registraba la casa, dándole vueltas de arriba a abajo, decía: "Mi hijo es el mejor de los hijos... Yo nada tengo que decir contra él, bien al contrario". Pero interiormente su alma estaba desgarrada y volviendo a revivir su pasado recordaba al esposo, cariñoso, bueno, adornado de los más bellos sentimientos, pero que tanto le había hecho sufrir también a causa de sus ideas.

Tenía Paco 18 años cuando terminó su carrera de maestro. Cuatro años de estudios. Pocos comparado con los que hoy se exigen para obtener este título, pero en aquella época difícil ello suponía un enorme esfuerzo para nosotros, privados de la ayuda material del padre. Sin embargo a parte de lo que suponía manutención y vestido, nos dio poco gasto. Se daba cuenta de las dificultades que había que vencer para educar y sacar a flote a todos los hermanos, si bien es cierto que Carmen, la mayor, nos fue de un gran socorro no regateando sus horas de trabajo con tal de que los demás pudiésemos salir adelante.

Jamás toleró que se le comprara un libro de texto y eso que cada curso había que renovarlos. Se las ingeniaba para servirse de los de sus amigos condiscípulos, en especial de los de Ernesto Puertas que más afortunado que él disponía de cuanto le hacía falta.

Un vistazo a las lecciones y las explicaciones de sus profesores le bastaban no solo para aprobar las diversas asignaturas sino también para obtener buenas notas, aunque a veces se le negaban haciéndole comprender el escaso tiempo que dedicaba a las tareas de la Escuela Normal.

- Excelente alumno, pero poco trabajador -solían decir de él.

En efecto, su clara inteligencia, su prodigiosa memoria le permitían captar y asimilar en breves minutos lo que a otros les costaba horas de estudio y de esfuerzo.

Hay una anécdota suya que vale la pena relatar aquí, porque ella corrobora lo que acabo de decir:

Iba a terminar el cuarto año de carrera cuando el profesor de geografía, don Paulino Usón Sese, le hizo saber que le suspendía en dicha asignatura porque su trabajo había sido nulo durante todo el año.

Sorprendido, ante la perspectiva de tener que estudiarla en los meses de verano y sobre todo de dar un gran disgusto a mamá, le rogó que le diese una oportunidad para aprobarla.

- Sólo veinticuatro horas -terminó diciendo-. ¡Examínese usted mañana!

Don Paulino sonrió y convencido seguramente de que en tan poco tiempo no haría nada, accedió a su deseo.

Ya en casa, no dijo ni una palabra. Mas después de comer cogió textos, mapas, programa y demás y antes de encerrarse en la habitación nos dijo que no le molestásemos bajo ningún pretexto. Anochecía cuando salió a tomar un bocadillo y a decimos que le preparásemos un buen jarro de café. Toda la noche la luz eléctrica permaneció encendida...

A la mañana siguiente en caminóse a la clase y ante la enorme estupefacción de profesor y condiscípulos hizo un brillante examen que le valió la felicitación de uno y otros.

En menos de 24 horas había asimilado lo suficiente como para responder con éxito a cuanto se le preguntó, demostrando así su capacidad intelectual y su férrea fuerza de voluntad para vencer siempre que se trataba de ganar algo que le interesaba.

Cerca de la Escuela Normal se hallaba situado el Palacio de Justicia. Muchos de los alumnos preferían asistir a los juicios que se celebraban, mejor que a las clases y de éstos, Paco fue uno de los más asiduos y apasionados.

Le agradaba saber el por qué de la delincuencia y a través de las tragedias que describían los que eran juzgados comprendía mejor a donde puede llegar el ser humano acuciado por el hambre, la miseria, la enfermedad, la falta de trabajo y de medios para levantar una familia y darle de comer.

Si el defensor del acusado era el abogado oscense Gómez, la sala se llenaba de estudiantes. Si estaba "en forma" se deleitaban escuchándole porque era humano y sabía hacer vibrar al auditorio. Y no digamos el interés de esa juventud cuando el célebre Eduardo Barriobero se desplazaba a Huesca para abogar en favor de un delincuente. Durante toda su vida su toga, su pluma, su palabra y hasta sus bienes, estuvieron al servicio del pueblo, de esos hombres sencillos y en su mayoría buenos...

De carácter alegre, decidido, castizo, fino, elegante, acérrimo defensor de las causas que él creía justas, arrastraba tras él una multitud compuesta de hombres de toda edad, y en particular de los alumnos de Magisterio, algunos de los cuales veían en dicho abogado el redentor, el justiciero...

Otra víctima sacrificada por el odio, pues fue fusilado por los fascistas en los primeros días que siguieron a la toma de Barcelona, en donde quedó enfermo y hospitalizado.

Todo esto hizo comprender a Paco más y más la necesidad de la lucha social. Sí, para él la solución se hallaría atacando la injusticia, atacando al Estado, máximo responsable, y obtener por la fuerza si preciso fuere, lo imprescindible para vivir con dignidad y decencia en el trabajo y en el seno de la familia. Recordemos que adolescente aún, ya soñaba con una sociedad mejor, más lógica, más humana, en la que el delito no pudiese existir, porque las causas que lo motivaban habrían desaparecido.

En cuanto terminó los estudios y hubo ganado lo que necesitaba para comprarse el título, envasando las famosas gaseosas Armisen en la farmacia de don Jesús Gascón de Gotor (también fusilado), solicitó escuela y fue nombrado maestro interino en Ipas, pequeño pueblo montañés situado a escasos kilómetros de Jaca. La proximidad con esta ciudad y con Sabiñánigo, en donde vivían muchos de los obreros de las fábricas de aluminio, le permitía el desplazamiento, los jueves y los domingos, que aprovechaba para orientar,

preparar y mantener entre los compañeros de la CNT, particularmente, el espíritu de lucha que la época requería, a la par que inculcarles el afán de superación, convencido de que la crítica, la reflexión, la discusión aunque fogosa y apasionada, son siempre preferibles a la indiferencia. "Escuela y despensa" había dicho Joaquín Costa. Escuela y despensa debía de ser, pues, el lema de todos ellos, a fin de romper sus cadenas con el esfuerzo de sus brazos y con una mayor cultura, que solamente podía adquirirse con el estudio y con el trabajo.



Francisco Ponzán Vidal

Las clases de adultos tuvieron siempre para él igual atractivo, o más grande si cabe, que las de los niños, a los que quería como algo suyo. Y en España, en aquellos años, cada hombre de ideas conocía su deber. Por eso pudieron hacer una revolución constructiva, difícilmente superada hasta aquí. Como alguien dijo: "La palabra se hizo gesto y éste acción...".

Una de las veces que entró en la cárcel (creo recordar que la primera) fue con motivo de una huelga, desencadenada precisamente por los obreros de las fábricas de Sabiñánigo. Se le acusaba de haber enviado cartas de amenazas a los miembros del tribunal que debía juzgar a los procesados por delito de

huelga. Amenazas que serían cumplidas en el caso de ser condenados. Misivas anónimas al parecer.

Por dicho delito se le juzgó y condenó a seis meses de prisión. El fiscal hizo un verdadero requisitorio contra él, pero no pudo dejar de exclamar:

- ¡Qué lástima que una inteligencia como la de este chico, sea puesta al servicio del mal...!

El mal era para este togado la lucha contra la injusticia, contra los abusos de los patronos, contra el malestar social que se respiraba... Conscientes, los hombres de la CNT se preparaban y organizaban para el gran combate que les esperaba.

A partir de entonces, tan pronto como llegaba a Huesca para pasar las vacaciones la policía le vigilaba estrechamente, pero ello no le arredraba. Lejos de desanimarse trabajaba con entusiasmo en el seno de la Organización Regional, con su inseparable amigo Evaristo Viñuales (que se suicidaría posteriormente en Alicante) y con Jesús Salvatierra, también maestro. Como en una escuela, se preparaba a los militantes para que estuviesen prestos y supiesen de qué modo debería de actuarse el día de su revolución. Había en ellos un gran deseo de saber, de superación. Una sed de cultura. Un ansia de acabar con el analfabetismo, plaga endémica, que era necesario exterminar. Mas, necesito también decir que España poseía entonces una juventud entusiasta, romántica, a quien la guerra obligó a empuñar las armas para poner a salvo su dignidad y su vida.

El 19 de julio de 1936 debía inaugurarse en Barcelona la Olimpiada Popular, organizada como oposición a la que iba a celebrarse en Alemania, con el objeto de protestar contra el racismo de la política de Hitler. Miles de atletas de todo el mundo llegaron a la capital catalana días antes del alzamiento militar, pero las gestas deportivas fueron anuladas por el gobierno español y sustituidas por la fuerza de las armas, por el estruendo de las bombas y el ruido de la batalla.

Mas volvamos al encuentro de Paco.

A partir del movimiento revolucionario del 8 de diciembre de 1933, movimiento que tuvo su más álgida manifestación en los pueblos de Aragón y

La Rioja, se instaló en Zaragoza un comité revolucionario, compuesto de elementos confederales de gran valor. En dicha capital se luchó durante varios días contra el Ejército y demás fuerzas armadas, hasta que estas terminaron con la detención de los que integraban dicho comité.

En varios pueblos de la provincia de Huesca-Alcalá de Gurrea, Albalate de Cinca, Villanueva de Sigena, etc.- se proclamó el Comunismo Libertario, incluso se abolió la moneda como primera medida. Evaristo Viñuales, que ejercía de maestro en Berbegal, tomó en esto una parte muy activa, lo que le obligó después a vivir varios meses escondido para evitar ser apresado, pues se le buscaba con enorme interés.

La represión a causa de este movimiento, que fracasó, fue muy dura. Centenares de hombre y mujeres fueron detenidos. Mi hermano, que con Jesús Salvatierra y otros compañeros de Huesca, había ido a Zaragoza con intención de sumarse a los revolucionarios y colaborar estrechamente con ellos, fue interceptado por la policía a la entrada de la capital y conducido a la prisión militar del Castillo de la Aljafería, mientras sus amigos fueron llevados a la cárcel de Predicadores. Uno y otros, al igual que los demás encarcelados fueron apaleados, torturados, a fin de arrancarles confesiones, mas todo fue en vano porque siempre mantuvieron lo dicho en su primer interrogatorio:

- ¿A qué venís a Zaragoza?
- ¡Al burdel...! -respondió impertérrito Paco, explicación que dieron todos hasta que fueron puestos en libertad.

Días después se iba a Castejón de Monegros en donde había sido nombrado maestro interino.

Allí encontró un ambiente más adecuado que en Ipas para la siembra de sus ideas. Era un pueblo enclavado en una de las partes más tristes, desoladoras y secas de la provincia y hasta me atrevo a decir, una de las zonas más desnudas, agrestes y solitarias de España. Es verdad que el Canal de los Monegros, que debía alimentarse de las aguas del Gállego, estaba en construcción desde hacía tiempo; que la dictadura de Primo de Rivera había creado las Confederaciones Hidrográficas en algunas cuencas; que en 1933 la República había hecho un

plan, dirigido por el ingeniero Lorenzo Pardo, todo lo cual debía conducir a la dotación de agua para el riego de estos terrenos yesíferos, pedregosos, prototipo de sequedad y pobreza, de los que una buena parte corresponden a la provincia de Huesca.

Los trabajos de este canal habían empezado, pero seguían realizándose con extraordinaria lentitud y Paco se aprovechó de estas circunstancias para hacer de sus clases de adultos verdaderos requisitorios contra el Estado. Desarrollaba su tesis revolucionaria y hacía entrever a sus alumnos lo que podía ser aquella región con el regadío, ya que como decía el gran aragonés Joaquín Costa: "Al proporcionar a la tierra el agua, "la sangre" que circula por las venas de los canales, se aseguran las cosechas, librándolas de la escasez y la incertidumbre de la sequía...".

Aplicando sus teorías, el maestro condenaba el caciquismo, la explotación del hombre por el hombre, la injusticia, los salarios de miseria que estaban obligados a aceptar los jornaleros para entretener el hambre de los suyos... En una palabra, a la par que les enseñaba las nociones elementales propias de una escuela primaria, les hacía acariciar la esperanza de un mundo mejor, más humano. El único que él concebía.

No le faltaron críticas, ni enemigos, ni denuncias a la Inspección. De los inspectores el que más le amonestaba era don Francisco Galdeano, hombre extraordinariamente reaccionario y católico, al que más temían los maestros de la provincia cuando visitaba las escuelas. Pero él no se amedrentaba, respondiendo a todos con su indiferencia. A veces se le veía en las inmediaciones del pueblo paseando y discutiendo con el sacerdote o con otro maestro, que desgraciadamente fue fusilado por los republicanos en Barbastro a pesar de sus reiteradas intervenciones para salvarle la vida. De nada sirvió su defensa y puedo afirmar que Paco sintió y lamentó su muerte como la de un amigo, reconociendo que siendo diametralmente opuesto en ideas, no merecía ese fin, pues era bueno y sabía respetar las opiniones de los demás. Pero las revoluciones son así.

Estuvo en Castejón hasta que se resolvió el concurso que adjudicaba las plazas en propiedad a los que habían aprobado los cursillos de selección de 1931. Los

dos habíamos tomado parte en los mismos. Los dos triunfamos en ellos, pero Paco con peor calificación que yo, lo que provocó su mala colocación. ¿Por qué esto? Por su inconformismo; por su rebeldía.

La primera parte de estas oposiciones se realizó en Huesca y la aprobó bien, pues el cursillo de un mes era dado por profesores de la Escuela Normal que le conocían. La segunda, fue dedicada a la práctica, es decir trabajo en Escuela, con explicación de lecciones. Tampoco fue problema para él. La tercera fue la peor y la más difícil: un curso de un mes en Zaragoza, con profesores de la Universidad, nivel superior, al que no estábamos acostumbrados. Mas mi hermano no se amilanó por ello y cuando un eclesiástico trató el tema de "la inmortalidad del alma", aportando las pruebas que consideraba irrefutables, se levantó de su asiento y le pidió controversia, que el sacerdote aceptó, dejándonos a los participantes tan sorprendidos como escandalizados. El diálogo bastante largo terminó cuando el clérigo le dijo: "Usted es ciego para los valores religiosos".

El mismo hecho se repitió con el profesor de Filosofía, por cierto bastante liberal.

Tildado de ateo, y naturalmente de elemento peligroso, hubiese sido suspendido si no hubiese tenido una buena preparación y una pluma fácil.

Estos incidentes le valieron, no obstante, perder un gran número de puntos y ser aprobado con el número 21, de las 32 plazas que estaban destinadas a los hombres, en la provincia de Huesca.

Yo viví esas semanas como sobre ascuas. No me avergüenza decir que la actitud de mi hermano me hizo sufrir muchísimo, pues no estaba preparada para eso. A solas le traté de insensato, de inconsciente, qué se yo, pensando que con su acción nos habíamos perdido la posibilidad de ganar los cursillos. Me miraba y me dejaba decir, convencido de que necesitaba desahogarme y vaciar mi pena. Demasiado sabía él que en la calle o ante los demás no le hubiese hablado así.

Algunos meses después se resolvió el concurso. Yo fui nombrada para una de las escuelas de Jaca y Paco para la de Baos-Corzón, ayuntamiento de

Mazaricos, en La Coruña. Tomó posesión de la misma a principio de julio de 1934, volviendo de su viaje enamorado de Galicia, de sus campos verdes, de sus grandes praderas, pero triste y preocupado porque se dio cuenta de la pobreza en la que vivía la clase trabajadora en aquellas aldeas y caseríos, que agrupados constituían los ayuntamientos y las parroquias. "Comprendo -nos dijo al contarnos lo que había visto- la nostalgia que tiembla de los versos de Rosalía de Castro." ¡También él se sentía poeta alguna vez!

Creo recordar que fue en ese verano cuando tampoco pudo disfrutar de una parte de sus vacaciones, ni pasar en familia y en libertad las típicas fiestas de San Lorenzo, patrón de Huesca.

La víspera, 9 de agosto, aprovechando la alegría y el regocijo de oscenses y forasteros, varios detenidos que habían preparado minuciosamente su evasión se fugaron de la cárcel. Todo había sido previsto, cronometrado. La operación se realizaría a medianoche cuando la rondalla aragonesa estuviese dedicando sus coplas al gobernador y demás autoridades locales. Aprovechando que las célebres cantadoras de jota, Camila Gracia y Gregoria Ciprés, ídolos y orgullo de la ciudad, arrastrarían tras ellas centenares de personas que se echarían a la calle por la sola satisfacción de oírlas y aplaudirlas.

Así fue. Los presos huyeron por la brecha que habían abierto en el muro de su celda, contiguo a la imprenta de Aguarón, sita en la esquina de la plaza en la que se hallaba la prisión provincial. La situación de la imprenta y el lugar elegido para salir impidió toda visibilidad a los guardianes. Y uno a uno, los fugitivos fueron saliendo por el boquete respirando con avidez el aire puro de la libertad. Cuando los carceleros se dieron cuenta era ya demasiado tarde. La alarma fue dada, pero ellos estaban lejos y posiblemente en lugar seguro.

Como era de esperar horas después mi hermano estaba detenido acusado de haber organizado y preparado la fuga desde el exterior. Sin embargo no pudieron probarlo, ni procesarlo, llegando él a demostrar que durante ese tiempo había estado, como tantos otros, frente al Gobierno escuchando el ritmo vivo, animado, de la jota de la que fue siempre un ferviente admirador...

Semanas después le ponían en libertad. Septiembre estaba cerca. Las vacaciones llegaban a su fin, pero contento y sin lamentarse lo más mínimo de sus días carcelarios emprendía de nuevo su viaje hacia Galicia.

En Baos-Corzón estuvo año y medio. Su mayor ilusión era trasladarse a la ciudad para relacionarse con los compañeros del sindicato de la CNT de allí. Hubiese querido estar más cerca, para asistir a todas las reuniones y dialogar con unos y otros, pero tenía que conformarse con escasas idas y venidas, porque los medios de transporte no le permitían hacerlo a menudo.

Aunque en el pueblo se captó pronto la simpatía de los humildes, el cariño de sus alumnos y el aprecio de cuantos le trataban, tenía la impresión de que perdía el tiempo en aquel rincón. El horizonte que encontraba era demasiado limitado para sus aspiraciones. Quería un campo más amplio, una escuela más nutrida, tanto de niños como de adultos. Había que aprovechar el tiempo. Inculcar las ideas que él defendía para contar con una fuerza cada día mayor.

Por todo ello, en cuanto se anunció un concurso de traslado tomó parte y en enero de 1936 conseguía ser enviado a Camelle, ayuntamiento de Camariñas, en la misma provincia, lo que le obligó a integrarse en el sindicato de la CNT de Noya y, por consiguiente, a conocer otros militantes.

En su nuevo destino pasó seis meses. Aunque empezaba a tener amigos y ser conocido en el seno de la Organización de La Coruña tenía prisa de regresar a Huesca. Por ventura el verano estaba cerca, pero Paco ante la gravedad de la situación y los acontecimientos que se precipitaban -huelga de la construcción en Madrid, asesinato del capitán Faraudo y del teniente de Asalto José del Castillo- adelantó su viaje y fue así como el movimiento subversivo le sorprendió en la ciudad oscense. ¡Suerte tuvo!

Llegó dispuesto a jugarse la vida. Ni la familia contó para él. Estuvo en casa unas horas con nuestra madre y la hermana pequeña. Comió, se aseó y después de sacar unos papeles de la maleta volvió a abrazarlas y se despidió diciendo:

- Tengo prisa. Me voy. Ya hablaremos esta noche...

No volvieron a verle más. Supusimos que había estado tres o cuatro días detenido o escondido, no llegamos a saberlo, y que luego continuó con sus compañeros, corriendo de un lado para otro, hasta que el 19 de julio los militares proclamaron en Huesca la Ley Marcial, cuando el día empezaba a clarear... La guerra civil comenzaba...

PRIMEROS CARGOS EN LA GUERRA

Perdida su primera batalla en la noche del 18 al 19 de julio, se dirigió hacia la carretera de Barbastro buscando salida. Sus amigos y en general todos los hombres de izquierdas que habían esperado en balde, en aquellas horas decisivas para el porvenir de España, que se les diese armas con las que defenderse; decepcionados se dispersaron como pudieron, eligiendo cada uno el camino que le pareció mejor.

Meses después supimos que había estado en Chibluco, San Julián de Banzo y Belsué, pueblecitos muy cercanos de Huesca. En el primero citado se resguardó en la llamada casa de "Eusebio". Allí le escondieron una semana y el hecho de haberlo protegido les valió a los dos hermanos mayores, tener que abandonar sus pequeñas propiedades y refugiarse en un principio en Cataluña y después en el exilio hasta 1947.

Volví a encontrarles en Toulouse con la emoción y alegría que puede suponerse. Les acogí en mi casa y charlamos extensamente. Me contaron su vida, sus penas... Cansados de vivir solos, separados de sus familias, yendo de un bosque a otro cortando pinos, trabajo que empezaba a ser agotador para ellos, habían decidido regresar a España. Mas la frontera estaba cerrada, ¿Qué hacer?

Durante la larga conversación que sostuvimos, ni un sólo instante se lamentaron de lo que habían tenido que sufrir por haber ayudado a mi hermano, al que también lloraron. Fue lo que más les agradecí. Deseosa de facilitar la realización de sus deseos les busqué guías que les acompañaron hasta la línea fronteriza, vía Canfranc. Una vez allí se entregaron a las autoridades y, según supe luego, llegaron a su pueblo sin grandes incidentes. Sentí una inmensa satisfacción, como si me quitase un peso de encima. No por creer haber pagado una deuda, porque hay gestos que no se pagan con todo el oro del mundo, sino porque Paco hubiese hecho más, mucho más...

De Chibluco se había ido a San Julián de Banzo, en donde residía la familia de un matrimonio que vivían en nuestra casa de Huesca, desde hacía muchos años y que le querían, me atrevo a decir, como al hijo que no lograron tener.

Después se encaminó al Pantano de Belsué. En ambos lugares le acogieron y le ayudaron.

Tan pronto supo que los militares avanzaban con dificultad y que la lucha continuaba, redobló sus salidas nocturnas hasta conseguir contactar con compañeros y con ellos se dirigió a Angües, pueblo que como los de la mayoría de la provincia, habían quedado en poder del gobierno legal, gracias a la acción decidida de las autoridades locales, en general de izquierdas, y al apoyo de sus administrados, fieles a la República, aunque no todos.

Fue allí donde tuvo la alegría de saber que merced a la fuerza arrolladora y heroica de los trabajadores, en particular de los hombres de la CNT, se había ahogado la insurrección fascista en Barcelona, Madrid, Lérida, Gerona, Tarragona, Alcalá de Henares, Guadalajara, Toledo y más al norte en Gijón, San Sebastián, etc.

El Gobierno legalmente constituido, conservaba las dos terceras partes del territorio nacional; las más ricas económicamente, las más industriales, las más interesantes en suma.

Todo no estaba perdido, pues. La semilla sembrada había germinado en terreno fértil. Una gran esperanza renació en él, haciéndole olvidar la pena que había desgarrado^ alma, cuando se había sentido solo, incomprendido, en el despacho del gobernador y, tratado de exaltado, de irreflexivo, de loco incluso por más de uno. Le dolía la sangre derramada a torrentes, las vidas que acababan de ser segadas en plena flor, por la incapacidad de nuestros gobernantes primero y segundo, por los titubeos, las vacilaciones de los otros, la falta de audacia para decidir y actuar en las horas en las que se veía claramente que se ventilaba el futuro de España, poniendo en peligro a miles y miles de personas. Pero por lo que a él respecta, estaba contento de su actuación. Había obrado tal y como lo exigía la realidad. Es decir, como militante y como revolucionario...

Reavivada su fe en la victoria, confiando en la ayuda de fuerzas fieles a la República, pensó en que les sería fácil reconquistar Huesca, esa tierra tan querida, en la que había quedado familia y cuanto más amaba.

En Angües encontró numerosos amigos y conocidos de la comarca y no pocos de la ciudad que habían conseguido burlar la vigilancia, pasando a la zona republicana, delimitada ya.

En seguida se le nombró responsable del Comité Comarcal de dicho pueblo, pero cuando él llegó, allí y en los pueblecitos que le rodeaban habían hecho ya su revolución, como explicaré después.

Por los que llegaban escapados de Huesca iba conociendo mejor la situación de la capital, los desmanes y atropellos que se cometían. Al principio fue relativamente fácil huir. Hacía falta coraje y querer. Pero únicamente los más audaces, los que comprendieron que era preferible afrontar el riesgo que dejarse coger indefensos se decidieron a hacerlo. Algunos en un carro de paja o hierba, aprovechando la salida de los labradores al campo, como el zapatero Arnalda, viejo militante de la CNT. Otros disfrazados de mujer o de sacerdotes. Algunos vistiendo la célebre camisa azul, para hacerse pasar por falangistas. Los más, haciendo cara al peligro, de noche, protegidos por la oscuridad, pues todos los medios eran buenos para escapar de aquel ambiente, de aquel *Cara al Sol*, cantado por doquier en signo de victoria y de alegría por los vencedores. De la obligación de saludar el paso de su bandera, si se quería pasar desapercibido y librarse de las insolentes amonestaciones de los que rodeaban a uno.

Sí, horas aquellas de triunfo para los partidarios o simpatizantes del nuevo Régimen. Horas de luto y de lágrimas para los que habíamos contribuido con nuestro voto al advenimiento de la República el 14 de abril de 1931...

La caída de Siétamo, Estrecho Quinto, Quicena y otros lugares en poder de las milicias, hizo creer a los republicanos oscenses que todo no se había perdido todavía y que la capital sería recuperada. La guerra continuaba. Los obuses caían aquí y allá. Uno de ellos explotó en nuestra casa, a la satisfacción de no pocos, que decían con satisfacción e ironía:

- Menos mal que empiezan zumbando a sus propias familias.

No hubo víctimas, aunque yo me salvé por verdadero milagro, como suele decirse. Me hallaba con la mano en la cerradura del piso, cuando la vibración del proyectil, la deflagración y el polvo me hicieron echar al suelo del rellano de la escalera, a la par que oía gritar a mamá:

-¡Pilar, Pilar...! ¡Baja corriendo, hija mía...!

Medio aturdida me levanté y bajé lentamente las escaleras. El susto fue grande, pero la metralla no me había alcanzado.

Minutos después llegaron los hombres que formaban un piquete de socorro preguntando:

- ¿Qué ha ocurrido? ¿Hay muchos destrozos?

Una vez más, mi madre reaccionó como de costumbre, imaginándose lo que ellos pensaban para sus adentros:

- ¡Pasen ustedes! -les dijo-. No ha habido muertos ni heridos y es lo esencial. Suban al segundo piso y hagan lo que consideren necesario.

Sorprendidos por su sequedad, no se atrevieron a pronunciar una palabra más. Apuntalaron la parte que había sido destruida y desaparecieron, sin despedirse siquiera.

El obús había explotado en la cama en la que yo acababa de colocar el tercer colchón, almohadas, ropas, etc., ya que, por temor al tiro de la artillería, habíamos decidido dormir en el patio que era grande y cada mañana y noche subíamos o bajábamos cuanto necesitábamos. El mobiliario quedó hecho añicos y uno de los muros, que daba a un tejado, situado un poco más bajo, completamente agujereado. Los daños fueron considerables.

Ocurría esto en el mes de septiembre, mas el recuerdo que más vivo ha quedado en mi memoria es el del combate del 30 o 31 de agosto, cuando creí que la ciudad caía en manos del gobierno legal.

El estampido de los cañones, el zumbido de los aviones que surcaban el aire, el trágico diálogo de ametralladoras y fusiles, hicieron que la población entera

respirase en un ambiente de intensa emoción, pues se oía de muy cerca el fragor ininterrumpido de la pelea, no atreviéndose casi nadie a salir a la calle por miedo a recibir una bala o un pedazo de metralla.

A medida que la tarde declinaba, la esperanza de los que todavía pensábamos en un triunfo posible de los republicanos se esfumaba también.

El primer ataque desencadenado por las Milicias de Cataluña, Barbastro, etc., había fracasado...

He dicho antes que cuando mi hermano llegó a Angües, el pueblo y los pueblecitos que le rodean, habían hecho ya su revolución. ¿Por qué? Porque la gota de agua había hecho desbordar el vaso con el hecho siguiente:

Cuando la Guardia Civil, destacada en Angües, tuvo confirmación de la sublevación militar en Huesca, abandonó el puesto que le había sido confiado para ir a sumarse a los vencedores. No sólo se llevó a sus familias (lo que hubiese sido normal) sino a cuantos quisieron seguirles voluntariamente, y por la fuerza a una veintena de hombres conocidos por sus ideas de izquierdas que fueron fusilados poco después, sin formación de causa. Lo mismo les sucedió a otros que habían ido en busca de información y que sorprendidos en las cercanías de la ciudad siguieron la misma suerte.

Cuando los habitantes de Angües y sus vecinos se enteraron de los asesinatos cometidos, se rebelaron y saciaron su sed de venganza asaltando las viviendas abandonadas, quemando los archivos públicos y privados que encontraron; incendiando santos, casullas y cuanto sacaron de la iglesia y casas de los que habían huido, para que el fuego lo consumiese todo. Reliquias, cuadros, de gran valor al parecer, fueron devorados por las llamas sin que se les concediese el más mínimo valor...

¿Quién fue el culpable? ¡Todos a una! como en Fuenteovejuna. Los que les habían fusilado a un familiar; los que estaban hartos de vejaciones, de servir de esclavos a caciques y señores, de humillaciones, de quedarse con hambre más de una vez, pero ante todo y sobre todo, ávidos de vengar a los que habían sido asesinados tan canallescamente. Provocados, se defendieron

como pudieron. "Ojo por ojo, diente por diente"... Terrible ley del Tali3n que en casi todas las revoluciones triunfa.

De Angües, Paco se march3 a Fraga.

En octubre de 1936 se reunieron all3, en Pleno Regional de la CNT, los militantes de la regi3n aragonesa, que hab3a quedado en poder de la Rep3blica, y cuantos se refugiaron en ella, evadidos de la zona fascista, constituyendo el Consejo Regional de Defensa de Arag3n, compuesto exclusivamente por hombres de la CNT y de la FAI (Federaci3n Anarquista Ib3rica), que no obtuvo el reconocimiento del gobierno central.

En 3l, mi hermano fue nombrado Consejero de Transportes y Comunicaciones.

He aqu3 la lista del Consejo:

Presidente: Joaqu3n Ascaso

Justicia y Orden P3blico: Adolfo Ballano

Agricultura: Jos3 Mavilla

Informaci3n y Propaganda: Miguel Jim3nez

Transportes y Comunicaciones: Francisco Ponz3n

Instrucci3n P3blica: Jos3 Alberola

Econom3a y Abastos: Adolfo Aznar

Trabajo: Miguel Chueca

Paco ocup3 este cargo solamente hasta diciembre, pues cuando el Consejo fue reconocido, por fin, por el gobierno de la Rep3blica y ampliado con la participaci3n de los otros sectores antifascistas, su puesto fue ocupado por Luis Montoliu, y 3l pas3 a hacerse cargo de la subsecretar3a del departamento de Informaci3n y Propaganda, en representaci3n de la Confederaci3n Regional de Arag3n, La Rioja y Navarra, del que era consejero su 3ntimo amigo Evaristo Viñuales.

En el corto tiempo que el Consejo Regional de Defensa pudo actuar, los campesinos aragoneses realizaron, en toda la zona que dominaron, la m3s atrevida experiencia revolucionaria, apoyados por las columnas confederales

"Durruti", "Ascaso", "Los Aguiluchos" y "Roja y Negra", fuerzas que fueron agrupadas más tarde en tres divisiones: la 25, la 26 y la 28.

Escasos son los datos acerca de la actividad de Paco en los meses que estuvo en el Consejo de Aragón, pues los amigos que los vivieron en él han desaparecido o se hallan en tal estado de senectud y enfermedad que son incapaces de recordar siquiera ese pasado lejano, pero que fue parados el más intensamente vivido. Y al decir esto pienso en Joaquín Ascaso, exiliado en Venezuela, como tantos y tantos compañeros y amigos.



El Consejo de Aragón. En el centro con el puño levantado Joaquín Ascaso
A su izquierda Francisco Ponzán

He logrado, sin embargo, recuperar aquí y allá documentos y papeles suyos, escritos muchos de su puño y letra. Entre ellos conservo dos borradores, que por revelaren cierto modo su temperamento indómito, transcribo a continuación. El primero lleva fecha del 26 de octubre de 1936 en Fraga y va dirigido al Consejero de Transportes y Comunicaciones de Cataluña. Dice así:

Compañero:

Aragón por voluntad de sus ciudadanos ha constituido su Consejo Regional de Defensa, habiéndome designado para ocupar la Consejería de Transportes y Comunicaciones.

Desde este cargo, te ofrezco mi incondicional apoyo en todas mis posibilidades, de la misma forma que espero de vosotros el apoyo solidario, hasta hoy mil veces reconocido.

Los pueblos libres del yugo fascista, en hermanado abrazo, han de ser el firme baluarte de la libertad y el exponente de un mundo nuevo.

Incondicionalmente tuyo y de la Causa Antifascista, el Consejero de Transportes y Comunicaciones, Ponzán.

Las otras cuartillas son la síntesis de una de sus charlas por radio y dice así:

Pueblo de Aragón, trabajadores de Iberia, hombres que en los frentes de batalla lucháis y estáis dispuestos a dar la vida por la causa de la libertad, rebeldes del mundo, antifascistas todos: un saludo cordial. Os habla un rebelde. Un inconformista. Uno que lo dio todo por la libertad, causa de su vida y a quién nadie podrá calificar de traidor, ni de cobarde.

Os digo esto, como respuesta adecuada a los desleales y traidores, que con lenguaje soez suelen increparnos, vituperar nos y echarnos en cara nuestro origen humilde.

Ninguno podrá acusarnos de inmorales. Ninguno podrá hablar de cobardías al citar nuestro nombre. Podrá decir que tuvimos una voluntad, que tuvimos un corazón y que tuvimos una Idea. Que jamás nos arrastramos como la oruga a lo largo de la estaca, buscando una prebenda y que cuanto tuvimos fue siempre del pueblo, porque del pueblo venimos y carne del pueblo somos.

Os hablo en nombre del Consejo Regional de Defensa de Aragón, al cual pertenezco.

De su necesidad os hablaron ya mis compañeros en emisiones anteriores y por ser fruto de la libérrima voluntad del pueblo, la conocéis también vosotros. Era necesario que un órgano responsable orientara la vida política, social y económica de la región aragonesa, evitando injerencias extrañas, que a no dudar desfiguran nuestra personalidad recia, fuerte y firme.

Era preciso que nuestro Aragón libre y digno, como otros pueblos libres de nuestra España, se encargara de decidir su propio destino, siendo sus hombres los responsables directos, por cuanto que eran y son sus intereses que se ventilan.

Dos problemas primordiales queremos y debemos resolver: ganar la guerra y reorganizar la vida de nuestra región, sobre unas bases más justas que aquellas bajo las cuales se desenvolvía hasta ahora. Para ganar la guerra contamos con la razón de nuestra Causa, con la virilidad de nuestros luchadores, con la conformidad de un pueblo que nunca quiso vivir esclavizado y con material de combate.

Para organizar la economía, contamos con las riquezas naturales de nuestra región, con la capacidad de sus hombres y con el esfuerzo de pueblos y colectividades.

El Aragón genuino, el que sabe morir para vivir dignamente, el que sabría eclipsar, si preciso fuere, los Saguntos y Numancias; el Aragón del mono y la blusa; el rebelde y mártir que ha estado incubándose clandestinamente durante más de un siglo; el Aragón de los trabajadores que alcanza su mayoría de edad... este Aragón sabrá ganar la guerra y sabrá empezar a vivir bajo un signo nuevo de solidaridad y amor.

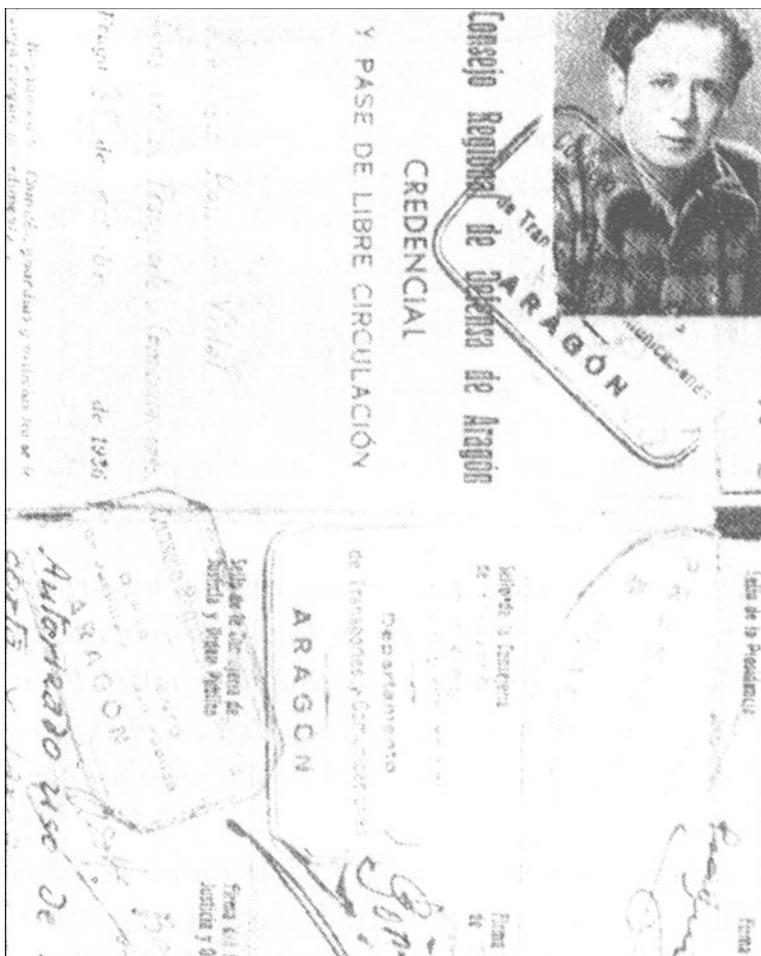
Y ahora..., a los que me escucháis y que estáis bajo el poder fascista, trabajadores de Zaragoza y Teruel...!

Pronto vuestros hermanos aragoneses, con la ayuda de vuestros hermanos catalanes, con la ayuda de vuestros hermanos de otras regiones clavarán en lo más alto de vuestras torres y de otros edificios, las banderas símbolos de libertad.

¡Ánimo...! Fe ciega en nosotros y rebeldía eterna contra nuestros verdugos...!

¡Sabotead la producción...! ¡Destruid todo aquello que esté a vuestro alcance...! ¡Luchad como podáis...! ¡La hora de vuestra liberación se acerca...!

¡Pueblos libres del mundo...! ¡Viva la revolución social...!



Credencial expedida por el Consejo de Aragón a Francisco Ponzán, Consejero de Transportes y Comunicaciones

MI TRASLADO A JACA. CÁRCEL Y TRÁGICA SALIDA DE LA MISMA

Semanas antes yo había sido detenida. Desde que el cañonazo nos destruyó una buena parte del piso nos habíamos refugiado en el de una hermana de mamá, situado en el Coso Bajo, zona menos expuesta al tiroteo, enclavada en la parte alta de la ciudad. Llevábamos unos días allí cuando se presentó la policía a buscarme. No la esperaba y diré porqué.

Antes de comenzar el nuevo curso escolar los funcionarios de los ayuntamientos habían hecho su selección en la enseñanza y suspendido en su ejercicio profesional a los maestros que consideraron indignos, por razones ideológicas. En la lista de Jaca mi nombre no figuraba. Lógicamente, pues, no teniendo deudas a pagar según ellos, no corría ningún riesgo. Pero ¡ah! me llamaba Ponzán y esto les bastó.

- ¿Por qué se la llevan ustedes? -preguntó mi buena madre sorprendida y esta vez, con lágrimas en los ojos.

- ¡Son órdenes...! -le respondieron secamente.

Demasiado sabían el pretexto que al fin habían encontrado: acusarme como secretaria de Paco, aun a sabiendas de que uno y otro ejercíamos a más de setecientos kilómetros de distancia... Mas era necesario que alguno de la familia pagase y fui la víctima que eligieron.

Les seguí después de abrazar a los míos. Anochecía...

De la comisaría, en donde me hicieron la correspondiente ficha me condujeron a la cárcel, y en ella viví tres días en pésimas condiciones y con un sufrimiento moral indescriptible. Las otras presas (entre las que se encontraba una empleada de Correos que conocía bien: Paquita Fenero), me hicieron relatos dantescos de las fatídicas "sacas", que tenían lugar al amanecer y que yo

desconocía todavía. Confieso que pasé un miedo espantoso, porque el asombro, el estupor, jugaron un gran papel. Menos mal que supe reaccionar.

"¡No...! -me dije a mi misma- ¡No me verán llorar! ¡No les daré esa satisfacción! Mi nombre no me permite ser cobarde, ni quiero tampoco que un día mi hermano sepa lo que fui."

Esta idea se fijó en mi cerebro con tal fuerza que entonces y siempre me ayudó mucho.

La Guardia Civil se encargó de mi traslado a Jaca y de la de tres jóvenes, que seguían como presos gubernativos en Huesca por los incidentes ocurridos en la ciudad jacetana, después de la manifestación del Primero de Mayo. Los tres fueron fusilados en seguida.

Del Cuartel de Galicia, me trasladaron a la prisión. Al entrar en el vetusto y siniestro edificio, sentí frío en el cuerpo y en el alma. Penetramos en el despacho del director, en el que se hallaba el inspector de servicio, quién después de leer la orden de detención me hizo las preguntas de rigor y llenó otra ficha. Hecho esto cogió un manajo de llaves y me condujo a la celda de mujeres. Los hombres que encontramos en el mismo rellano de escalera y que ocupaban la famosa "Matutana" me miraron con pena y sonriéronme tristemente. ¡Una más debieron pensar...!

Al abrirse la puerta vi a mi amiga y compañera de profesión, Caridad Olalquiaga, que ya llevaba encerrada unas semanas. Nos abrazamos fraternalmente.

Por ella supe que dos de los maestros de Jaca habían sido fusilados: Alfonso Iguacel y Félix Goded, excelentes amigos de las dos. Este último había sido también encarcelado unos días en Huesca, en donde residía con sus padres y hermanas, y después trasladado allí, pero él no entró ni siquiera en la cárcel. El jefe de la guarnición militar, tan pronto como le fue presentado, lo hizo meter en un calabozo para ser ejecutado en la madrugada. Con desprecio olímpico a la única pregunta que se atrevió a hacerle le contestó:

- Para las horas que le quedan a usted de vida, no necesita nada...

Y aquí empezó el calvario del condenado. Sabedor de la suerte que le esperaba decidió terminar lo antes posible y con una hoja de afeitar, que había logrado disimular, se cortó las venas del antebrazo. En los estertores de la agonía, en su lucha con la muerte cayó del camastro en el que se hallaba tendido y el centinela al oír el ruido abrió la puerta. Al constatar que ya había perdido mucha sangre dio la alarma e inmediatamente se le trasladó al hospital. Reanimáronle y a fuerza de transfusiones le hicieron recuperar una parte de sus fuerzas.

Cuando pudo ponerse en pie, "los señoritos de Jaca", los que habían visto en él al intelectual de valor, al orador fácil, al defensor encarnizado de la Escuela nueva de la República, se lo llevaron y en una carretera atado a un árbol ensañáronse con su víctima, jugando y divirtiéndose como suelen hacer los jóvenes en las garitas de las ferias para entrenarse a tirar...

Mariano Burillo, también maestro, recogió su cuerpo acribillado de balas, lo hizo conducir al cementerio y le dio sepultura.

El crimen fue tan horroroso que no podrá olvidarse nunca, como tampoco podrá esfumarse de la memoria de los viejos jacetanos el recuerdo de La Cazoleta.

¿Quién era esta muchachita, martirizada, asesinada, en una de las primeras semanas que siguieron al famoso 19 de julio?

"Tenía 16 años" dicen los versos que le dedica en su *Romancero de la Libertad* un poeta de la Revolución, aragonés de pura cepa, muerto en el exilio. Me refiero a Gregorio Oliván, a quién sorprendió el Movimiento veraneando en Hecho, pues él residía en Zaragoza ejerciendo su profesión de juez.

18 de julio de 1936. Hallábame como uno de tantos -escribe en el prefacio de su libro- en medio de la contienda que dividía a España.

Y sin pesar, ni medir, ni contar -¿era mi terror innato a las matemáticas?- lo abandoné todo -carrera, patrimonio, porvenir, familia... ¡vida!- en pos de la Causa que creí justa.

Y simultáneamente, toda mi pasión y mi protesta ante la maldad del Mundo coaligada contra un pueblo bueno, me hicieron nacer Poeta - verdadero- aquel día.

Fue apenas comenzada la guerra... El tiempo de elaborarse en mí una Primavera de sangre.

Entre las ruinas preliminares de aquella profunda conmoción que sufrió España en su alma y en su carne; espectador e intérprete de la cotidiana tragedia, entre tantas vidas ignoradas y silenciosas sacrificadas al odio, encontré mi primera Musa. Llamábanle La Cazoleta...

El Romancero de la Libertad, es una agrupación de romances pertenecientes a tres de sus libros titulados: Romances del Fuego, Romances del Hierro, y Romances de la Derrota.

Los primeros fueron compuestos en Valencia en 1937 y entre ellos figura: "Muerte de la Cazoleta", que empieza así:

I
Es un caracol de mar
la calle mayor de Jaca.
Avanza el rumor lejano
de toda marea humana.
Caras de piedra del pueblo
en la paz de la montaña
cara a un resplandor que nace
tras de las cimas lejanas.
Avanza el pueblo... ¡hacia el sol!
a cogerlo en sus manazas
y a fijarlo para siempre
en un dorado mañana.
Es una orden de silencio

el siseo de alpargata
y los conejos burgueses
avivan ojos de alarma.
Adoptan gestos chulones
los de la sota de espadas;
los más viejos refunfuñan
en el pozo de sus almas
y los mozos, más flamencos,
se plantan en la calzada.
Pero la corriente sigue lenta,
obstinada, compacta...
Se sobrecogen los curas
en el hondo de sus sotanas,
caparazón donde esconden
la cabeza atortugada.
Pero hay consignas ocultas,
telégrafos de miradas,
teorías de silencios,
presagios, inquietud trágica.
Mas la procesión civil
parece no saber nada
y sigue el ritmo arrastrad
de sus suelas de alpargata.
Delante de todos ellos
una mocita barbiana
que apodan "La Cazoleta",
flor de desgarro y de gracia,
arrastra, briosamente,
una bandera encarnada.
Fiesta en mayo proletario.
Flor de rebeldía. ¡Jaca!

Esta primera parte de "Muerte de la Cazoleta" explica perfectamente la sed de venganza de los que aquel día poco pudieron hacer contra esos miles de hombres y de mujeres que quisieron ser libres "en un mundo que avanzaba...".

Pero sus deseos callados de venganza se vieron satisfechos cuando, en la madrugada del 19 de julio, las armas de los militares ahogaron las voces de un pueblo indefenso que fue cayendo en manos de los vencedores, como nuestra Cazoleta, como todos aquellos hombres que llenaron ese día la gran explanada de la Ciudadela, que yo vi con consternación e inmensa pena, en las horas que estuve forzada de vivir allí.

Sí. El desfile del Primero de Mayo costó mucha sangre a Jaca. Muchas lágrimas. Mucho luto...

Las inocentes víctimas de este odio fratricida fueron una vez más los huérfanos de los fusilados; los vencedores les trataron de inculcar en sus jóvenes cerebros el desprecio a las ideas de Libertad y de Justicia por las que sacrificaron sus vidas los seres que les habían hecho venir al mundo.

Sin embargo, no siempre lo conseguían. Los mejores recuerdos de mi cautiverio se los debo a mis alumnas de 8 a 10 años. Se pasaban horas paradas en la esquina de la prisión para tratar de verme a través de una minúscula ventanita con rejas, o entrar en los días de visitas, cuando éstas fueron autorizadas meses después. Mis niñas y las de la clase de Cari, se agolpaban ante la puerta para pasar las primeras. Jamás vinieron sin un regalito, preparado con amor. Pasteles, fruta, flores... que compraban con los céntimos que sus padres o familiares les habían dado para sus golosinas y que sacrificaban con gusto para contribuir todas por igual en la compra del obsequio que habían decidido ofrecer a sus maestras, a las que seguían juzgando buenas, pese a la injusticia con que se las trataba. Un nombre no he olvidado nunca. El de María Béseos Ferrer. ¡Vino tantas y tantas veces a depositar un paquetito para mí! Mas volvamos a nuestra Cazoleta. Como el romance que le dedica Gregorio Oliván es demasiado largo para incluirlo aquí copiaré solo su última parte:

III

Cazoleta, Cazoleta,
de sangre y barro manchada;
¡Siempre Virgen, Siempre Virgen
blanca, blanca, blanca, blanca!;
el oficial que te dio
en la sien tiro de gracia
tiene espinas en la sangre
y clavos en la mirada.
Su mujer parirá engendros
de liendre y de zangarriana,
que no puede parir hombres
la hembra de una alimaña.
Lágrimas de sangre y hiel
llorará la triste Jaca
y serán tu mausoleo
los montes de su montaña.

Un año duró nuestra tortura moral en la cárcel, esperando día tras día los minutos de la ejecución, ya que muchísimas veces se condujo a los condenados al lugar del suplicio sin haber sido interrogados. ¡Cuántas veces el juez de Instrucción llamó a un detenido que estaba enterrado hacía tiempo! En el período de mi detención más de quinientas personas salieron de allí o del Fuerte de Rapitán para ser fusilados, entre ellas bastantes mujeres, analfabetas en su mayoría, a excepción de Pilar Beltrán, joven jacetana, que ejercía de maestra en Sabiñánigo.

Su condena a muerte le sorprendió tanto que al oír pronunciar su nombre se levantó de un salto del petate en el que se hallaba acostada y dijo con calma: "¿Yo? ¡Pues *Requiescat in pace...*!" y vistiéndose con rapidez se despidió de las compañeras y salió de la celda. Había que ver la mirada sádica de los hombres que habían ido a buscarla a ella y a otros prisioneros (y que sin duda formarían

parte del piquete de ejecución) cuando aparecieron en la puerta de la celda, con el oficial de servicio, con cuerdas en las manos para atar a los que iban a asesinar. No eran ojos de seres humanos sino de fieras hambrientas, sedientas de sangre...

Inolvidable también el suplicio de las horas de espera cada noche, largas, interminables. Y después, en medio de un silencio sepulcral en el que se oían y seguían los pasos de los verdugos, el abrir y cerrar de las puertas, la llamada de los que habían sido designados para morir. Sus palabras de despedida y algunas veces, si el oficial de servicio era humano, el último abrazo a la madre, a la esposa, hermana o novia.

¡No olvidéis estos crímenes! nos dijeron muchos. Los menos: ¡Vengad nuestras muertes!

En su mayoría marchaban hacia la muerte serenos, despreciando a sus asesinos, escupiéndoles a la cara más de una vez, como lo hizo Alfonso Iguacel, el maestro tan injustamente fusilado.

Joaquín Maurín, líder del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), fallecido en Nueva York a finales de 1973, hubiese podido describir con su pluma selecta, y acaso lo haya hecho pues supe que estaba redactando sus memorias, todas estas escenas desgarradoras que él vivió intensamente. Estuvo un año detenido en esta cárcel, sin que sus carceleros sospechasen la verdadera identidad del personaje que se ocultaba bajo el nombre de Joaquín

Julia Ferrer. Sólo un hombre le reconoció que yo sepa, un albañil militante de la CNT, que fue ejecutado llevándose con él el secreto. Si hubiese hablado, nada ni nadie hubiese logrado salvar, en aquellos primeros meses, al revolucionario Maurín... Más tarde, cuando se le identificó, las circunstancias habían cambiado un poco y su esposa, francesa, consiguió salvarlo gracias a la intervención de importantes personalidades de su país.

También mi buena amiga Cari y yo tuvimos suerte. El juez militar que incoaba las causas de los prisioneros y que iba casi a diario a la cárcel para efectuar los interrogatorios, era el teniente Bañares (más tarde capitán), esposo de una maestra de Jaca con la que nos unía una excelente camaradería. A esta feliz

coincidencia debimos las dos la vida, pues hizo cuanto pudo por salvamos retrasando el juicio sumarísimo en el que debía decidirse nuestro castigo.

Inútil decir, por ser el hecho demasiado conocido ya, que los procesos tenían lugar sin la presencia de los acusados ante un tribunal militar. Y el día 30 de marzo de 1937, a pesar de jugarse su cargo, nos defendió con encarecimiento. En cuanto a mí, demostró de la manera más elocuente que pudo que yo no podía ser la secretaria de Paco, puesto que yo ejercía allí y él en Galicia. Pero... ¿lo hubiese hecho de no haberme conocido? Sinceramente, dado como se desarrollaban las cosas, no lo creo.

Se nos acusaba a las dos de haber votado a las izquierdas, leído la prensa del mismo color, de ir poco a la Iglesia, etc., pero sobretodo de haber hecho cantar a las niñas en la escuela la Internacional, acusación totalmente falsa, pues ni la conocíamos en aquel entonces.

De los nueve jurados que debían, en voto secreto, dictaminar la pena, cuatro votaron ¡Pena de muerte! Los cinco restantes votaron por la siguiente pena: detención hasta final del Movimiento y después, si fuere necesario, nuevo proceso.

Un voto salvó nuestras vidas; los cinco que nos apoyaron habían aceptado formar parte ese día del tribunal por el solo deseo de salvamos. Por un lado el juez, por otro mi cuñado, el teniente Pajuelo, el capitán Ruiz y algún otro, hicieron que el crimen no fuese consumado... y digo crimen, porque ni una ni otra habíamos intervenido en la contienda que los militares fascistas desencadenaron el 18 de julio.

El delito de las dos consistía, si delito hubo, en ser jóvenes y amigas de líderes socialistas: Manolo Latorre, Félix Goded, Julián Borderas, etc. y por lo que a mí respecta, en llamarme Ponzán... Faltos del revolucionario, tenía que pagar alguno de la familia...

Juzgadas ya, estuvimos más tranquilas. Y no es que fuera duro el vivir en dos pequeñas celdas, sin puerta entre ellas, de unos 35 m² en total, llenas de chinches, piojos, pulgas, sobre todo en los meses de verano. Sin higiene, sin

duchas y frente a la puerta un insignificante retrete en el que había que esperar siempre turno para entrar...

En cada pieza (de algún modo hay que llamarla) había una minúscula ventana con rejas. En la celda del fondo la ventana estaba situada tan alta que no podíamos mirar por ella al exterior; la más baja nos la disputábamos para contemplar mejor un cachito de cielo, un trozo de patio y tejados. Se veía con frecuencia al mismo gato. Corría, paseaba, retozaba, se tendía... era libre. Joaquín Maurín le dio un nombre: Misceláneo y para entretenerse le consagró un libro, que dedicaría a Mario, su único hijo y que titularía *Historia del gatito Misceláneo*, ilustrado con dibujos de otro preso.

Encerradas allí habíamos estado 40 mujeres. Apenas quedaba espacio libre para llegar hasta el retrete cuando los petates estaban extendidos. Todas, por cuestiones políticas, excepto una muchacha joven que estaba por infanticidio. Soltera se había quedado embarazada y no halló otra solución que la de estrangular al recién nacido con una media.

Otra de las detenidas, tenía un niño llamado Roland. Raquítico, enfermizo, hambriento, que con sus lloros, sus gritos, nos destrozaba el corazón día y noche, poniéndonos los nervios a flor de piel. Tenía 18 meses. ¿Qué habrá sido de ese chiquillo que en el umbral de su vida pagaba el delito de haber salido del vientre de una madre, a la que se tildaba de rebelde, si no de revolucionaria?

Y que terminó medio loca, insultando a todos, dejando salir por su boca el odio, el desprecio que le inspiraban los asesinos de su hijito, cada día más flaco, más cadavérico...

¿Qué habrá sido de todas aquellas compañeras de infortunio, con las que convivimos tantos y tantos días? Candelaria Gracia, María Diez, Irene Ascaso, María Jáuregui, por no citar más que algunas.

Estuvimos detenidas hasta el 9 de septiembre del mismo año. Dormíamos profundamente cuando se nos despertó, serían las tres y media o las cuatro de la madrugada. ¡La hora fatídica de las "sacas"! Sin saber el cómo ni el por qué, recibimos orden de vestimos y de preparamos para salir lo más rápidamente

posible. Aturdidas, desconcertadas, temblorosas, fuimos acompañadas al despacho del director, en donde encontramos dos guardias civiles, fusil en mano, y en su presencia nos hicieron firmar la salida de la cárcel. Al llegar a la calle otra sorpresa nos esperaba. Ante la puerta, se hallaba parado un pequeño autobús, en el que vimos media docena de guardias armados, un grupo de mujeres y dos hombres ya de edad. Algunas lloraban. Cambiamos unas miradas interrogatorias, pero comprendimos que tampoco sabían a donde se nos llevaba. El vehículo se puso en marcha y pronto vimos que tomaba la dirección del Fuerte de Rapitán, siniestro lugar en el que se fusilaba a la gente, pues en principio asesinaban en el mismo campo de tiro de los militares, distante del cuartel seis o siete kilómetros, si mal no recuerdo, en la carretera de Pamplona.

Al darnos cuenta de que se nos conducía a Rapitán ni por un momento dudamos ya del fin que nos esperaba, pero nos preguntábamos: ¿Cómo es posible que nos maten después de juzgadas y condenadas a otra pena? Al pasar por delante de la Ciudadela, en la que continuaba viviendo mi buena hermana Carmen, con su familia, mentalmente me despedí de ellos y me dispuse a morir, lo más serenamente posible. Como dije antes, durante el año de mi cautividad sólo deseé una cosa: no flaquear, no dar a mis enemigos la impresión de tener miedo, no llorar, no olvidar que Paco hubiese deseado saber que había muerto con entereza, como él mismo creía poder hacerlo, ante un pelotón de ejecución.

El buen Maurín también nos ayudó en esto: "Morir fusilados -nos decía a través de la rejilla de la celda o en la oficina en donde nos encontrábamos casi todas las tardes- no es lo peor. Es cuestión de minutos". Pero, ¡Cuán largos fueron estos hasta que llegamos cerca del Fuerte citado!

¿Qué ocurrió entonces? Ante nuestra gran sorpresa los guardias civiles nos hicieron bajar del autobús y subir en otro que emprendió en seguida el camino de regreso a Jaca. ¿Lo habían hecho adrede para darnos miedo? ¿Nos llevaban de nuevo a la prisión? No. El vehículo atravesó la Calle Mayor y alguna más que no recuerdo y salió de la ciudad, siguiendo por una carretera dirección Orna. El estupor de los detenidos era cada segundo que pasaba más grande aún.

Ya era de día. Había llovido durante la noche y la tierra se veía húmeda. En medio de un silencio sepulcral seguíamos los más insignificantes ruidos del ómnibus, observábamos a los guardias, las maniobras del conductor, los kilómetros recorridos, etc.

Me es difícil precisar hoy el tiempo que duró el viaje. Lo que sí recuerdo es que el miedo, el terror, nos habían hecho perder la noción de todo. Finalmente el vehículo se detuvo cerca de Orna. Se nos hizo apeaar y con indescriptible estupefacción nos vimos rodeados de soldados, fusil en mano. ¿Acaso se nos había conducido hasta allí para fusilarnos? ¿Eran aquellos jóvenes los que iban a formar el piquete de ejecución? Volvimos a buscar en los ojos la respuesta, sin que ninguno nos atreviésemos a pronunciar una palabra, ni a manifestar el pánico que nos esforzábamos en disimular. Guardias civiles y militares se alejaron unos pasos y discutieron entre ellos. Finalmente, los primeros encabezaron la marcha y en fila india avanzamos por una larga y estrecha trinchera que encontramos bastante más lejos.

Como ya he dicho había llovido y habiéndose formado barro se nos hundía en él el calzado y andábamos mal. Un nutrido tiroteo empezó. Silbaban las balas por encima de nuestras cabezas, debiendo agacharnos para guarecernos mejor... El tiempo era espléndido. La naturaleza aparecía ante nosotros adornada de sus mejores galas, toda tapizada de verdura, con pequeños arbustos, matas de hierba aquí o allá y aquel cielo tan azul... pero no eran momentos de gozar del espectáculo natural que se nos ofrecía; eran de protegernos lo mejor posible, para escapar a los proyectiles que podían en un instante segar nuestra vida, cuando más bella nos parecía y más intensamente deseábamos vivirla.

No obstante, a medida que avanzábamos penosamente, a Cari y a mí nos parecía vivir un sueño. Cuántas veces, contemplando un trocito de cielo desde la minúscula ventana de la celda, al ver cruzar alegremente a los pájaros, habíamos pensado o dicho una a otra: "Quién pudiese convertirse en ave, unos segundos, para salir de aquí y huir, volar, hacia la zona republicana... Poder vivir libremente. Poder olvidar las pesadillas de estas noches de espera, de terrible angustia".

Pues bien, como por arte de magia lo que había sido solo una ilusión parecía realizarse, pero a través de un infierno, entre el silbido de las balas y muy lejanas todavía, unas voces que no acabábamos de comprender a pesar de aguzar los oídos. Mas a medida que nos acercábamos pudimos finalmente captar: "No tirad, no tirad, que son milicianos que pasan a vuestras filas... No tirad...". ¿Podía ser aquello real? ¿Éramos víctimas de alucinaciones o habíamos perdido la razón, y salían esas voces de nuestro propio cerebro?

El tiroteo iba perdiendo intensidad. El silencio se hacía cada vez mayor. A no ser por el ruido de nuestras propias pisadas y la respiración jadeante de los presos de más edad que debilitados por los meses de cautividad caminaban con pena y dificultad, hubiésemos podido oír mejor. La odisea terminaba. Habíamos llegado donde se encontraba el último puesto de las fuerzas nacionales. El puentecillo que los separaba del "ejército rojo" había sido destruido por la aviación de uno de los bandos.

El oficial que mandaba a los soldados de Franco, nos dijo:

- Ya son libres. Váyanse solas y tras las lomas que se ven allá lejos encontrarán a los suyos. Díganles, de nuestra parte, que no somos tan malos como nos creen...

La guardia civil que nos había conducido hasta allí, no dijo una palabra. Dudamos todavía, no atreviéndonos a dar un paso. ¿Dispararían contra nosotros en cuanto hubiésemos vuelto la espalda? Nos miramos unos a otros. Por fin nos decidimos y siguiendo un difícil y estrecho camino anduvimos lentamente. De pronto, nos parecía que nuestros pies se volvían alas, queríamos correr, volver la mirada atrás, convencemos de que en realidad nos íbamos a la zona republicana, mas el temor frenaba nuestros impulsos. Alguien dijo: "No seamos imprudentes..."

Como el puentecillo estaba destruido atravesamos una especie de riachuelo, continuamos andando y cuando nos acercamos a la pequeña altura que nos había sido señalada vimos a lo lejos dos hombres que caminaban en dirección a nosotros. Cuando pudimos verlos mejor constatamos que vestían de paisano, aunque parecía un uniforme, con gorro. Luego supimos que era el de los milicianos que formaban el Ejército de la República.

Temperamento nervioso, como lo fue siempre el mío, ágil como una ardilla, fui la primera en reunirme con ellos.

- ¿Quiénes son ustedes? -les pregunté con recelo.
- ¡Somos milicianos al servicio de la República! -me respondieron. Un poco más allá divisé la bandera tricolor que ondeaba en lo alto de una barraca. La emoción fue tan fuerte, que apenas pude responder a la pregunta que se me hizo:

- Y vosotros ¿quiénes sois?

De repente sentí un nudo en la garganta, algo que me ahogaba, que me oprimía. Los ojos se me velaron, impregnados de lágrimas y vencidos por la emoción caí en tierra, medio desvanecida, mientras los dos hombres se apresuraban a sostenerme en sus brazos. Poco a poco fueron llegando los compañeros y en sentido inverso, algunos milicianos más. Todos querían saber... Finalmente llegamos a la casilla del oficial... Las primeras en ser interrogadas fuimos las dos maestras, profesión que hubiesen ignorado, si los que fueron con nosotras no la hubiesen indicado.

Desgraciadamente, ¡Se nos había tomado por espías!

Habíamos llegado hasta allí, deshechas de cansancio, pero desbordantes de esperanzas; con el sentimiento de que nuestras penas terminaban y que íbamos a poder empezar una nueva vida... A nuestro alrededor alegría, lágrimas, cierta reserva y dignidad, pero también la mirada incrédula de aquellos hombres que ponían en duda la veracidad de cuanto les decíamos...

En presencia del oficial, ya solas en su despacho, seguíamos interrogándonos con la mirada, sin comprender. El joven militar rompió el silencio y preguntó a una y otra: nombre, edad, lugar de nacimiento, etc.. Luego quiso saber quien nos había enviado hasta allí, insistiendo y hasta amenazando si no decíamos la verdad. Las cosas se hubiesen complicado de no haber reclamado la presencia de auténticos republicanos que nos conocían y que indudablemente debían ocupar cargos de responsabilidad, por su preparación cultural y situación política antes del 18 de julio. La mayoría de nuestros amigos eran de profesión liberal, es decir, maestros, profesores, abogados,... Pero en aquella zona no se

conocían los nombres que citábamos. Pese a ello, seguimos defendiéndonos con tesón, aunque con cierta cautela, temiendo todavía ser víctimas de una emboscada.

Por fin, mi amiga, tuvo la luminosa idea de citar al capitán Bueno, persona siempre fiel a la República y jacetano por añadidura.

Sorprendido, nuestro interlocutor se apresuró a dulcificar su tono.

- ¿Cómo...? ¿Conocen ustedes a ese señor? -echando mano al teléfono, instalado sobre su mesa, compuso un número y esperó.

Minutos después la respuesta llegaba. El que le hablaba debía ser superior a él, por el respeto con el que le presentó sus excusas por molestarle. El caso era serio y no había podido evitarlo.

En breves palabras, le explicó lo que sucedía y su estupor fue extraordinario, pues no supo disimularlo, cuando oyó la respuesta del teniente coronel Bueno, jefe entonces de las fuerzas de aquel sector, con residencia en Boltaña: "Claro que las conozco -debió decirle- Pase usted el teléfono inmediatamente a Cari". Era la que más conocía de las dos. Después de cambiar con ella unas palabras efusivas, de cordial afecto que la emocionaron profundamente, se interesó por la situación de Jaca, en donde su esposa continuaba detenida como rehén en el Seminario de la ciudad, despidiéndose con un "¡Hasta pronto!" tras decirle que pasase el receptor al militar.

- ¿Por qué no le has preguntado por Paco? -le dije casi con lágrimas.

- Perdona -me contestó- la sorpresa ha sido tan grande, que he perdido la noción de todo.

Me quedé muy triste, aunque le comprendí cuando le vi compartir mi pena con una sinceridad que conocía bien. Mientras tanto el oficial había recibido las órdenes necesarias para que fuésemos trasladadas lo más rápidamente a Boltaña, lugar en el que se nos esperaba con impaciencia. Debió advertirle que se nos tratase con la deferencia que merecía nuestro antifascismo, a juzgar por el respeto con que nos trató después.

Fue entonces cuando nos consideramos libres y seguras. Como puede comprenderse la situación cambio y pronto supimos que a pocos kilómetros, en el pueblecito de Lagüarta, había un batallón formado por hombres pertenecientes en su mayoría a la FETE (Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza), quienes al conocer la noticia quisieron obsequiar lo mejor posible a las dos maestras y nos ofrecieron una cena, seguida de una velada que improvisaron en nuestro honor. Poco después nos encontrábamos entre ellos, siendo acogidas con extrema cortesía y simpatía. Nuestra decepción fue grande porque no conocimos a ninguno, pues eran oriundos de otras provincias.

La cena, que en otra ocasión hubiese sido un verdadero festín después de los meses que llevábamos comiendo mal en la cárcel, no pudimos apenas probarla. Los muchachos nos miraban sin comprender. Durante tres horas se esforzaron en distraernos con canciones, recitaciones, música, cuentos, chistes... pero aquella fiesta, aquella alegría no servía más que para aumentar nuestra tristeza, pensando en cuantos habíamos dejado en la prisión y que no podían disfrutar ni de la libertad, ni del ambiente en que nosotras nos encontrábamos.

A media noche terminó la velada, con el canto a coro de La Internacional, lo que nos sorprendió. El Himno de Riego, el Himno de la República Española, no hubiese hecho mayor impresión. Ninguna de las dos pudimos evitar que las lágrimas se agolparan a nuestros ojos esperando ansiosamente el momento de la separación.

Comprensivos, los compañeros de profesión atribuyeron esa actitud, a la fuerte e intensa emoción que nos embargaba después de la odisea vivida en las últimas veinte horas de nuestra existencia.

Poco dormimos. La hora tardía en que nos acostamos, los blandos colchones que encontramos en aquellas camas, la finura y blancura de las sábanas, delicias ya olvidadas desde que habían sido trocadas por el duro petate de la celda, apenas nos permitieron conciliar el sueño. En la oscuridad, cerca una de otra, revivíamos las trágicas escenas que se habían sucedido, desde que el

oficial de la cárcel nos había obligado a vestirnos precipitadamente, hasta el instante en que habíamos entrado en la habitación.

Con los ojos cerrados volvíamos a verlo como en película, pero entonces tranquilas, seguras de que nada podía sucedernos ya. ¿Cómo era posible que el corazón pudiese soportar tan fuertes y diversas emociones? Rendidas acabamos por caer en brazos de Morfeo, aunque por poco rato.

Todavía no serían las seis de la mañana que ya estábamos en la calle, deseosas de respirar el aire puro de la libertad, en pleno campo cuando apenas despuntaba el sol. Teníamos ganas de correr, de cantar, de gritar, de hacer lo que nos diese la gana, sin temor a los guardias, ni a nadie, ni a nada. Volvíamos a ser libres. Libres de vivir como nosotras lo entendiésemos. Libres de ir y venir. Libres de manifestar nuestros sentimientos, libres... ¡Libres en una palabra!

De repente, de lo más recóndito de nuestro ser, surgieron espontáneamente las frases que ni una ni otra hubiésemos deseado pronunciar en aquella hora: ¿Qué harán los compañeros y compañeras de la cárcel? ¿Por qué no pueden disfrutar todos ellos del encanto de estas horas matinales, lejos de las celdas en las que se vive amontonados, respirando un aire viciado, en una atmósfera de pavor porque la Muerte no cesa de rondarles?

El embeleso fue roto. Tristes, muy tristes, volvimos al cuarto y silenciosas, tumbadas casi vestidas sobre las camas, esperamos que se nos llamase para desayunar.

Serían las nueve cuando lo hicieron. Los minutos continuaban pasando lentos. Nos habían prometido que un auto vendría a buscarnos hacia las diez de la mañana, pero era cerca de mediodía cuando salíamos en dirección de Boltaña.

Durante el trayecto, cuando pasábamos por un pueblo y veíamos milicianos, yo pedía al chófer que parase unos instantes para conversar con ellos, formulando a todos la misma pregunta:

- Perdonen por favor, ¿Conocen a un maestro de Huesca que se llama Ponzán? Unos respondieron rotundamente no. Otros se quedaban pensativos, buscando en sus recuerdos. Por fin, uno me respondió:

- ¡Sí. Ayer mismo le vi en Barbastro! Mi emoción fue tal que casi no pude decirle gracias. Pero a medida que el coche avanzaba, pensaba para mis adentros: si es así, el teniente coronel Bueno le habrá avisado.

- No puedo engañarte más -me dijo Cari- ¿Te acuerdas cuando hablábamos en la oficina de los sucesos de mayo en Barcelona? Nos pusimos de acuerdo con Joaquín para no decirte nada, pero se dijo con insistencia en prensa y radio que Paco había sido fusilado o muerto en combate. ¿Comprendes ahora el por qué no quise preguntar por él al capitán Bueno?

Rememoramos juntas el pasado. Estábamos en el despacho. Los periódicos informaban sobre hechos violentos en la zona republicana. Nos negábamos a creerlo, pero Maurín dijo a mi amiga que le interrogaba sobre esto: "Sí. Pueden creerlo. Se están matando, se están deshaciendo entre sí. Lo extraño es, pequeñas, que todo es cierto".

A los tres nos era fácil leer la prensa y estar al corriente de muchas cosas, sobre todo si estaba de servicio José Valvidieso, el más humano de los oficiales e indiscutiblemente el mejor para los presos. Cuánto sufría cuando tenía que subir con las listas fatídicas; abrir y cerrar las puertas, llamar y hacer salir a los condenados a muerte. Si el que se iba para siempre, dejaba allí a la madre, esposa, hermana, o novia, nunca supo negarles el abrazo postrero.

A nosotras nos dijo una tarde "¿Les sería molesto arreglarme y recogerme un poco la habitación?" No era eso lo que le preocupaba. Lo decía para que por su ventana, también con reja, pero que daba a la calle, pudiésemos ver a algunas de "nuestras niñas" que, al salir de las Escuelas, se paraban enfrente, ratos y ratos, con el deseo de vemos. Con alegría nos hacíamos algún gesto amical, les enviábamos besos, haciéndoles comprender que se alejaran para no llamar la atención. ¡Qué satisfacción para ellas y para nosotras!

Pero nos duró poco. En la acera opuesta a la prisión había un tendero, por cierto casado con otra de las maestras de Jaca. Un perfecto estúpido. Un fascista más, sino por convicción, por petulancia. Le faltó tiempo para telefonar al Cuartel y denunciar el hecho "como un gran escándalo".

Temimos por la suerte del oficial. Mas supo defenderse con habilidad y coraje y no le sucedió nada. Se acabaron nuestros vistazos al exterior, nuestra comunicación momentánea con las alumnas... Por fin llegamos a Boltaña. Inmediatamente estuvimos rodeadas de amigos que más bien parecían hermanos. ¡Qué horas aquellas tan inolvidables, en las que todos los gestos eran puros, las acciones nobles, y desinteresadas! Allí no había más que sentimientos elevados, fraternales. "Tomad -nos decían- aquí tenéis dinero. Compraros lo que necesitéis" y en torno nuestro las carteras se vaciaban sobre la mesa.

Uno de ellos se llamaba Telmo Mompradé, maestro, hijo de un sastre de Huesca, condiscípulo de mi hermano. Guapo chico. Desbordante de vida, inteligente, dicharachero y graciosísimo. A su lado nadie podía estar triste porque siempre encontraba las palabras necesarias para hacerle reír y olvidar sus penas, si las tenía... Días después, moría el pobre en el frente de Biescas, cuando mandaba su compañía con el grado de capitán.

Todo no eran tampoco rosas y flores en la zona republicana. También se sufría; también se luchaba y se perdía la vida... ¡Malditas sean las guerras, cualesquiera que sean las causas que las motivan!

Pronto encontramos a Manolo Latorre, gran amigo y maestro de Jaca, que ya cité. Estuvo escondido algunas semanas, luego logró escapar, como lo habían hecho en las primeras horas de la insurrección el diputado socialista Julián Borderas, El Relojero, el alcalde Mury muchos más, pues la proximidad de los Pirineos les facilitó la huida.

Fácil es adivinar nuestro regocijo entre tantos excelentes amigos y conocidos. Sin embargo, yo seguía inquieta, nerviosa, esperando la llegada de Paco, que según me afirmaban unos y otros no podría llegar hasta el día siguiente por hallarse en el frente del Vedado de Zuera, como teniente en la 28 División.

Otra noche larga, sin sueño. Deseaba que amaneciese, que pasase rápido el tiempo para levantarme y poder salir de la habitación del hotel de Broto, en donde pernoctamos. Por fin abandoné la cama. Terminado mi aseo personal me dirigí al comedor del hotel. Naturalmente no encontré a nadie, siendo apenas las siete de la mañana. Me senté en el saloncito y, para que las horas

pasasen mejor, intenté leer, hojear revistas... Vana ilusión. A través de las páginas sólo veía a ese hermano por el que había sufrido tanto y hacia el que sentía un gran amor fraternal, a la par que una gran admiración por su inteligencia, su fecunda imaginación, su bondad, su exquisita sensibilidad, su entrega desinteresada a la humanidad entera, puesto que él decía luchar siempre por todos los oprimidos.

El ruido de la puerta me hizo levantar la cabeza y viéndole entrarme levanté rápida, di unos pasos y caí en sus brazos. Ni una palabra en los primeros instantes, pero las lágrimas provocadas por la intensa emoción que nos embargaba a los dos se mezclaban sin conseguir que saliese la voz de nuestras gargantas. Se dominó en seguida, diciéndome enternecido:

- Bah, no llores. Ya estamos juntos. Verás como todo se arreglará.

Nos sentamos y sin pensar que ninguno de los dos habíamos desayunado todavía, dejamos sonar el reloj sin oírlo siquiera, hasta que Cari y los amigos, que habían respetado nuestro aislamiento, nos llamaron para comer.

Habíamos recordado a la madre, a los hermanos... Me había hecho preguntas y más preguntas, deseoso de saber lo que había sido mi vida de cautiverio, la odisea del viaje, etc. Me echó el brazo al cuello diciéndome emocionado:

- ¡Pobre hermana mía, cuánto has tenido que sufrir por mi culpa!

- No pensemos más. Olvidémoslo cual si se tratase de un mal sueño. Y ahora dime: ¿Qué ocurrió en el mes de mayo, que se dijo que habías muerto? ¿Es cierto que corriste tanto peligro?

- Sí, me respondió sonriendo -y poniéndose serio- ¡Estuve frente al paredón! La lucha fue dura y sangrienta. Duró varios días y en ella perecieron muchos y excelentes militantes anarcosindicalistas. Yo me encontraba en el casco viejo de Barcelona, en donde habíamos levantado barricadas, en el momento en que me vi atacado por elementos comunistas que ni siquiera conocía. Creía vivir los últimos instantes de mi vida cuando surgió de una de las tortuosas calles un compañero de Huesca que, al verme en la crítica situación en que me encontraba, arremetió a tiros contra los hombres que me iban a fusilar. Los dos aprovechamos el elemento sorpresa para poder escapar,

aunque seguidos de un nutrido tiroteo del que salimos ilesos. Y aquí me tienes. La suerte me acompañó. Fue todo.

La guerra, los meses que habíamos estado separados, lo habían transformado. Llevaba gafas y con ellas su frente despejada le daba un aire de intelectual que me agradó. Sí... Sus gestos, sus decisiones rápidas, sus ademanes, todo traslucía el cambio que se había operado en él. No me cansaba de mirarle, dejándome llevar y mimar como una niña. Me sentí protegida. Recompensada ampliamente de cuanto hube de sufrir por causa de sus ideas.

Después de comer salimos hacia Barbastro. El viaje fue largo, pues como me mareaba, Paco le decía a su amigo chófer:

- ¡Para! Que tome Pilar un poco el aire.

¡Qué hermosos fueron sus sentimientos!

También él me había creído muerta, ya que había circulado la noticia de mi fusilamiento. Dos o tres días después, sonreíamos cuando en el boletín que publicaba la FETE leímos la nota necrológica que me habían dedicado los compañeros maestros de Barbastro.

Como todo tiene un final en esta vida y además las circunstancias de la guerra lo exigían, nos separamos. Antes de hacerlo, abrió su cartera y poniendo sobre la mesa el dinero que llevaba me dijo:

- He aquí toda mi fortuna y ésta porque antes de salir del Vedado de Zuera, "los chavales", han hecho una colecta. Podía ser rico, porque una buena parte del tesoro de Aragón ha pasado por mis manos, pero no puedo ofrecerte más que nuestro nombre, tan limpio y tan honrado como cuando salí de casa.

- Es lo único que necesitaba -le contesté echándole mis brazos al cuello. Nos despedimos y tristes todavía, continuamos cada uno nuestro camino...

Pero ¿A qué obedeció la forma de proceder de los fascistas, hacia nosotras? ¿Por qué maravilloso azar nos hicieron pasar de una zona a otra y a que debimos la extraordinaria aventura que vivimos?

- Os han canjeado seguramente -me había dicho Paco.

Nosotras no llegamos a comprenderlo. Lo que sí supimos luego fue que días antes había llegado otra expedición en las mismas condiciones y que en ella figuraban Irene Ascaso y su madre. Las cito porque habían compartido nuestra celda antes de ser trasladadas a Rapitán. Con ellas iban mujeres y hombres. Más tarde el hecho fue repitiéndose. Entre los que formaron otro de los grupos señalaré a Petra Biec, con sus dos niñas pequeñas, de Botaya (Huesca). Su marido había sido fusilado.

En su libro *Les années rouges* (pág. 70), Mariano Constante cuenta de la salida de su madre del Fuerte de Rapitán en iguales condiciones, acompañada de varias personas.

- "On avait dit á ma mère -añade- qu'il s'agissait d'un échange avec des aviateurs italiens." (1)

Esta versión, de canje de prisioneros, nos ha parecido después la más aceptable, pues supimos que por aquel entonces algunas personalidades entre otras, habían sido canjeadas. Naturalmente, se conocían los de más relieve. Hoy más informada, citaré dos, cuya biografía entresaco del libro: *Los 90 ministros de Franco* escrito por el Equipo Mundo y editado por Dopesa: Esteban Bilbao y Eguia (pág. 109).

“Estalla la guerra civil y don Esteban cae prisionero. Franco gestiona que su futuro colaborador sea canjeado por el alcalde de Bilbao, preso por las fuerzas nacionales. Se efectúa el cambio y presta muy pronto servicios a las órdenes directas de Franco. Al formarse el llamado Gobierno de Victoria, el 9 de agosto de 1939, el Caudillo le nombra ministro de Justicia. Esteban Bilbao contaba 60 años de edad. Con anterioridad a este nombramiento, había sido miembro de la Junta Política de FET y de las JONS.

Cesa en su cargo de ministro de Justicia el 15 de marzo de 1943 y Franco le designa primer presidente de las Cortes Españolas creadas por el Régimen. Cinco años más tarde es nombrado también presidente del Consejo del Reino. Permaneció en ambos cargos hasta octubre de 1965, contando 87 años de edad.”

Don Raimundo Fernández Cuesta (pág. 59).

"Serrano Suñer, aunque parece ser que al principio no acogió la idea con mucho entusiasmo, dedicó una especial atención a su liberación. Resulta curioso que uno de los factores que contribuyó a la resolución satisfactoria del canje, fue la favorable impresión que produjo a Indalecio Prieto la lectura del testamento de José Antonio.

El 29 de octubre, pocos días después de consumado el canje [tengas en cuenta que a nosotras nos pasaron el 9 de setiembre), hizo su primera aparición pública en Sevilla.

El 2 de diciembre de 1937, el Generalísimo Franco le confió la secretaría general del Partido, es decir, el mismo cargo que había desempeñado durante la jefatura efectiva de José Antonio.

En el primer Gobierno del nuevo Régimen se le confía la cartera de Agricultura."

No tenemos la pretensión de haber sido canjeadas por uno de estos personajes, pero sí serlo por un aviador italiano o alemán y hasta por el falangista X... Mas que importa. Lo que sí constato es la buena fe de los republicanos que, a cambio de estos y otros hombres "destacados", aceptaron la liberación de ancianos, de mujeres, de niños... No es que conceda menor importancia a la vida de estos que a la de aquellos, pero observo el sentido humanitario de unos y el práctico de otros...

Los que compusieron nuestro grupo fueron entre otros el matrimonio Maurenza, de La Peña (Huesca); Tomasa Piedrafita, de Botaya; a un matrimonio ya mayor, analfabetos ambos y sacristanes en la iglesia de un pequeño pueblo montañés, alejado de toda aglomeración. De la mujer únicamente recuerdo que se llamaba Rosa, que tenía un bocio enorme y que lloraba mucho. Les habíamos visto llegar a la cárcel anonadados, temblorosos, acompañados de la hija menor, hermosa muchacha de 18 años, que sirvió de gran socorro a la madre. Los tres habían sido detenidos por haberse marchado

los hijos a la zona republicana... ¡Como si ellos hubiesen podido evitarlo, como si ellos comprendiesen algo de sindicatos, de partidos políticos, de Ideas!

De los demás que fueron canjeados con nosotras lo he olvidado todo excepto que éramos once: siete mujeres, tres hombres y un niño.

Cualquiera que fuere la causa de nuestra expulsión, la suerte nos favoreció. Tal vez porque el frente de Orna, relativamente cerca de Jaca, permitía las operaciones de este género. En todo caso nos encontramos en libertad y entre los nuestros. ¿Qué más podíamos desear entonces?

DE CASPE AL GRUPO "LIBERTADOR" Y SIEP (SERVICIO DE INFORMACIÓN ESPECIAL PERIFÉRICO)

Al separarnos en Barbastro mi hermano regresó a su puesto de combate en la 28 División, en el Vedado de Zuera.

Pero... ¿Por qué estaba allí si en enero del 37 lo dejamos en el Consejo Regional de Aragón, en calidad de subsecretario de Información y Propaganda?

Será necesario hacer un poco de historia, que no viví por hallarme detenida. Es muy posible que en las largas charlas que sostuvimos los dos Paco me explicase con detalle el motivo de este traslado, pero no recuerdo nada de lo que pudo decirme. Recorro, pues, a lo que he leído sobre esta cuestión para que el lector sepa, aunque sea a grandes rasgos, lo que fue el Consejo Regional de Defensa de Aragón, constituido, como ya dije, en Fraga a mediados de octubre de 1936 y compuesto enteramente por elementos confederales, cuya lista di anteriormente. Mas este Consejo, formado según la tónica de los últimos Plenos Regionales de la CNT no obtuvo la aprobación del Gobierno hasta el 17 de diciembre, bajo condición de ensanchamiento de Su base. Es por ello que Paco deja la Consejería de Transportes y ocupa la subsecretaría citada.

Los miembros que compusieron este Consejo, así como los del Comité Regional de la CNT, en Alcañiz, trabajaron sin descanso y con entusiasmo en la realización de las colectividades agrarias. Abarcaron estas la casi totalidad de la población campesina del Aragón liberado. Todas se habían formado por afiliados y simpatizantes de la CNT y algunos de la UGT

Por solidaridad humana, por justicia, viéronse los anarquistas en la obligación de hacer cuanto les fuese posible para que la ciudad y el campo se hermanaran en una sola aspiración de libertad y de trabajo, fecundo y digno.

Sabían muy bien que sin llegar a ese resultado no habría revolución justiciera posible y que el barómetro del progreso social estaba en la adhesión y en la simpatía con que los campesinos se situasen ante las nuevas realidades y ante las nuevas ideas.

De una manera casi espontánea, por todas partes, sin esperar consignas, acuerdos, recomendaciones, surgieron colectividades agrarias compuestas en su mayoría por hombres del campo, a quienes habían llegado de algún modo las ideas revolucionarias o que conservaban latentes, en la memoria y en la tradición, antiguos recuerdos de prácticas de trabajo en común. Fueron tomadas las tierras de los propietarios facciosos y se puso en cultivo toda el área cultivable yerma, pero en lugar de repartirlas más o menos equitativamente fueron explotadas en común con los respectivos instrumentos de trabajo, máquinas y ganado.

Era el verdadero comienzo de la revolución en la agricultura. Se produjeron casos aislados de descontento, mas esto ha ocurrido siempre y ocurrirá cuando se han dado o se den los primeros pasos, en una gran transformación social.

Las Colectividades querían demostrar una cosa: que el trabajo en comunidad era más descansado y que, cuando las circunstancias permitiesen aplicar maquinaria, en gran escala y poner en práctica los resultados adquiridos por la ciencia moderna, con su selección de semillas, con sus abonos adecuados, con los riegos correspondientes, no solamente las tareas del campo, hechas en común, serían más sanas y holgadas, sino de más rendimiento. Por otra parte, harían de la clase de los campesinos, en pocos años, el puntal más firme y más sugestivo de la nueva edificación económica y social.

Al frente de estas Colectividades se encontraban hombres entusiastas que no aspiraban a ocupar altos" cargos, que no intrigaban para vivir a costa del Estado, que se preocupaban de la siembra y de la cosecha, de mejorar los medios de transportes y comunicaciones, de propagar intensamente las ventajas del Colectivismo basándose en el apoyo mutuo, de organizar conferencias, charlas por radio, etc., para perfeccionar y amoldar a la nueva

situación la mentalidad del campesino; en suma, que no regateaban esfuerzos, ni sacrificios. Su fidelidad a la Idea era total. Todo lo esperaban de su trabajo.

Pero esta obra magnífica, estas Colectividades de Aragón, fueron aplastadas a sangre y fuego por los comunistas, poco después de haber iniciado contra los miembros del Consejo Regional de Defensa una ofensiva política, publicando en el periódico *Frente Rojo* de Valencia un artículo en el que se les desacreditaba y calumniaba, seguido de una propaganda vergonzosa.

El 11 de agosto de 1937 el Gobierno publicaba el decreto de disolución del Consejo Regional de Defensa y en la misma fecha otro en el que se nombraba gobernador general de la región a José Ignacio Mantecón.

Al mismo tiempo el Ministro de la Defensa envió a Caspe, la 11 División del Ejército de Maniobras, al mando del teniente coronel Líster. La maniobra fue secundada por la 27 División (Carlos Marx) y por la 30.

Todas estas fuerzas desataron el terror en la retaguardia aragonesa, no lejos de los frentes en donde contenían al enemigo las Divisiones Confederales 25, 26 y 28.

Los comunistas procedieron a la ocupación militar de los pueblos y al asalto de los locales de la CNT, FAI y JJ LL, así como a la destrucción de las Colectividades y Consejos Municipales.

Joaquín Ascaso, presidente del Consejo de Defensa, y muchos de los miembros que lo componían fueron detenidos y encarcelados. Igual suerte corrieron los miembros del Comité Regional Confederal: Francisco Muñoz Vallejo, Manuel López, etc.

Pero las Colectividades Agrarias habían arraigado tan fuertemente, a pesar de su corta existencia, que hubo que consentir luego que revivieran en la misma forma y con las mismas aspiraciones que antes.

Afortunadamente mi hermano pudo escapar a estas canallescadas persecuciones y con Evaristo Viñuales, Juan Barrabás y Manuel Sus, pudo llegar a Callén, pueblo situado a pocos kilómetros de la antigua Osea. En esos momentos se hallaba descansando allí la 127 Brigada, perteneciente a la 28 División. En ella

contaban con numerosos amigos, porque durante los primeros meses de la sublevación habían estado juntos en el frente de Huesca. Al ser reemplazada por la 31 División, la 28 había sido enviada al Vedado de Zuera. Y he aquí el por qué hemos vuelto a encontrarle como teniente ayudante del jefe de la Brigada, que era Máximo Franco Cavero, a quien conocía perfectamente. Pero pronto se incorporó en el grupo Libertador, que se había constituido en agosto de 1936, por iniciativa de sus propios componentes, estando formado por un pequeño número de elementos confederales. Más tarde, en enero del 37, efectuaba su trabajo bajo control del jefe de la 127 Brigada, ya nombrado.



Ponzán a la izquierda con un grupo de la 127 Brigada

La misión de este puñado de hombres era internarse en terreno enemigo y facilitar al mando datos, a la par que dedicaba la mayor parte de sus esfuerzos a la liberación de compañeros antifascistas, evitando con ello que cayesen en las garras de sus enemigos. Puede decirse que realizaron verdaderas proezas, llevándose familias enteras de los pueblos de Botaya, La Peña, Trieste,

Fontellas, etc., de donde eran oriundos algunos de los jóvenes que componían el grupo.

Fue este grupo el que pasó a la zona republicana a mujeres con el pelo cortado al raso por los facciosos, conociéndose por primera vez esta clase de vejación que provocó la ira de cuantos las veían. Entre otras citaré a dos hermanas que vivían en el pueblo de La Peña, a quienes habían hecho sufrir toda clase de burlas por el hecho de estar casadas con dos jóvenes confederales, evadidos en los días que siguieron a la sublevación militar. Pero no fueron las únicas en sentirse libres del yugo que las oprimía, sino muchas otras, gracias al coraje de ese grupo de muchachos que con un valor a toda prueba hacían frente a las situaciones más difíciles e imprevistas, con una sangre fría y una audacia extraordinarias. Si cada uno de ellos hubiese tenido la curiosidad de guardar notas sobre el desarrollo de estas operaciones nocturnas no cabe duda que habría tema para escribir un libro de aventuras sabrosísimo. Pero... ¿Quién pensaba en nuestro futuro? Se vivía el momento, la guerra y nada más. Ellos mismos lo decían en su himno favorito Hijos del Pueblo:

...y aunque nos espere el dolor y la muerte

contra el enemigo nos llama el deber...

En bastantes ocasiones efectuaron también actos de sabotaje. Uno sobre el ferrocarril de Zaragoza a Canfranc, en el sector de los Mallos de Riglos, ocasionando tales desperfectos que interrumpieron la circulación durante veintiocho días, empleando los facciosos en su reparación doscientos hombres diariamente y dos máquinas hormigoneras.

A requerimiento del teniente jefe de los Servicios de Información del X Cuerpo de Ejército, cuyo Cuartel General se encontraba en Barbastro, el grupo Libertador pasó a formar parte del SIEP (Servicio de Información Especial Periférico). Lo componían doce hombres, nueve de la CNT y tres de la UGT.

El responsable de este grupo fue Paco.

Estos grupos especiales, encargados de atacar la retaguardia enemiga, serían más adelante los guerrilleros que realizarían importantes misiones en territorio ocupado por los fascistas.

Transcribo a continuación el documento de las instrucciones que recibió mi hermano y que dará una idea más clara de su trabajo.

Cada agente al recibir la correspondencia mirará en los sobres si hay alguno dirigido a él en cuyo caso se lo quedará. Lo restante deberá ser enviado a su destino. Procurará informar de la mayor zona posible, pero poniendo especial interés en lo que corresponda a su radio de acción.

Todos los informes los firmará con su anagrama, procurando recoger prensa y documentación, que unirá al informe. La información será dada con rapidez y concreción. Cuando en un informe vaya la palabra URGENTÍSIMO (es decir, cuando se trate de una gran concentración, proximidad de ataque, etc.), se pondrán todos los medios para que llegue a campo propio, con toda rapidez.

Cada agente pedirá todo cuanto necesite: documentación, ropa, armas, etc., por escrito, así como direcciones, relevo o ayuda de otra persona, necesaria para la realización de un trabajo. Igualmente procurará informar de las posibilidades que haya de hacer sabotajes importantes.

Datos de mayor interés: Los datos más interesantes a conocer son: Fuerzas: Clase de las mismas, especificando claramente el número de Batallón, Brigada, Bandera, Regimiento, División, Cuerpo de Ejército, así como del lugar de donde proceden estas y a donde se dirigen.

Mandos: Dar los nombres de los mandos de todas las fuerzas que se localicen, así como también la situación de los Cuarteles Generales.

Artillería: Emplazamientos, calibre, construcción del material y procedencia del mismo. Número de Batería, procedencia y mando.

CENTROS DE INSTRUCCIÓN Y BANDERINES DE ENGANCHE. RESERVAS DE LA RETAGUARDIA Y EN EL FRENTE.

*CAMPOS DE A VIACION. Número de aparatos, clase y mandos.
FABRICAS DE ARMAMENTO Y EXPLOSIVOS.*

DEPOSITOS DE INTENDENCIA Y GASOLINA.

PRINCIPALES VIAS DE COMUNICACION.

*NUEVAS CARRETERAS Y PROPOSITOS DEL ENEMIGO. Resumiendo:
Todo lo que afecta a la cuestión militar, situación política, económica
y social. Influencia extranjera, ambiente antifascista y posibilidades
de un levantamiento.*

Opiniones sobre asuntos internacionales, etc.

Instalado el grupo en un pueblecito, cercano de Huesca, no lejos del frente, dos o tres veces por semana los hombres se internaban en territorio enemigo, en el que contactaban a sus agentes locales y les daban instrucciones para que investigaran y se informaran de lo que les interesaba saber, a la vez que aquellos les entregaban los datos que habían logrado conocer. Esto les facilitaba el trabajo y les permitía obtener a menudo los detalles y hechos más salientes: relevo de fuerzas, llegada de nuevas unidades, emplazamientos de artillería, etc., en un sector comprendido entre Jaca y Zaragoza y muy particularmente en el frente de Huesca.

Cada dos o tres días, podía leerse en la zona republicana la prensa publicada en la zona adversa.

Muchas anécdotas podrían contarse sobre estos viajes, si como antes dije los que realizaron estos trabajos peligrosos hubiesen escrito sus memorias. Pero estoy segura que mi hermano pensaba en esto, a juzgar por los archivos que he logrado recuperar de este período y que él había hecho enterrar cuidadosamente en una masía no lejos de Varilhes (Ariège-Francia). Con estos documentos y su prodigiosa memoria, nos hubiese hecho revivir aquellos años de su vida, en los que "sus chavales" y él mismo, desafiaron a la muerte más de una vez.

Desgraciadamente, todos estos recuerdos se van esfumando. Lástima, sin embargo, porque se necesitaban unas piernas de hierro y un entrenamiento

adecuado, para realizar esas largas marchas nocturnas, por intrincados vericuetos, a fin de escapar a la vigilancia del enemigo. Del Libro de Servicios entresaco:

Cuerpo de Ejército. Octubre, 1937:

DC - 44 Faustino BARRABES ASUN CNT

DC-54 Juan M. BARRABES ASUN id

DC - 48 BLC (Benito LAS VACAS CORONAS) id

DC - 45 ESF (Eduardo SANTOLARIA FERRER) id

DC - 40 PLL (Pascual LOPEZ LAGUARTA) id

DC - 41 ELL (Eusebio LOPEZ LAGUARTA) id

DC - 47 PIP (Prudencio IGUACEL PIEDRAFITA) id

DC - 46 Francisco PONZAN VIDAL id.

DC - 43 ABC (Ángel BELTRAN CALVO) UGT

DC - 49 ACC (Ángel CABRERO CALLAU) id.

DC - 42 Lorenzo OTAL BIELA id.

DC - 51 MSD (Manuel SUS DIESTE) CNT

Dos de estos hombres formaron parte de la red de evasiones Pat O'Leary, durante la segunda guerra mundial, de la que hablaré más tarde. Y tengo la inmensa satisfacción de decir que ninguno de los muchachos que trabajaron directamente con Paco, en España y en Francia, fue fusilado. Detenidos sí, muchas veces, pero siempre con palizas que recibieron.

EL ESTADO MAYOR DESDEÑA LOS IMPORTANTES INFORMES FACILITADOS POR LOS HOMBRES DEL GRUPO "LIBERTADOR". RUPTURA DEL FRENTE

Volvamos al sector de Huesca, en donde los agentes del grupo "Libertador" continuaban internándose en terreno enemigo, dos o tres veces por semana, como he dicho en el capítulo precedente.

Hasta el 15 de marzo de 1938 la situación quedó estacionada, sin que se observara variación de fuerzas ni de material. Mas a partir de este día comprendieron que algo nuevo se preparaba, a juzgar por lo que sus agentes locales les decían y por lo que ellos mismos iban constatando, internándose más y más a fin de poder analizar y definir de manera clara lo que sucedía.

Como todos los muchachos coincidían, los viajes se intensificaron del 15 al 23, semana que en nada se parecía a las anteriores. Y esta vez la ofensiva la adivinaban de importancia.

Tras un cambio de impresiones con Paco, convencidos de la inminencia del ataque y de los momentos graves que vivían, sin tener en cuenta de la hora tardía, fueron a informar al comandante Navarro, jefe de la 31 División, con residencia en Siétamo. Incrédulo se negaba a firmar el informe que a continuación transcribo, si bien lo hizo después de las amonestaciones que se le hicieron:

Servicio efectuado el día 22 marzo de 1938 [Téngase en cuenta que esta fecha corresponde a la víspera de la gran ofensiva desencadenada por los facciosos en el frente de Huesca y que en pocos días condujo a Cataluña a las divisiones Republicanas, en franca derrota]: Los agentes del grupo, a su regreso de terreno enemigo, viendo que algo grave se preparaba informaron a la 31 división (cuyo mando estaba en Siétamo), de lo que sin duda se preparaba. Pero el jefe que mandaba esta división no quiso creer

cuanto se le decía alegando que sus servicios no habían observado más que algún que otro transporte de fuerzas, a los que él no le daba la importancia que le daba el grupo "Libertador".

No obstante, a instancias de Paco, escribió:

Como jefe de la División certifico que a las tres horas de la madrugada se personaron ante mí los agentes del SIEP, DC-46, DC-47y DC 54, quienes me informaron:

Que internados en territorio enemigo, observaron de las 21 a las 24 horas, un gran movimiento rodado, pudiendo precisar sobre 300 el número de vehículos que afluían a Bolea, por las carreteras de Zaragoza-Lupiñen y Zaragoza-Ayerbe-Bolea.

Que prosiguieron su marcha llegando hasta las primeras casas del pueblo, en donde pudieron observar con detalle:

- 1. Gran número de fuerzas y a su vez de considerable material.*
- 2. Que el personal no hablaba el castellano.*
- 3. Que delante del Cuartel de Falange Española había estacionados de 30 a 35 coches de turismo.*
- 4. Que se guisaba a las once de la noche.*
- 5. Que el material se descargaba en el molino de aceite de la Plaza de Castilla.*
- 6. Que se observaba como se cargaban carros y mulos que partían hacia nuestras líneas.*

Y que por todo lo expuesto, creen firmemente que el enemigo intenta atacar nuestras posiciones, lo que me comunican, ya que soy el más interesado, como jefe de este sector.

Firmado en Siétamo, en la madrugada del 23 de marzo de mil novecientos treinta y ocho: comandante Navarro.

Inmediatamente los citados agentes acompañados de mi hermano (anagrama DC-46), se trasladaron a Barbastro para transmitirlo y comunicar lo que sucedía al Estado Mayor del SIEP, quien sorprendido les ordenó una nueva incursión, que debían realizar aquella misma noche, a fin de obtener más detalles.

Horas después el Jefe de la 31 División escribía a sus superiores:

Como Jefe de la 31 División declaro que a las siete horas del día de hoy, el enemigo ha desencadenado una ofensiva contra nuestras líneas, confirmándose en todas sus partes las manifestaciones hechas por los agentes del SIEP.

Firmado: Comandante Navarro.

He aquí los "Partes de Guerra" dados a la prensa por el Ministerio de la Defensa Nacional. Ejército de Tierra:

23-3-1938 noche: Ejército del Este: En los sectores próximos a Huesca el enemigo ha realizado esta mañana violentos ataques, apoyados por mucha aviación y artillería. En la zona de Puibolea consiguió ocupar el pueblo de Lierta y en la de Almudevar obligó a nuestras fuerzas a efectuar un ligero repliegue.

Roto el frente, Paco volvió a Barbastro con dos de los muchachos para contactar otra vez con el Estado Mayor del X Cuerpo de Ejército pero este ya se había retirado a Lérida. En vista de esto mi hermano continuó su viaje hacia esta ciudad, deseoso de recibir instrucciones. Ya había llegado allí, cuando leyó el parte de guerra del 25-3-38 que decía así:

Ejército del Este: Con mayor intensidad aún que las jornadas anteriores, se ha combatido hoy en el frente de Aragón. Al norte de Huesca, la presión rebelde obligó a nuestras fuerzas a evacuar Nueno y Sabayés.

Comprendiendo que la causa estaba perdida en este sector y que ya no había nada a hacer para contener al enemigo, que avanzaba más y más en todo el frente de Aragón, sin encontrar resistencia, cambió de modo de pensar y temeroso de que yo cayese por segunda vez en poder de los fascistas, salió de Lérida y se fue en mi busca.

El parte de guerra del 26, le demostró que no se había equivocado. Hélo aquí:

26-3-1938. Ejército del Este. En todos los sectores de este Ejército ha continuado hoy la intensa ofensiva del enemigo, que con incesante apoyo de tanques, de artillería y aviación, ha conseguido a pesar de la tenaz resistencia que les oponen nuestros soldados, avanzar su línea en el sector de Huesca, hasta San Julián de Banzo, Barluenga y Monflorite.

Entonces me encontraba yo en Tamarite de Litera, pueblo de la provincia de Huesca.

Pocos días después de separarme de Paco en Barbastro, decidimos con Cari marchamos a Barcelona, en donde una y otra éramos esperadas con impaciencia. La primera semana fue inolvidable. La vida nos parecía de nuevo llena de atractivos. Gozábamos de libertad; disponíamos del sueldo de un año (pagado por el Gobierno de la República) y de un mes de permiso, pero lo que más nos halagaba a las dos y nos colmaba de emoción y alegría era sentirnos profundamente amadas por quienes tantos ratos de tranquilidad nos habían robado, creyéndoles muertos, como miles y miles de combatientes.

Sin embargo, las necesidades de la guerra nos privaron pronto de su compañía y juntas seguimos frecuentando teatros, cines, grandes almacenes, paseos,

etc.. Y a medida que el tiempo pasaba, nos íbamos dando cuenta de la terrible tragedia que se vivía.

Uno de los bombardeos nos sorprendió en un teatro de las Ramblas viendo Nuestra Natacha, obra de Alejandro Casona, que tuvo un éxito formidable y que nosotras seguíamos con creciente interés. De repente sonaron las sirenas de alarma, anunciando la presencia inmediata de la aviación facciosa y los espectadores, llenos de pánico en su mayoría, corrieron hacia las puertas de salida, buscando un refugio más seguro. Como movidas por un resorte nos levantamos e hicimos como los demás. Afortunadamente las bombas cayeron lejos y nada tuvimos que lamentar ni Cari, ni yo, pero el atractivo de nuestro viaje desapareció del todo aquella noche...

Fue entonces cuando en realidad nos dimos cuenta de que Barcelona no era ya, ni por mucho, la que habíamos imaginado antes de pisar sus calles. Cupido nos había vendado los ojos, y no habíamos visto todavía, por haberlas mirado de soslayo, las restricciones de toda clase que se dejaban sentir; las casas derrumbadas aquí y allá; las familias enlutadas que lloraban sus deudos víctimas de la metralla enemiga; los huérfanos que habían perdido a sus padres, bien en las primeras horas de la insurrección, o bien más tarde en los frentes de batalla.

Nos sentíamos como avergonzadas de nuestra impasibilidad. La consciencia nos reprochaba que no eran horas de divertirse, si no de luchar, de ser útiles... Decidimos, pues, regresar cuanto antes a Barbastro, deseosas de trabajar, de volver a la escuela, de hacer algo en beneficio de la Causa.

Tan pronto llegamos fuimos nombradas maestras de la Colonia Escolar de Tamarite. Hasta entonces esta había estado instalada cerca de Barbastro y atendida por maestros afiliados a la CNT porque los niños que la formaban eran hijos de elementos confederales y no pocos habían perdido ya al padre, en lucha con los facciosos. El hecho de que yo era hermana de Ponzán influyó en la decisión, creyendo que sería la mejor solución para todos.

De momento, llevadas por nuestro entusiasmo, no comprendimos que aceptando esta responsabilidad cometíamos un gran error. Teníamos los nervios demasiado destrozados por los choques sufridos para soportar bien

aquel trabajo duro, erizado de dificultades. No obstante, lo emprendimos con gusto e hicimos cuanto pudimos para dar a aquellos niños el cariño y el cuidado que no podían prodigarles sus padres. Ello supuso un gran esfuerzo, por las malas condiciones en que estábamos instalados, en una gran casa burguesa, abandonada por sus propietarios, pero todavía sin confort ninguno, pues ni siquiera disponíamos de agua corriente en las habitaciones y menos aún de duchas, etc.

Por otra parte, se dejaba sentir la escasez de víveres. Suerte tuvimos de la ayuda que nos prestaron, combatientes de las Brigadas Internacionales, que descansaban unos días en aquel pueblo y nos apadrinaron la Colonia, facilitándonos leche, quesos, latas de conservas, legumbres secas, etc.

Sin embargo, poco tiempo pudimos aprovechar de esta ventaja. La gran ofensiva del enemigo en el frente de Huesca nos obligó a evacuar a los niños de la Colonia y esto a una rapidez insospechada.

Habíamos recibido órdenes por teléfono del Ministerio, diciéndonos que los preparamos para salir de Tamarite al día siguiente tan pronto llegasen los autobuses que debían transportarnos a Barcelona.

Estábamos enfrascadas en esta agobiadora tarea cuando vimos a Paco con el deseo de ayudarnos a salir de aquel pueblo, antes de que los fascistas llegasen, pues según él todo el frente de Aragón podía considerarse perdido. Su alegría fue extraordinaria cuando vio que no era precisa su intervención y que iba a poder descansar un poco allí hasta que llegasen “los chavales” que se habían quedado cerca de Huesca.

Contadísimas fueron las horas que volvimos a estar juntos. Y de nuevo la separación, la incertidumbre. La guerra continuaba dura, implacable, destrozando vidas, destruyendo cuanto se oponía al avance enemigo, gracias a una aviación italo-alemana cada vez más potente. En la retaguardia la población civil continuaba siendo víctima de bombardeos sucesivos, pretendiendo con ellos desmoralizarla.

Salimos en dirección de Lérida, no recuerdo si el 28 o el 29 de marzo. La caravana que formábamos había recorrido una buena parte del camino

cuando vimos venir en dirección a nosotros una camioneta y al conductor que nos hacía señas. Nos detuvimos. Se trataba de un grupo de amigos que conocíamos bien y con ellos pasamos un rato cambiando impresiones sobre la crítica situación en que nos hallábamos unos y otros. ¡Quién había de pensarlo! pero este cuarto de hora de conversación cambió seguramente el destino de aquellos niños y el nuestro.

Lérida acababa de sufrir un terrible bombardeo. Varios trimotores arrojaron toneladas de metralla, en cuatro viajes, según el parte de guerra que se publicó en la noche.

Al entrar en la capital todavía oímos el ruido de los aviones que se alejaban, después de haber descargado los explosivos, sembrando el pánico, la desolación, la muerte...

Aún estaba la ciudad inundada de polvo, de gases irrespirables. Las mujeres, los hombres corrían como locos de un lado a otro, tapándose la boca con pañuelos mojados. Los autobuses que conducían niños y personal de la Colonia avanzaban con dificultad, desorientados, no sabiendo hacia qué lugar dirigirse, después de constatar que la Comandancia de Carabineros, que era en donde teníamos que presentarnos para recibir órdenes y saber exactamente lo que debíamos hacer, se había transformado en un montón de ruinas. Las bombas habían destrozado el edificio y hecho numerosas víctimas.

Por doquier se veían casas derrumbadas, humeantes... La gente salía de los refugios y corría enloquecida en busca de noticias de los suyos. Los voluntarios afluían para levantar escombros, apagar incendios, socorrer y evacuar heridos en las ambulancias que empezaban a verse ya. Mas el verdadero cuadro desolador lo descubrimos al pasar por delante de lo que hasta hacía unos minutos había sido una escuela. El bombardeo sorprendió dentro a los chiquillos, e hizo una terrible matanza. Allí vimos, alineados en lo que quedaba de acera, uno al lado de otro, cuerpecitos sin vida, ensangrentados, cuyo número iba aumentando a medida que los sacaban de entre los escombros.

¿Cuántos eran? Doce, quince,... acaso más, pero todos de corta edad. Unas sábanas echadas a tierra, desde los balcones próximos por manos caritativas, sirvieron para cubrirlos y ocultar la vista de aquella tristísima escena.

Transeúntes y curiosos estacionados cerca, en lágrimas, maldecían la guerra y a los que la habían desencadenado.

¡Pobres madres! Corrían desesperadas llamando a sus hijos, esos pedazos de sus entrañas que horas antes habían dejado ante la puerta de la clase, llenos de vida, risueños, juguetones, contentos... Si al fin los encontraban eran lágrimas de alegría, de intensa y profunda emoción, las que se mezclaban al besarles con arrobamiento. Pero si al levantar una de aquellas sábanas lo descubrían inerte, muerto, los minutos que seguían eran insostenibles.

Para aquellas madres no había consuelo posible, siendo difícilísimo arrancarlas del sitio en que habían caído de rodillas para besar y abrazar al ser querido, lo que se hacía por la fuerza de los brazos de los guardias, que mantenían el orden.

Cuando pudimos reanudar contacto con la Delegación de Instrucción Pública de Barcelona y recibir instrucciones, continuamos el viaje hasta la ciudad condal. Allí se hicieron cargo de los chiquillos que, según supimos después, fueron integrados a otras colonias diseminadas en esa provincia y en la de Gerona.

Nosotras fuimos enviadas a Puigcerdá. Mi amiga a la Colonia de "Los Suizos", situada muy cerca de Bourg-Madame; confortable y ricamente abastecida en leche, queso, mantequilla, chocolate... Yo a la de "Los Baños" enclavada frente al lago, sin otra ayuda que la del Ministerio y por consiguiente más pobre, en donde notábamos la escasez de víveres, lo que nos obligaba a un racionamiento no siempre comprendido y aceptado por los niños, que eran de ambos sexos y algunos de 14 y 15 años. Asturianos todos (como el personal de servicio) muchos huérfanos de guerra y ya rebeldes, cosa que me agradaba. Pero ¿Qué más podíamos hacer nosotros?

Lamentando este estado de cosas y dándome cuenta de mi deficiente estado de salud, decidí dejar este cargo, aunque no sin pena por tener que separarme de Cari y de los pequeños. Mas no podía secundar, como lo había hecho hasta entonces, la difícil tarea del director que era un excelente maestro de Canarias, bondadoso y competente.

En agosto del 38 presenté mi dimisión y solicité el traslado a una escuela, como maestra, lo que me fue concedido y en octubre recibía el nombramiento para una de las de Amer, pueblo de la provincia de Gerona.

Mientras tanto ¿Qué había sido de mi hermano?

Recordemos que se había quedado en Tamarite de Litera, esperando a los hombres del grupo que habían permanecido en el frente de Huesca. Como tardaban en llegar decidió ir a Lérida, con los dos que le habían acompañado hasta allí, para contactar con los jefes del Estado Mayor, que no había encontrado en Barbastro.

Casi todos los servicios civiles y militares habían sido evacuados. Afortunadamente los del SIEP continuaban en la capital y pudo recibir órdenes de continuar hasta Benabarra. Los bombardeos contra una población indefensa seguían cada vez más fuertes. Al salir del Cuartel General vieron en la Rambla numerosos coches que ardían, así como algunas casas en las que habían explotado bombas. Aunque con dificultad y no sin riesgo, lograron salir de aquel infierno y en cuanto se pudieron reunir en Tamarite, con los agentes que faltaban del grupo, se dirigieron hacia el lugar que les había sido designado, lo que les permitió dejar enlaces en diferentes puntos antes que los fascistas entraran vencedores, pensando que más tarde les serían tal vez provechosos.

En uno de los pueblecitos del valle del Noguera-Ribagorzana tuvieron que dejaren casa de una familia de confianza, y no sin cierta amargura, una emisora que pertenecía al Comité Regional de Aragón, que se les había confiado durante la canallesca represión de las fuerzas de Líster contra el Consejo de Defensa de Aragón y Comité Regional de la CNT.

Pero dejaré la palabra a mi hermano, gracias a la copia que conservo, del comunicado que envió al jefe de la Segunda Sección, el 30 de marzo de 1938.

Cumpliendo órdenes, el grupo "Libertador", del SIEP, efectuó en el día de ayer servicio de descubierta, pudiendo concretar lo siguiente:

Que a las seis de la tarde estaba completamente abandonado el pueblo de Benabarre, sin que se notara la presencia de fuerza

enemiga. Que en dicha localidad, a dicha hora, continuaban haciendo explosión municiones del polvorín, volado por las fuerzas propias y que en la plaza principal se veían, en un montón, unos veinte fusiles abandonados. Así mismo se comprobaba, en el depósito de gasolina,

la existencia de bastante combustible y de cuatro camiones inutilizados en sus proximidades.

El grupo se retiró por la carretera de Arén, comprobando la evacuación de Tolva, Puente de Montañana y Arén.

Los carabineros de estos dos últimos pueblos se retiraron en dirección de Viella.

Pudieron comprobar los resultados del bombardeo efectuado por el enemigo, en la mañana (11 horas).

Tolvas: Dos muertos y un herido. Este último, un soldado, quedó en una de las casas del pueblo.

Puente de Montañana: Sin bajas y con desperfectos materiales en varios edificios del pueblo.

El Grupo, considerando difícil su situación y en la imposibilidad de incorporarse a esas fuerzas por carretera, se retiró en dirección de esta localidad, a donde llegó a las diez y ocho horas del día de hoy, dejando vehículo y enlaces en Arén.

Lo que comunico a Ud., en espera de órdenes, por mediación del enlace portador.

Entregué el informe. Pont de Suert, treinta y uno de marzo de mil novecientos treinta y ocho.

Firmado: Ponzán.

Y en Arén, que terminaba la carretera, formaron una nutrida caravana con los miembros de algunas familias que no querían quedarse con los fascistas, por temor a las represalias. Siguiendo por caminos de montaña, difíciles y duros para las mujeres y niños que les acompañaban, pudieron al fin llegar al ya citado pueblo de Pont de Suert, tras un día de marcha fatigosa.

Allí pudieron informarse y saber que en toda Cataluña se habían constituido dos agrupaciones: Norte y Sur.

Considerando como deber ineludible su presentación ante el jefe de la 62 Brigada, perteneciente a la primera agrupación citada y sabiendo que se encontraba en Tremp, el grupo se dirigió a este pueblo.

El dos de abril ya recibía orden de efectuar un trabajo; mas como no conocían la región Paco se presentó al presidente del Consejo Municipal, entregándole el siguiente oficio:

Ruego a Ud. se sirva facilitar al portador, teniente Francisco Ponzán, un camarada conocedor de este terreno, para efectuar un servicio urgente. Firmado: ilegible. Jefe del Estado Mayor.

Como consecuencia de este trabajo el Mando conoció el peligro que amenazaba al nudo de comunicaciones de Tremp y gracias a la ayuda del práctico que le designaron, pudieron acompañar al batallón de la 62 Brigada a establecer contacto con el enemigo y efectuar algunos sabotajes en la carretera de Benabarre-Arén.

Obligado el grupo a abandonar Tremp, siguiendo instrucciones, se retiró por Puebla de Segur y continuando el curso del Noguera-Pallaresa, llegó a Sort, en donde contactó con las autoridades y dejó un enlace.

LA EMBOSCADA EN VIELLA Y RETIRADA A FRANCIA

El consejo Municipal de Sort, en común acuerdo con los de otros pueblecitos de alrededor, había organizado un servicio de autobuses y camiones para ser utilizados por cuantos desearan dirigirse al Valle de Arán. Pero fue necesario antes sacar la nieve que obstruía la única carretera que tenían para comunicar con el resto de España y cuya subida al puerto de la Bonaigua, situado a 2.072 metros de altitud, pudo hacerse en dicha ocasión gracias al titánico esfuerzo de un grupo de hombres y la ayuda de un quitanieve.

Tan pronto como la circulación quedó abierta el grupo envió a dos agentes al Valle de Arán, en donde les interesaba establecer una red de enlaces, que permitiera futuras actuaciones en el sector de Sort, Esterri, etc..

El magnífico paisaje de aquellas montañas, cubiertas de su ropaje blanco y acariciadas por los primeros rayos de un sol primaveral les impresionó fuertemente, en particular a uno de ellos, que no estaba acostumbrado a la contemplación de panoramas como aquel.

Llegados a Viella se presentaron al comandante de la Plaza, que era un capitán del Cuerpo de Seguridad. Declinando su identidad y la del servicio al que pertenecían, fueron acogidos con calurosa simpatía, cambiando impresiones sobre la guerra y demás. Al decir los jóvenes que eran militantes de la CNT, el comandante les dijo con satisfacción aparente:

- ¡Ah! Voy a decirles a ustedes la noticia que acaba de darnos la radio: Segundo Blanco ha sido nombrado ministro de Instrucción Pública. Es un hombre que conozco bien, pues somos viejos amigos...

No cabe duda que quiso con estas palabras captarse la confianza de sus interlocutores, lo que consiguió en parte. Puso un coche a su disposición y los hizo instalar en el primer pueblo del Valle, por el que ya habían pasado al descender del puerto: Salardú.

Fueron bien recibidos por el alcalde, quién les indicó en donde podían alojarse. Es decir, todo fueron facilidades y unos y otros los recibieron con cortesía y agrado.

Como estaba previsto al día siguiente llegó mi hermano con el resto de los agentes e informados por los dos que les habían precedido, se alojaron en el hotel del pueblo, tal y como les indicara la víspera el comandante de la Plaza.

Cansados, los hombres dormían profundamente cuando se presentó en las habitaciones una patrulla formada por guardias y policías, despertándolos e invitándolos a que les siguieran. Sorprendidos, echaron pie a tierra intentando defenderse, pero su exceso de confianza les fue fatal. Sigilosamente las armas les habían sido confiscadas, pues llevados de su buena fe las habían dejado lejos del alcance de sus manos mientras descansaban. Sólo dos de ellos conservaban bajo la almohada una pistola y dos bombas de mano que les fue fácil disimular. Quisieron utilizarlas, contra sus asaltantes, pero Paco les disuadió, diciéndoles que sin dudarse trataba de un error y que era más prudente entrevistarse con el jefe de la Plaza y dejar las cosas aclaradas.

Aunque a disgusto, siguieron a guardias y policías, quienes antes de marchar en dirección de Viella, se dirigieron a la casa en la que habían sido alojados sus dos compañeros. También dormían en el momento en que fueron despertados bruscamente por los fuertes golpes dados en la puerta. Como la hora era tan avanzada e intempestiva, la familia que les había albergado no quiso abrir sin que los muchachos diesen antes su conformidad.

La respuesta fue negativa, pero tras larga discusión sostenida desde la ventana del dormitorio, mi hermano les dijo:

- ¡Bah! Bajad... que estamos todos aquí... No puede ocurrir nada...

Medio convencidos, alentados por estas palabras, los jóvenes salieron a la calle y juntos recorrieron los pocos kilómetros que les separaba de Viella, en los coches que conducían los que habían ido a detenerlos.

Llegados al cuartelillo interrogaron al comandante, quien haciendo uso de una exquisita amabilidad les dijo:

- Dada la hora que es no tengo más solución que conservarlos en estado de arresto hasta mañana. Mas estén tranquilos que todo se arreglará.

Durante la entrevista les había pedido la documentación, que conservó, diciéndoles que la precisaba para poner en claro el hecho. Pero ¡Cuán grande sería la sorpresa al verse frente a la puerta de la cárcel! Siguió una lucha difícil, negándose rotundamente a penetrar en ella, lo que finalmente tuvieron que aceptar viéndose rodeados por sus acompañantes, prestos a descargar sus armas al menor signo de resistencia.

Pasaron la noche todos juntos, en una celda espaciosa, sin lograr conciliar el sueño, tratando de descifrar a qué podía obedecer aquello, aunque en realidad convencidos de que saldrían en libertad, tan pronto como las aguas volviesen de nuevo a su cauce...

¡Que lejos estaban aún de imaginar la maniobra de aquel fascista que, usando los buenos modales y haciéndose pasar por un oficial adicto a la República, estaba poniendo en práctica el maquiavélico plan que la documentación de los dos primeros agentes que se presentaron ante él le había sugerido la víspera, sobre todo al decirle que pertenecían al SIEP!

¡Cuántos antifascistas caerían en las encrucijadas traidoras de la retaguardia, en la que combatían los enemigos encubiertos, más peligrosos a veces que el enemigo que se situaba francamente al otro lado de las trincheras!

Y ahora es cuando entra en juego la profunda intuición de Paco. Esa formidable intuición que en las horas difíciles tenía siempre para ver, enjuiciar, prever, lo que podía pasar...

Al constatar que el día pasaba sin que se les liberase, comenzó a interrogarse a sí mismo. ¿Cómo ellos podían haber caído en una emboscada, llenos de audacia, de coraje, de desconfianza, en los hombres que ocupaban puestos de mando y responsabilidad en la zona republicana? Lo peor era que los habían cogido desarmados y ahora confiados como simples novatos. ¿De dónde podía salir el mal?

A fuerza de dar vueltas a su cerebro, de escudriñar, de buscar en los más insignificantes detalles, de revivir las últimas veinticuatro horas haciéndolas

desfilar ante él, gracias a su memoria, como una película, surgió la verdad. Esa verdad que el comandante de la Plaza disimulaba, bajo sus modales amables, su sonrisa aparentemente franca, para hacerles creer que les trataba como amigos y que podían tener confianza en él...

Pero, ¡Ah! con lo que no había contado era con la intuición, la inteligencia, la imaginación creadora de Paco, para que se llegasen a descubrir sus canallescios designios.

Entretanto, ahí tenemos a nuestros hombres presos, con un par de bombas que uno llevaba y había conseguido esconder y dos pistolas. Pocas armas éstas para hacer frente a una situación tan intrincada y difícil como lo era aquella. De todos modos, ya lo habían decidido: si les obligaban a salir con mala intención, se defenderían con ellas como pudiesen, cayese quien cayese. Alguno se salvaría tal vez. Lo esencial consistía en encontrar la salida del túnel, en el que se habían metido sin percatarse...

En la cárcel de Viella, enclavada en la falda de la montaña, la celda que les designaron daba a la carretera general. Cerrada, únicamente tenía acceso a ella el carcelero que aunque correcto y antifascista, como supieron más tarde, veía en aquellos jóvenes a los enemigos de la Causa por la que él luchaba. Intentaron hacerle comprender el error, explicándole quiénes eran y por qué combatían. Pero no pudieron ni convencerlo, ni hacerle creer por unos instantes siquiera en su buena fe. Viendo que nada podían hacer para disuadirlo, le dejaron por imposible. ¿Para qué insistir más?

Empezaban a estar seriamente preocupados. Mi hermano se puso en la ventanita de la celda y agarrado a sus barrotes miraba al exterior, buscando la manera de comunicar con alguien. Las horas pasaban lentas, muy lentas. Por fin vio un grupo de niños que se acercaban jugando, correteando... "¿Por qué - se preguntó- no puedo encontrar en ellos el apoyo que necesito?" Escribió una nota y esperó. Cuando les vio más cerca y comprendió que podían oírlo les habló: "Queréis llevar este papel al Comité de la CNT del pueblo?" "¡Sí!" dijeron todos a coro. La partida estaba seguramente ganada. Escribió otras dos notas. Una para la UGT y otra para Esquerra Catalana y continuó diciéndoles: "Hay trabajo para todos" y su voz persuasiva, aquella voz acostumbrada a

dirigirse a sus alumnos le sirvió para captar el interés y la simpatía de los chiquillos, que recogiendo los papelitos que les tiraba salían disparados como flechas para cumplir la misión que se les confiaba.

Las tres notas contenían poco más o menos lo mismo: que víctimas de una mala interpretación estaban presos en la cárcel y que temiendo un atropello, por parte de la autoridad militar, solicitaban apoyo lo más rápidamente posible. Daba nombres de los hombres de su grupo, afiliación y servicio al que pertenecían, pero como quiera que en la región no se le conocía, los tres comités consultándose entre ellos optaron por ir a interrogar al comandante de la Plaza y pedirle las explicaciones que se imponían.

El cínico militar ahogó pronto sus voces, sacando de uno de los cajones de su mesa y colocándola ante sus ojos la documentación que conservaba de ellos. Esto es, cartas de falangistas, pesetas y billetes de banco de la zona fascista, armas, etc.

Visto esto, no cabía duda, se trataba de auténticos enemigos de la República a los que era preciso exterminar si se quería seguir fieles al ideal republicano y a la bandera que defendían... Petrificados ante tantas pruebas, no tuvieron gran cosa a añadir:

- ¡Cuánto antes se les fusile mejor! ¡Basta ya de traidores!

Extrañados del abandono en que se les dejaba, viendo pasar el tiempo sin que ninguno de los que habían reclamado se presentase, a pesar de que los niños afirmaban haber entregado los papeles que les habían dado, Paco pensó que lo que parecía una comedia podía terminar mal. Fijo en su puesto de observación seguía viendo pasar por la carretera algún coche, algunos soldados o paisanos, mal afeitados, deshechos de cansancio, pero que adivinaba, animados por el deseo de llegar a la meta que se habían fijado: el Puente Internacional de Pont-du-Roy, que sirve de frontera entre el Valle de Arán y Francia.

De repente, cuando menos lo esperaba, ¡Oh sorpresa!, vio que se acercaba un campesino aragonés, Lázaro Cabrero, de la provincia de Huesca, con el que sabía podía contar, y lleno de esperanza, de alegría, de inmensa emoción

empezó a llamarle. Al principio quedamente, mas viendo que el hombre no hacía caso, le llamó por su nombre casi gritando. El efecto fue inmediato. Se detuvo y mirando a la reja, con estupor le reconoció.

- Pero... ¿Cómo? ¿Vosotros ahí? ¿Qué pasa?

- Espera. Ocúltate mientras escribo unas líneas. En ellas te diré de lo que se trata. Pero sobre todo que no te vean. No llamemos la atención. Cuando te haga la señal vuelve- le respondió.

No era fácil que fuese descubierto, porque desde dicha ventana no podía verse la entrada de la prisión. La carretera iba subiendo la montaña y unas curvas impedían toda visibilidad, mas la oportunidad era tan fantástica, la suerte tan prodigiosamente favorable, que había que tomar precauciones para que no les fallase una segunda vez.

En dos cartas, que mi hermano escribió rapidísimo, todo fue explicado. En una relataba lo que su fecunda intuición le había permitido ver: que el comandante de la Plaza era un fascista peligroso, dispuesto a entregar el Valle de Arán a los facciosos y al mismo tiempo a los hombres del grupo, quienes constituían para él un excelente botín. Rogaba se telefonease urgentemente al Ministerio de la Guerra y al Comité Nacional de la CNT, exponiendo con claridad y concisión los hechos, y pidiendo ayuda para que fueran a liberarlos. Pero ante todo, a desenmascarar a aquel canalla, que tan bien había sabido fingir su papel hasta ese momento.

En la segunda misiva daba instrucciones a su amigo para que, en cuanto llegase a la frontera, entregase su nota a las autoridades consulares de la zona Republicana, insistiendo para que se telefonease a Barcelona, con la mayor urgencia posible.

No cabe duda que nuestro valiente aragonés cumplió al pie de la letra su cometido puesto que, veinticuatro horas después, una patrulla de oficiales y soldados, mandados por el teniente coronel Gómez García, atravesaba la línea fronteriza y se internaba en el Valle.

Ya en Viella se dirigieron al puesto del comandante de la Plaza, quien, confiado en su buena estrella que le había guiado hasta entonces, dormía como suele

decirse a pierna suelta. Fácil es adivinar su estupor. Desenmascarado, no comprendiendo como había podido saberse su maquiavélico plan, fue destituido y hecho prisionero.

Sin esperar a que llegase el día, el teniente coronel citado, después de hacerse cargo de la Plaza, se dirigió a la cárcel en donde abrazando a aquel puñado de antifascistas que conocía bien, por habido combatido juntos en el frente de Huesca, no ignorando tampoco que se habían jugado muchas veces la vida, les tranquilizó, asegurándoles que algunas horas más tarde serían puestos en libertad, como así fue. Pero desde ese momento la puerta de la celda quedó abierta, mientras él hacía las gestiones necesarias para comunicar a sus superiores el resultado de su misión.

Liberado el grupo, cambió impresiones con los diferentes comités locales, deseoso de saber el por qué no se les había ayudado. Fue entonces que les explicaron el canallesco procedimiento que había empleado el comandante para condenarlos. También ellos habían sido engañados. Le habían creído de buena fe y su asombro igualó a la pena que les produjo el no haber podido socorrerlos, por la maldad con que procedió el felón militar.

El teniente coronel Gómez García, después de comunicar con el Ministerio de la Guerra y recibir instrucciones, expuso la conveniencia de que nuestros hombres continuasen en el Valle de Arán, ordenándoles diversos servicios. En uno de estos hicieron dos prisioneros y recogieron una bandera monárquica y diversas armas.

Finalmente se retiraron en dirección a Francia cuando el mando militar del Valle ordenó la evacuación del mismo, ya que la carencia de material y de municiones hacían imposible la resistencia, dejando enlaces en diferentes pueblos.

Como ha podido verse todo terminó bien para el grupo, gracias al azar. Pero sin el paso del campesino aragonés por aquella carretera, sin la oportunidad que se le presentó a mi hermano de desenmascarar a aquel emboscado, ¡Cuán terrible hubiese sido el fin de aquellos muchachos intrépidos y valerosos! ¡Cuán duramente hubiesen pagado su exceso de confianza en la bondad de los hombres!

Por una vez la Justicia estuvo del lado de la Verdad. El demoníaco traidor no tuvo tiempo de saborear su venganza, que debió ir preparando desde el principio de la guerra y que esperaba disfrutar pronto entregando a los facciosos una presa de inmenso precio para ellos: los hombres de la SIEP, los agentes del grupo "Libertador", que tanto habían deseado capturar, en el frente de Huesca, sin conseguirlo. Como quiera que el responsable era Paco, todos los desmanes que pudieron cometerse se le atribuyeron. La inocente víctima fue nuestra buena madre, que no supo soportar el dolor que le causaba saberlo tan calumniado, tan vilipendiado, tan canallescamente tratado por sus enemigos. No soy yo, sin embargo, la llamada a juzgar sus actos, ni los de "los otros". Tal vez un día, cuando se hayan apagado los odios, algún historiador lo hará y dejará a cada uno en el lugar que merecieron sus acciones, su comportamiento, en esos años en que tanta sangre se vertió, en una guerra fratricida y cruel, como la que más.

Pero volvamos a encontrarlo en el momento en que se disponían a abandonar el Valle de Arán en coche y llegar al puente internacional de Pont- du-Roy. No fueron solos. Oficiales, soldados y no pocos habitantes de la región efectuaban el mismo recorrido, en su mayoría a pie, antes que el ejército fascista, sin obstáculo que frenase su avance, hiciese irrupción y se apoderase de aquel indefenso rincón, último baluarte en ese sector de la República Española.

AL cruzar la frontera se encontraron con los representantes de las autoridades del Consulado de Toulouse; con una delegación de la zona facciosa y naturalmente, con la Aduana y Gendarmería francesas, que procedían a la incautación de armas y vehículos.

A medida que los españoles pisaban territorio francés se les preguntaba a donde deseaban ir: Zona Republicana o Zona Nacional...

Sonaba, pues, la hora de la verdad. Para nada servía ya la careta. Cada uno reaccionaba tal cual era y aún a trueque de hacerse silbar y oírse palabras de desprecio, fueron bastantes los que eligieron la zona de Franco. Bien es cierto que habían nacido y vivido siempre en la región y les dolía abandonar familia, hogar, tierras, trabajo, etc. para ir en busca de lo desconocido. ¿Qué suerte les esperaba? Hartos de guerra, de privaciones, les parecía que iban a encontrar el

bienestar que tenían antes de julio de 1936... Carentes muchos ellos de un ideal político, habían abandonado sus casas por miedo a represalias, pero habían sentido tal nostalgia, tanta pena, que prefirieron volverse, pasase lo que pasase.

No obstante hubo casos simpatiquísimos, entre ellos el de un guardia de seguridad, antiguo guardia civil, que al formularsele la pregunta de rigor dio un paso al lado de la delegación del Gobierno Republicano, al tiempo que gritaba con emoción: "¡ Viva la República!".

Su grito no fue el único, pero su uniforme dejaba suponer que su elección sería otra. No en balde se había llegado a un momento en que uno no podía fiarse de nadie.

Para Paco y sus amigos el gesto de ese guardia, cuyo comportamiento distaba tanto del de su capitán (el felón militar que estuvo a punto de entregarlos a los fascistas), les causó viva alegría, aplaudiéndole fuertemente, manifestándole de este modo su simpatía...

Cuando la selección estuvo terminada, para lo que fueron necesarias unas horas, un tren especial salió con dirección a Port-Bou.

No era el primero que salía para allí. Otros le habían precedido, llenos también de antifascistas, deseosos de continuar el combate con el ejército republicano. El tren iba repleto de juventud. Unos sentados, otros de pie, comentaban entre ellos las últimas semanas vividas en España; la pena, la tristeza que les causaba el haber tenido que abandonar aquella zona a sus enemigos, pero la ilusión de que todavía podría ganarse la guerra, les sostenía aún...

Al llegar a Toulouse una sorpresa les esperaba. La estación estaba llena de gente. Franceses y españoles unidos por un mismo anhelo acogieron con extraordinarias pruebas de simpatía a todos aquellos soldados y luchadores, que aún vencidos, iban de nuevo a España para continuar el combate, manteniendo enhiesta la bandera de la esperanza.

Aquellos vivas a la República Española, salidos de otros tantos pechos que parecían prestos a estallar bajo la fuerte emoción que sentían hicieron verter lágrimas de alegría a más de uno de los viajeros, que sin comprender el

idioma, sin necesidad de palabras, eran saludados, alentados, sostenidos en su afán de liberar a España del fascismo que empezaba a extender su poder, ayudado y secundado por los tres dictadores, que se habían propuesto poner a Europa bajo su bota: Franco, Hitler y Musolini...

En Cervera tuvieron que hacer trasbordo. Todavía un alto en la ciudad de Gerona y poco después entraban en Barcelona, siendo de nuevo vivamente aclamados y vitoreados por una multitud, que apiñada dentro y fuera de la estación, los estaban esperando con impaciencia...

DE BARCELONA A LA SEO DE URGEL

Ya en la capital catalana después de abrazar a familiares y amigos, tras un descanso de varias horas bien ganado, Paco y sus agentes se personaron en las oficinas del Estado Mayor Central, en donde fueron acogidos con singular agrado y felicitados por haber logrado salir indemnes de la maquinación que se había urdido contra ellos y que sin duda les hubiese costado la vida, si el azar y el ingenio no se hubiesen encontrado para hacerle frente.

Hicieron entrega de un informe amplio y detallado, en el que se relataban los hechos ocurridos y el trabajo realizado, desde la ruptura del frente de Huesca hasta entonces; si bien el contacto con el Estado Mayor no se había interrumpido, puesto que lo mantuvieron por intermediario de los jefes militares que encontraban. Y esto tampoco les fue siempre fácil.

Satisfechos sus superiores les dieron ocho días de permiso. Ocho días de completa libertad que pasarían casi todos ellos en Barcelona, dando rienda suelta a la alegría que les embargaba por poder vivir agradablemente entre los suyos, una semana, o bien con las novias o a la búsqueda de aventuras que les hiciesen olvidar la guerra, aunque esto no era posible porque los bombardeos seguían siendo cada vez más frecuentes y sangrientos.

Mi hermano pasó con nosotras en Puigcerdá la mitad del permiso, pero como teníamos mucho trabajo en las Colonias y no podíamos dedicarnos a él como lo hubiésemos deseado, se pasaba las horas leyendo o escribiendo, que fueron desde niño ya sus dos distracciones favoritas.

Recuerdo que de estudiante le veía llenar cuartillas y más cuartillas. Esto me intrigaba, sobre todo en un tiempo en que le sabía enamorado de una muchacha de Huesca (amor que nunca fue correspondido a causa de sus ideas). ¿Era a ella a quien escribía? A veces, cuando terminaba, releía lo escrito, borraba alguna palabra y acababa rompiéndolo. Otras, satisfecho

seguramente de su trabajo, doblaba las páginas y metiéndoselas en el bolsillo se marchaba, dejándome con mi entera curiosidad. Mi sigilosa observación mientras cosía o tricotaba no me había servido para nada. Tiempo después supe que solía publicar algún artículo en la prensa confederal y comprendí que no sólo era Cupido quien le atormentaba y preocupaba, sino las ideas que su maestro le hacía conocer y amar.

Al marcharse a Galicia ¡qué lejano nos parecía el pueblo que le había tocado en suerte! Alguien nos dijo que en Tierra y Libertad se veía de tanto en tanto algún artículo suyo y lo buscábamos con interés. ¿Cómo no?

He aquí uno que encontré entre sus papeles referentes a la guerra de España. No lleva fecha, pero a juzgar por el optimismo que emana de él, de su fe en ese mañana mejor en el que siempre soñó y que indudablemente le dio aliento hasta las últimas horas de su vida, debió ser escrito en abril o mayo de 1937. Cuando todavía creían en la victoria, cuando tanto esperaban de su revolución...

La CN T y la FAI -dice- son las únicas fuerzas de tipo nacional y libertario con influencia determinante sobre todos los estamentos del país. Por esta razón nos falta la solidaridad y el apoyo del proletariado organizado de Europa, puesto que su organización es, doctrinalmente, contraria a la nuestra.

El apoyo internacional a España se realiza por los organismos antifascistas en favor de nuestro llamado "Frente Popular ", pero no en favor de la CNT a quien temen y a veces odian los socialdemócratas de Europa.

La no intervención, inventada en Londres y por fin el bloqueo de nuestras costas y fronteras, no tienen otra misión que la de someternos a la férula de las democracias, al capitalismo, en una palabra. Desgraciadamente el Occidente Europeo no está para revoluciones. Y que los pueblos democráticos de Europa no miran con simpatía el Movimiento español (que es tanto como decir que están identificados con sus gobiernos), lo demuestra el comunicado que Le Liberaire de París publica en su número del 8 de abril. Dice así: "El

Comité por la España libre y su centro de avituallamiento que tuvieron durante unos meses una gran actividad, ven con dolor que las ayudas a la España antifascista disminuyen de día en día. Lanzan un grito de alarma y llaman a la solidaridad de los anarquistas de Francia, en favor de las víctimas del fascismo español. Nunca como hoy tienen necesidad de ser socorridos nuestros hermanos de España. Y nunca como en este momento, fue tan grande la indiferencia del pueblo francés, incluidos los anarquistas, en lo que concierne a las cosas de España: acontecimientos y hombres. Será necesario que esto cambie. El Comité por la España libre."

Si en Francia, el país más afín y próximo a nosotros de Europa, se da este caso de indiferencia, bien podemos decir que España, esta España que tan noble y fieramente lucha por su independencia y sus libertades políticas y económicas, se halla en lucha contra Europa entera, excepto Rusia.

Sin embargo, hay que añadir también otra cosa: si la Revolución y la Guerra que sostiene España, la España obrera, no ha sido ya estrangulada, es porque nuestro país, pese a su poca extensión geográfica o territorial, contiene un potencial espiritual, bastante fuerte, para desencadenar por sí misma esa guerra general que tanto temen las potencias todas de la Europa capitalista.

Es pues el pueblo español un eje sobre el que giran las esperanzas de todos los pueblos y los temores de todos los gobiernos del mundo que se llama civilizado.

Por encima de esas esperanzas de los pueblos irredentos, domina también el temor de que son presa los gobiernos. Se teme el salto que puede ser mortal para unos o para otros o para todos, tanto si se propaga nuestra revolución como si se desencadena la guerra más allá de nuestras fronteras.

Para hacer precisamente frente, a tan trágicas e inciertas eventualidades, la sociedad de naciones que toleró el despojo de Abisinia no duerme tranquila. Sabe bien que Abisinia no es España.

Sabe igualmente que, la potencia espiritual de España es enorme y puede además ser contagiosa y producir una catástrofe de proporciones insospechadas. Sabe también que producido el incendio de Europa puede quemarse todo, pero los privilegios en primer término.

De todos estos temores y zozobras nacen esos Comités y Subcomités de no intervención; las Comisiones de control; el bloqueo y todo cuanto pueda evitar el desastre capitalista en Europa. El pretendido equilibrio, que Londres impone o quiere imponer con las medidas adoptadas por los Comités mencionados antes, en relación con los acontecimientos de España, no es otra cosa que una manifestación del pánico colectivo.

Por tales procedimientos coactivos, se tiende exclusivamente a nuestro desangre, a nuestro agotamiento físico, para imponer al fin, cuando la hora prevista llegue, una paz española y un régimen español, según el criterio de las cancillerías.

Esta es la gran verdad de la situación de España ante el mundo. Y no hay otra, aunque nos duela confesarlo.

Conviene a pesar de todo, no olvidar las lecciones de la historia. Víctor Hugo dijo hace setenta años desde su retiro de Hauteville House: "Que España al nacer como Nación venció a Carlomagno, que representaba las potencias principales del mundo opresor y que ocho siglos más tarde derrotó a Napoleón".

¿Qué suerte espera a nuestra España abandonada a sus propias fuerzas, combatida y bloqueada por los gobiernos del capitalismo y por la indiferencia y pasividad de casi todos los pueblos?

Mi opinión sincera es que España, pese a todo y a todos, cuando logre terminar su sangrienta y trágica aventura, implantará -tendrá todavía pulso, espíritu y fuerza para lograrlo- un régimen que si no es el preconizado por los anarquistas, no dejará por ello de ser el más avanzado de la tierra.

Iberia será una Federación de todos sus pueblos, pues Portugal, vivificado por nuestra espiritualidad, romperá presto sus cadenas y se sumará a nosotros.

El latifundista no resurgirá jamás. El aristócrata, el noble de sangre y el plutócrata, quedarán suprimidos. El Estado y la burocracia, ejército, policía, magistratura como organismos parasitarios, quedarán reducidos a una expresión mínima y ese Estado entelequia, porque el verdadero Estado habrá de ser el pueblo, no tendrá religión alguna.

El obrero industrial controlará todas las actividades productoras y distribuidoras en todos los órdenes y el campesino trabajará en común las tierras expropiadas.

La enseñanza, más que laica, será racionalista y enseñará a los ciudadanos, niños y mayores, que la patria de los hombres ha de ser el mundo.

Ascenderán a los estudios superiores cuantos tengan talento y vocación para ello.

La libertad política (los derechos del hombre, de la revolución francesa y los del trabajador promulgados por la revolución rusa) será prácticamente superada por la revolución española.

Esa libertad política e individual será superior a la que disfrutaban los ciudadanos de los países del norte -los más avanzados al respecto- y superior por tanto a la que gozan los ingleses, los suizos y los americanos del centro y del norte de dicho continente.

España podrá ser el jardín de Europa. Triplicará el volumen de sus riquezas naturales, para lo cual habrá de doblar su población productora.

Todo lo dicho significa que el esfuerzo realizado no será baldío y que esos ríos de sangre que empararon nuestros valles, nuestras llanuras, nuestras montañas, será el riego fecundante que hará

fructificar al fin, las semillas sembradas, a través de los años, por los hombres que tuvieron fe, que lucharon y que murieron por un mañana mejor...

Después de pasar tres días tranquilo en Puigcerdá, Paco decidió marchar a Barcelona, con el deseo de estar los últimos días que le quedaban de permiso con sus amigos y hacer unas cuantas gestiones que consideraba indispensables. Me fui con él, aprovechando que había que resolver algunos problemas relacionados con la Colonia. Pero una vez más lo hice con mala suerte.

Lo primero que hicimos fue ir a reunimos con tres de sus chavales, los más jóvenes del grupo y juntos fuimos a comer a un restaurante. Apenas habíamos terminado el primer plato cuando sonaron las sirenas de alarma. Mi primer impulso, como cuando me había sorprendido el bombardeo meses antes en el teatro, fue levantarme y seguir a los otros. Ya estaba de pie, miré a mi hermano creyendo que salía conmigo y cual no sería mi sorpresa al oír que me decía:

- ¡También tú! -Me sentí avergonzada. Debí ponerme roja como una amapola porque añadió en seguida- ¡Bah, no tengas miedo! No sabemos donde hay más peligro si aquí o allá.

Continuamos comiendo... Minutos después una explosión fuerte, cercana, hizo estremecer el edificio. Tras el silbido y el estruendo de las explosiones, el ronroneo ensordecedor de los motores de los aviones, los disparos de la defensa antiaérea. Todo se oía como un demoníaco concierto.

Sí. La guerra continuaba. Las largas marchas nocturnas de mis comensales, en las que podían dejar la vida si el enemigo les descubría, no habían terminado aún. Ellos lo sabían, pero precisaban olvidarlo. Sacar el mejor partido posible a esa juventud que estaban quemando inútilmente, a causa de la locura de unos hombres ávidos de poder, ebrios de sangre si ésta era necesaria, para seguir dominando la España escarnecida, la España mártir de los Comuneros de Castilla, de Riego, de Ferrer Guardia y tantos miles y miles más.

Otra vez la sirena lanzaba su voz al aire. Mas ahora lo hacía para anunciar que el enemigo se alejaba, que la alarma había terminado. De las bocas de los refugios salía de nuevo la marea humana. Y mientras unos volvían contentos a sus hogares, a sus puestos de trabajo o a sus ocupaciones cotidianas, otros comenzaban a llorar sus muertos, vendaban las heridas o contemplaban aterrorizados sus viviendas destrozadas por la metralla.

Nosotros nos habíamos quedado solos en el comedor. Los demás habían ido a resguardarse en el lugar que consideraron más seguro, y no porque mis compañeros de mesa fuesen más valientes, o menos cobardes. No. Nada de eso, pero a fuerza de desafiar a la Muerte, habían terminado por familiarizarse con ella. Hoy... Mañana... ¿Qué importaba? Cuando la amenaza les rondaba diríase que un fatalismo, más fuerte que el miedo les dominaba...

- Ti pongas donde ti pongas... -decía sonriendo el buen aragonés que fue mi hermano.

Tampoco olvidaron su visita a la "Casa Grande", para saludar a los compañeros e informar al Comité Nacional de la CNT del feliz resultado de su odisea en el Valle de Arán, cambiando impresiones sobre la situación y haciendo proyectos para el porvenir. Allí les dijeron que en Seo de Urgel se encontraba el mando del X Cuerpo de Ejército, al que habían pertenecido durante su estancia en el frente de Huesca. Conocían perfectamente al jefe, el compañero Jover y al comisario Juan Manuel Molina (Juanel). Por esto deseaban volver cerca de ellos, para lo que el Comité Nacional se ofreció a intervenir, si fuere preciso. Mas, como al retirarse de los pueblos de Lérida, ya habían ido dejando enlaces, lógicamente pensaban que el mando los destinaría a ese sector, como así fue. Al incorporarse al X Cuerpo de Ejército pasaron por Solsona en donde se encontraba el Cuartel General del Ejército del Este, presentándose al comandante Guerrero, jefe del SIEP en dicho Ejército, quien les notificó que ya había recibido instrucciones del Estado Mayor Central anunciándole la llegada del grupo a Seo de Urgel.

La primera sorpresa que les esperaba al llegar a este pueblo fue la de encontrarse con uno de los enlaces que habían dejado en Sort. Como Paco no conocía la región su satisfacción fue todavía mayor. El muchacho no sólo

hablaba catalán, sino que conocía perfectamente todos aquellos alrededores, circunstancia que aprovechó inmediatamente mi hermano para organizar su primer servicio enviando a él y dos de sus agentes. Pero transcribo lo que dice la copia de su informe:

Servicio efectuado durante los días 1 y 2 de mayo de 1938:

Se internan en terreno enemigo tres agentes, los cuales se entrevistaron con un enlace residente en Sort, regresando a nuestras posiciones a las seis horas del día de hoy.

Se comprobó que el mando militar de Sort está asesorado por técnicos alemanes.

Que unos días antes de cruzar nuestros agentes las líneas enemigas, cruzaron las nuestras tres antiguos contrabandistas, hoy al servicio del enemigo. Se supone que se dirigían a Seo o Adrall. Estos individuos son: uno llamado Juan, del pueblo de Tornafor, pequeño, delgado, moreno, representando tener treinta y cinco años. Otro llamado Guitart, del pueblo de Llagunes, alto, fuerte, de pelo castaño, de unos treinta y tres años. El tercero es del pueblo de Monte Narto, individuo robusto, moreno, con boina y un pequeño bigote.

El enemigo ha arreglado la carretera de Envonuy a Villamur y continúan trabajando en dirección de Llagunes.

La fortificación que se observa en las posiciones enemigas es igual a la nuestra.

En la plaza de Sort no han hecho ninguna fortificación.

La vigilancia en carreteras y en los pasos y puentes es intensa.

El bombardeo de nuestra aviación a la plaza de Sort causo dieciocho muertos y treinta y dos heridos.

Los facciosos han fusilado en Sort seis antifascistas. En Vilamur cinco. En Soriguera uno. En Tornafor dos. La represión continúa. No circula

ninguna clase de prensa desde la iniciación de la ofensiva sobre Sort y la única correspondencia que se admite es la oficial. Hace cinco días licenciaron la quinta del 40 y a los evadidos de nuestro campo los envían a sus casas.

Se ha prohibido terminantemente hablar el catalán.

Circula el rumor de una próxima ofensiva sobre Seo de Urgel.

Se adquieren los siguientes datos: [Aquí sigue una extensa descripción del número de Fuerzas, baterías antiaéreas, etc. de sumo interés para el Mando Militar Republicano.

Una vez realizado este servicio, Paco tuvo que reclutar nuevos agentes que conociesen aquel sector y el idioma regional.

Los hombres que habían trabajado con él desde el principio, aunque expertos en esta clase de trabajos, no podía darle entera satisfacción. Por otra parte, el Ejército del Este tenía necesidad de organizar los servicios SIEP, pero carecía de agentes. Fue pues el grupo quien les facilitó cinco de sus oficiales, siendo enviados uno a la 24 División, otro a la 34 y tres a Brigadas. Allí encontraron múltiples dificultades, pero pudieron organizarse los servicios, manteniendo estrecha colaboración y relación con el grupo de mi hermano, que seguía en el X Cuerpo de Ejército.

La fraternidad que les había siempre unido continuaba. Y unos y otros se ayudaron, facilitándose cuantos datos podían ser útiles a sus respectivos mandos.

Como quiera que en Seo de Urgel se habían refugiado y concentrado numerosos evadidos de los pueblos que bordean el Noguera Pallaresa, en particular de Sort y Esterri, fue fácil reclutar excelentes agentes, o al menos se tuvo suerte, pues los que Paco seleccionó realizaron magníficos trabajos en los que hubieron de poner a prueba su inteligencia natural, su audacia, su resistencia física y una formidable dosis de buena voluntad para dar satisfacción a cuanto se les pedía.

También tuvieron la sorpresa de encontrar en Seo de Urgel al que habían tenido de carcelero en la prisión de Viella. Les dijo ser militante de Esquerra Catalana y haberse evadido del Valle de Arán cuando los facciosos lo ocuparon. Les explicó, que en efecto, los había tomado por agentes del enemigo, con los que no quería trato alguno, como también lo habían creído los miembros de los comités locales CNT, UGT y Esquerra, a quienes ellos habían recurrido en busca de ayuda como recordará el lector. Esto prueba que la maquinación urdida por el comandante de la Plaza, era casi perfecta. Digo casi, porque pese a su astucia, no llegó a saborear el triunfo.

Otro encuentro agradable: el del guardia que en el puente internacional había ganado su simpatía al gritar emocionado "¡Viva la República!" que resultó ser un militante de la CNT. Por sus ideas, por sus servicios prestados a la Organización, le habían expulsado del cuerpo de la Guardia Civil al que pertenecía. Pero gracias a aquella había logrado reingresar. Entonces estaba en el servicio-control, o Compañía de Etapas, como se llamaba.

Entretanto, las incursiones en terreno enemigo continuaban al ritmo de dos o tres por semana. El trabajo consistía siempre en lo mismo: informar al mando de la situación militar, política, etc. del ejército enemigo en una radio de acción de 80 a 100 kilómetros.

Durante la primavera y verano los viajes se realizaron sin grandes dificultades, pues el tiempo los favorecía. No obstante, en el que efectuaron los días 25 y 26 de mayo ocurrió un incidente que merece la pena dar a conocer.

Uno de los hombres al querer vadear el Noguera Pallaresa (afluente del Segre), río de unos ciento cincuenta kilómetros de curso, que alimenta varias centrales hidroeléctricas, de agua helada por descender de las cumbres del Pirineo, tuvo la sorpresa de ver que la corriente había roto la cuerda del saco impermeable en el que llevaba su ropa, prensa, bloc de notas, etc.. Sujeto al cuello manteníalo sobre su espalda, dejando con ello libres los movimientos de sus brazos para poder nadar. Al darse cuenta de que se le escapaba quiso cogerlo, pero la oscuridad y la fuerza del aguase lo impidieron. Desamparado, cansado y muerto de frío llegó a la orilla. ¿Qué hacer para cubrir su desnudez? Llamó al amigo que le acompañaba, sin obtener respuesta. Insistió dos, tres veces.

Siempre el mismo silencio. ¿Se lo habría llevado la corriente? Como pudo, a fuerza de coraje, de audacia y sacrificios, anduvo un par de kilómetros con paso apresurado o corriendo para reaccionar mejor. ¡Cuan trágicos y duros debieron ser aquellos minutos para el pobre muchacho, viéndose en traje de Adán, expuesto a ser detenido si lo veían!

Unos pasos más y acurrucado en un rincón del camino encontró a su amigo, triste y desesperado. La alegría de ambos fue indescriptible. Los dos creían o habían creído en la muerte del otro. Los dos compartieron la misma emoción. Fraternalmente, repartieron la ropa que llevaba el que había salido sin incidente del agua y juntos, con la alegría de haber salvado la vida, llegaron a sus posiciones.

Lo que más temían los agentes del grupo era cruzar el río, indudablemente peligroso, por la irregularidad de su caudal y la baja temperatura del agua...

Faure, uno de los jóvenes que Paco había reclutado en Seo de Urgel, prefería hacer las incursiones solo. Conocía perfectamente el terreno por ser de la región y tenía la firme convicción de esquivar los controles del enemigo mejor así. "Pasad desapercibidos", decía él.

Por un lado quizá tuviese razón, pero mi hermano no lo aceptaba. Sentía un fraternal afecto por los chavales que trabajaban con él y antes de que salieran a efectuar un servicio procuraba atar bien todos los cabos, como suele decirse, aconsejándoles la manera de proceder para disminuir el riesgo. Dos o tres podían defenderse y salvarse mejor, pero Faure no lo interpretaba así. A fuerza de pedírselo, de insistir en su anhelo de hacer en solitario las largas marchas, acabó por acceder a su deseo, dado los excelentes trabajos que realizaba. Pero ¡qué duramente lo pagó! Durante semanas enteras, el sentimiento de haber obrado mal, le torturó terriblemente. "Cuando me despierto en medio de la noche -decía- veo siempre a Faure un poco desamparado".

¿Qué había pasado, pues?

Los primeros viajes, yendo y viniendo solo todo fue bien, dando satisfacción en el cumplimiento de su misión, hasta que un día...

Estaba terminando de cruzar el río e iba a llegar a la orilla opuesta cuando vio unos bultos que se movían en la noche. No pudo distinguir de lo que se trataba, pero instintivamente pensó en la guardia civil, en la pareja que patrullaba por los alrededores. Su primer reflejo fue mantenerse bajo el agua, inmóvil, hasta que los vio desaparecer.

Como iba completamente desnudo, el frío hizo mella en su cuerpo. Helado, tiritando, se vistió rápidamente y echó a correr para llegar cuanto antes a un pajar que conocía, no lejos del lugar en que se hallaba y en el que solía darse cita con una hermana para cambiar impresiones. La parte baja servía de cuadra en invierno al ganado mular. Arriba paja y heno secados para tener asegurada la comida de los animales.

Aquel refugio le pareció al muchacho que sería bastante para recuperar las fuerzas perdidas. Dormiría la noche y después ya vería... Se hizo sitio entre la hierba y se dispuso a dormir. Mas el sueño no venía. Tenía los pies helados y al mismo tiempo la cabeza le ardía. Pronto comprendió que llevaba una fuerte fiebre y que la robusta salud que siempre había tenido, le abandonaba. La soledad, la difícil situación en que se veía, empezó a preocuparlo, pero se dijo: "¡Bah, mañana vendrá mi hermana y todo se arreglará! Durmamos un poco". Mas imposible conciliar el sueño. Pasó una noche malísima, imaginando incluso lo peor. Por fin llegó su hermana, que al verle en aquel estado se asustó mucho. Al principio le atendió como pudo. Iba y venía de noche, mientras su pobre hermano se consumía de fiebre, envuelto en el heno. Una sed enorme le devoraba. La chica lloraba no sabiendo qué hacer para salir de esa situación desesperada. "¡Todo -pensó- todo, menos perderlo!" y se fue decidida a ver al médico del pueblo, explicándole lo que ocurría, no ocultándole el peligro que corría su hermano si era descubierto por los fascistas. El galeno se portó admirablemente, dándole palabra de que iría a verle y sobre todo, de que guardaría el secreto que se imponía. Lo cumplió. Su diagnóstico fue: fuerte congestión pulmonar con altísima temperatura. Esto en 1938 y en las pésimas condiciones en que se hallaba el enfermo, era grave. Los antibióticos no existían todavía. La medicina no contaba con los adelantos que hay hoy, para frenar la evolución de un mal, que podía ser peligroso si no se cuidaba bien desde el principio, pero les ayudó en cuanto pudo.

Mientras tanto mi buen hermano imaginaba lo peor. Hizo hacer dos o tres viajes a sus compañeros, siempre en su búsqueda, mas el resultado fue también nulo. Ninguno de los que le conocían le había visto, ni oído hablar una palabra de él. ¿Qué le habría sucedido? ¿Se lo habría llevado la corriente del Noguera Pallaresa? ¿Habría sido descubierto y fusilado en cualquier rincón? Todas sus preguntas quedaban sin respuesta y los días pasaban sin poder olvidar a este buen amigo, que tantas satisfacciones le había dado en el corto tiempo que llevaba bajo sus órdenes. Perdía la esperanza de volver a verle y en lo más íntimo de sí mismo se consideraba responsable de lo que hubiese podido ocurrirle, por haber sido débil y aceptar lo que tantas veces le había pedido: ir siempre solo.

Un mes y medio después ¡oh sorpresa! se presentó y explicó su odisea. La alegría de todos aquellos muchachos fue extraordinaria. Emocionados le abrazaban uno tras otro, golpeaban su espalda fraternalmente diciéndole: "Ya estás entre nosotros. Olvídalo. Procura divertirte un poco".

Y en efecto, para que no recordase sus noches de fiebre, sus pesadillas, sus sufrimientos, sus angustias, su miedo incluso de morir allí, en un pajar, abandonado de todos, Paco le dio quince días de permiso, obligándolo casi a marchar a Barcelona en donde tenía parientes y amigos, que le facilitarían distracciones y le ayudarían a fortalecerse y recuperarse más aún.

Pasado este tiempo se reintegró al grupo y continuó trabajando con la misma buena voluntad que antes, aunque nunca sin compañía, porque mi hermano no volvió a tolerárselo. Había sufrido demasiado creyéndose en parte responsable de su tragedia y la experiencia sirve siempre de lección.

Este fue, pues, el feliz desenlace de los dos incidentes graves que les ocurrieron, uno y otro provocados por el cruce del Noguera Pallaresa, principal obstáculo que encontraron en el sector catalán al que se les designó.

El invierno fue duro. Las restricciones alimenticias, el frío, etc., impusieron tales sacrificios, que la resistencia se iba debilitando. El enemigo aprovechándose de este estado de cosas, avanzaba más y más... y en el bando republicano, la esperanza de ganar la guerra se perdía por primera vez. Hasta entonces, esta idea de derrota no se había aceptado nunca, pero finalmente se

fijó en la mente de cuantos habíamos defendido y luchado con tesón, por el mantenimiento del gobierno legal.

A pesar de este ambiente general de vencidos, las incursiones del grupo en terreno enemigo, se prosiguieron hasta el final.

EL ÉXODO

Febrero de 1939 empezaba. Todo esfuerzo comenzaba a ser inútil, puesto que los facciosos avanzaban por todos los frentes.

Conservo muchas copias de los informes enviados por Paco al Estado Mayor Central y al Jefe del SIEP del X Cuerpo de Ejército. Transcribirlos aquí sería un trabajo impropio de esta breve biografía, ya que resultaría extremadamente monótono y sin gran interés para el lector. Pero lo que sí quiero afirmar es, que hasta los últimos días hicieron cuanto les fue posible por informarse y comunicar los datos que consideraron de vital importancia para la defensa de la República. Mas el desmoronamiento fue tan vertiginoso en la zona catalana que, viéndose solos, optaron por emprender también el duro y difícil camino del Exilio, mezclándose en las filas ininterrumpidas de peatones, coches, carros, mulos, bicicletas, etc. que más o menos cargados, trataban de recorrer los kilómetros que les separaba de la frontera.

Pensando en mí, Paco y sus amigos siguieron la carretera de Puigcerdá. Sabían bien que estaba de maestra en Amer, pero él se dijo: "Viendo la gravedad de la situación, Pilar irá a reunirse con su amiga Cari" a la que creía todavía en la Colonia Escolar de los Suizos y por consiguiente muy cerca de Bourg-Madame. Al llegar allí se encontraron con que maestras, chiquillos y personal habían sido evacuados ya.

Decepcionado, quiso volver atrás e ir a Gerona para recogerme, pero los muchachos que seguían deseando cruzar cuanto antes la frontera lograron disuadirle, haciéndole comprender que era ilógico exponer su vida convencidos de que mi primer reflejo habría sido también marchar como fuere hacia la Junquera...

Y asimismo fue. Semanas más tarde, que me parecieron siglos, supe que habían entrado en Francia. Pero luego volveremos a encontrarles. Por el momento continuemos por el camino que yo seguí.

Como antes dije la Sección Administrativa de Barcelona, dando satisfacción a mis deseos, me había enviado de maestra a Amer, pueblo de la provincia de Gerona. Lugar tranquilo, con escasa matrícula en la clase y excelente trato por parte de sus habitantes, lo que contribuyó a que recuperase la salud perdida. Lo único que no logré dominar fueron mis nervios, destrozados para el resto de mi existencia en la cárcel de Jaca, con aquellas emociones fortísimas, aquellos sobresaltos, aquellos choques terribles, provocados por las "sacas" antes que amaneciese el día... Y no porque continuase pensando en ese pasado, que trataba por todos los medios de olvidar, si no porque el miedo de perder a mi hermano me obsesionaba y robaba mi tranquilidad.

Sabía lo peligroso de su trabajo. Conocía su temperamento impulsivo, su temeridad, su rebeldía y no podía dejar de pensar en él, particularmente durante los últimos meses de guerra en Cataluña. ¿Conseguiría llegar con vida a Francia? ¿Nos encontraríamos más allá de los Pirineos?

El gran éxodo continuaba. Por encima de nuestras cabezas el enemigo se complacía en atormentarnos. Las bombas, la metralla, nos seguían por carreteras, pueblos, ciudades y otras aglomeraciones, para segar nuestras vidas antes que dejarnos escapar. Los maldecíamos y detestábamos con más intensidad aún que lo hiciera el 18 de julio de 1936...

Desgraciadamente, todos los que huían, después de abandonar familia, hogar, amigos, trabajo, etc., no llegarían a la meta que perseguían. Cientos y cientos quedarían destrozados aquí y allá, imposibilitando muchas veces su identificación y aumentando con ello el sufrimiento de los suyos, dejándoles la pena de no saber jamás dónde y cuando habían exhalado su postrer suspiro. ¡Ese suplicio de Tántalo, que tantos y tantos años fui condenada a soportar después!

Me fui en dirección a Figueras, con intención de aguardar allí el desenlace que se esperaba: pasar a Francia como fuere. Otra amiga me acompañaba, Palmira Plá, maestra también. Cuando llegamos el principal problema a resolver fue el

del alojamiento. Afortunadamente, mi compañera, destacada militante del Partido Socialista, contaba en dicha ciudad con algunos amigos, que tardamos en localizar. Uno de ellos era López Amador, casado con una muchachita oscense: Maruja Mompradé, que conocía bien. Gracias a su ayuda encontramos una cama en donde dormir. Ya era mucho. Comer lo hacíamos en donde podíamos o en donde encontrábamos.

Ingenuamente habíamos creído que, desde este punto, la salida hacia el país vecino nos sería fácil, pero no habíamos contado con los terribles bombardeos, que destruyeron una buena parte de la localidad. Figueras se convirtió en un hormiguero humano. Todos los antifascistas de Cataluña y muchos de otras regiones que se habían refugiado en ella, en especial andaluces y aragoneses, parecían haberse dado cita en el mismo sitio. De la tarde a la mañana, ya no podía darse un paso por las calles, invadidas de gente, coches, camiones, carros y toda suerte de vehículos aprovechables para llegar a la frontera.

Por doquier caras tristes, inundadas de una inmensa tristeza. Desorientado, se iba de un lado a otro, buscando un rincón para guarnecerse en la noche que aproximaba o tratando de encontrar tiendas o comercios en los que poder comprar un pedazo de pan, u otra cosa al precio que fuere, con tal de calmar el hambre que les torturaba.

Se arrastraban niños, fardos, maletas, sacos enormes, en los que se habían querido meter demasiadas cosas, para salvarlas del naufragio. Pequeños hatillos también, con lo imprescindible, al objeto de caminar mejor y hacer frente a las dificultades que surgiesen en el camino... Esto fue lo que hicimos nosotras, abandonando todo lo demás.

Este maremagnum hubiese sido todavía aceptable sin la metralla que lanzaban los aviones constantemente, pues los bombardeos se sucedían a un ritmo infernal. Las sirenas no cesaban de sonar. Los refugios estaban abarrotados y no pocos se habían instalado lo mejor posible, para pasar día y noche. Raramente pudimos penetrar en ellos. Cuando nos sorprendían en la calle, no había más remedio que echarse largo en el suelo y esperar que el peligro pasase. Si la bomba caía encima o muy cerca, se era un muerto más u otro

herido que se desangraba, antes que las ambulancias le pudiesen recoger y evacuar al hospital.

Fueron tantos y tantos los muertos y los heridos, que no lograban dar abasto, pese a la buena voluntad de camilleros, enfermeros, etc. ¡Cuántos y cuántos perecieron, sin ser encontrados porque sus cuerpos habían sido hechos añicos y dispersados por la explosión! No fue difícil ver colgados en las ramas de los árboles pedazos de carne humana, trozos de ropa u otros, testigos de lo que fueron aquellos bombardeos, que en la mente de muchos quedarían grabados como algo que no puede borrarse jamás.

El azar quiso que en medio de aquel tumulto nos encontrásemos con Cari, quien con Manolo Latorre y otros amigos se disponían a marchar a Francia. La ocasión que buscábamos se presentaba, pues, y a ella nos asimos con fuerza, obteniendo de ellos que nos llevaran en su viejo automóvil. Pero el exceso de carga echó abajo nuestro plan antes de terminar el viaje. Abandonamos el coche. Uno más que quedaba inservible en el camino, cuando tantos hombres, heridos muchos, tantas mujeres y niños, continuaban el doloroso calvario de la larga marcha, extenuados, agotados, dolientes...

Afortunadamente estábamos ya cerca de la Junquera. A pie nos incorporamos al mudo cortejo de los vencidos y acumulando energías para el último arranque, la última etapa, nos dirigimos hacia Le Perthus, abandonando patria, familia y cuanto poseíamos.

No todos tuvimos la misma suerte. Lo he dicho y lo repito. Por doquier dejamos cadáveres, heridos, en las cunetas de la carretera a los que hubiésemos querido socorrer y llevar hasta la línea fronteriza, mas... ¿con qué medios?

Uno de los muchachos que iba con nosotros, amigo de Manolo y Cari, reconoció a uno de ellos. Nos detuvimos. Tendría 28 o 30 años. Había perdido mucha sangre, aún agonizante tratamos de llevarle en brazos, en la espalda de los hombres o como pudiésemos. Se negó...

-Marcharos. ¡Dejadme morir aquí! ¡Que mi cuerpo desgarrado y sin vida, repose al menos en tierra española, esta tierra que tanto quiero y que he defendido hasta ayer!

¿Qué podíamos añadir, comprendiendo su próximo fin? Nos separamos con indescriptible tristeza.

Ni mujeres, ni hombres, teníamos vergüenza de llorar, constatando nuestra impotencia. Lágrimas abundantes corrían por nuestras mejillas para desahogar nuestra inmensa pena y silenciosos, sin pronunciar una palabra más, pisamos tierra francesa. Estábamos en Le Perthus.

Volvimos la vista atrás.

-¡Hasta pronto, España nuestra, te llevamos en el corazón! -dijo Cari, llorando a lágrima viva...

-¡Hasta pronto! -respondimos los otros a coro, compartiendo su misma emoción.

Unos kilómetros más lejos los aviones continuaban su obra de destrucción. El fanatismo seguía ahogando todo sentimiento humanitario; obedeciendo a un instinto salvaje ya no parecían seres humanos los que lanzaban las bombas, sino fieras hambrientas y furiosas, sedientas de sangre, de más sangre todavía...

Este cuadro patético, desolador, inolvidable, me recuerda hoy la "Balada de los heridos" del poeta de la Revolución ya citado: Gregorio Oliván. Forma parte de su libro los Romances de la derrota, escritos en 1939, en destierro, en Bretaña.

Empieza así:

¡Caminos de Cataluña!
La procesión de la sangre
va bendiciendo tus campos
con rosarios de vendajes.
La mar gruesa de la guerra
puso en deriva tu nave,

España de los vencidos
si patria de los leales.
De gasas y de algodones
la estela blanca se abate.
¡Ay, como van los heridos
por el camino adelante!
Abrigo les daba el polvo,
el viento caricia suave
y canciones de enfermera
el agua en los manantiales...
Caminos de Cataluña
que erais arroyos de sangre!

Y mucho más lejos:

Si vas a España, viajero
vete a encontrar a mi madre
y dile que llegué a Francia
y que he logrado salvarme.
No le digas a mi vieja
que me has visto agonizante
y, si más te preguntara,
dale un beso de mi parte y apriétale
bien los labios para obligarla a que calle.
No le digas que me has visto
tirado aquí, desangrarme,
sin que mi aliento postrero
se para a recoger nadie
y dile... -¡no puedo más!-
dile... que... España, ¡es muy grande!

Segunda parte

-EN EXILIO-

MI REFUGIO Y CAMPO DE VERNET D'ARIÉGE

La primera decepción en Francia la sufrimos cuando fuimos separados hombres y mujeres. Los unos a un lado; las otras a otro. Entonces constatamos con pena que no éramos libres de nuestros movimientos. De nada iban a servirnos las direcciones que llevábamos anotadas de conocidos y amigos, en quienes creíamos poder encontrar ayuda.

Un crecido número de gendarmes, aduaneros y soldados, nos cerraban el paso, impidiéndonos caminar a nuestro gusto. Medio a empujones, perdidas las tres amigas entre una gran cantidad de mujeres y niños nos encontramos dentro de una enorme sala, en la que debíamos pasar la noche, tumbadas en el suelo o como se pudiese. Pronto el servicio de la Cruz Roja nos ofreció un bocadillo y un tazón de leche caliente, que nos sirvió a nosotras de cena y a muchísimos de única alimentación del día. Habíamos llegado heladas y aquella bebida nos produjo una sensación de bienestar que agradecemos. Esto y el calor que se desprendía de aquel centenar de personas, apiñadas unas a otras como los pingüinos en la tormenta, nos hizo reaccionar. No pocos chiquillos continuaban llorando, pero poco a poco se fueron calmando y rendidos cayeron en el más profundo y feliz de los sueños... Sólo las madres velaban...

Allí vertimos las primeras lágrimas del Exilio, de un Exilio que para una gran parte de las que allí estábamos duraría toda la vida o casi. Eran también lágrimas sobre la España que dejábamos atrás, sobre todo cuanto amábamos y habíamos abandonado...

Mas para Cari y para mí, las terribles noches de la cárcel, noches de insomnio, de pesadillas, de miedo, no las habíamos olvidado tampoco. No nos quedaba más solución que resignarnos y aceptar el presente que se nos ofrecía como la mejor solución. Eramos jóvenes, teníamos salud, una cierta preparación cultural y sobre todo, conservábamos la ilusión de que aquello sería pasajero. Si la duda nos asaltaba aún, las palabras del buen Maurín nos incitaban al

optimismo: "Hay muchas auroras -solía decirnos- que no han brillado todavía...".

-¡Bah! -nos dijimos- Alea jacta est, la suerte está echada. Sequemos lágrimas que de nada nos sirven y tratemos de dormir ahora.

Al día siguiente, un tren especial nos llevaba con varios centenares de mujeres, niños, ancianos y algunos heridos particularmente de los miembros inferiores, con sus vendajes, muletas, etc.

¿A dónde nos conducían? Antes de salir quisimos indagar, saber que había sido de nuestros amigos y compañeros de viaje. Vano intento. Por más que hicimos todo fue en balde. Y esto fue uno de los terribles sufrimientos morales del exilado. ¡Pacientes y heroicas mujeres españolas...! Cargadas de crios, maletas, paquetes, penas, las más felices solas, íbamos a merced del vendaval al igual que las hojas secas, cuando se desprenden de las ramas de los árboles en el otoño. Sin saber en qué punto caeríamos, ni el lugar en que quedaban los esposos, padres, hermanos, hijos, novios, etc. Muchísimas de ellas pasarían meses y meses, ignorando si estaban vivos o muertos. Los que no pensaron o no pudieron darse una dirección para comunicarse después, tuvieron que recurrir a anuncios en la prensa, a los altavoces de los campos de concentración, a los amigos, a cualquier compatriota desconocido, capaz de poder ayudarles hasta dar con el paradero del ser querido que buscaban desesperadamente.

Mas... ¡Cuántas llamadas quedaron sin respuesta! Fueron muchos los que murieron en los primeros días de un febrero crudo, pasado a la intemperie, bajo un cielo lluvioso, triste, como los corazones de los que íbamos en aquel tren, que seguía devorando kilómetros. Perpignan, Narbonne,- Beziere... se iban quedando atrás, mientras las horas pasaban lentas, interminables. ¡La impaciencia de llegar! Pero, ¿a dónde?

En algunas estaciones grandes todavía fuimos saludados con vivas a la República Española y no faltaron personas sensibles que nos tendían las manos, con golosinas para los chiquillos, bocadillos y hasta flores. En muchísimos de aquellos ojos que nos miraban leíamos la compasión, la simpatía que sentían por todos esos refugiados que habían preferido

abandonar sus hogares y cuanto poseían, antes que quedarse en la España de Franco, de los falangistas y requetés, ávidos de venganza, sedientos de sangre "roja"...

Por fin supimos que se nos conducía al departamento de Aveyron, situado en el macizo central. Cuando el tren paró en Millau y Rodez hicieron bajar una buena parte de los viajeros. En esta ocasión, mi amiga y yo tampoco tuvimos suerte, pues fuimos a parar a un pequeño pueblo montañoso: Saint Jean de Bruel, de mil y pico habitantes, lo que quiere decir, sin ninguna posibilidad de encontrar trabajo. Entre mujeres, niños y algunos inválidos éramos unos cincuenta, instalados en una vieja escuela. Disponíamos de dos salas: una grande y espaciosa para nosotras; otra muy pequeña para los hombres.

Ya estábamos, pues, en lo que se llamó "un refugio". Los concejales y en particular el alcalde, así como la vecindad, hicieron cuanto les fue posible para dulcificarnos lo que quedaba de invierno, facilitándonos colchones de paja, sábanas del ejército francés, mantas, etc. Allí dormíamos y pasábamos la mayor parte del tiempo. En otro local, situado un poco más lejos, se montó la cocina, que dejaron al libre albedrío de las refugiadas, en lo que concernía a la preparación de alimentos, limpieza, etc. La comida fue abundante, disponiendo de la cantidad de pan que estimábamos necesaria y como al final de la guerra se había pasado tanta hambre, físicamente nos fuimos recuperando todos. Hasta podíamos haber sido felices, en aquel rincón sano y tranquilo, sin la tortura moral que nos hacía pasar noches en vela, pensando en los seres queridos que habíamos dejado aquí y allá, unas y otros.

Sólo los chiquillos dormían, cansados de jugar, correr, inconscientes de la enorme tragedia que vivían sus padres.

Cari y yo fuimos acogidas por los maestros del pueblo, que eran socialistas, con extraordinaria simpatía y en varias ocasiones invitadas a compartir una comida o una cena, preparada con el mayor esmero. Muchas veces nos ofrecieron dinero, que no aceptamos. Finalmente como carecíamos hasta de los céntimos necesarios para la compra de sellos, les dijimos que nos harían un gran favor si nos los facilitaban. Se emocionaron. Sentían verdadera pena de ver que habíamos tenido abandonar nuestra carrera y medios de existencia,

por un Ideal que ellos defendían también. Lástima que la dificultad del idioma nos impidiera discusiones, que ellos y nosotras hubiésemos deseado sostener. Pero nos comprendíamos perfectamente y esto nos bastaba. Los libros que nos prestaron nos sirvieron para empezar a estudiar el francés y aprovechar, en lo posible, aquellos meses.

En el pueblo podíamos ir y venir libremente. Las puertas no se nos cerraron nunca, pero no debíamos marcharnos mientras un familiar, una persona amiga o un patrón no nos reclamase y se hiciese cargo de nosotros. Nos lo advirtieron bien: si alguno, o alguna, intentase escapar al control de la Gendarmería, sería detenido y encarcelado tan pronto como se le encontrase. No valía, pues, la pena de correr el riesgo, si no se tenía la certeza de hallar protección y medios de existencia. Además, en un país extranjero, desconociendo su idioma y sin un céntimo en el bolsillo, ¿qué más podíamos buscar que no tuviésemos allí? Aceptamos resignados lo que se nos daba y dejamos pasar las primeras semanas...

Previendo lo que podría ocurrir, ya hacía tiempo que con Paco habíamos convenido el retener en la memoria o anotada una dirección en Francia, que permitiese encontrarnos si el contacto entre nosotros se perdía. Para esto nos aprovechamos de la siguiente circunstancia:

En la cárcel de Jaca teníamos como compañera de cautiverio a una mujer mayor, de Biescas, o de sus alrededores, que tenía muchos hijos. Por haberse escapado algunos a la zona republicana y, uno de ellos, el más joven, evadido cuando lo llevaban preso, se llevaron a la madre y la encerraron sin tener en cuenta ni sus sesenta y tantos años, ni que estaba casi ciega. La llamábamos no sin cierto respeto, señora Cándida, aunque no era la veterana. Le ganaba en edad la madre de los hermanos Samitier, Prudencia Uruel Montoil, que vivían en Huesca y se les conocía como destacados militantes de la CNT.

Pronto fueron segadas las vidas de dos de sus hijos. Pedro fue acribillado con balas en la citada ciudad, en el mes de septiembre de 1936. Esposado con el conocido taxista Fabián, ambos pagaron juntos el "delito" de haber amado a la Libertad. El 24 de diciembre del mismo año, vertía su sangre por igual motivo, en Zaragoza, Maximiliana, la única mujer de esta humilde y buena familia.

Pero esto no bastó a los fascistas para saciar su sed y en Zuera detuvieron a la pobre anciana, que se había refugiado en casa de otro hijo, ferroviario, que en cuanto pudo se pasó a la fuerzas del gobierno legal. Con ella detuvieron a su nuera, Teresa Arroyo de la Torre, y fue en la prisión de Jaca en donde las encontramos. A ésta última le habían fusilado a su madre y era muy rebelde. El hecho de haberla separado, además, de sus dos hijos pequeños, exacerbó su odio hacia los que le robaban sus seres queridos y más de una vez temimos sus injurias hacia ellos. Desde luego, compartía en todo y por todo las ideas de su marido y temeraria, como termino de decir hasta la exageración, cuando ya llevaba algunos meses encerrada en el Fuerte de Rapián, donde fue trasladada con otras muchas presas el primero de abril de 1937, tuvo el atrevimiento de arriesgar su vida, cantando entre otras jotas, una, compuesta por ella misma y que decía:

Siempre no estaremos presos, ya vendrá la Libertad y estos ratos de amargura alguno los pagará...

Como cantaba muy bien y se le escuchaba con agrado, parece ser que al oír esta copla los presos expresaron su alegría aplaudiéndola a través de las rejas, con las uñas, ya que no podían hacerlo con las manos, para no comprometerla más...

Pero volvamos a nuestro relato, esto es, a encontrar a la señora Cándida...

Una de sus hijas estaba sirviendo en un hotel de Lourdes (Francia) y mantenía frecuente correspondencia con ella que, analfabeta, tenía que servirse de Cari o de mí, como solían hacer otras detenidas para que les leyésemos y contestásemos a las cartas que recibían. La muchacha simpatizó con nosotras y agradecida siempre nos dedicaba algunas líneas, repitiéndonos: "Si un día puedo ayudarles en algo, lo haré con sumo gusto". He aquí el porqué teníamos en Francia una persona dispuesta a tendernos la mano, en caso de necesidad y la ocasión se nos presentaba de recurrir a ella. En cuanto pude le escribí explicándole nuestra situación, rogándole que tan pronto recibiese carta de mi hermano o de algún otro, interesándose por mi amiga, o por mí, que les diese en seguida la dirección que le dábamos. Impaciente, siempre con el temor de perder a Paco, seguí esperando hasta que, por fin, el cartero me entregó una

carta, que en la letra reconocí como suya. Mi emoción fue extraordinaria. Las lágrimas corrían por mis mejillas y nerviosa no acertaba ni a abrir el sobre.

Con indescriptible alegría la leí, teniendo que detenerme varias veces para secar mis ojos y ver mejor. En la garganta sentí de nuevo aquel nudo que me ahogaba y me senté en el petate que me servía de cama... Me rehice y continué leyendo. La misiva era extensa y cariñosa como lo fueron todas las que me dedicó. Venía del campo de Vernet d' Ariège. Mas... ¿cómo llegó hasta allí? Me lo explicaba detalladamente:

Habían ido en mi busca a Puigcerdá y decepcionados por no encontrarme, pasaron con facilidad a Bourg-Madame, primer pueblo francés. "No sin pena -añadía- por ignorar lo que habría sido de ti". A parte de esto y del dolor que sentía por tener que abandonar España, estaba contento porque los doce hombres que formaron en 1937 el grupo "Libertador" y los tres catalanes que habían ingresado en el de "Información" en Seo de Urgel, volvían a encontrarse juntos. No era poco, después de haber pasado por tantos trances difíciles y atravesado docenas de veces las líneas enemigas. Las fuerzas del X Cuerpo de Ejército, al que habían pertenecido unos y otros en ese sector, estaban concentrados en el mismo punto, como así un gran número de personal civil. Pocas mujeres y niños. Menos mal, pues las dos primeras noches había nevado copiosamente y tuvieron que pasarlas a la intemperie. No olvidemos que las temperaturas en pleno Pirineo en el mes de febrero fueron muy bajas en 1939. Imaginemos lo que debieron ser aquellos días para los exilados, condenados a dormir a cielo raso, ya que lo único que encontraron a su disposición en el pueblo en que se hallaban fue un enorme prado, en el que se les amontonó cual si se hubiese tratado de un rebaño de ganado lanar.

La desilusión, el desconsuelo de verse acogidos de este modo debieron de ser espantosos. ¡Qué lentas pasarían las horas...! Frío, nieve, agua...

Sin embargo, Paco y sus amigos no se descorazonaron. "A mal tiempo buena cara -se dijeron-. Resistiremos como podamos, pero hay que hacer algo para afrontar la situación." Entre ellos había algunos que eran campesinos, lo que quiere decir acostumbrados a toda clase de tareas rudas; a soportar con estoicismo las variaciones bruscas del tiempo; a encontrar por sí mismo la

solución a los problemas que cotidianamente se les presentaban. Los conocimientos prácticos de estos trabajadores son muchos. Incluso uno había sido pastor. Hijo mayor de un pequeño propietario, en un pueblecito montañoso de la provincia de Huesca, al morir el padre y meses después la madre, vióse obligado a hacer frente a la vida a pesar de sus escasos años. Abandonando la escuela y deseoso de ayudar a sus hermanos -eran ocho- empezó por reemplazar a la persona que estaba al cuidado de las ovejas y corderos de la casa y se fue monte arriba con su ganado. Esto es suficiente para explicar que más de una noche había pasado bajo un cielo estrellado, o bajo la lluvia, la tormenta, el vendaval... y en esas ocasiones sólo el ingenio salva. La lección no había sido olvidada e inmediatamente sugirió lo que podía hacerse para defenderse y protegerse. A fuerza de dar vueltas topó con el material que habían arrastrado hasta allí unos soldados de fortificaciones. Cogió un pico y echándoselo al hombro volvió a reunirse con sus compañeros.

-¡Manos a la obra! -les dijo.

Empezó por elegir la parte más elevada del terreno, junto a un grueso árbol y al borde del camino. Su navaja le servía para trazar pequeños rectángulos en el suelo. Con el pico levantaba la masa de tierra cubierta de hierbas y raíces, formando una especie de adobe, que a falta de ladrillos les serviría para construir una chabola. Su plan no podía ser mejor. Los amigos le secundaron en el trabajo con entusiasmo, seguros de haber encontrado la solución. Y mientras unos preparaban el material, los otros iban levantando el muro, que alcanzó un metro cincuenta centímetros aproximadamente de alto y de ancho lo indispensable para contener a todos ellos, aunque apretadísimos, bien sentados, o acostados. Pero ya bastaba. Se daban calor y no se mojaban. Para tejado una manta, en forma de tienda de campaña, colocada de tal manera que el agua era expulsada.

Cuando ya estaba casi terminada, dos de ellos se fueron a ver si podían comprar con los francos que llevaban una paca de paja para echarla en tierra y guarecerse de la humedad. Ya con ella regresaron contentos y con aquel complemento de "confort" se dieron por satisfechos.

Otros, siguiendo su ejemplo, hicieron lo mismo sirviéndose del pico que pasaba de mano en mano.

Así pues, gracias al esfuerzo común, al ingenio de uno de ellos y sobretodo a no admitir que habían sido derrotados, dieron el primer ejemplo de lo que aún podía hacerse cuando el mundo entero los abandonaba y les dejaba a merced de los elementos.

Dejarían pasar el vendaval... En su choza, apiñados, encogidos como bestezuelas, dolientes, Paco debió recordar aquellas palabras del poeta argentino, Almafuerte, que dice en uno de sus versos:

"La salida está en vencer y
en el vencer la esperanza..."

O aquel otro:

"No te des por vencido, ni aún vencido..."

El problema de la comida lo resolvieron con facilidad, los servicios de Intendencia de nuestro Ejército habían sacado de España bastantes reservas y también se evacuaron miles de ovejas; un gran número de ellas fueron sacrificadas para dar de comer a toda aquella multitud. El pan lo dieron las autoridades francesas.

Transcurrida la primera semana empezaron a evacuarles hacia diferentes lugares, tocándoles uno de los peores campos de concentración, el de Vernet d' Ariège, como ya he dicho. Pero no todos habían resistido la primera dura prueba de Bourg-Madame. Los más débiles, los de más edad, los más enfermos y en particular los que habían tenido en España una vida fácil, ignorando las noches durmiendo en tierra, en las trincheras o bajo las estrellas por necesidades de la guerra, fueron pronto víctimas del trágico éxodo republicano y también de la indiferencia de las Naciones que se consideraban

amigas y que no supieron o no quisieron estar en esas horas a la altura de las circunstancias.

Una veintena de exilados quedaron enterrados allí. Para ellos todo había terminado. Millares de otros continuarían subiendo la cuesta de un calvario, que debería terminarse años después, en los hornos crematorios de Buchenwald, Strüthof, Auschwitz, etc.

Cuando mi hermano y sus compañeros de viaje descendieron del tren especial que les había llevado hasta la estación de Vernet, el espectáculo que apareció a sus ojos fue el de dos largas filas de senegaleses, negros como el azabache, fusil en mano, que cubrían la distancia que les separaba del lugar asignado para internamiento. ¡Con qué desprecio debieron mirar nuestros hermanos de lucha a todos aquellos hombres al verse reducidos ante ellos a la más completa impotencia!

De nuevo el rebaño humano no encontró más que tierra desnuda, rodeada de alambradas, con algunas viejas barracas que se mantenían en pie, como para testimoniar lo que había sido un campo de prisioneros en la guerra de 1914, barracas que fueron reservadas para sus guardianes. Y si los campos de Argelés, Barcarés, Saint-Cyprien, etc., fueron en un principio grandes extensiones de arena, el de Vernet d'Ariège fue un inmenso prado, pronto convertido en lodazal, por el temporal de lluvia.

Sólo tierra y un cielo triste, como sus almas, fue cuanto encontraron los exilados españoles, después de su larga y heroica lucha. ¡Francia, querida Francia, que tanto amo y amaré siempre! ¿Qué hiciste aquellos meses de tu célebre y atrayente divisa: Libertad, Igualdad, Fraternidad?

Lentamente el campo fue tomando forma, gracias al espíritu de iniciativa de los refugiados y en particular a su ferviente deseo de vivir, al que se asían con fuerza.

Por otra parte, el mando francés decidió y emprendió la construcción de barracas de madera, para lo que pidió voluntarios que conociesen las tareas de carpintería. Paco, después de un cambio de impresiones con sus amigos se ofreció en seguida, siendo nombrado responsable del equipo de carpinteros

del que formó también parte uno de los muchachos del grupo que tenía este oficio: Juan Catalá, otro idealista convencido y una víctima más. Pero... ¿qué conocía mi hermano del trabajo para el que se ofreció? Prácticamente nada. Mas él sabía que el cargo le brindaba la posibilidad de un mayor contacto con el exterior y ello bastaba. Luego, su simpatía innata, su don de gentes, su profesión incluso, le ayudaron y poco más tarde, era nombrado locutor de radio, puesto que aprovechaba para alentar, de tanto en tanto, a aquellos que habían perdido la esperanza de un mañana libre y feliz. Y entre dos órdenes, recibidas de la Dirección del Campo para ponerlas en conocimiento de los internados, ponía siempre su pequeño grano de arena, para ayudar moralmente y reconfortar, con la amistad generosa y eficaz, a sus compañeros de infortunio. Sus arengas no invitaban ya a la rebeldía, sino a la solidaridad, a la fraternidad, es decir, a la reagrupación de unos con otros, según sus gustos, sus ideas, sus concepciones sociales, o políticas incluso. Hacer todo cuanto fuere posible por dulcificar el cautiverio, por pasar el tiempo mejor y a la vez recobrar confianza y fe en los ideales por los que habían combatido durante casi tres años.

El maestro que él era estaba lejos de pensar e imaginar que aquellas charlas improvisadas, lanzadas a través del micrófono, iban a ser el prefacio de la gran lección que los españoles exilados tenían que enseñar después prácticamente a muchos otros hombres, en el infierno de los campos de concentración nazis y en cuantos lugares estuvieron presos. Lección de coraje, de voluntad, de humanismo. Lección de esperanza, de fraternidad, mas ante todo de silenciosa dignidad...

“Les espagnols tiraient de leur adversité une orgueilleuse fierté qui forçait le respect...” (Edmond Michelet, deportado de Dachau, en su libro *La calle de la Libertad*, págs. 154-155). (2)

Estas palabras me recuerdan las que pronunció otro hombre, ya de edad, cuando con lágrimas en los ojos me explicaba que había estado con Paco en la reducida celda de la cárcel de San Miguel de Toulouse: “Il était le plus brave, avec un moral extraordinaire comme il n’ y a pas...” (3). Pero dejemos por ahora este patriota francés que tuvo la suerte de salvar su vida. Más tarde le encontraremos de nuevo. Por el momento volvamos al Campo de Vernet.

Una de las primeras barracas que se construyeron la dedicaron a enfermería, al frente de la cual fue nombrado un médico del país, aunque todos los servicios estuvieron asegurados por personal sanitario español: doctores, enfermeros, camilleros, etc.

Entre los que la inauguraron y encabezaron la lista de los muertos figura Juan Manuel Barrabés, precisamente uno de los hombres del grupo que seguía al lado de mi hermano. Fraternalmente unidos como estaban ellos, esta desaparición fue muy sentida por sus compañeros de lucha. Tenía 27 años, también de Huesca antes del fatídico 18 de julio. Dos de sus hermanas, de 17 y 25 años, habían sido fusiladas el famoso 23 de agosto ante las tapias del cementerio oscense. Se dijo entonces, que habían sido violadas y que sus verdugos se ensañaron con ellas de un modo bárbaro. A falta de los hermanos que escaparon el primer día de la refriega tenía que pagar alguno de la familia y fueron ellas las víctimas. ¿Motivo? Poco importaba, pero lo encontraron fácilmente: las dos militaban en las Juventudes Libertarias; las dos habían desfilado dos meses antes en la manifestación del Primero de Mayo, enarbolando la bandera rojinegra, a la que empezaban a defender con toda la fuerza de su juventud.

Sus hermanos no las habían olvidado y en particular Juan Manuel.

Impulsivo, vehemente, activo militante de la CNT, sentía por los asesinos de sus hermanas, bellas y entusiastas, un odio difícil de apagar. Su exaltación, su fe en la revancha, sólo podía calmarlas Paco, su amigo, su compañero de lucha, desde hacía tiempo y ello a fuerza de persuasión, de bondad, de cariño. "Si todos hacemos igual -le decía- nos conduciremos no como humanos, sino como fieras..."

Una tisis galopante contractada en aquel invierno crudo, vivido a la intemperie, les hizo perder al compañero. El desenlace fue rápido y sin que por un momento pensase en la muerte exhaló su último suspiro. Sin duda el corazón flaqueó también y su vida fue segada en plena flor.

Su hermano mayor, que como él se refugió en Francia, formando parte del grupo, murió en Cammaux, en el departamento del Tarn, a consecuencia de un

accidente de trabajo. Cuatro hermanos víctimas de la gran tragedia de España. Pocas familias habrán sido más castigadas que ésta.

Juan Manuel Barrabés fue, pues, uno de los primeros españoles a ser enterrado en el cementerio de Vernet, en el que tantos y tantos cientos dejaron sus restos mortales. Si algún día puede escribirse la historia del campo de concentración de Vernet d' Ariège podrá saberse lo que fue el sufrimiento, el martirio de miles de hombres, que no habían cometido más delito que el de haber amado la libertad y haberla defendido hasta el sacrificio supremo.

Poco tiempo después de nuestra entrada en Francia, empezó a funcionar el servicio de evacuación de refugiados españoles, denominado SERE y fue este organismo quien comenzó a organizar y pagar viajes colectivos a América. Mi hermano, en razón de los cargos que había ocupado y desempeñado durante la guerra fue pronto propuesto para uno de ellos, con destino a México. ¡Cosa increíble!, aquel viaje que para tantos millares de personas representaba una perspectiva de ensueño, una quimera casi irrealizable, cual era la de ir libre a un gran país, en el que se hablaba nuestra propia lengua, en donde tan fácil le hubiese sido rehacer su vida, ejerciendo su profesión de maestro o dedicándose a cualquier otra actividad (como lo hicieron muchos de sus discípulos), la rechazó. Joven, culto, preparado intelectualmente ¿acaso no era extraordinariamente hermosa la suerte que se le ofrecía?

¡Ah! Pero para asirse a ella hacía falta pensar en sí mismo, no en los demás.

- ¿Qué se me ha perdido a mí en México? -fue su respuesta inmediata-.
Mi puesto está en España o cerca de ella y aquí me quedo.

Siguió, pues, en el campo de Vernet.

No faltaron franceses simpatizantes a nuestra causa que iban a visitar a los internados y fue gracias a esto que tuvo la inmensa satisfacción de conocer y conversar largamente con el señor Juan Benazet, garajista de Varilhes, pueblo situado a escasos kilómetros de Vernet.

Allí vivían también dos familias españolas, establecidas como panaderos (señores Mora y Beldellou), que se desenvolvían con cierta holgura después de haber trabajado mucho. Eran buenos, ricos en sentimientos y no habían

olvidado España, su país natal si bien la carencia de medios económicos obligó a dos hermanas, con sus respectivos esposos, a abandonar pueblo, familia, patria, como lo han hecho tantos y tantos, en busca de un bienestar mejor para sus hijos, hoy franceses, y para ellos mismos.

Con el coche del señor Benazet, o con el suyo, iban los domingos a visitar a los refugiados, después de haberlo cargado de barras de pan y diversos alimentos que distribuían a derecha e izquierda.



Juan Benazet

Pero más que el pan, más que la cesta de rojas cerezas que ponían a disposición de quien quería comerlas, era todavía el calor humano que emanaba de ellos lo que agradecían aquellos hombres, sedientos de libertad y de amor.

Gracias al apoyo desinteresado y altruista del garajista le fue posible a Paco la salida del campo, ofreciéndole albergue en su propia casa, en la que se le recibió como un miembro de la familia. Y no sólo esto, sino que para que estuviese en regla con las leyes en vigor sobre los refugiados le hizo un contrato de trabajo, como mecánico, a fin de facilitar las cosas. Contrato de tres meses, que fue prolongado después.

VARILHES. CONTACTOS CON RESISTENTES INGLESES Y VUELTA A ESPAÑA

Con su patrón y amigo, ya antes de salir de Vernet, habían hecho una labor positiva: hacer evadir un buen número de internados, valiéndose de una estratagema, que quiero contar aquí para dar a conocer mejor a monsieur Benazet, hombre profundamente humano y valeroso.

Mi hermano había sido encargado de dirigir algunos trabajos de jardinería en el exterior del campo. Varios detenidos le ayudaban, entre ellos un chiquillo de 14 años, natural de un pueblecito cerca de Huesca, que había pasado solo la frontera y que se encariñó con Paco, hasta el extremo de llamarle "padre". Desarrollado físicamente, parecía tener mucha más edad. Decidido, entusiasta, activo, hecho ya a las tareas de labriego, al trabajo de pico y pala, se adaptó en seguida a las que estaban realizando allí y formó parte del equipo. Pese a sus excelentes disposiciones su tarea fue de recadero, pues esto facilitaba lo que su protector se proponía realizar.

Para entrar y salir del campo él, y los demás, llevaban un brazalete como distintivo, que al verlo los centinelas no ponían inconvenientes y dejaban paso libre.

Con cualquier pretexto el muchacho iba y venía, provisto de un segundo brazalete que llevaba escondido y que entregaba sigilosamente a la persona que había sido propuesta para escapar. Cuando la ocasión se presentaba, el fugitivo salía con su banda al brazo y un útil cualquiera de trabajo. Aleccionado, fingía hacer alguna cosa y poco después se alejaba pausadamente, como un acto natural y ya no volvía.

El intrépido garajista le esperaba más lejos y hacía el vaivén con su coche hasta que tenía el número de "liberados" que esperaba. Entonces empezaba su loca carrera hacia Andorra, Toulouse, Bordeaux, etc. Es decir, hacia donde habían preparado refugio y protección para sus pasajeros.

La astucia no fue nunca descubierta, pero fueron muchos los que gozaron de la ansiada libertad gracias al dinamismo de monsieur Benazet, que no sólo sufragaba los gastos de sus viajes sino que aceptaba el riesgo de ser detenido como cómplice del plan puesto en práctica entre él y Paco. Más ni uno ni otro sabían lo que era el miedo y únicamente contaba una cosa: liberar el máximo de internados.

Diré sin temor a equivocarme, que la verdadera labor de mi hermano "cara a España", empezó en el campo de Vernet. De allí salieron los hombres que formaron sus primeros grupos. Su preocupación constante fue la de restablecer las relaciones orgánicas entre el Interior y el Exilio. Para ayudarles recurrió a cuantos medios se le ofrecieron. Más tarde lo veremos.

Juan Benazet fue uno de los pocos franceses, que en principio, no aceptaron jamás la derrota. Ni Pétain, ni Franco, ni Hitler, ni Mussolini. Rebelde y resistente como el que más. Su nombre de guerra fue Pistón. Denunciado pronto por sus actividades antialemanas tuvo que abandonar Varilhes con su esposa e hijo y refugiarse en otra región. Así logró escapar a la detención o deportación. ¡Quién sabe lo que hubiese sido de él si hubiese caído en manos de la Gestapo! Hoy es uno de los hombres más condecorados de su departamento.

Pocos días después de la liberación de Toulouse, conocía la tragedia de su amigo y me escribía textualmente:

Oui. Paco n 'était pas un homme comme les autres, tañt était son intelligence, son Idéal de Justice, de Fraternité, de Liberté et de Paix. On ne peut trouver des mots pourjuger lajuste valeur d 'un homme tel que Paco...

Il a été digne de ma confiance, de ma fraternelle affection. Frère de lutte, frère de combatpour une même Cause... face au Fascisme, á tout ce qui opprimait la classe ouvrière... (4)

Sí, un gran francés Benazet. Uno de esos hombres buenos y desinteresados que muchos refugiados españoles no olvidaremos fácilmente.

Pues bien, protegido por este señor extraordinario, viviendo en su casa, manejando en su taller herramientas con las que empezaba a familiarizarse, no cabe duda que hubiese podido vivir sin problemas, aprendiendo un oficio y esperando a que luciese una nueva aurora, que diese a los exilados, por lo menos, la ilusión de que nuestro regreso a España se acercaba. Pero él no supo resignarse. Sufría por los que seguían en los campos de concentración; por los que estaban padeciendo al otro lado del Pirineo, en cárceles o muriendo ante los piquetes de ejecución. No le bastaba que "sus chavales" fuesen portadores de mensajes, o que acompañasen hasta la frontera francesa y luego hasta Varilhes a unos y otros; quería exponerse como ellos. Detestaba los capitanes Araña, y la idea de internarse en territorio español y continuar como fuere la guerra contra el fascismo germinó en su cerebro.

Decidido, incapaz de retroceder ante el peligro, dispuesto siempre a jugarse la vida, si ello podía servir a alguna causa justa, así fue él.. Por eso no es de extrañar que cuando la ocasión se le presentó se asiese a ésta con entusiasmo y comenzase su arriesgada actividad clandestina. Gracias a ella podría tener las dos cosas que necesitaba: armas y dinero.

-Tu comprends -le dijo a Benazet- en travaillant pour les Alliés j' aurai la facilité de travailler pour nous... (5)

De momento todos no lo comprendieron así. Fueron considerados por sus propios compañeros exilados "elementos indeseables y sospechosos" y desautorizada su actuación. Lo confirma Federica Montseny en su libro *Pasión y muerte de los españoles en Francia*, cuando escribe (página 106):

Estos grupos habían sido condenados por los comités orgánicos que representaban la parte más numerosa de la Organización, estimando que no se podía, ni se debía servir a fuerzas ajenas, a aquellas que representaban los intereses colectivos de la emigración y los particulares ideales y políticos de la Organización obrera a la cual pertenecían.

¿Cuales eran estos comités orgánicos de que nos habla Federica? No soy yo la más indicada para decirlo, porque en aquel entonces, ni aun ahora, yo no conocía a fondo estos problemas para discutirlos. Pero lo que sí puedo decir es

el efecto moral que produjo en mi hermano el constatar que no se tenía en cuenta el único fin que él perseguía: hallar medios para ayudar a los compañeros que habían quedado en España y salvar el máximo de vidas posibles, exponiendo la suya y la de los que secundaban su obra.

Pat O' Leary, uno de sus jefes, en su libro titulado *Histoire de Pat O' Leary*, (capítulo VII, página 78), emite un juicio sobre Paco, que lejos de desfavorecerle, le honra. Dice:

Vidal n 'avait aucune sympathie particulière pour les anglais. Il les considerait au même titre que les français ou les allemands, comme des pions sur un "échiquier". L ' échiquier c 'était l'Espagne, del'autre bord des montagnes. L 'Espagne sous la domination de Franco. Révolté contre la vie, impatient d'agir, trainant des vieux rêves d'anarchistes, Vidal réclamait toujours des armes.

-Des revolvers... il me faut des revolvers... Des fusils aussi... (6)

Además, en realidad, la causa de los aliados era también la nuestra y la Resistencia no se organizó en Francia hasta muchos meses después. Para los que desde el principio querían combatir a Hitler, ¿qué otra cosa podía hacerse por ellos, para ayudarles, sino abrir brechas por donde poder escapar a Londres?

No hay que olvidar que lo que más interesaba a los adversarios de Hitler, era la recuperación de los aviadores. Por eso el Servicio Secreto Aliado trabajó con tenacidad y con éxito para organizar un sistema coherente y completo que permitiese a estos hombres, caídos en territorio francés, ser recogidos, escondidos, alimentados, acompañados y finalmente dirigidos hacía su punto de partida.

Para llegar a este resultado fue preciso que oficiales ingleses del Intelligence Service viviesen y trabajasen en Francia durante toda la guerra. Mas, a pesar de toda su habilidad, no hubiesen llegado a ningún resultado práctico sin el concurso de hombres intrépidos, valerosos, como Paco y sus compañeros que,

quieran o no los resistentes franceses, fueron los que empezaron a organizar la red que más aviadores salvó.

Formar un buen piloto era más difícil a los aliados que construir un avión. Un aviador era, pues, en aquel entonces un gran capital de guerra, que descartada toda cuestión de sentimentalismo y de justicia humana la autoridad militar no podía resignarse a perder.

Es por ello que poco a poco una verdadera conspiración se organizó en Francia para salvar a los pilotos que habían perdido sus aparatos y muchos fueron, y de todas las nacionalidades, los que les prestaron ayuda. Pero fue preciso que alguien diese el primer paso. Después su acción se fue ampliando con la participación de otros hombres y fueron estableciendo redes de albergue; se fueron reclutando agentes para acompañar a los evadidos; se encontraron medios económicos; se evitaron las emboscadas, las astucias; se disimularon los aparatos de transmisión; se recibieron armas y alimentos por paracaídas; se descubrieron los lugares de embarque, etc. Es decir, que bastó un pequeño número de animadores para emprender esta gran obra humanitaria y a mi buen hermano le cabe el honor, quiérase o no -repito- de haber sido el primero.

¿Que lo hizo con el único deseo de hallar medios para proseguir su lucha en el interior de España? Ciertamente. Si muchos le hubiesen secundado en este proyecto, mayor hubiese sido tal vez la eficacia de su intento, pero llegó un momento en que se encontró solo. Solo contra su enemigo potente, del que ya no pudo escapar...

Mas no precipitemos los hechos. Volvamos atrás y encontrémosle todavía en el taller de su amigo.

Era septiembre de 1939. La tormenta amenazaba otra vez y ahora sobre el mundo entero. Era la misma que se había levantado sobre España tres años antes, en la que pocos hombres tuvieron la honradez de creer. Sin embargo, los nietos de Bismarck, tras la música de Wagner y el pensamiento hecho palabra de Goethe, ocultaban sus apetitos y sus armas de guerra, esas armas ensayadas en España y que las democracias europeas no quisieron ver cuando nuestra República les pedía ayuda. Más tarde, Este y Oeste, eran pisoteados

por la bota alemana y la angustia cundió en la tierra, penetrando en las almas más endurecidas. Después se hizo dolor en el cuerpo con las persecuciones, las torturas, el hambre; la deportación, los fusilamientos...

Urgía, pues, ponerse en pie. Sonaba la hora de no doblar la rodilla. Las tiranías son accidentes provisionales, más o menos duraderos, en la historia de los pueblos. Por eso el hombre extraordinariamente audaz que fue mi hermano lo comprendió en seguida, y cuando estalló la segunda guerra mundial no quiso aceptar la tranquilidad de aquel garaje, pese al calor humano que allí respiraba y el bienestar insospechado y familiar que volvía a encontrar.

Yo seguía en Saint-Jean-du-Bruel, pero no en el refugio, sino en el hotel Papillon, en el que había preferido trabajar "au pair", es decir, sin remuneración alguna, a cambio de la comida y del alojamiento.

A pesar de estar en un pueblecito, su reputación era tal que no pasaba una semana sin que se prepararan banquetes pantagruélicos, al margen por supuesto de los clientes de paso.

Empecé como ayudante de la persona que fregaba la vajilla y me pasaba dos o tres horas, a mediodía, secando platos y cubiertos. Después de cenar, otro rato. Al principio me decían: "Sobre todo no lleve usted las pilas de fuentes y platos al comedor". Como pesaban, temían que se me escaparan de las manos y los dejase caer, falta de habilidad o de fuerza, pues ya sabían que no estaba acostumbrada a estos trabajos. Al correr del tiempo hice, como vulgarmente se dice, de todo: fregar vasos, secarlos, ayudar a las sirvientas a hacer camas y limpieza, etc. Cuando llegaban las horas de verdadero ajetreo procuraba no quedarme atrás y terminaba rendida. Luego solía subir un rato a descansar en la habitación que se me había reservado y tumbada sobre la cama lloré más de una vez. El cansancio, la tristeza de verme sola, la pena de haber tenido que abandonar un porvenir, que había logrado asegurar a fuerza de voluntad, de sacrificios, de estudio, desencadenaban también en mí momentos de depresión. Y con los ojos cerrados, que no impedían brotar mis lágrimas, revivía mi ayer: ora en las Oficinas de Riegos del Alto Aragón en Huesca; ora en mi escuela de Jaca y más que nada con mi madre y hermanos, con mis amigas y compañeras... y por qué no decirlo... con el hombre que tanto amé...

Afortunadamente esta crisis pasaba pronto y cuando volvía a bajar a reunirme con los dueños o personal del hotel lo hacía ya tranquila. Aquel desahogo, aquel reposo me ayudaban a recuperar fuerzas para continuar la lucha por la vida, que era cuando podíamos desear entonces.

Si las satisfacciones gastronómicas sirven para algo añadiré en honor a la verdad que compartí siempre la mesa de la familia y que jamás he vuelto a saborear comida tan exquisita y variada como en esa casa. Era un arte la cocina de madame Papillon, una bella mujer de cuarenta años, trabajadora y agradable, más que nada por su bondad.

Pero para mí, las semanas, los meses, en aquel lejano 1939, pasaron lentos, muy lentos. No a causa del trabajo, al que acabé por acostumbrarme, sino porque quería reunirme con mi hermano. En principio, para escapar a mi soledad espiritual y luego, deseosa de examinar juntos, el mejor modo de desenvolvemos y de ganamos la vida. Debido al idioma, del que no conocíamos aún más que lo necesario para defendemos, no podíamos pensar en práctica de nuestras carreras, sino en un trabajo basado en otros conocimientos que poseíamos. Yo podría -me decía a mi misma- entrar en un taller de costura y él con alguna noción de mecánica colocarse de chófer en algún sitio. No... no había que desesperar. Todo se resolvería poco a poco...

Así iba pensando, cuando por sorpresa se presentó en el hotel mi hermano. Puede suponerse mi emoción, mi alegría. Después de abrazamos, no sin cierta satisfacción, lo presenté a cuantos estaban presentes: familia Papillon, las criadas y un señor, recién llegado de París, tratado con gran deferencia por todos. Paco dio una buena impresión y le hicieron una mejor acogida.

Como no quise dejar el trabajo, por no cargárselo a la persona que acostumbraba a ayudar, él se pasaba la mayor parte del tiempo conversando con el enigmático personaje, cuyo nombre ignoré.

Sin duda simpatizaron en seguida. Se veía que les unía o atraía un interés común, un algo que entonces no definí, pero recuerdo que se pasaban horas sentados en la terraza hablando y discutiendo, aunque en voz baja. A veces, cuando podía, el patrón se ponía al lado de ellos e intervenía o se limitaba a escuchar. Cuando yo, bajo cualquier pretexto pasaba cerca hacía lo imposible

por captar alguna palabra, pero siempre en vano. Fue más de un año después, que comprendí al fin...

Mi hermano estuvo entre nosotros dos o tres días y si puedo decir la fecha exacta es porque detrás de una de las fotografías que nos hicimos allí y que conservó, escribí "29 de octubre de 1939".

Antes de separarnos me prometió que a no tardar estaría en Varilhes, pues me había reclamado a la Prefectura del departamento interesado, comprometiéndose a sufragar los gastos de mi manutención. Era así como se hacía, de no hacerlo un patrón con un contrato de trabajo.

-Ya estoy buscando un piso, con Benazet- añadió.

Me quedé con el deseo de saber más cosas, pero no me atreví a interrogarlo por dos razones: primera porque estaba convencida de que no me diría todo lo que pensaba y segunda, porque seguía temiendo a sus ideas y también a los tiempos trágicos que se esperaban y que no permitían hacer grandes proyectos, como así fue, pues hacía apenas un mes que Francia había declarado la guerra a Alemania.

El día tan anhelado llegó y tras una despedida emocionada y cariñosa me fui hacia mi nuevo destino. Era el 17 de enero de 1939. Al descender del tren me extrañó no ver a Paco en la estación de Varilhes y esto me hizo el efecto de una ducha fría. El señor Benazet, que me esperaba, vino hacia mí y después de saludarme efusivamente me dijo, con la máxima delicadeza, que él se había marchado unos días antes. Trató de explicarme, de hacerme comprender que por encima del cariño fraternal estaba el amor a la causa que defendía con pasión y que la guerra que vivíamos ya, exigía el sacrificio tanto a uno como a otro. Mas no supe disimularle mi terrible decepción.

Se había preocupado, eso sí, de alquilar una casa en la que alojar a Lorenza Sarsa, viuda de su entrañable amigo Evaristo Viñuales, a su hijita Zeika y a mí. De dejarnos un poco de dinero para que empezásemos a desenvolvemos y unas líneas en las que me decía que le perdonase por el disgusto que me causaba, pero que su deber de militante estaba por encima de todo lo demás y

pensaba cruzar la frontera e internarse en España, de donde trataría de darnos noticias.

Paralizada por el temor de perderle pude por fin romper a llorar...

Así, todos mis sueños se desmoronaban otra vez. Ni siquiera me había dicho cuando vino a verme que, al igual que a mí, reclamaba a otros que consideraba como miembros de su propia familia. Me lo notificó en su última carta, dirigida a Saint-Jean-du-Bruel, con el deseo de que me pusiese de acuerdo con Loren para encontrarnos en Toulouse y continuar el viaje juntas, lo que no nos fue posible, llegando ellas procedentes de Le Vigan (Gard) antes que yo, por lo que ya estaban esperándome.

Una nueva vida empezó para mí, llena de imprevistos, de inquietudes, de preocupaciones... Sólo la presencia de Zeika aminoraba todo aquello y esa niña a la que quise como algo mío fue mi único sedante los primeros meses.

La vivienda en la que nos hallábamos instaladas no tenía nada de acogedora, ni de comodidad. Estaba situada cerca de la de Benazet y se componía de dos grandes piezas en la planta baja, que nos sirvieron de comedor y cocina y en el primer piso, dos habitaciones con una cama en cada una y algún otro mueble indispensable. Una de ellas fue para nosotras y dormíamos las tres juntas. Zeika, siempre en medio, como para combatir mejor su presencia, sus dulces caricias, sus primeros mimitos. Tendría cuando la conocí unos 14 o 15 meses. Llevaba la cabecita vendada a causa de una erupción en el cuero cabelludo que tardó en curar.

Creo recordar que la otra habitación estuvo vacía hasta principios de marzo; fue ocupada por Paco, a quien recibimos llenas de júbilo Loren y yo. La nena no tardó en hacerse su amiguita y a tenderle sus bracitos para que la cogiese y la llevase con él...

Apenas habíamos estado tres días juntos y felices, que ya volvía a marcharse con Benazet; el 9 de marzo a Lavelanet y al día siguiente a Hospitalet (Andorra), pero esta vez en el elegante automóvil de un tal Marshall, que llamó nuestra atención por su distinción y su aire de gran personaje. El nombre que cito lo supe mucho más tarde, como diré más adelante.

A partir de estas fechas nos fuimos acostumbrando a ver a mi hermano casi siempre de paso y a recibir compañeros y amigos que venían clandestinamente de España y descansaban en casa, un mínimo de tiempo. Otros que yo conocía por haberlos visto en Puigcerdá y Seo de Urgel, como Eusebio López, Juan Catalá, etc., hacían lo mismo.

Mas al correr del tiempo, la tragedia iba siendo mayor. Los alemanes iban a ocupar París, sonando para muchos franceses la hora del éxodo, antes de que su ocupación fuese un hecho consumado.

Y la casa se nos llenó de amigos y conocidos, entre los que citaré a la viuda de Juan Barrabás, muerto en el campo de Vernet; a Mariano Sarroca, oscense, como nosotros; a Antonio Castro Montaner, también maestro, que había estudiado con Paco y a quien nos unió y ha unido siempre un fraternal cariño, no sólo a él sino a la familia; al dibujante García Gallo, hoy conocidísimo bajo el seudónimo de Coq... Estos dos últimos formaron pronto un equipo de leñadores y ellos como los demás ignoraban totalmente las verdaderas actividades clandestinas de mi hermano, que yo misma desconocía.

Aunque no disponíamos más que de los muebles indispensables y de muy poco dinero, entre todos nos las arreglábamos. Y cuando era difícil alojarlos, por falta de sitio, encontrábamos la puerta abierta en el humilde domicilio de un refugiado español.

Muchísimos nombres he olvidado; infinidad de recuerdos se han esfumado de mi memoria y los pequeños detalles más todavía. Pero lo que perdura y espero que perdurará, porque me quedó grabado con huellas imborrables, fueron los principales hechos que viví o conocí, relacionados con Paco y la fraternidad que nos unió a los demás, en particular al principio. Un techo, un mínimo de comida y ese contacto humano nos bastaba, es decir, la satisfacción de poder ayudarnos a vencer las dificultades, las privaciones y cuanto se nos echó encima con la segunda guerra que empezábamos a vivir.

Uno de los amigos que no he olvidado tampoco fue Agustín Remiro, de Epila, provincia de Zaragoza. Y lo recuerdo más porque me salvó la vida, pues víctima de una intoxicación por el óxido de carbono que se desprendía de una especie de carbonilla que empleábamos para guisar, en un hornillo mal acondicionado,

caí al suelo desvanecida. El ruido que hizo mi cuerpo al caer, junto con el de una fuente que llevaba en las manos, le sorprendió y rápido se presentó en la cocina. Al verme en aquel estado me cargó sobre su espalda, me subió a la cama y se esforzó por todos los medios a su alcance de hacerme recobrar el conocimiento. Por fin abrí los ojos y por su semblante demudado comprendí sus temores. Luego supe, que sin su eficaz intervención, difícilmente hubiese podido salvarme. ¿Cómo olvidarlo, pues?



Ponzán y sus enlaces: De izda. a dcha.: Rafael López Laguarda, "El navarro", Agustín Remiro, Ponzán y "El mañico".

Fue otro inquieto, otro idealista. Hombre de acción y sentimientos maravillosos. Había sido comandante en nuestra guerra en el famoso Batallón de Ametralladoras "C", compuesto en gran parte por hombres de la CNT y antes de esto, al igual que Paco, jefe de un grupo de guerrilleros, célebre por su valentía y las misiones peligrosas que realizaron. Considerados así, entiéndase bien, en la zona republicana, puesto que en la de los facciosos eran catalogados como bandidos, malhechores, salteadores de caminos y fieras salvajes que había a todo trance que exterminar, para ejemplo de los demás.

Le conocí en Varilhes, en la primavera de 1940 y tengo la inmensa satisfacción de conservar algunas fotografías, hechas en los alrededores del pueblo, en las que pueden verse, en plena vida, en plena juventud, a él y a mi hermano. Los

dos se comprendían perfectamente. Los dos tenían la convicción de que lo único que se podía intentar hacer en aquellas horas era salvar el máximo de vidas y restablecer las relaciones orgánicas entre el Interior de España y el Exilio.

Con un grupo de muchachos jóvenes, también había cruzado varias veces la frontera clandestinamente. Jamás regresaban solos. Lo hacían con hombres perseguidos, con condenados a muerte incluso, quienes se consideraban dichosos como el que más al pisar tierra francesa y verse, sino totalmente libres, al menos por entonces en seguridad.

En uno de estos viajes, que siempre fueron rápidos, se trajo a Paca, su mujer y juntos vivieron de nuevo unos días de luna de miel. Pero a medida que el tiempo pasaba ya no le bastaba aquello para sentirse satisfecho de sí mismo y a pesar de los ruegos de la enamorada esposa lanzóse otra vez a la lucha, consiguiendo que ella regresase a Epila.

Poco después el buen Remiro caía en manos de sus enemigos, en la misma línea fronteriza de Portugal. Desconozco la misión que llevaba, ni si acompañaba a algunos resistentes. Lo que sí sé, que al darles el alto, su compañero corrió hacia un lado y él hacia otro. Es decir, que uno fue detenido en Portugal y el otro en territorio español.

La suerte había abandonado a Remiro. Inmediatamente le condujeron a la cárcel Modelo de Madrid, donde identificado, se le condenó a muerte. Pero era difícil que un hombre de su temple aceptase con resignación la sentencia que le imponían sus verdugos. Jugándose el todo por el todo, intentó una fuga difícil, por no decir imposible y en efecto, no la logró. Descubierta por un centinela cuando se disponía a saltar una tapia, antes que dejarse coger, se tiró de cabeza al patio de la prisión, quedando muerto en el acto. Era el 21 de junio de 1942.

Así terminó la vida de este excelente luchador. ¡Heroico broche final, a una existencia agitada y llena de sacrificios!

Meses antes de que los alemanes ocupasen París y por consiguiente, que el general De Gaulle lanzase por radio su famoso "Appel" a la Resistencia, Paco había entablado conversaciones con miembros de la resistencia inglesa, por intermedio del llamado Marshall, jefe del Servicio Secreto Inglés, según he sabido hace poco, que se alojaba en Foix, Castillo Peyssale, carretera de Montgaillard. Su secretario se llamaba Coll y al parecer fue éste quien los había puesto en relación. Era español como nosotros y actuaba de intérprete, asistiendo en calidad de tal a cuantas entrevistas tuvieron, bien en nuestra casa de Varilhes, bien en la de ellos, en la ciudad citada.

Sin saberlo, adiviné que Marshall era un alto personaje. Hombre de gran distinción, de recia personalidad. Si me hubiese interesado por él lo hubiese localizado en seguida, pues por lo visto continuó relacionándose con Benazet, a quien Paco había puesto en antecedentes. En sus notas que titula "Réseau Passeurs d'Hommes vers l'Espagne-Andorre" cita a mi hermano como jefe de la organización, lo que quiere decir, que cuando nos trasladamos a Toulouse, todo el trabajo estaba en marcha, tanto en el departamento del Ariège, como en España.

Su segundo viaje al Interior fue sin duda minuciosamente estudiado y preparado de antemano en las entrevistas que sostuvo con el Inglés. Lo demuestra el hecho de que mi hermano no disponía de medios económicos propios y también el que en las horas que comenzó el gran éxodo de los franceses, huyendo del Norte, París, etc., zona primeramente ocupada por los alemanes, los dos casi incógnitos personajes (Marshall y Coll), me dieron en mano más de doscientos mil francos de la época, suma que representaba casi una fortuna y dos aparatos de radio, con la recomendación de que lo entregase a Paco, a su regreso de España, que fue en pleno verano del 40. Y naturalmente, ellos abandonaron Foix.

Fueron, pues, los ingleses, los primeros en contactar al hombre de acción que había de poner en España y en Francia los primeros jalones de una empresa difícilísima y arriesgada, pero que aceptó con el solo deseo de realizar su

principal objetivo: ayudar por todos los medios a los compañeros, que seguían en poder de los fascistas.

He dicho aunque veladamente, que el armisticio de 1940, le sorprendió en España. Lo que no he dicho todavía es que herido en una refriega con las fuerzas armadas de Franco, en las inmediaciones de Boltaña, había logrado protección en casa de amigos y ayuda médica, gracias al farmacéutico de aquel pueblo, Mariano Güerri, íntimo de la familia. Fue él quien le curó, quien vendó sus heridas y quien le encontró un lugar seguro para estar tranquilo hasta que estuviese restablecido y volviesen a olvidarlo.

Cuando ya estuvo bien continuó su marcha hacia el Interior del país, para encontrar, o tratar de encontrar el apoyo necesario para realizar con éxito el trabajo que se proponía hacer. Contactos con los consulados ingleses de Barcelona, Madrid y posiblemente Gibraltar bien directa o indirectamente. Después pensó en los suyos. Las relaciones con los presos de Huesca se hicieron gracias al compañero Ferrer, también oscense, que se las ingenió para hacer llegar unas líneas a los presos de allí.

Pero imaginemos España entonces. En plena caza al hombre. En pleno período de terror, cuando tantos y tantos perseguidos veían la frontera como la única salvación posible. Muchos libros se han escrito, describiendo lo que fue el pánico en los primeros meses que siguieron al final de la guerra: *El día del Juicio Final*, de Carlos Monreal; *La muerte de la esperanza*, de Eduardo Guzmán; *El año de la victoria*, del mismo autor (este último ha obtenido el premio Internacional de la Prensa, en el primer Festival Internacional del Libro, celebrado en Niza en mayo de 1975); *En nombre de Dios, de España y de Franco*, de José Leiva, etc..

Pues bien, cuando tantísimas miradas se tendían hacia Francia, él regresaba a España. ¡A su Huesca!, en donde era tan conocido, tan odiado por los vencedores, en donde los fascistas hubiesen dado cualquier cosa por su captura. Y volvía con la idea, con la ilusión de relacionarse con los compañeros y amigos, fieles a la causa, que hubiesen podido quedarse allí escondidos, a fin de estudiar con ellos lo que todavía podía hacerse para salvar de una muerte cierta a muchos de los que ya estaban presos.

Todas esas vidas le interesaban, pero tenía particular interés por la de Manuel Lozano, de Belver de Cinca, condenado más tarde a la pena última, por haber sido entre otras cosas comisario de la 127 Brigada (antes Roja y Negra). Desgraciadamente su proyecto no pudo llevarse a cabo en seguida, por falta de medios y la sentencia se cumplió en Zaragoza. No obstante, la inutilidad de su intento, había conseguido dar a Lozano y a sus amigos, la satisfacción de saber que no estaban solos y la alegría de saberse ayudados moral y materialmente.

Transcribo a continuación una de las cartas que le escribió desde la cárcel de Huesca y que se conserva:

Tu patria chica se desangra -dice-. Nuestros más grandes valores van cayendo y difícilmente se reemplazarán. Igual suerte esperamos correr los más. De la diligencia y rapidez en llegar y recibir las 50 o 100.000 pesetas que se te piden, depende la solución de los que aún sobrevivimos... Hay arrestos para todo y no se desfallece.

Tengo la satisfacción de poderte notificar que nuestro pabellón continua y continuará en pie. Pero eso no basta. Hay que poner remedio taponando y cortando la siega. En otras provincias se ha hecho ya, por el dinamismo de los compañeros que están en la calle y apoyados por el Exilio en el extranjero. Aquí estábamos huérfanos. Dadnos esa cantidad y lo demás corre de nuestra cuenta.

En la seguridad de tu altruismo, de que eres y estás rodeado de los que siempre han estado en la brecha, esperamos que con la máxima urgencia, por el portador tengamos por lo menos de ti, la citada cantidad. Saludos y abrazos para todos.

Tuyo: Manuel Lozano.

El deseo de Paco hubiese sido continuar cerca de sus hermanos de lucha, pero actuar en la clandestinidad entonces se revelaba casi imposible. Por otra parte, no contaba todavía con medios económicos. Su perspectiva le hacía esperar

que conseguiría armas, dinero, documentaciones, mas había que dar tiempo al tiempo.

En aquel verano de 1940, vivió durante algunas semanas en las cuevas de las montañas relativamente cerca de la capital, buscando la forma de comunicar con viejos militantes, que le ayudasen a ejecutar su plan. Pero éste no podía realizarse más que en sueños y es que en el fondo, mi hermano era también un soñador, un romántico imbricado en el hombre de acción que fue por encima de todo en aquella época. ¿Qué podía hacer sólo, contra una nación amordazada, sometida por la fuerza de las armas...?

Su clara inteligencia le hizo finalmente comprender, lo que sus sentimientos no le dejaban ver: la inutilidad de su sacrificio. Y cuando le advirtieron que la guardia civil y la policía le buscaban sin descanso, se resignó a volver a Francia, viaje que realizó sin contratiempo ninguno, acompañado de un valiente y leal amigo. Estábamos en pleno verano de 1940...

Mi alegría fue extraordinaria, al verle entrar por sorpresa, en la casa que ocupábamos en Varilhes. Allí estuvo unos quince días para reponerse y descansar un poco, me dijo, pero no hizo más que correr con Benazet de un lado para otro. ¿Qué hacían?, ¿qué buscaban? Entonces no lo supe. Pasado este tiempo, decidió nuestro traslado a Toulouse.

El dinero que le habían dejado los ingleses y que pensó en seguida compartir con "sus chavales", nos permitiría hacer de momento frente a la vida. Pensé que en dicha capital nos sería fácil encontrar trabajo a los dos y que llegaríamos a defendernos. Pero ¡ah! él llevaba su idea. Una vez más le seguí...

LA RESISTENCIA. ÚLTIMO TRIMESTRE DE 1940: PRIMER PASAJE...

Ya en Toulouse alquilamos lo que encontramos, una mísera habitación en un segundo piso de la calle Des Changes, sin electricidad siquiera, en la que había por todo mobiliario una cama de hierro en dónde dormíamos nosotras. Un viejo hornillo de gas butano, algunos utensilios de cocina, media docena de sillas y una pequeña mesa. En ella guisábamos, comíamos y pasábamos algunos ratos. En otra, sin muebles, situada en el tercer piso, dormían Paco y los chicos, al estilo de campo de concentración, es decir, en el suelo...

Como la solidaridad entre nosotros era grande, raros fueron los días que a mediodía comíamos solos. Nunca faltaban visitantes con quienes compartíamos lo poco o mucho que se había preparado. En este aspecto Paco fue inflexible. Los que vivíamos con él teníamos que considerar un deber su solidario y fraternal compañerismo, que a mi juicio fue su primera cualidad.

Allí estuvimos hasta el mes de noviembre. El frío se dejaba sentir demasiado, sin estufas, sin colchones, sin mantas suficientes. Urgía, pues, salir. Encontrar una casa en mejores condiciones. Pero, ¿qué sabía yo entonces del plan que había proyectado mi hermano y de sus múltiples gestiones para relacionarse con los primeros resistentes franceses? Poca cosa. Ni yo, ni los demás muchachos por supuesto.

Una de las personas que conoció pronto -ignoro como- fue la señora Cathala, esposa de un célebre catedrático de la Universidad de Ciencias de "La Villa Rose", huido a Londres, en las horas que siguieron a la ocupación alemana. Lo que sí supe luego, es que vivía en la calle Pradal, número 14, con sus cinco hijos. Ayudado por ella y quizás por las instrucciones y confidencias del llamado Marshall pudo relacionarse con el doctor Soula, rector de la Universidad (en cuyo domicilio, 17 rue de Monplaisir estuve más de una vez), con el doctor René Norois, profesor del Instituto y algunos otros, casi todos pertenecientes al Ministerio de Instrucción Pública. Esto es que escuela,

instituto, universidad, sinónimos de pensamiento libre, se encontraron y se alistaron inmediatamente en la lucha con un arma nueva: la Resistencia.

El Estado Mayor alemán no había contado con ella. ¿Cuántos eran en septiembre de 1940? Pocos, muy pocos, pero había que intentar hacer algo. La esperanza de un mañana mejor, libre del ocupante, les sostenía.

Pero no era francés, como no lo serían tampoco los hombres de su grupo, mas en aquellos meses la palabra "extranjero" desapareció, cual arrancada de la memoria de los hombres y pronto las manos más lejanas se tendían en fraternal caricia...

Días de incertidumbre, de trabajo intenso y más tarde años de lucha, de sacrificio, pero la red de evasiones imaginada y puesta en servicio por el maestro aragonés funcionaba bien antes ya de terminarse el año.

El grupo de guías lo componían pocos hombres, pero acostumbrados a las largas marchas nocturnas, por caminos escarpados y difíciles. Valientes, temerarios, con una confianza inquebrantable en las ideas que defendían, comunes a todos ellos. Trabajarían, combatirían para librar a Europa del nazismo, con la ilusión de conseguir después la liberación de España, de esa España que tanto amaban y que habían tenido que abandonar.

Usaron falsas identidades, que cambiaron cuando las circunstancias lo exigieron. Mi hermano adoptó el nombre de Vidal, nuestro segundo apellido, relativamente corriente en Francia. Y es por este nombre que se le conoce en la Resistencia.

Los primeros hombres que acompañaron a cruzar la frontera les fueron presentados por la señora Cathala, pasando "tras los montes" por sendas que únicamente los guías y los contrabandistas conocían. Muchas veces fueron con ellos hasta el Consulado Inglés de Barcelona, otras hasta Madrid, como así a la misma frontera portuguesa, o a La Línea, para poder ganar luego Gibraltar.

Es por esto que siempre he pensado que cuando Agustín Remiro y el guía fueron sorprendidos por los guardias al intentar pasar a Portugal no iban solos... sino con resistentes. ¿Quiénes eran? Lo ignoro.

No fueron los únicos en llegar hasta allí. Citaré el caso que relató también en su libro *Federica Montseny Pasión y muerte de los españoles en Francia* (pág. 112).

Entre los que intentaron pasar a España y después a Portugal figura el secretario y uno de los más íntimos colaboradores de Léon Blum, Albert Blumel, acompañado de su esposa e hijo. Provistos de falsos pasaportes andorranos pudieron llegar hasta Portugal no sin grandes sacrificios, pues el frío era intenso y el paso de los Pirineos les fue verdaderamente duro en aquellos meses de riguroso invierno de 1940. La suerte tampoco les acompañó. Después de pasar un mes en el hotel Paulet, para reponerse de las fatigas del viaje por la montaña (pues a Blum se le habían helado un poco los pies, lo que obligó al guía a llevarlo sobre sus espaldas), veíanse casi en tierra portuguesa cuando al apearse del tren fueron interrogados por la policía de Salazar. No cabe duda que su salida de Francia y Andorra, había sido señalada y que se les esperaba.

Sin querer aceptar las explicaciones que les daban, las autoridades de dicho país los devolvieron a España. Y de Madrid, en donde se les retuvo unos días, fueron reconducidos a la frontera francesa y entregados a los representantes del Gobierno de Vichy.

Como se ve, en un principio las expediciones se hicieron por Andorra, resultando el paso de los Pirineos difícilísimo, por las muchas horas que había que caminar. Por ello decidieron hacerlas por Oseja, pueblecito situado cerca de Bourg-Madame y más tarde por Banyuls, pero no siempre.

El itinerario a seguir se decidía antes de salir de Toulouse, después de haber sido meticulosamente estudiado por Paco y los guías, teniendo en cuenta la edad, la resistencia física y el sexo de los que se evadían. No todos pudieron llegar hasta el fin y en más de una ocasión los que los acompañaban tuvieron que llevarlos a cuestas, pues no era cuestión de abandonarlos.

También hubo muchos que cayeron en manos de la policía española antes de llegar a sus respectivos consulados, traicionados por el desconocimiento del idioma, o incluso por su aspecto físico. La mayoría de ellos fueron internados en el campo de concentración de Miranda de Ebro. Mientras tanto, en

Toulouse, mi hermano asistía a las reuniones clandestinas que se celebraban en los domicilios del doctor Soula, de la señora Cathala, o bien en el número 2 de la calle Deville en la buhardilla de un convento de religiosas, alquilada para albergar a uno de sus colaboradores, que no era otro que el esposo de Cari, mi gran amiga, que el lector ya conoce.

Tenían una hijita, de pocos meses de edad: Siang. Louis Nouveau en su libro *Des Capitaines par milliers* habla de esta familia con extraordinaria simpatía (págs. 124,160-161,...), aunque brevemente, como lo hace refiriéndose a mi hermano y los guías. Relata sobretodo sus andanzas por el Norte y el Sur de Francia, como agente de la red Pat O'Leary y de los que trabajaron con él.

Como se verá pronto el radio de acción del grupo se fue ampliando poco a poco, al igual que la bola de nieve, cuando ésta va rodando sobre la blanca sábana.

Otros resistentes de Bélgica, de Inglaterra, de Polonia, recurrían a él para el paso a España de evadidos o para el transporte de correo secreto, que los guías entregaban en mano, en sus respectivos consulados. No todo podía hacerse circular por vía diplomática, ni se habían organizado todavía las emisiones clandestinas de radio, ni las claves para establecer contactos directos entre unos y otros.

De estos servicios mi hermano se aprovechaba también, en particular del francés. Si alguno de sus hombres, u otra persona a la que quería ayudar, daba un tropezón, recurría al Padre o a su secretario Gérard e inmediatamente le tendían una mano. Para lo que más se aprovechó fue para documentar a los compañeros que llegaban de España, con sus guías, escapando de la persecución, haciendo que obtuviesen en seguida una carta de identidad, con lo que los salvaba del campo de concentración.

Fue precisamente por el apoyo que encontraron en este jefe, que le bautizaron el Padre. Años después supe que su verdadero nombre es Robert Terres, hoy domiciliado en París.

En una carta suya que conservo me escribía:

Votre frère et son organisation ont été de très loin ce qu'il y a eu de plus important dans le Sud Ouest, comme passeurs d'hommes et de courrier et également comme organisation de renseignements, travaillant avec les Services spéciaux de l'Armée, sans parler des réseaux d'évasion.

Je reste à votre disposition pour tout ce que vous voudrez en mémoire de Paco. Toutefois en ce qui me concerne je ne fais pas et n'ai jamais fait de politique, mais seulement servi mon pays pendant la guerre et c'est bien grâce à votre frère et à ses amis que j'ai pu réaliser une grande partie de mon travail. Pour cela je lui en serai toujours reconnaissant et reste à votre disposition pour en témoigner.

Je dois dire que j'ai beaucoup écouté, entendu ou lu, concernant la Résistance dans le Sud-Ouest je n'ai jusqu'à présent jamais entendu parler de votre frère et c'est un oubli qui méritera d'être réparé et c'est bien volontier que j'y participerai.

Veillez agréer, Madame, etc., etc.. (7)

Faltaban algunas semanas para terminar el año 1940, cuando por fin abandonamos las míseras y tristes habitaciones de la calle Des Changes y nos trasladamos a una torre amueblada, situada en el número 42 de la de Limayrac, un poco alejada del centro de Toulouse en el sector conocido por la "Côte- Pavée".

Resueltos los problemas económicos y de alojamiento, la actividad del grupo "cara a España" se acrecentó. Raro era el viaje que los guías hacían a Barcelona o Madrid, sin que fueran portadores de dinero, propaganda, o de misiones exclusivamente orgánicas.

Al principio, otros jóvenes militantes les acompañaban, para trabajar clandestinamente, pero desgraciadamente muchos cayeron en manos de la policía, incluso antes de empezar a actuar. Diríase que los estaban esperando. Sin embargo, no por ello se descorazonaban y nunca faltaban idealistas

dispuestos a sacrificarse. La lucha continuaba tenaz, sin miedo a la muerte que sabían les acechaba siempre...

En este período de su vida, Paco y "sus chavales" pudieron haber pensado en sí mismos o en los suyos, mas sólo una cosa les interesaba y preocupaba: los compañeros perseguidos, los encarcelados, los condenados a la última pena. Su combate contra el fascismo empezaba de nuevo.

Louis Nouveau en su ya citado libre *Des Capitaines par milliers*, aunque mal informado, lo dice en su página 102:

Madame Cathala était en rapport avec des espagnols républicains, qui convoiaient et guidaient á travers les Pyrenées, les personnes qui voulaient quitter la France. L 'argent de ces passages leur permettait d'acheter et d'acheminer des armes qui devaient servir á leurs partisans en Espagne..." (8)

1941: APARECE EL CAPITÁN IAN GARROW.

LA CADENA DE EVASIONES "PAT O'LEARY" EMPIEZA A FUNCIONAR

En marzo de 1941 pasaba la frontera española con varios franceses y dos guías, un joven marsellés llamado Jean-Pierre Nouveau, hijo del autor del libro que he citado en las últimas líneas del capítulo precedente.

Deseoso de incorporarse en las Fuerzas Francesas Libres del general De Gaulle, expuso su intención a un militar escocés que se relacionaba con su familia y que sabía había logrado establecer contacto con una organización de pasajes clandestinos. Puestos de acuerdo decidieron no decir nada a su padre hasta la víspera de la marcha. Fue entonces cuando le explicó que en Toulouse habían encontrado una combinación que les permitiría en lo sucesivo hacer pasar a España a los oficiales y soldados británicos que lo desearan. Se trataba de guías españoles que ya habían establecido enlace con el Consulado Inglés de Barcelona.

A partir de este momento Louis Nouveau empieza a formar parte de la cadena de la que Paco tenía preparado el último eslabón, llegando a ser luego, como se verá más tarde, el principal agente.

Mas para formar cadenas se precisan bastantes eslabones.

El forjador del primero fue, pues, el escocés que había ayudado a Jean- Pierre, es decir el capitán Ian Garrow escapado de un campo de concentración y refugiado en Marsella. También él quiso hacer algo por su país. También él quiso ayudar a sus compatriotas internados en Francia. Facilitarles la fuga y después el paso de los Pirineos. Pero sin medios económicos ¿qué hacer?

A fuerza de buscar, de interrogar discretamente, supo que en Toulouse vivía una tal señora Cathala, que estaba en relación con españoles, que ayudaban a cruzar la frontera a quienes lo deseaban. Para cerciorarse se trasladó a la Ville Rose y la evasión del hijo de Nouveau fue decidida, mas sin ninguna

intervención de mi hermano, ni de sus amigos, lo que le contrarió porque lo que quería el inglés era hablar con ellos y estudiar juntos lo que se podía hacer.

De todos modos el muchacho fue llevado a España, aunque sin suerte, porque ya allí, cayó en manos de la policía, quien lo hizo encerrar unos días en la cárcel y después en el campo de Miranda de Ebro (de triste recuerdo para los extranjeros que estuvieron en él) estando detenido varios meses.

Pero la ligazón con el grupo de guías estaba hecha y poco tiempo después Paco y el capitán Garrow se ponían de acuerdo para trabajar unidos, aunque difícilmente por falta de medios, ya que se precisaba dinero, mucho dinero: para vivir ellos mismos, sufragar sus gastos de viajes, pagar a los guías que tenían también que vivir y no contaban con ningún otro ingreso. Además había que alimentar y vestir a los aviadores evadidos, buscar refugios no siempre benévolo, facilitarles documentación, etc., problemas que paulatinamente resolvió Garrow, poniéndose en contacto con el ex director de un fabricante inglés, refugiado en un pueblecito cerca de Perigueux, quien disponía de fondos que no podía enviar a Inglaterra, por circunstancias de guerra.

Después de largos y pacientes trámites, este dinero fue entregado en distintas veces a Ian Garrow, quien a su vez hacía que fuese reembolsado a su propietario en Inglaterra. Fueron seis millones de francos lo que el ex director de la fábrica "El hilo a la cadena" puso a disposición de la Organización, que bastante tiempo después llevaría el nombre de "Pat O'Leary".

Garrow trabajó con tenacidad y entusiasmo, en colaboración con Louis Nouveau y algunos agentes más, hasta que un día a principios del verano de 1941 fue detenido en plena calle de Marsella cuando iba a entrevistarse con un funcionario de la Jefatura de policía que creían adicto a la cadena de evasiones, que estaban tratando de acabar de forjar entre todos. Es entonces cuando Pat le reemplaza en la dirección de la misma, con el nombre de Joseph Cartier.

A la sazón la cadena se llamaba "Organización". ¡Seguramente Paco debió estar orgulloso de que se la llamara así..!

Pero Garrow no había sido el único que había encontrado la solución deseada para que sus compatriotas pudiesen salir de Francia. Un belga, jefe de la cadena denominada "Sabot" debía estar también en el secreto y aprovechar los guías españoles para hacer cruzar la frontera a cientos de sus compatriotas.

El año 1941 fue de intensa actividad para nosotros, pues la llegada de evadidos fue cada vez mayor. Por una parte, los enviados por Tessier ("el Padre"). Por otra los del "réseau" belga y siempre, los de la red "Pat O'Leary", que generalmente eran los primeros que Paco hacía evacuar. Solían venir en grupos y seguían esperando la salida en el hotel París, o en donde podían. A veces no había más solución que albergarlos en nuestra casa, que insuficiente y además demasiado conocida ya, nos impuso la necesidad de alquilar otro piso, que por cierto encontramos en la misma calle de Limayrac, con la ventaja de tener una doble salida a la de Beauséjour. El número no estoy muy segura de recordarlo, pero creo que era el 17 y en ella residían Loren con la niña y, naturalmente, mi hermano porque no había que pensar en separarlo de Zeika, que correteaba y jugaba con él cuantas veces podía.

Y o continuaba en la del 42 con los chicos, que iban y venían con frecuencia y los extranjeros que llegaban y que teníamos que atender hasta que "los chavales" podían acompañarles a cruzar la frontera.

Así se iba deslizándose la vida cuando, el 30 de octubre de 1941, se presentó por primera vez en ambas casas la policía de Vichy. En una sorprendieron a varios hombres y en la otra a Loren con la chiquita, por cierto solas. Yo había ido a hacer la compra y regresé a eso de las diez y media. Como solíamos comer todos juntos (por lo menos si estábamos únicamente los que nos considerábamos familia), entré por la parte de atrás. Abrí la puerta del pequeño jardín y en seguida la del piso, que era planta baja. Con entrada independiente, en el primero vivía un matrimonio, él llamado Mariano Callaverd, español aunque residente desde hacía tiempo en Francia. Dado nuestro carácter algunas veladas las pasaban juntos ya que Juanita, su esposa, era simpatiquísima y agradable.

Pronto oí fuertes voces masculinas, el ruido de muebles que se revuelven, etc., me di cuenta de que se trataba de un registro y que los policías interrogaban

con malos modales a Lorenza. Sin perder un instante, sigilosamente, dejé mi cesta con las provisiones y me fui a pasos apresurados, evitando de llamar la atención.

Me detuve en un portal, cerca del cual había una parada del tranvía, que hacía la línea "Place Capicole-Côte Pavée" y viceversa. Desde allí, me puse a vigilar la llegada de Paco, la de algún muchacho del grupo, o la de cualquier persona conocida, que tuviese la mala idea de ir a visitarnos. El tiempo se me hacía largo, interminable, hasta que por fin vi descender a mi hermano del tranvía. Le informé de lo que ocurría y tras decirme que siguiese firme en mi puesto de observación para avisar a los que fuesen llegando, volvió a marcharse. Unos y otros fueron prevenidos y como habíamos acordado, se dirigieron en seguida al restaurante sito en la Place Dupuy, en el que debíamos reunirnos todos para comer.

Se acercaba la hora de marcharme también, cuando vi llegar a nuestro vecino, a quien advertí:

-No vaya usted a casa. La policía está allí y podría molestarle...

Su reacción de indiferencia me chocó, atribuyéndolo a la inconsciencia, mas él continuó su camino sin hacerme gran caso. Después supe que se fue directamente a nuestro piso y que había dicho a los que nos esperaban:

-No merece la pena que sigan aquí. Pilar, la hermana de Ponzán, ha avisado a todos, hasta a mí... Aquí ya no vendrá nadie.

Corrieron en mi busca, donde Callaverd les dijo que estaba, pero yo ya había abandonado el portal en el que me disimulaba. Suerte tuve.

Por Robert Terres ("el Padre"), Paco se enteró en seguida de lo que había sucedido, así como de los nombres de los que habían sido detenidos y conducidos al Comisariado de Policía de la calle Rempart Saint-Etienne, como también Loren y la nena.

La brigadilla especial llegada de Vichy, que había efectuado los registros en las dos casas, se había marchado, llevándose como botín cuantos papeles y cartas habían encontrado, la máquina de escribir, un aparato fotográfico, etc. Fue el

día que perdí mis memorias, que todavía añoro, pues en ellas relataba, con cierto detalle, las primeras semanas de la sublevación de Jaca y Huesca, mi detención y cautiverio; mi vida sentimental y éxodo, hasta mi llegada a Varilhes... Un verdadero documento vivido, que ahora hubiese podido utilizar.

Ni qué decir debo que los amigos de Robert Terres, hicieron liberar inmediatamente a los arrestados y fue a partir de este incidente, afortunadamente sin consecuencias, que abandonamos la casita en la que habitaba Callaverd, por considerarlo como un estorbo y seguramente un peligro, puesto que no dudaba en hacer ocasionalmente confidencias a la policía. Supimos, no obstante, que a nosotros no nos había denunciado, mas temiendo por la seguridad de otras personas se le dejó internado en el campo de Noé, del que salió cuando estábamos casi todos detenidos. Lo liberaron los alemanes. No es difícil adivinar el porqué y para qué...

El final de 1941 fue para nosotros de lo más trágico que hemos vivido. A los problemas inherentes a una actividad clandestina que cada día adquiría mayor amplitud, vinieron a sumarse los de la enfermedad. Zeika, la hija de Viñuales, a la que queríamos y considerábamos -sobre todo Paco y yo- como algo nuestro, cayó gravemente enferma. Durante un mes estuvo luchando entre la vida y la muerte. Desahuciada por los médicos, su pobre madre habíale incluso preparado la mortaja y esperaba con indescriptible dolor el desenlace fatal. Sólo mi hermano se negaba a creerlo. No dándose por vencido hizo lo imposible para salvarla y logró que la visitasen hasta ocho especialistas. La chiquilla sufría de una afección cerebral aguda, gravísima y ya llevaba varios días sin conocimiento.

Los doctores decidieron en consulta, un último intento, hacerle o darle una inyección en el vientre de esencia de trementina, que por cierto, dadas las enormes restricciones que se sufrían en todos los aspectos, nos fue muy difícil obtener. Y para gran sorpresa de unos y otros, lo que nadie esperaba se produjo, se le formó un fuerte absceso en donde se le había introducido el líquido, que por lo visto localizó allí la infección y la niña se salvó. Nuestra alegría fue inenarrable.

Pese a esta tragedia sentimental, el grupo había seguido trabajando y colaborando cada vez más intensamente en la cadena de evasiones, cuya acción se extendía a toda Francia ya. Pat, desplegaba una gran actividad y sus agentes, distribuidos por zonas o regiones, recuperaban cuantos aviadores podían y los acompañaban hasta el hotel de París, en Toulouse, en el que Paco y los guías se hacían cargo de ellos.

Cada eslabón de la red era tenido por hombres de confianza, acostumbrados a la lucha clandestina y a las más peligrosas misiones: Juan de la Olla, en París; Jacques Wattebled, en Normandía; la familia Fillerin, en la región de Lille

En Marsella, Louis Nouveau acogía a los fugitivos. La señora Arnaud se las ingeniaba para hacerles cruzar la línea de demarcación en Tuyéres (Dordogne). En Nîmes, Gastón Negre se encargaba del abastecimiento (pues había que facilitar comida a los que protegían y ocultaban a los evadidos), ora recuperando, no sin peligro, lo que les echaban de noche los ingleses en paracaídas, ora comprándolo en el mercado negro, es decir, a precios exorbitantes.

Otros equipos les esperaban, que tenían por misión acompañar a los que huían hasta la última etapa: Mario Prassinos, Robert Leycuras, Francis Blanchain (conocido por Achille), etc.

La misión de todos estos agentes, a las órdenes de Pat consistía en descubrir aviadores que pilotaban aviones aliados y que habían sido derribados en combate, o por la DCA, sobre el territorio francés. Recogerlos, reconfortarlos y conducirlos a refugios seguros. Luego procurarles ropa, calzado, comida, documentación, etc., y hecho esto, acompañarlos hasta el lugar convenido con mi hermano para que los guías les hiciesen cruzar los Pirineos. En este último eslabón de la cadena sólo ellos decidían cuándo, cómo y por dónde tenían que salir de Francia los fugitivos.

Para esta época, que según mis recuerdos la situo en abril o mayo de 1942, toda volvía a marchar bien y la red se había extendido más y más... Pero hasta entonces ¡cuánto trabajo, cuántos habían perdido ya sus vidas o habían sido deportados por culpa del primer traidor...! He aquí lo sucedido:

El año 1941 terminaba. A fuerza de voluntad, de coraje, de ayuda, la cadena funcionaba a satisfacción de todos cuando, vendidos a la Gestapo, fueron detenidos los agentes que trabajaban en la zona Norte e igualmente muchas de las familias que acogían a los aviadores, denunciados por Paul Colé, en realidad Harold Colé. Este individuo había sido sargento en las fuerzas expedicionarias británicas, pero había logrado escapar a la captura de los alemanes y conoció a Ian Garrow, quien creyéndole una buena persona, lo aceptó para que trabajase con él.

Al principio se condujo perfectamente, mas pronto el afán de lucro, el deseo de enriquecerse, de poseer dinero para despilfarrarlo en juergas, vino y mujeres, fue más vivo que su interés por la causa de los aliados, y lo arrastró a traicionar a los que habían sido sus amigos.

Y los que pagaron fueron los de la región en la que él se había desenvuelto hasta entonces y que conocía bien. Más de ochenta personas fueron interrogadas, torturadas, encarceladas, muchas de las cuales fueron deportadas a los siniestros campos de concentración pereciendo una gran mayoría de hambre, de miseria...

Considerados como responsables de dicha zona, Bruce Dowding, joven australiano, extraordinariamente simpático y el sacerdote Carpentier, que fabricaba los carnets de identidad, fueron decapitados en una cárcel de Alemania, después de un penoso y largo cautiverio.

El balance de este desastre fue tal que Pat recibió orden de trasladarse en seguida a Gibraltar. Era a principios de 1942 y el mensaje, escrito en un minúsculo pedazo de papel y firmado con un seudónimo que sólo Paco y él conocían, había franqueado los Pirineos, gracias a uno de los guías y de mano en mano llegado a Pat.

Inmediatamente se previno al grupo para que organizase su viaje con la máxima rapidez posible.

Preparado y estudiado con minuciosidad (como se explica en la página 88 del libro *Historia de Pat O'Leary*, relato de Vicente Brome, muy difícil de encontrar hoy), pasó sin obstáculo la frontera y llegó al Consulado de Barcelona, como un

evadido más. Desde allí lo acompañaron en coche a Madrid y seguidamente hasta La Línea, último pueblo español, antes de Gibraltar. Otro coche le esperaba. El chofer que llevaba orden de hacerle pasar como fuere, lo encerró en el maletero del vehículo y como quiera que los guardias fronterizos le conocían perfectamente, no le pusieron impedimentos y el automóvil no fue registrado...

Si hubiesen intentado hacerlo ya habían acordado de antemano que el conductor diría haber olvidado la llave de la maleta y hecho en seguida marcha atrás. Pero no hubo necesidad de mentir y pronto Pat O'Leary pudo salir de su incómoda posición y presentarse a la persona que le estaba esperando con impaciencia, que no era otra que Donald Darling, responsable de la Organización encargada de las cadenas de evasiones y quien recibía en Gibraltar a los soldados ingleses y aliados evadidos de Francia y que llegaban allí, sea directamente de Barcelona, por Madrid, sea después de haber sido detenidos por las autoridades españolas y sufrido una estancia en el campo de Miranda de Ebro.



General Albert Marie Guerisse, Pat o 'Leary

El deseo de Pat era volver a trabajar en la Marina, en donde ya lo había hecho como comandante, en el navío francés "Fidelity", que más tarde hundieron los alemanes. Fue precisamente en este barco en el que había adoptado el nombre de guerra Pat O'Leary, pues su verdadero nombre es Alberto María Guerisse, de nacionalidad belga y médico militar.

La traición de Paul Colé le había descorazonado. Tenía el remordimiento de no haber secundado el plan de Bruce Dowding, quien adivinando que algo anormal ocurría (puesto que siempre había alguno que caía, cuando Paul Colé intervenía en la operación), le propuso eliminarlo rápidamente, por el procedimiento que fuere, matándolo incluso. Mas Pat antes de cometer un acto que le repugnaba, quiso estudiar detenidamente este delicado problema, analizarlo bien y después decidir. No le dio tiempo, pues el traidor aprovechando unos segundos de distracción se les escapó y aunque corrieron detrás de él no lograron alcanzarle.

Temiendo lo que iba a suceder, tomaron sus precauciones y por entonces no pasó nada, ni volvieron a verle...

Meses después llamaba a la puerta del sacerdote. El buen cura creyéndole injustamente acusado o arrepentido le hizo entrar en su despacho. Le acompañaban cinco hombres que dijeron ser dos pilotos belgas, un soldado inglés, un capitán de la RAF y un aviador polaco. Los dos primeros hablaban perfectamente el francés; el soldado apenas. El capitán muy bien, y el polaco ni sabía el francés, ni el alemán.

El deseo de todos ellos era pasar a Inglaterra -le dijeron. Y gracias a Paul Colé y a la ayuda que esperaban encontrar en él, esperaban poder realizar lo que perseguían: evadirse cruzando la frontera española.

El sacerdote, creyendo que se trataba de unos casos más (¡había hecho tantas y tantas documentaciones falsas!), abrió los escondites en los que ocultaba su material y sentándose ante su mesa se dispuso a trabajar. Nuevos pasos le sorprendieron. Levantó la cabeza y vio que entraban en la habitación otros hombres, civiles, que en seguida le ordenaron:

-¡Manos arriba! -y se llevaron a todos detenidos al cuartel alemán más cercano.

Dos días después era interrogado en Lille y fue allí en donde encontró al que se decía piloto polaco, vestido con uniforme de alto oficial alemán, pues era en realidad el jefe del servicio. Lo que había pasado y supuesto inmediatamente se confirmaba, Paul Colé les había traicionado, vendido seguramente, porque la Gestapo conocía al detalle hechos que sólo ellos dos sabían...

Bruce Dowding, el agente que le había reemplazado en esa región fue pronto detenido. Cuando el traidor llamó a la puerta del sacerdote se encontraba con éste en la cocina, pero por precaución convinieron que sería mejor no dejarse ver. Esta intuición le salvó de momento, pues comprendiendo la escena que se estaba desarrollando por el ruido y las voces que siguieron salió quedamente por otra puerta que daba al jardín, esquivando la vigilancia.

Protegido por la oscuridad llegó hasta Lille, pero finalmente fue descubierto. Lo que sucedió después ya lo he dicho: dos cabezas cortadas al hacha y unas ochenta víctimas...

Debido a esta hecatombe sufrida, no es extraño que Pat se arrepintiese de no haber empleado métodos expeditivos cuando desenmascararon al traidor y que desanimado quisiese abandonar la cadena de evasiones, pero lograron convencerlo en Gibraltar y terminó por ceder, aunque con ciertas condiciones: precisaba más ayuda. Más dinero. Una emisora para comunicar directamente con Londres y la posibilidad de hacer evacuar a los hombres por mar o por aire, porque los guías no podían dar abasto por tierra y los únicos con que podía contar era con el grupo de Paco. Todo le fue concedido.

Volvió, pues, a territorio francés, con un joven inglés que le propusieron como radio operador. Los dos hombres, con su emisora, desembarcaron cerca de Canet Plage (Pirineos Orientales), a borde de una canoa, después de haber sido llevados en barco, hasta muy cerca de allí. Pero por el momento los dejaremos con sus problemas, y volvamos a los de mi hermano.

Por aquellos meses, primavera de 1942, por razones que yo ignoraba, decidió alquilar un piso en Narbona (Aude) y que me fuese a vivir en él. No estuve

mucho, mas fue en esta ciudad en donde conocí al que llamaban "el Padre", que por cierto me hizo una excelente impresión, pues no me lo imaginaba tan joven y menos tan guapo. Un verdadero tipo de español. Alto, delgado, moreno, elegante, con hermosos ojos...



Robert Terres. Teniente Tessier "El padre"

Hace algunos años volví a Narbona e intenté localizar la casa en la que habíamos vivido, sin conseguirlo. Nada evocó ni reavivó mis recuerdos. Todo me era desconocido, como si jamás hubiese habitado en ella, como si nunca hubiese pisado sus calles. Mi único recuerdo es que cerca de donde vivíamos había un pequeño mercado.

Es verdad que han pasado muchos años y que en aquel período de mi vida no salía de casa más que lo estrictamente necesario; sin duda por recomendación de Paco, precaución que su trabajo clandestino y peligroso exigía.

Esta antena de Narbona, bajo la responsabilidad del "Padre" como he sabido hace poco tiempo, fue en realidad el TR 117 bis.

Por fin, con alegría, abandonamos este piso y regresé a Toulouse. Una idea había germinado en mi cerebro y decidí llevarla a la práctica, pasase lo que

pasase, volver clandestinamente a España por una razón personal y mi hermano, como es natural, me ayudó en lo que pudo.

Con un grupo de hombres, entre los que iba Sixto en calidad de guía y a quien yo conocía desde 1937 por haber estado siempre con Paco, llegamos a Oseja y a media noche nos lanzamos a la montaña. Me di cuenta en seguida de que a aquel ritmo no llegaría al final, porque los que me acompañaban iban demasiado deprisa y aunque me esforzaba por seguirles, llegaría a no poder hacerlo. Decidida a no ser un estorbo, les dije:

- No nos alejemos más. Me vuelvo al hotel porque sé que jamás podré llegar allá y que dificultaré vuestro viaje.

Lo comprendieron así y nuestro amigo me acompañó, mientras los otros descansaron un rato hasta que regresó y continuaron la marcha.

Al día siguiente me volví a Toulouse y mi hermano se las arregló para buscarme un guía seguro, exclusivamente para mí. Fue una joven que vivía en Tosas y que ya estaba acostumbrada a burlar la vigilancia de los carabineros. Paco me dio todas las instrucciones que consideró oportunas, aunque la principal fue la siguiente:

- Si ves a Melís, sobre todo, procura que él no te vea. No lo olvides, Pilar...

Ya en Oseja, la muchacha vino a buscarme y bien entrada la noche avanzamos por la montaña en dirección a su pueblo, que era el primero que se encontraba al otro lado de la línea fronteriza. Tuvimos suerte y llegamos sin novedad a su casa. Descansamos unas horas y antes de clarear el día emprendimos el viaje, en dirección a Ripoll, siguiendo siempre la vía del tren. Anduvimos toda la mañana y parte de la tarde, encontrando algunos labriegos que nos saludaban al pasar. Cuando empezaba a sentirme cansada, nos detuvimos en una masía, que no sabría situar, en la que cenamos y dormimos. Al levantarnos seguimos la misma vía hasta llegar al pueblo citado más arriba, desde donde ya no se exigía el salvoconducto de frontera para llegar a Barcelona. Llevaba documentación falsa y continué sola el viaje, quedándose mi acompañante en Ripoll.

En el metro llegué a la Plaza Cataluña hacia las doce y media o la una y me dije para mis adentros: “Haz una buena comida por si las moscas”.

Me metí en el mejor restaurante que encontré y recuerdo que comí, entre otras cosas, un plato de canalones riquísimos. De allí me fui a la dirección que llevaba, en la que vivía la hermana de uno de los buenos amigos de Paco: Juan Zafón Bayo. La muchacha, que también se llamaba Pilar, me recibió con los brazos abiertos y sin miedo me ofreció su hospitalidad. Tan pronto pude, empecé a hacer las gestiones que me habían llevado a Barcelona, pero resultaron todas ellas negativas, lo que significó el adiós a la esperanza a la que me había asido con fuerza y que destruía la realización del sueño de mi juventud.

Me preparaba a salir para Zaragoza, siempre con falsa documentación, cuando una tarde vi de lejos a Melís, ante un velador, rodeado y conversando con otros señores. Me dio un vuelco el corazón, como se dice vulgarmente e hice marcha atrás, con pasos rápidos y decididos. El bar y la calle no sabría situarlos hoy, lo único que recuerdo es que la estatua de Colón estaba cerca... Esta vez había tenido suerte y el peligro quedó salvado. Y ¿por qué este temor? se preguntará el lector...

Había estado pocas semanas antes en Toulouse, en nuestra casa de Limayrac y para entonces Paco tenía ya las pruebas de que, bajo el nombre de un destacado compañero barcelonés, se ocultaba el confidente del siniestro Quíntela... No era cuestión, pues, de hacerme coger. Un poco inquieta, me fui en seguida a Zaragoza, en la que me esperaba el padre de Luís García Ripa, otro excelente amigo y condiscípulo de mi hermano, que más de una vez había estado preso al mismo tiempo que él, entonces exilado en Les Cabannes (Ariège). Aunque sus padres no tenían nada en común con nosotros, en ideas, por amor al hijo, que les pedía ese favor, me acogieron con simpatía. Es verdad que yo conocía perfectamente a este señor, por haber trabajado en el mismo despacho en las oficinas de Riegos del Alto Aragón, en donde estaba de delineante. De él tenía muy buenos recuerdos y tuve siempre confianza en don Luis, como le llamaba con respeto.

Vale la pena que recuerde aquí, lo que consideré la nota más formidable del viaje y que acaeció en el trayecto Barcelona-Zaragoza:

Monté en el vagón en que iba la pareja de guardias civiles. Frente a ellos estaba sentado un matrimonio, con una hija de unos 18 años, que en cuanto hablaron vi que eran franceses. Al fondo, una a cada lado de las ventanillas, iban dos muchachitas jóvenes, bonitas, simpáticas, llenas de alegría. Se dirigían a Madrid, con intención de tomar parte en unas oposiciones, mas en aquellas horas olvidaron los minutos duros que les esperaban y únicamente pensaban en reír, en divertirse. Así lo comprendieron los dos policías jóvenes que vinieron a pedirnos la documentación. Fue el primer instante verdaderamente trágico y de prueba para mí, pero como los dos agentes empezaron en seguida a charlar con ellas, apenas hicieron caso de los papeles que les tendíamos.

- Guardadnos estas dos plazas -les dijeron-. En cuanto terminemos el servicio volveremos. Y así fue. Se sentaron uno a cada lado de las chiquillas y yo quedé entre un guardia civil y un policía. Charlaron, bromearon, mientras el guardia que llevaba a mi derecha se entretenía con la francesita, escribiendo alguna palabra en francés y pretendiendo aprovechar la noche. Pero un policía dijo por fin:

- Apaguemos la luz y tratemos de dormir un rato. Lo que ellos querían no era eso, aunque los demás, comprensivos, hicimos como si durmiéramos. De pronto, el agente que estaba a mi lado y que manoseaba y besaba a la chica que le había tocado en suerte, tal vez cansado o avergonzado, hizo como que deseaba también dormir, teniendo la galantería de decirme:

- Señora, puede apoyarse en mi hombro si le parece bien...

Y pensé: "Si supiese quien soy. Si supieses como te la estoy pegando".

Al llegar a Zaragoza el tren se detuvo un rato e invitaron a las jovencitas a tomar algún refresco en el bar. A mí me habían preguntado, antes de descender del vagón, si iba sola, si me esperaban, etc., pues en caso contrario, me acompañarían, porque se quedaban allí. También me invitaron al bar, pero no acepté e hice como si me quedase esperándolos. A penas habían entrado los cuatro en el establecimiento, salí lo más deprisa que pude. Al exterior de la

puerta de salida estaba don Luis y rápida, después de abrazarlo le dije: "Vamos a coger ese taxi".

Cuando los policías volviesen en mi busca debieron quedarse tan sorprendidos como asustada estaba yo, creyendo que iban a alcanzarme antes que el vehículo se pusiese en marcha... Una segunda vez la suerte me acompañó.

En dicha capital estuve muy pocas horas y sólo vi dos o tres veces y poco tiempo, a mis hermanas Carmen y Mercedes, acompañadas de Carlos, un sobrino de cinco años, que parecía un angelote de Murillo y del que mi pobre hermano estaba entusiasmado.

A Carmen no la he visto más. La encontré delgadísima. Parecía una santita, transformada físicamente, pero siempre tan bondadosa y con un pánico, un miedo, que no llego a describir hoy.

- Habla despacio, Pili. Ten cuidado, que las paredes oyen. No. No intentes ver a mamá, porque se moriría del susto y de temor por tu vida. ¡Dios mío! que no te cojan, hermana mía, porque te fusilarían...

Me marché en seguida. Con inmensa pena. Con un enorme dolor de corazón, por no poder volver a abrazar a ninguno de los otros que allí dejé...

Carmen moría el 2 de febrero de 1950. Mi madre el mismo día, 2 de febrero, pero de 1956... ¡Cuánto y cuánto habían sufrido y llorado las dos por Paco y por mí!

En Barcelona todavía pasé varios días. Recuerdo que uno de ellos fue el 23 de junio y lo recuerdo porque era la noche de San Juan, que revivió en mí otros recuerdos, que creía iban esfumándose y que no fue así: hogueras de San Juan, fiestas del Paralelo, verbenas, cohetes, risas, bailes, besos de parejas que se sienten felices y que se aman... Para mí todo esto había desaparecido. La guerra había pasado, destruyendo y arrastrando con ella todas mis ilusiones. Por lo menos, aquellas que se viven cuando se es joven y cuando se sueña en esas bellas cosas, que tanto recordamos todos después, porque como la juventud sólo se viven una vez...

Con el adiós a mis sueños, a mis más caras ilusiones, me dispuse a abandonar España.

Restablecí contacto con la joven que me había servido de guía y convenimos la fecha en que debíamos encontrarnos de nuevo en Ripoll: 30 de junio. Y este día salimos andando en dirección de Ribas de Freser. Apenas habíamos dejado este pueblo, cuando nos metimos en la carretera. El calor era intenso. De repente la bocina de un coche empezó a sonar. Tenía miedo de volver la cabeza atrás. ¿Sería un coche de policías? ¡No! Era el médico de familia de mi acompañante. Le sorprendió vernos caminar con aquel sol y con simpatía nos invitó a montar en su automóvil si lo deseábamos. Así lo hicimos y mientras se entablaba entre ellos un animado diálogo, yo iba sumida en mis pensamientos: ¿Qué iba a pasar? ¿Se daría cuenta de nuestro proyecto?

El hombre, de mediana edad, dicharachero y amable, en apariencia al menos, me miraba furtivamente con curiosidad, aunque sin atreverse a formularme pregunta alguna.

-Mi amiga -había dicho la joven guía-, viene a pasar unos días con nosotros.

Por fin nos separamos de él. Ya estábamos muy cerca de Tosas. Mas no era este pueblecito lo que nos interesaba, sino subir la montaña, pasar al otro lado de la frontera y la audacia de la muchacha me preocupaba. Su inconsciencia más. Quedé asustada cuando la oí decir con soltura:

- Vamos a subir la montaña. Venga, sígame... ¡Por aquí mismo! –y antes que pudiese contradecirle, empezó a trepar como una cabra. Todavía la tarde no había empezado a declinar.

La seguí como pude, agarrándome a hierbas y malezas. Fueron, sin duda alguna, los minutos más angustiosos y más largos de mi viaje clandestino, al menos los que viví más intensamente. Tuve miedo, sí, miedo de que los carabineros nos emprendieran a tiros, pero la suerte estaba de nuestro lado y no pasó nada. Sin duda no nos vieron.

Al llegar arriba, jadeantes y cansadas por la marcha rápida en que la subimos, me dijo la chica:

- La bajada puede hacerla usted sola. Ya no hay peligro...

Unos metros más abajo me senté sobre la tierra caliente. Vacíé mi bolso y bolsillos y le entregué todo el dinero español que llevaba encima.

- Ya me ha pagado su hermano lo convenido -dijo.

- Me es igual -le repliqué-. Su ayuda no podré pagársela jamás. Pero, por favor, sea más comedida. Temo que un día le ocurra una desgracia.

Se echó a reír. Nos abrazamos y una y otra emprendimos el descenso de la montaña, aunque por diferente ladera. Ella hacia Tosas, en donde le esperaban los suyos. Yo hacia el hotel de Oseja, en el que rendida pasé la noche en un sueño. Me creía en territorio seguro, que en realidad no lo era pues la vigilancia era grande, ya que los resistentes realizaban en esa zona una intensa actividad.

Horas después salí en tren hacia Toulouse. Paco me abrazó con cariño y tuve la impresión de que con mi llegada se quitaba como un peso de encima. Le había pesado mi ausencia y sobretodo el temor de que los franquistas me apresaran por segunda vez... Ni Lorenza, ni Zeika estaban en casa. Ante mi sorpresa me explicó que la madeja empezaba a enredarse demasiado y que no queriendo hacerles pagar las consecuencias de su lucha clandestina había decidido que se fuesen a vivir a Lezignan (Aude), con los excelentes amigos Carmen y Antonio Saura, refugiados como nosotros, y padres de un niño llamado Arturo, al que todos queríamos mucho.

Carmen, mujer admirable, no me abandonó nunca y en el campo de concentración de Brens, en el que estuve encerrada veinte meses, como diré luego, los mejores paquetes de comida que recibí (y que siempre compartí con "la Maña" e hijo), me fueron enviados por ella. Pero no adelantemos los hechos.

En este verano de 1942 la actividad de la red fue intensísima. Pat, Paco, agentes y guías, estaban desbordados de trabajo y los fugitivos se les amontonaban en el hotel de París y en otros refugios esperando con impaciencia su salida hacia la montaña. Mas los muchachos del grupo estaban cansados de ir y venir. El cuerpo humano tiene sus límites. Por otra parte no

eran los mismos que al principio. Algunos de ellos habían sido detenidos en España, afortunadamente con nombres falsos y mi hermano se había visto obligado a cubrir los puestos vacantes. No quiero decir que los que los reemplazaron fuesen mejores, ni peores, porque todos merecieron el mayor elogio por el titánico esfuerzo que realizaron, por su audacia, por su coraje. Pero el espíritu de sacrificio, de entrega total a un ideal ya no era el mismo...

Ante las dificultades que surgieron para evacuar tanta gente (una buena parte evadida del Fuerte de la Turbie, cerca de Niza, fuga preparada por Pat), decidieron efectuar expediciones por mar y descongestionar de este modo los albergues, puesto que podrían salir unos treinta hombres cada vez.

Todo fue convenido con Londres por radio, eligiendo como punto de embarcación Canet-Plage, en donde disponían de la ayuda y complicidad de los dueños de un hotel. Cuando los ingleses lanzasen por las ondas la célebre frase "les carottes sont cuites", significaría que todo estaba dispuesto para la operación; día, hora, etc..

La primera expedición se hizo relativamente bien, mas la segunda no fue fácil y los fugitivos que se habían refugiado en algunos chalets de las cercanías, tuvieron que hacer en tres noches el trayecto que les separaba del punto de embarque, porque las canoas en que debían ser recogidos no llegaron. Esto por un error de abordaje, o por falsa interpretación de mensajes. Lo cierto es que después de muchas dificultades y penas, lograron al fin su objetivo, a la inmensa satisfacción de cuantos participaron en esta arriesgada empresa.

Debió de ser el 12 o 13 de octubre de 1942. La fecha no la recuerdo exactamente.

Yo creo que ni Paco, ni los chavales, debieron intervenir en esta operación, demasiado ocupados como estaban ellos, con los viajes por tierra. Pat la organizó y real izó con la ayuda de sus agentes, en particular de Louis Nouveau. No cabe duda que fue un triunfo para él y para la cadena de evasiones que llevaba su nombre.

Me es imposible precisar el número de personas que fueron llevadas a España por nuestro grupo, pero según los cálculos hechos y a juzgar por lo que dice

Louis Nouveau en su libro Des Capitaines par milliers sobre su red, los centenares de belgas que se evacuaron, antes y después de la llegada de Pierre Bourriez ("Sabot") a Toulouse, más los franceses, polacos, holandeses, luxemburgueses y norteamericanos, entre ellos varios oficiales superiores y generales, debieron ser alrededor de 2.000.

Si mi hermano hubiese pensado en seguida en empezar sus archivos, como lo hizo en enero de 1942, hoy podría conocerse con exactitud la extensión de los servicios prestados a la causa de los aliados, mas sin duda él no daba a todo esto la importancia que en realidad tuvo.

Su obsesión seguía siendo España y nuestra casa de Limayrac continuaba siendo asilo de extranjeros de diferentes nacionalidades, pero también refugio de compatriotas. Unos porque terminaban de cruzar la frontera y precisaban momentáneamente ayuda. Los más, exilados, residentes en la misma ciudad que nosotros, que acudían allí en busca de algo, convencidos de que Paco les tendería siempre la mano para sacarlos de cualquier embrollo en que se encontraran. Es por esto que, cuando la policía registra una primera vez los pisos en 1941, y una segunda vez, un año después, fueron detenidos muchos de ellos que nada tenían que ver con la Resistencia, lo que no fue óbice para que se complicase más la situación de unos y de otros.

Mas volviendo a los archivos diré que, en lo que me concierne, tengo una gran satisfacción de conservar aunque sólo sean esos dos cuadernos en los que figuran 311 nombres, con sus correspondientes fotografías, si bien me pregunto: ¿Les daría mi hermano el mismo valor que les concedo yo? Mi respuesta es no.

Si combatió desde el principio de la guerra al lado de los aliados fue porque eran los enemigos del Nazismo. Si organizó su red de pasajes clandestinos, antes que ningún otro, fue porque amaba la libertad y porque con su formidable intuición comprendió en seguida, que era el único camino que se le abría para encontrar recursos económicos y medios de lucha contra el régimen de Franco. Si como dice uno de sus jefes, "el Padre", trabajó para él, para los Servicios Especiales Franceses, para las cadenas de evasiones, etc., fue porque odiaba a los dictadores y porque en el orden económico encontraba lo que

necesitaba para asistir y ayudar a sus compañeros de España. Y sus jefes lo sabían, pues no les ocultó nunca ni su modo de pensar, ni la finalidad que perseguía con el apoyo que prestaba a la causa que todos ellos defendían.

El mismo Pat O'Leary, lo confirma en una de sus cartas:

Il m' a fait passer en Espagne en février 42, alors que je me rendáis en mission á Gibraltar. Il a apporté un soin tout particulier á ma sécurité. J' ai bénéficié de son précieux concours jusqu' á mon arrestation en mars 43. C' était un grand personnage. Nous étions tres liés malgré le fait qu' il était anarchiste et que j' étais "anglais". [\(9\)](#)

No obstante, como todos los refugiados alistados voluntariamente en las filas de la Resistencia esperaba que con la desaparición de Hitler, se acabaría el fascismo que amordazaba y desangraba al pueblo español. Que las democracias vencedoras nos ayudarían a liberarlo, como se les había ayudado a liberar los suyos.

Desgraciadamente en esto nos equivocamos todos. Pero al menos él hizo cuanto pudo por mantener enhiesta la bandera que representaba las ideas, por las que sacrificó su vida. Y esto le enaltece, le honra, pese a sus detractores, que como ocurre siempre los tuvo también.

Empezó por no olvidar, en noviembre de 1941, el aniversario de la muerte del gran Durruti. Quiso señalar la fecha, con un gesto que recordase al heroico pueblo madrileño (en donde cayó mortalmente herido en la ciudad universitaria), el espíritu de rebeldía y de lucha del revolucionario desaparecido. Quiso que el fascismo supiese una vez más que la CNT no estaba dominada, ni enterrada, si no que seguía en su puesto de combate...

Y en aquel 18 de noviembre fueron distribuidas en la capital, multitud de hojitas, en las que figuraba la silueta del héroe, en Rojo y Negro, con estas palabras:

"Libertad o Muerte. Este fue el lema de Durruti. Este debe ser el lema de los trabajadores de España y del mundo. CNT."

Conservo todavía los moldes que sirvieron a la impresión de estas hojas.

Tampoco olvidó el sexto año del asesinato de su querido maestro Ramón Acín, en Huesca.

He aquí copia del manifiesto escrito de su puño y letra que conservo y que hizo llegar a la ciudad oscense, por diversos medios. Dice así:

Ramón Acín, el mejor de los hijos de nuestro pueblo. Hace seis años que un puñado de asesinos segó su vida. El tiempo no puede borrar su recuerdo. Hoy, mañana, siempre, los trabajadores, los que tienen hambre y sed de justicia, piensan en él. En el Artista, en el Maestro, en el Hombre bueno que consagró su existencia a la causa de los hambrientos y a quienes mil veces les habló de un mundo sin amos y sin esclavos...

Ramón Acín murió como había vivido. Escupiendo a la cara de sus verdugos el desprecio que en tantas ocasiones, también había escupido al rostro de todos los tiranos.

Como él murieron muchos de sus discípulos. Los unos con las armas en la mano. Los otros, indefensos ante los piquetes de ejecución. Todos y cada uno serán vengados, con el aplastamiento del fascismo y con el resurgir de una vida, donde el hombre no sea lobo del hombre. Una sociedad en la que cada uno produzca y consuma según sus necesidades.

Ramón Acín, Evaristo Viñuales, Jesús Otaí, Juan Barrabes, Alfredo Atares, Miguel Gella, Máximo Franco, Domingo Justes..., hombres entre centenares, que os hablan de la CNT, de Libertad y de Vida...

Al recordarlos hoy, alimentad vuestra fe en el mañana, vuestro desprecio a los verdugos que se pasean por nuestras calles; vuestro odio a los que sumieron nuestro pueblo, en la noche más triste de su historia...

Trabajadores de Huesca y su provincia, la Confederación Nacional del Trabajo, los Anarquistas, al recordar sus muertos, os saludan y os hablan de su fe, en un mañana mejor...

Uno de los hombres que mejor podría hablar de la actividades del grupo, en 1941, cara a España, sería Eduardo Val (muy conocido por haber formado parte de la Junta de Defensa de Madrid), porque estuvo viviendo algunas semanas con nosotros, sin duda a su regreso de Londres y antes de su detención, que tardé en conocer. Hablaba poquísimo, por lo que le llamábamos "El hombre serio".

Cuantas conversaciones de importancia sostenían, relacionadas seguramente con problemas personales o inquietudes ideológicas lo hacían a solas. Por eso creo que entre ellos no hubo secretos y que ambos se preocupaban de cuestiones orgánicas en el Interior de España y en particular de los presos, porque en aquel entonces era cuando más trabajo podía hacerse en favor de los compañeros privados ya de la libertad.

Pero en el aspecto orgánico, fue en 1942, cuando con más medios que nunca Paco intentó la publicación de un portavoz de la CNT en el que se pudiese alimentar y propagar las ideas que con tanto tesón defendió siempre. Pensó en los hombres que podrían ayudarle en esta labor y es por ello que llevó a casa a Miguel Chueca, viejo militante aragonés, de pluma fácil, acostumbrado a las tareas de la Organización.

Mas Chueca no era ya el que había sido: desnutrido, famélico, enfermizo, pasaba el tiempo en la cama, sin la inspiración necesaria, sin duda, para redactar artículos y temas que despertasen el interés deseado.

Juan Zafón Bayo y otros militantes, más o menos conocidos, iban o pernoctaban en el piso de Limayrac, con el mismo fin.

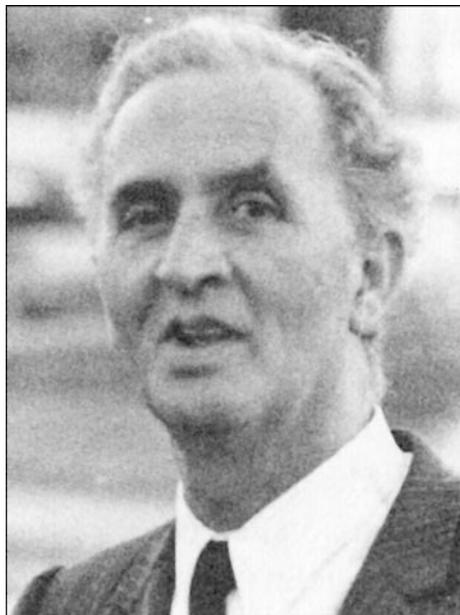
Debieron surgir obstáculos que desconozco, o que sólo los que intervinieron en este asunto podrían decirlo, pero lo cierto es que el proyecto no se realizó y que mi hermano sintió el fracaso como un latigazo...

Cuando cansado de ver a unos y otros, de organizar, de preparar expediciones difíciles y arriesgadas, llegaba a casa, solía tumbarse para descansar mejor, teniendo al alcance de su mano una taza de café, que le gustaba y reconfortaba. Ya no quería que le hablasen de cuestiones de Resistencia. Volvía a sonar la hora de hablar de España, de sus problemas.

¿Qué podría hacerse para liberarla del yugo que le tenía sometida?

Cada uno de los allí reunidos decía lo que pensaba, o lo que se le ocurría, pero por lo general no eran más que utopías irrealizables. Qué más podían hacer que exponer sus vidas para salvar otras o para señalar a sus enemigos, la presencia de una fuerza, que en ocasiones existió solamente en el cerebro del que concibió el hecho que realizaban...?

A mí lo único que me interesaba entonces era hacerle olvidar esa pesadilla, esa obsesión. Por eso me satisfacía en extremo la llegada de un gran amigo, al que llamábamos "El Filósofo". Fue Paco quien lo bautizó así. Para este refugiado intelectual, que nada de común tenía con las ideas libertarias, lo que contaba eran los libros, que no siempre podía poseer, porque sus escasos medios económicos no se lo permitían, pero que nuestro maestro de escuela se complacía en ofrecerle, para que siguiese cultivándose y pudiese llegar a ser un día un excelente profesor.



Salvador aguado Andreu "El filósofo"

A veces al pasar por la calle de Metz, entraban en la librería del profesor Trentin (exilado italiano, y perseguido por el fascismo mussoliniano) y decía:

- Vamos, Salvador, que tengo que hacer algo aquí, pasa.

Cuando estaban dentro, se volvía diciendo:

- Anda, elije lo que quieras, pero deprisa... Tenemos otras cosas que hacer.

"El Filósofo" tomaba un libro, con cierto temor. Paco le miraba con una sonrisa. ¿Por qué no coges otro? Así lo repitió varias veces y Aguado salía de allí feliz y cargado de libros.

Cuando él llegaba a casa, la conversación cambiaba radicalmente. Se hablaba de historia, de música (especialmente de Beethoven al que admiraba), de literatura... y mi hermano que en el fondo fue un romántico, le escuchaba con singular complacencia, permitiendo a "sus chavales" escuchar charlas, sobre diversos temas que no conocían, porque en aquellos años, no todos los obreros habían asistido a la escuela hasta los 14 años...

En recuerdo de esto, el hoy profesor de la Universidad de Guatemala, nuestro filósofo, Salvador Aguado Andreut, esposo de mi amiga Cari, escribió y publicó uno de sus libros, que se titula *Algunas observaciones sobre el Lazarillo de Tormes*.

Sus tres primeras páginas son dedicadas a Paco y de ellas entresaco los siguientes párrafos:

Por no tener libros nos dedicábamos a recordar argumentos. El del Lazarillo era el más gastado.

-¿Por qué cuando acabe esta carnicería, ya en calma, si vivimos, no escribes algo sobre el Lazarillo? Quizá le descubras algunas cosillas... El miedo es, por veces [era su frase de apoyo favorita], un buen descubridor de cosas ocultas...

Eran palabras del amigo François (del buen Paco para sus íntimos). Son las últimas que recuerdo. Todavía las oigo. Y las oiré siempre.

Llegó la hora de la separación: cada uno buscó un camino de escape, o un lugar seguro (¡Qué ilusiones!).

Muy poco tiempo había pasado y llegó la noticia, o como diría el divino Virgilio.

Fama, malum qua nom aliud uelocius allum (AE TV., iv, 174)

Temblaron los oídos y se asustó de espanto el miedo.

¡François Vidal ha sido quemado vivo!

En las afueras de Toulouse... por la muerte que hablaba alemán y llevaba altas botas negras. (¿Dónde estabais, Holderlin, Nietzsche, Rilke...? ¡Cómo hubieseis llorado!).

Otras cosas tan terribles (o más terribles) acosaban nuestros oídos, nuestras almas, nuestras vidas... Y terminó la guerra.

La idea de hacer algo sobre El Lazarillo me perseguía con doloroso recuerdo: si un día me ayudó a huir del presente, ahora me empujaba hasta el amargo y desolado pretérito, con sus aterradores gritos. Guatemala –mi patria- y su Universidad me devolvieron a una vida de estudio y de trabajo: de espiritual sosiego. Mas, siempre que me acercaba (en la clase, en el pasillo, en la lectura...) al Lazarillo de Tormes, directa o indirectamente, renacía (¡Cuántos renaceres!) en mi alma la obligación de hacer ese algo. Y así cada curso, cada año... Por causa de todo lo expresado (¡cómo me duele el contar, Dios mío!), estimo que el espíritu que vive detrás de estos sencillos capítulos (que ahora pongo en tus manos, querido lector) bien merecería el nombre de `Studia lazariana memoriae Francisci Ponzan dedicata`

Editorial Universitaria, Guatemala 1965.

En septiembre poco más o menos, de 1942, empezó mi hermano a tener los primeros conflictos serios con los jóvenes que componían su grupo. Lo que

había empezado con el único fin de ayudar a los que habían quedado en España se iba adulterando, hasta el extremo de proponerle, o mejor dicho exigirle, un nuevo sistema de administración del dinero, porque según ellos ya habían hecho bastante. En lo sucesivo, nada de una caja común al servicio de todos y de cada uno, como se había hecho hasta allí, sino que cada cual se administrase por sí mismo y como quisiese...

Naturalmente, esto echaba por tierra el plan de solidaridad hacia los presos y demás. Y una noche, encerrados en la cocina de la torre de Limayrac, discutieron fuertemente. Algo grave debió de ocurrir entre ellos, porque Paco salió lívido, desencajado, dando un portazo.

Jamás lo había visto en aquel estado. ¿Qué había sucedido? Lo ignoraba. Pero por unos instantes el hombre de acción se sintió solo y echándose en mis brazos me dijo:

-Me he equivocado, Pilar... Me creía entre hermanos y he tenido la sensación de encontrarme entre extraños o más bien entre enemigos.

Aquella noche debió de ser una de las más largas, tristes y dolorosas de su vida de militante al saberse incomprendido, sin ayuda ya, para seguir realizando el único objetivo que había perseguido hasta allí.

Una página de su historia terminaba: la concerniente a España. La que se refería a Francia seguía. No podía retroceder. La guerra continuaba. La Resistencia precisaba de sus hombres y hay que reconocer que como guías fueron magníficos de coraje y de bravura... En esto no se engañó...

Cuando se levantó a la mañana siguiente, con los ojos hundidos y la cara cansada de no dormir, me besó como de costumbre y sacándose del bolsillo dos billetes de 5.000 francos, que sin duda acababa de coger de la caja, me los dio al tiempo que me decía:

- ¡Toma, guárdate esto! No quisiera que nos pasase algo y te cogiese sin una perra, según costumbre...

Los guardé. Horas después los disimulaba en el doble del abrigo que pronto iba a ponerme para salir a la calle, pues las mañanas empezaban a ser frescas.

Sería la primera vez, desde que abandoné España, que iba a disponer de una cantidad así, tal vez porque jamás ambicioné nada o porque lo que necesitaba, Paco me lo compraba o me daba el dinero para que me lo eligiese yo misma.

¡Prodigiosa intuición la suya! Y suerte tuve.

Una semana más tarde de este terrible choque moral éramos detenidos, posiblemente en la misma fecha en que Pat y Nouveau atravesaban Narbona en tren, dirección Marsella, satisfechos del trabajo realizado en Canet-Plage.

Como siempre, la vida estaba hecha de alegrías y de penas...

OTRO ESPAÑOL ACUSA... LA CAÍDA

Empezaba a clarear el día. Era el 14 de octubre de 1942. Unos fuertes golpes dados en la puerta nos hicieron despertar sobresaltados.

- ¿Qué pasa? -dijo Paco, dirigiéndose hacia ella para abrir.
- ¡Pólice! -fue la primera palabra que oyó.

Tan pronto pudieron entrar se introdujeron en las habitaciones sin miramientos y empezaron un registro a fondo, deteniéndonos a cuantos nos encontrábamos en la casa: seis hombres y yo, que fuimos inmediatamente conducidos a los servicios de la Jefatura, rué de Saint-Etienne. Fui encerrada en un calabozo y no vi más.

Mi hermano había comprendido en seguida que la denuncia iba en serio porque me dijo en el coche cuando nos llevaban:

- Me parece que esta vez va a ser duro...

Los dos estábamos profundamente inquietos y preocupados. ¿Descubrirían lo que podría ser otra hecatombe para la cadena de evasión? ¿Encontrarían los escondrijos en los que teníamos los cuños de que nos servíamos para sellar las cartas de identidad, los salvoconductos, etc.?

En una de las trampas (una mesilla, con un espacio secreto, imaginada por Paco y hecha por el muchacho del grupo que había sido en España carpintero) se encontraban los archivos, empezados en enero del mismo año y los nombres de varias personas que estaban en relación con nosotros. La imprudencia podía costarnos cara. Mas por suerte, a pesar de montar una guardia de tres días y tres noches y de seguir tanteando puertas y tabiques, no dieron con los cuadernos, prueba de la profunda imaginación de quien hizo fabricar el mueble.

De todos modos, los policías vieron recompensada su paciencia, deteniendo a cuantos llegaron a la torre, que fueron unos cuarenta. Aunque frecuentada, jamás había ido tanta gente a vernos en un lapso de setenta y dos horas. ¿Quiénes eran? Tres o cuatro extranjeros, entre ellos un médico polaco y los demás españoles. Uno para preguntar si no habíamos visto a un familiar, caído ya en la ratonera... Otros, porque nos ayudaban a albergar evadidos o facilitar información y venían a hablar con Paco. Los más, en busca de la solución de un problema personal o de familia. ¡Siempre igual! Hasta un maestro de Huesca, Joaquín Pocino, que nos visitaba por primera vez y que no conocía nada de nuestro trabajo, fue víctima inocente de la redada. La broma le costó unos meses de incomunicación en la cárcel de Gaillac y otros varios en el régimen de los presos políticos, hasta que la prisión fue asaltada por el "maquis" de Carmaux, en junio de 1944 y los presos liberados, pero todavía tuvo que vivir escondido hasta la liberación de la región. Su detención fue tan injusta que ella nos atormentó muchísimo, sabiéndonos responsables de su tragedia.

Pero... ¿Por qué esta irrupción policiaca en nuestra casa? Lamentable es decirlo, mas en honor a la verdad hay que exponer los hechos. Habíamos sido denunciados por un español, un hombre que se decía de la CNT y que en efecto, había pertenecido a ella. Infinidad de veces lo habíamos acogido en la torre de la calle de Limayrac, invitado a comer, a cenar, adormir si tenía necesidad. Le habíamos ayudado con documentación, para ir y venir clandestinamente a España, en una palabra en cuanto precisaba, pues Paco fue siempre fraternal y desinteresado, más todavía con los que creía que pensaban como él.

¿Por qué este aragonés, que parecía bueno y noble traicionó? ¿Tal vez a fuerza de palos? ¿Acaso por haberse comprometido a hacer "servicios", para escapar a la tortura, o a cambio de su libertad? Sólo él podría decirlo. Pero fuere cual fuere el motivo, Julián Comerás, de Zaragoza o de su provincia, denunció al grupo y dio por lo menos dos direcciones a la policía: la nuestra y la de otra joven aragonesa que sin miedo había aceptado guardar una parte del material que se precisaba para la preparación de salvoconductos, etc.

En los días que siguieron a la liberación de Toulouse, yo misma leí en las oficinas de la comisaría de Saint-Etienne, la canallesca acusación que hizo, de la que conservo copia y que transcribo:

Tráfico de cartas de identidad francesas, falsas cartas de identidad españolas y pasajes clandestinos con destino a España.

Descubierta así la gran actividad del grupo en la Resistencia, éste comenzó a sufrir una especial persecución.

Mas volvamos a nuestro relato, del que nos hemos alejado un poco.

A todos y a cada uno de los que fuimos detenidos aquel día se nos interrogó largamente, aunque en particular a Paco, quien en seguida, asumió toda la responsabilidad. Después de habernos tomado las huellas dactilares, hecho fotografías y preguntas y más preguntas, nos iban encerrando en calabozos minúsculos, oscuros, con una especie de tabla para acostarnos y en un rincón el insignificante recipiente para hacer en él las más apremiantes necesidades. No faltaba la pequeña mirilla, por la que el centinela lanzaba rápidas miradas al menor ruido que se hiciese.

Dos días más tarde ya supimos que los que habíamos sido detenidos en casa estábamos todos incomunicados, ocupando cada uno el calabozo que se nos había asignado, pero situados juntos en la planta baja de la comisaría.

¿Cómo pudimos saberlo? Pues porque a Paco se le ocurrió cantar una jota en voz baja, sin duda para que supiésemos que estaba allí. A la de él siguió otra, luego otra, es decir que gracias a esta estratagema logramos saber quiénes éramos los que nos hallábamos incomunicados. Fue entonces, cuando mi hermano, con palabras que sólo podíamos interpretar nosotros, nos puso un poco al corriente de lo que había.

El centinela continuaba su ronda delante de los exiguos y lúgubres cuartuchos, echando de vez en cuando una rápida ojeada al interior, tanto de noche como de día. Oyéndonos cantar debió pensar: "estos españoles están completamente locos"...

Las últimas coplas que nos cantó Paco fueron:

Lo primero que has de hacer cuando te vayas a casa es en seguida romper el retrato del que acusa.

Y para que lo reconociera, añadió:

Con un sombrero de fieltro se pasea por la calle.

Si el color importa un bledo lo que él piensa, es lo que vale.

Como preveía, tres días después me liberaron y las horas que tuve de libertad las aprovechamos. Digo aprovechamos porque con Ricardo Revola, uno de los guías que acababa de llegar de Barcelona sacamos documentos, armas y cuanto podía comprometemos y que seguían en los escondites, que felizmente no habían descubierto en la casa. Fue entre dos y tres de la madrugada. Ni un ruido en los alrededores. Nada que pudiese dejarnos sospechar que la vigilancia continuaba. La suerte nos acompañó, permitiéndonos que nos quitásemos un gran peso de encima. El peligro mayor había sido evitado y ningún miembro de la Organización de pasos fronterizos sufrió las consecuencias de nuestra caída.

También cogí la foto a la que Paco había hecho alusión y la hice trizas, inmediatamente la quemé. Pese a los años transcurridos, todavía recuerdo el aspecto joven y elegante de este siniestro individuo, tocado de un sombrero flexible, según la moda de entonces. Luego volveremos a encontrarle..., con el nombre de Adolphe.

Hecho esto, mi intención fue marcharme de allí y refugiarme en la casa de cualquier amigo. Pero el azar quiso que llegase Lorenza Viñuales, con la niña, pidiéndome que se la cuidara cuatro o cinco días, tiempo que necesitaba para ir a visitar a unos amigos aragoneses, que residían en Villefranche de Panat (Aveyron), llamados Del Prado.

Sentí tanta alegría de volver a tener a Zeika en mis brazos, que dejándome llevar por mi carácter apasionado, vehemente, irreflexivo incluso, me olvidé de mí. Sin la ausencia y detención de mi hermano, me hubiese considerado de nuevo feliz. Pero era preciso pensar en él. Decidí, pues, ir con ella a la comisaría, para ver si nos aceptaban una muda y algunos bocadillos.

El guardia, con quien hablé, nos hizo entrar en un pequeño despacho en el que había una ventana abierta que daba al patio principal y justo encima de la reja del calabozo en el que estaba mi hermano, observando a través del insignificante ventanuco las entradas y salidas. En seguida le oí cantar.

Al quedarnos solas empecé a hablar al lado de la ventana, en voz bastante alta, como si me dirigiese a la chiquilla y pronto entonó...

Calambuco, calambuco...

pensad, pensad...

Comprendí en seguida lo que me quería decir, pues para nosotros esta palabra no tenía su verdadera acepción, sino que significaba escondite, y como si hablase con Zeika continué, casi gritando para que me oyese:

- Ya está, ya está... Vamos a irnos. Estate tranquila...

Se abrió la puerta y entró el oficial.

- ¿Qué pasa? -dijo de mal talante.

- Nada -le contesté- La chiquita se cansa y quiere marcharse.

Sabedor de lo que me interesaba se negó a aceptar el paquete de comida que llevábamos al preso, admitiendo únicamente la ropa. Salimos de allí, sin volver la cabeza atrás, para no despertar sospecha, pero con los ojos arrasados de lágrimas y sabiendo que mi hermano había quedado tranquilo, porque lo que más le había atormentado, era que otros resistentes pagasen nuestra imprudencia.

Zeika me miraba sin comprender gran cosa, mas olvidó pronto el incidente. ¡Feliz edad!

Todavía un día o dos con ella y el 23 de octubre a eso de las siete de la mañana mi vida cambiaba radicalmente. Los policías estaban de nuevo en casa y ahora con orden de llevarme detenida. ¿A dónde? Lo ignoraba, pero esta vez no fueron malos y me aconsejaron que me llevase algo de ropa y que dejase a la niña con alguna vecina hasta el regreso de la madre, que según les expliqué, estaba a punto de llegar.

A toda prisa preparé lo que consideré indispensable y a ello añadí una manta. La mejor que teníamos, ¡cuánto frío me evitó!

La portera se encargó de Zeika, que, aunque la conocía bien y había jugado muchas veces con sus hijos, se quedó llorando a lágrima viva. La consolé como pude y con la mayor serenidad posible, monté en el automóvil con los dos policías y nos fuimos en dirección de la estación Matabiau. Al llegar al andén dos gendarmes se hicieron cargo de mí y juntos subimos al tren, que ya estaba formado y en el que podía leerse: "Dirección Albi".

Minutos después se puso en marcha. Me había sentado al lado de la ventanilla e iba leyendo los nombres de las estaciones que atravesábamos: Saint Sulpice, Rabastens, Lisle-sur-Tarn... y poco después Gaillac. Aquí nos apeamos y cuál no sería mi estupor al ver bajar de otro compartimento a María López, la mujer del Maño, la joven aragonesa que más tarde supe había sido también denunciada por Julián Comerás. Llevaba en brazos a su hijito, de unos dos años, llamado Sol, y una maleta. Salimos juntos de la estación, aunque sin dirigirnos la palabra. Anduvimos poco más o menos un kilómetro y nos encontramos delante de lo que era la puerta principal del campo disciplinario de Brens (Tam). A derecha e izquierda de la misma los guardias, en garitas colocadas de trecho en trecho, montaban una vigilancia estrecha, fuera de los muros y de las alambradas.

Por lo visto aquello había sido antes una especie de campo militar, con muchas barracas, bien construidas y numeradas, alineadas como si fuesen calles. Unas, las más, fueron ocupadas por presas politicéís. Otras, aunque pocas, por prostitutas, recogidas en flagrante delito.

A nosotras nos llevaron directamente al despacho del oficial encargado de recibir a las detenidas y nos hicieron las fichas y preguntas de rigor. Luego de registrarnos los pequeños equipajes, nos dijeron que vaciásemos los bolsos y declarásemos el dinero y joyas que llevábamos. Nos advirtieron que luego seríamos minuciosamente cacheadas y que lo que hubiésemos ocultado nos sería confiscado.

Saqué del bolsillo un minúsculo portamonedas en el que estaban doblados los dos billetes que Paco me había dado y poniéndolos sobre la mesa dije:

- Hay 5.000 francos míos y... 5.000 de esta señora.

María me miró sorprendida, pero bajó los ojos hacia su hijo y guardó silencio. A las dos este dinero nos fue de inestimable ayuda.

A esta muchacha la conocía más bien de vista. Apenas la había saludado una vez o dos. "El Maño" había pasado a España con Agustín Remiro a primeros de enero de 1941 y también había sido detenido, aunque en Portugal. El grupo le ayudaba económicamente y ella, que era muy valiente, correspondía como podía. De ahí que al registrar su pequeño y mísero piso le encontrasen una parte del material que servía para la falsificación de documentación. Y Comerás lo sabía también.

El mismo día que nosotras habíamos sido conducidas al campo de Brens,

Paco y los cinco amigos que habían sido detenidos en la torre de Limayrac fueron llevados e internados en el de Vernet, que ya conocían. En la expedición les acompañaban varios de los que cayeron sin quererlo en la ratonera: el médico polaco, Juan Sorpresa, Juan Zafón Bayo y otros que no recuerdo.

Por lo que respecta al grupo, su internamiento fue de corta duración debido a la actividad de "el Padre" y de sus servicios, pudiendo celebrar la Nochebuena de 1942 en los sótanos del hotel Paris de Toulouse.

Años después, un español que estuvo presente en la fiesta, me contó una anécdota que creo merece la pena relatar.

El ágape terminaba. Para amenizar la fiesta y pasar alegremente las horas sin pensar en la tragedia en que estaban sumidos hubo canciones, historietas, chistes, en diferentes idiomas seguramente, puesto que participaron evadidos de diversas nacionalidades.

Cuando una vez más brindaron por la victoria de los aliados, Paco, muy serio levantó su vaso diciendo:

-Y por el aplastamiento del fascismo en España... -y dirigiéndose a sus compañeros añadió:- Cantemos nuestro himno nacional...

Y en pie empezó a entonar el himno anarquista Hijos del Pueblo, que todos cantaron en voz baja, mientras el general francés Gabriel Cochet y los demás comensales les escuchaban saludando militarmente, cual si se hubiese tratado de *La Marseillaise* o del *God save the King*...

Me reí mientras me lo explicaba y estuve contenta de saberlo. Después, en cuantas ocasiones he recordado e imaginado la escena, he pensado y pienso en la satisfacción que hubiésemos tenido muchos de oírse la narrar a Paco. No tuvimos esa suerte. Pero ello demuestra el fondo de su pensamiento. En esa noche su sinceridad fue total, algo así como un desafío a los que no habían escuchado nuestra llamada cuando teníamos necesidad de ayuda. Sin duda quiso decirles que su lucha seguía, que su combate por las ideas libertarias, continuaba...

Pronto el servicio de pasajes fue reorganizado y a pesar de estar en pleno invierno las expediciones se proseguían, si bien cada día con mayor dificultad, pues los alemanes habían ocupado la zona Sur y redoblado la vigilancia. Pese a ello, los esposos Mongelard no cesaban de proteger a los resistentes y de ayudarles en sus audaces y arriesgadas operaciones. Uno de los primeros días de enero de 1943 el general Cochet, ya nombrado, franquea la frontera española gracias "á la merveilleuse équipe de passeurs qu' ils ont constamment á leur disposition" (10) (palabras del resistente Mompezat, en ocasión de la inauguración de una placa conmemorando la acción heroica de Stanislas- François Mongelard, muerto en deportación).

En efecto, el período que acabo de citar, fue el más activo y brillante de la Resistencia "toulousaine", período en que franceses y extranjeros de diversas nacionalidades iban a dicho hotel para ponerse en relación unos con otros e intensificar la lucha contra el invasor. Los grandes jefes de las distintas redes pernoctaban o se instalaban allí: Sabot, Pat O'Leary, el oficial polaco Bachyrtz (que escondimos en nuestra casa meses antes), el general Noettinger, entonces coronel, comandante de la subdivisión militar del Alto Garona, Henri Sevenet; el comandante Bonneval y otros muchos cuyos nombres olvido.

Todo había empezado en febrero de 1941, en la hora en que el cónsul de Bélgica había recomendado al dueño del hotel a M. Cartini, resistente belga,

quien le rogó que hiciese de su casa un albergue para los que llegasen de su país (ocupado por los alemanes), con el deseo de cruzar la frontera española e irá Inglaterra. Toulouse debía de ser para estos viajeros clandestinos la última etapa y el lugar en que debían prepararse las expediciones en dirección a España, acompañados por guías conocedores del terreno, etc. El señor Mongelard aceptó y poco a poco el hotel se fue convirtiendo en el Cuartel General de todas las organizaciones de la Resistencia internacional. De eslabón en eslabón, los evadidos circulaban por pequeños grupos, siempre acompañados, hasta ser entregados a Paco que decidía la salida.

Cerca de las fronteras de Bélgica, de Italia, de España, la cadena de evasión Pat O'Leary disponía de grabadores, capaces de reproducir un laissez-passer (o salvoconducto) alemán, en menos de tres días, y un sastre judío, llamado Paul Ullmann, de confeccionar en cuarenta y ocho horas un uniforme cualquiera, con tal que le hubiesen entregado el modelo.

Falsos papeles, ropa, comida y refugios no faltaban.

Terminaba el año 1942. Pat supo por una información digna de fe, que en el Cuartel General de la Gestapo de Marsella se conocía el nombre de Louis Nouveau y que sospechaban de su actividad. Decidió pues, que cerraran su piso de Rive-Neuve, y que cambiase su nombre por el de Saint-Jean. Hecho esto se fue este último a la región del Norte y su mujer, Renée, a Toulouse, refugiándose en el domicilio de Marie-Louise Dissard, que más tarde tenía que hacerse cargo de la dirección de la red, con el nombre de "Françoise".

Más tranquilos se empezó a organizar y preparar la evasión del capitán Ian Garrow, el creador del primer eslabón de la cadena, que como se recordará había sido detenido en Marsella, a fines de la primavera o primeros de verano de 1941. Al principio había estado en una cárcel de dicha capital pero, una vez juzgado y condenado, lo trasladaron al campo de Mauzac, en Dordogne, que era uno de los más tristes y vigilados de Francia.

Se rumoreaba que iba a ser entregado a los alemanes y Pat y sus colaboradores quisieron salvarle de una muerte segura. La operación de su fuga, preparada minuciosamente, fue un éxito. En ella intervinieron muchos, incluso sus carceleros. Uno recibió la suma que representaba su sueldo

durante tres años (que era lo que él calculaba que podría durar la guerra), porque estaba seguro que la fuga del inglés le costaría el empleo.

El preso salió del campo vestido de guardia, traje que había sido rápidamente confeccionado por el sastre israelita ya nombrado, muy amigo de mi hermano, que odiaba al ocupante y se había entregado en cuerpo y alma a la causa de los aliados.

Ya libre, Garrow estuvo tres semanas escondido en casa de "Françoise", pues los alemanes desplegaron una gran actividad para obtener su captura, aunque con resultado nulo. Cuando cansados de buscarle le olvidaron un poco y la vigilancia por trenes y carreteras disminuyó, el mismo Pat le acompañó hasta cerca de la montaña, en donde los guías le esperaban y se hicieron cargo de él, acompañándole hasta el Consulado de Barcelona, quien preparó su traslado a Londres.

Pero, ¿se podría continuar trabajando así, largo tiempo?

La Gestapo sabía ya que los ingleses disponían de una organización de evasión, porque muchos de los aviadores que pilotaban los aparatos derribados por los alemanes no habían sido encontrados. Además, Paul Colé, el primer traidor de la red, les había puesto sobre la pista, si bien les había sido imposible ponerle el guante encima, ni saber cómo ni dónde operaba.

Finalmente lograron introducir en ella uno de sus agentes, al que dejaron actuar algún tiempo para que llegase a conocer el máximo de detalles. Alguien le había hablado a Louis Nouveau de él y le fue presentado. Aquel joven, de unos veinticinco años, le pareció un excelente refuerzo para su equipo y lo aceptó, dándole el nombre de "Rodolfo", pero en realidad se llamaba Roger le Neveu, súbdito francés. Se le conocía mejor por "el Legionario", porque había estado cinco años sirviendo en la Legión Extranjera.

Otro más que vendería a sus compatriotas. Al principio se le empleó para acompañar a los evadidos hasta Toulouse y poco a poco fue conociendo a unos y otros, así como la forma en que trabajaban.

El drama empezó una tarde de enero de 1943. El radio operador de la cadena, "Georges" (su verdadero nombre Tom Groome), se hallaba transmitiendo un mensaje en Montauban, en compañía de una muchacha que le ayudaba y llevaba los recados, cuando fueron sorprendidos por los alemanes. Obligado a seguir transmitiendo y no haciendo ya las faltas que tenía por costumbre cometer adrede, su interlocutor inglés comprendió en seguida que estaba bajo la amenaza de un arma y sus respuestas fueron evasivas y sin interés.

Trasladados los dos jóvenes a Toulouse, al hotel L'Ours Blanc requisado por la Gestapo, "Georges", viéndose perdido y temiendo la tortura se tiró a la calle por un balcón de la gran sala en que se hallaban, situada en el segundo piso. Por suerte cayó de pie y apenas se hizo mal en una pierna, pero esto le impidió correr más deprisa y por fin fue alcanzado y apresado nuevamente. La chica aprovechando los minutos de barullo que siguieron a la fuga de su amigo pudo escapar, consiguiendo salvarse.

Era el segundo radio-operador que perdía la red, pues su antecesor Alex Nittelet había sido detenido unos meses antes, con otro agente, Gastón Negre, cuando iban a recoger el abastecimiento que los ingleses les tiraban en paracaídas.

Semanas después caían Louis Nouveau ("Saint-Jean"), "Medio Metro" y cinco aviadores, que en viaje hacia Toulouse se proponían pasar la línea de demarcación.

Por los mismos días, la Gestapo asaltaba el hotel París y el 20 de febrero de 1943, a las seis de la mañana, empezaba un registro que duró tres horas. Aunque no descubrieron nada sospechoso, los alemanes detuvieron inmediatamente al matrimonio Mongelard. Conducidos a la cárcel militar de Furgolles se les interrogó repetidas veces, negando todas las acusaciones que se les hacían. De allí los enviaron a la cárcel de Fresnes en donde estuvieron hasta el mes de septiembre, y por último fueron deportados a Alemania.

Paul Ullmann, el sastre israelita, era a su vez detenido con Pat O'Leary, en el Super-Bar, café "toulousain", en el que habían sido citados por "el Legionario".

Antes de acudir a ía cita, Pat se había entrevistado con Paco y comentado juntos la difícil situación en que se encontraban todos. Aunque pesimistas, estaban muy lejos de pensar que no volverían a verse más y que sus horas, sus días de libertad estaban contados... Se separaron...

El sastre le esperaba delante del café. Parecía preocupado.

Apenas habían penetrado en el establecimiento y cambiado unas palabras con Roger le Neveu, cuando Pat sintió en su espalda un objeto frío y duro, al tiempo que le decían: "No se mueva... Manos arriba...". Lo que temían llegaba estúpidamente, en el momento en que menos se lo esperaban.

-Ustedes también -dijo otro alemán a Ullmann y Roger...

Del primero, nadie volvió a saber nada. Israelita como era él, no cabe duda que sería deportado y que las cámaras de gas, del célebre campo de exterminación de Treblinka u otro, engrosarían sus efectivos con el pobre sastre.

En cuanto a Pat, aquí empezó su calvario. Salvó su vida, pero fue apaleado, torturado, trasladado a la cárcel de Fresnes a París y más tarde a Alemania.

También la buhardilla del convento de la calle Deville fue registrada minuciosamente por la Gestapo, sin encontrar al matrimonio que la ocupaba. Mas hubiese sido detenido sin la intervención de una religiosa que, al verle llegar con su hijita en brazos, con gestos discretos, pudo hacerle comprender que debía alejarse a toda prisa. Días después pasaba clandestinamente a España, refugiándose en ella con nombres falsos.

Y la racha de detenidos continuaba. El traidor iba vendiendo unos tras otros. Ahora es en París en donde va a encontrar nuevas víctimas: Jacques Wattebled (l'ami d'Achille), Norbert Fillerin, Jean de la Olla... este último agente de la red de evasiones desde el principio. Todos fueron cayendo, sufriendo los interrogatorios y los más refinados martirios. Los tres, pero en particular el último citado, que volvió de los siniestros campos alemanes, tal un espectro, tuberculoso, maltrecho, con dos dedos de menos en su mano derecha, que sus verdugos le habían arrancado para hacerle hablar. Pena perdida. Sus labios únicamente se movieron para murmurar una plegaria, pues siendo profundamente religioso creía haber llegado a su postrera hora.

Louis Nouveau empieza la dedicatoria de su libro así: "A Jean de la Olla, le meilleur de nous tous, pour qu'il oublie..." [\(11\)](#)

Todavía no acabó aquí la siniestra tarea del Legionario. Familias enteras cayeron en poder de los alemanes por haber albergado o ayudado a los aviadores evadidos. Un gran número de personas fueron deportadas, como lo habían sido las denunciadas por Paul Colé.

Afortunadamente, Paco y los guías escaparon a este desastre y pudieron continuar trabajando, aunque con mayor dificultad, porque la vigilancia de la frontera había sido triplicada por la Wehrmacht.

Para descansar de la fatiga de los viajes algunos optaron por refugiarse en una masía, habitada por un matrimonio español y que mi hermano preparó de antemano, para en caso de gran peligro, refugiarse en ella. Se hallaba situada muy cerca de Varilhes, completamente aislada, lo que no fue óbice para que un año después fuese también asaltada por la Milicia. Otra denuncia seguramente. ¡Hubo tantas y tantas entre 1940 y 1944!

Despreciando los riesgos él y sus compañeros siguieron actuando y ayudando a los hombres que les entregaban. Pero citaré solamente dos expediciones. La primera porque iban los dos supervivientes de la famosa operación "Cáscara de Nuez", Hasler y Sparks. Tenían que haber sido acompañados por miembros de la cadena Marie-Claire, que también era de evasión, pero por aquellos días la red había sido desarticulada y habían pasado los dos fugitivos a la organización Pat.

La travesía de los Pirineos les fue muy dura y difícil, porque llevaban los muchachos muchos meses escondidos y la falta de entrenamiento hizo que llegasen a España completamente extenuados. Era el primero de marzo de 1943...

En la segunda expedición llevaron a Renée la esposa de Louis Nouveau, Nancy Fioca, Eddie (la amiga de "Georges", el radio-operador. Recuérdese que ella logró escapar), un sacerdote belga y ocho aviadores británicos. Con ellos dos guías. A pesar de las dificultades de la época, Nouveau dice en su libro (pág.

308): "C 'était un beau convoi et vu l' époque ce passage de la frontière á 14, peut être considéré comme un tour de forcé..." [\(12\)](#)

Pero antes que una expedición saliese ¡cuántas entrevistas, cuántas gestiones, cuántos cabos a atar, hasta que los que se evadían contactaban sus guías! No hay que olvidar que era Paco quien tenía en sus manos la madeja, demasiado enredada ya y que en cualquier momento podía ser apresado. La Gestapo terminaría por conocer los pequeños bares o cafés que frecuentaba por necesidades del trabajo, o el restaurante en el que acostumbraba comer, cuyo dueño era un español que le servía en la cocina, lejos de miradas indiscretas. Sabía también que la suerte no dura siempre y que su buena estrella podía eclipsarse.

Después de la caída de Nouveau, Pat, Mongelard, Juan de la Olla (por no citar más que los principales), la situación se agravaba y complicaba cada día más. Ya Marie-Louise Dissard, conocida después por "Françoise" como ya dije, se había hecho cargo de la dirección de la red.

Señora de cierta edad, de salud delicada pero de carácter excesivamente enérgico, continuaba pasando desapercibida en su pequeño comercio de Toulouse, si bien hacía tiempo que estaba en contacto con Paco y, en consecuencia, con Pat, Nouveau, etc.

Si nuestra red fue desmoronada por la abominable labor de "El Legionario", la de los belgas no lo fue menos. También ellos tuvieron su traidor, también fueron víctimas del canallesco proceder de uno de sus agentes en quien siguieron teniendo confianza a pesar de haberles puesto al corriente de la doble misión que realizaba. Recuérdese que cuando fuimos detenidos en la torre de Limayrac, el 14 de octubre de 1942, Paco, después de haber sido largamente interrogado y encerrado en un calabozo contiguo a los que ocupábamos nosotros, nos hizo saber, gracias a sus improvisadas jotas, que Adolphe era peligroso y que había que romper cuanto antes su fotografía.

Ya entonces supuse que para hacerle hablar, Paco habría sido torturado, mas hasta hace pocos meses no he tenido la confirmación. Hoy lo sé con certeza, por el testimonio de una amiga que sigue viviendo en Toulouse, Pilarín Burgos Lozano, quien me dijo:

-La última vez que vi a tu hermano fue en la comisaría de la calle Saint-Etienne. Como era todavía una niña había ido a preguntar por mamá, detenida en vuestra casa unas horas antes. Nos cruzamos en las escaleras. Yo subía y él bajaba, rodeado de policías. Hicimos como si no nos conociéramos y recuerdo que estaba desencajado. Con la cara hinchada, ensangrentada... Pensé que le habían apaleado fuerte. ¡Pobre Paco! Me dio verdadera pena. Desaliñado, cansado, rojo, seguramente de ira, aunque con la cabeza alta como desafiando a los esbirros que lo escoltaban...

Así, pues, pese a los golpes que había recibido seguía pensando en los otros y su principal preocupación era la de prevenirnos y decirnos que destruyésemos el retrato del traidor, para evitar más desastres...

Internados en el Campo de Vernet poco o nada pudieron hacer para desenmascararle y los miembros de su cadena fueron apresados paulatinamente. Ignoro su verdadero nombre. Sólo sé que se le conocía por "Adolphe" y que su propio jefe, Pierre Bouriez ("Sabot") se negaba a admitir su traición, hasta que hubo de sufrirlo en su propia carne, al ser detenido el 23 de enero de 1943. Esposado, intentó fugarse, pero herido de un balazo se le capturó de nuevo. Deportado a Alemania conoció la inmensa miseria y los trabajos forzados de los campos de concentración hasta la liberación. Salvó la vida, mas regresó enfermo, agotado físicamente y años después moría, no sin antes haber perdonado al causante de tanta tragedia.

Los guías del grupo García, de Perpignan, que habían trabajado para él, fueron también apresados y luego conducidos al campo disciplinario de Vernet. De ellos ya no he sabido nada más.

Ante tal desastre, mi hermano comprendió por fin que debía alejarse del abismo en el que irremediabilmente iban cayendo unos tras otros. Uno de sus guías, gran amigo, con el que en todo momento podía contar, acababa de ser detenido y enviado a Compiègne, aunque sin haber sido identificado. Meses después se evadía del tren que lo conducía a Alemania con un fuerte número de prisioneros.

Paco pensó en desfigurarse físicamente. ¿Cómo? Empezó por teñirse el cabello negro, cambiar su peinado, sus gafas, dejarse bigote... Hecho esto abandonó la

Ciudad Rosa y se fue a Lyon. En esta capital, ayudado sin duda por la familia Padrós, viejo militante de la CNT, dejó pasar la tormenta unos días. Pocos, porque su temperamento inquieto, su manera de ser, no le permitieron gozar demasiado de la paz y del bienestar que le ofrecían sus amigos. No. No podía abandonar su puesto. Pasase lo que pasase tenía que continuar en la brecha, o dejar de ser el hombre que había sido hasta allí. Y una mañana, sordo ante los consejos que se le daban, sacó billetes para Toulouse y se emboscó allí de nuevo.

Unos compañeros vascos, militantes de la organización, le acogieron en su casa y sin tener en cuenta el peligro que corrían dándole albergue, trataron de ayudarle como pudieron...

Su obsesión era yo. Se consideraba responsable de mi detención y no podía aceptar sin pesar la idea de dejarme meses y meses en el campo de Brens. Varias soluciones le habían sido ofrecidas por sus jefes de Resistencia, para liberarme:

Primera, que me hiciese repatriar a España y en la frontera realizar mi evasión cuando los gendarmes me acompañaran hasta entregarme a las autoridades españolas. Mas esta proposición la rechacé rotundamente, temiendo que fracasase la operación y fuese entregada a la policía española. Había sufrido tanto y tanto que en manera alguna quería exponerme de nuevo. ¡Ah! si hubiese sabido a dónde le iba a llevar mi negativa, hubiese aceptado todo, con tal de que él hubiese salvado su vida...

Segunda proposición, salir del campo con un contrato de trabajo voluntario para los alemanes. La reclamación la haría un compañero y amigo residente en Bordeaux, y ya en esta capital prepararían mi evasión, rompiendo así el contrato firmado por mí, con el único deseo de salir de Brens. Tampoco acepté. A este precio prefería una y cien veces continuar encerrada...

¿Qué hacer, pues? Una tercera proposición les fue hecha: mi fuga y esta sí que la hubiese aceptado...

Sin consultarme fue cuando volvió a Toulouse, ciudad que no debía haber vuelto a pisar, sabiendo que los tentáculos de la Gestapo y los de la policía de

Vichy se cerraban cada vez más en torno suyo. Haciendo caso omiso de mis cartas, en las que le decía siempre que no era en mí en quien debía pensar, sino en él... porque ¿qué me importaba la libertad si tenía que pagarla con un riesgo que podía ser fatal? ¡No! ¡No! Mil veces No... Pero Paco, el bueno, el hermano cariñoso, el luchador que siempre había sido, no supo, o no quiso darse por vencido y una noche, cuando protegido por la oscuridad, salió a la calle para hacer una última gestión y concretar el cuándo y el cómo de la evasión..., ¡fatalidad!, vio avanzar frente a él un policía que le conocía perfectamente.

¿Le reconocería? Continuó sus pasos sin apresurarlos. El hombre le miró fijamente y tras un instante de vacilación le dijo: "¡Manos arriba!"

Sin arma no quiso intentar escapar, seguro de que el otro estaba armado y no dudaría en disparar sobre él. Ni siquiera le fue exigida su documentación.

Llegados a la comisaría como primera medida fue encerrado en un calabozo. En el bolsillo llevaba una falsa carta de identidad, pero sabía que de nada le serviría, porque ya estaba fichado y tenían sus huellas dactilares desde la traición de Julián Comerás. Optó entonces por hacerla desaparecer mediante el único procedimiento que estaba a su alcance: comiéndosela y haciendo pequeñas bolitas se la fue tragando antes de ser sacado de su encierro, para ser registrado e interrogado. Era el 28 de abril de 1943.

CÁRCELES FRANCESAS Y ALEMANAS

Después... el más terrible silencio se hizo alrededor de él. ¿Qué le había sucedido?, se interrogaban sus amigos... ¿Se lo había tragado la tierra o había sido fusilado o muerto a palos?

Setenta y dos días, con sus noches consecutivas esperé la espantosa noticia. Noches largas, sin sueño, preñadas de angustia y de dolor, en las que la esperanza, la duda, la convicción de su muerte, me sostenía o torturaba terriblemente.

Cuando todo me parecía consumado, cuando menos me lo esperaba, llegó una carta firmada de su puño y letra, fechada el 9 de julio en la cárcel de Saint-Michel de Toulouse. Ni el sobre, ni la cariñosa misiva habían sido escritos por él, pero la firma me bastaba. No es difícil imaginar mi emoción, mi inmensa alegría. ¡Todavía vivía! Todavía podíamos esperar... Mi tortura moral momentáneamente terminaba.

Hambrienta, desnutrida, privada de libertad, me sentí feliz. ¿Qué más podía pedir puesto que Paco me decía que estaba bien?

Leí y releí su carta. Había sido escrita por el esposo de una joven, internada también en Brens, coincidencia que seguimos aprovechando. Así supe que estaba en prisión por indocumentado y que debería ser juzgado pronto por este delito. Ya era mucho saber que la Gestapo no había intervenido en su arresto y que si ninguno hablaba podría continuar desapercibido entre los demás presos.

Cuatro meses pasaron después, durante los cuales cruzamos una correspondencia cariñosa y fraternal que nos servía de sedante, confiando en un mañana mejor, en el que podríamos vernos o reunirnos de nuevo, vivir tranquilos, un poco como todo el mundo, lo que nosotros no habíamos podido hacer desde el fatídico 18 de julio de 1936...

Sin embargo yo sabía que existía el peligro de ser descubierto y esto me hacía seguir inquieta y profundamente preocupada. ¡Con tal que sus compañeros no sean apresados! pensaba siempre.

Así llegó septiembre. Compareció ante el Tribunal Correccional que lo condenó a seis meses de detención por indocumentado, pena que ya casi tenía cumplida. Pero cuando iba a salir en libertad el juez Cazajus le inculpó de nuevo por "actividades antinacionales". ¿En qué se basaba este señor para procesarle una segunda vez?

Mi hermano me lo escribía poco después: "Todo es una consecuencia de nuestra detención de octubre: ¡Comerás, todavía Comerás! -y añadía:- Tengo confirmación de que fue él quien dio a la policía nuestra dirección y la de María... Todo esto será largo y ¡quién sabe como las cosas pueden complicarse!".

¡Extraordinaria intuición la suya! Sí. Él no ignoraba que vivía con la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza; que la caída de uno de los guías, de un miembro de la red, que ante la tortura hablase bastaba para que todo terminase para él.

Pese a ello, una enorme confianza en sus compañeros le sostenía, confianza que paulatinamente iría perdiendo, cuando sus planes de evasión iban fracasando uno tras otro por falta de ayuda en el exterior de la cárcel.

¡Estoy sólo!, llegó a pensar una segunda vez. Las horas frías de la cárcel le hicieron ser más conciso, menos soñador, por eso me escribió un día: "¡Qué pocos amigos tengo!", pero esto era ya en abril 1944...

Hasta principios de noviembre de 1943 todo siguió su curso normal. Continuaba siendo un detenido político, en espera de ser juzgado, ni más ni menos que otro cualquiera. Mas... ¡ah!, la suerte no dura siempre, ya lo he dicho antes. El 6 de dicho mes la Milicia, la Gestapo, habían descubierto su paradero y se presentaban en la cárcel para reclamarlo y trasladarlo a la prisión alemana. La actitud enérgica del oficial Monsieur de Roquefeuil hizo fracasar momentáneamente los planes, negándose a entregarlo.

"Si esto llega -me escribía el día 9- dejaré de escribirte. Sea lo que sea, ten fe en un mañana mejor..."

Este toque de alarma fue dado coincidiendo con las detenciones de Ester en Toulouse y su familia en Banyuls; con la de una mujer española llamada "la Maña"; con la de José Albalá; la de un joven zaragozano, del que sólo recuerdo su nombre, Ausencio y alguno más. Los dos últimos miembros de otra cadena de Resistencia, aunque manteniendo entre ellos una íntima relación y amistad.

En esta redada la caza le había sido fructuosa al enemigo...

¿Habló alguno de los apresados, incapaz de soportar los suplicios a los que se les sometió? ¿Es verdad que fue en uno de estos registros cuando encontraron la carta de alimentación de mi hermano? Desaparecido él, el misterio para mí perdura porque el secreto quedó guardado...

No obstante, un hecho es cierto; que en esa semana y en la que siguió los alemanes, la Gestapo y Milicia, habían dado un gran paso: conocer el nombre y el paradero del hombre que había organizado los pasajes clandestinos y que hasta entonces se les había escapado. Ya estaba, pues, al alcance de sus tentáculos, de los que le sería imposible deshacerse.

Transcribo algunos párrafos de las cartas que me escribió, y que conservo, desde el día que fueron a reclamarle hasta que fue librado a sus verdugos. Nada mejor confirmará mi tesis de que él supo quien le había traicionado.

16 de noviembre de 1943: "Mi abogado me dice que el procurador no está dispuesto a dejarme cambiar de amo. Mejor. De todos modos sé con quién me juego los cuartos".

Carta sin fecha: "Creí haberte dicho que el carpintero [José Albalá] y Ausencio habían caído al mismo tiempo que el padre de Angelina [Ester].

Deben seguir en la misma clínica. Ten buena moral y no te rompas la cabeza.

Lo que suene sonará".

21 de noviembre de 1943: "La dirección de mi abogado es Maître Fauran Jean, 37 Boulevard Carnot, Toulouse. -Y más lejos- El tío de Carlos [es él] está dispuesto a solucionar por sí mismo su problema. Por el momento estoy en la enfermería, con una dolencia "chungaleta". Todo cuentabilis, pero ya sabes que uno sabe abrirse paso.

9 de diciembre de 1943: "Como te dije, además de los patrones de Zafón [alemanes], quieren verme los patrones de Claudio [policía española]. Por ello es por lo que insisto siempre sobre el mismo punto, que conserves la serenidad y en el peor de los casos prepares un nuevo Paquito para el mañana".

22 de enero de 1944: "Hace más de un mes que no te escribo, por las razones que conoces ya [cambio de cárcel, pues los franceses para protegerle mejor le trasladaron a la prisión militar]. La familia me atiende y me da las eternas esperanzas. Los padres de Angelina [Ester] siguen donde antes [encarcelados]. Mi salud es excelente y mi nuevo domicilio parecido al otro."

30 de marzo de 1944: "Hoy "mi día", te escribo para que sepas que estoy bien. Mala suerte de no poder estar en esta fecha juntos, pero como dicen por nuestra tierra ¡a mal tiempo buena cara! La tierra da muchas vueltas. Hoy debajo y mañana encima. Cuídate y por una vez haz caso al docteur `Resiste´."

5 de abril de 1944: "Nada nuevo en mi vida. Sigo sin noticias. Mi cumpleaños lo pasé tranquilo y esperando. Como siempre te digo, no te preocupes y vive lo mejor que puedas. Soy el que fui y nada me vence."

23 de abril de 1944: "De salud y de moral bien. Un año queda atrás después de mi caída y él ha consolidado mi carácter y mi formación espiritual. Lo restante no cuenta. Espero un mañana pletórico de iniciativas y con solidez moral. Sé que él será nuestro, porque las horas difíciles supimos ser fuertes.

No hay nada perdido si sirve de experiencia. Este tiempo traerá otro. Tranquilidad y paciencia."

23 de mayo de 1944: - Desde luego, mi asunto es feo y cualquier día te dan un susto.

2 de junio de 1944: - Carta dirigida a Palmira Plá: "Hoy puedo escribirte. No puedes figurarte lo complicado que es esto y lo difícil que es poder hacerlo sin pasar por doña Anastasia. Te lo digo para que no creas que si no recibes carta es culpa mía. Es de los verdugos que además de encarcelar nuestros cuerpos, quieren castrar nuestros espíritus, controlar nuestro pensamiento y acorralar a aquellos que cometieron el delito de conservarnos su cariño y su amistad." El día 5 por la tarde paso por el Tribunal Correccional. Si quieres verme, puedes hacerlo. Ahora que la visión no será muy grata.

"No te preocupes, pues nada me falta. Acostumbrado al dolor y a la lucha, las pequeñas miserias económicas o gastronómicas no me preocupan y las llevo con entereza. Por eso te digo con sinceridad que no necesito nada.

"No hagas gestiones, porque mis enemigos son superiores a tus fuerzas y cree que me haría daño el que por causa mía fueras molestada".

Fue su última misiva. Después... un sepulcral silencio.

Aunque en sus cartas no me dijo una palabra de las entrevistas forzadas que había tenido que sostener con los que tan encarnizadamente le buscaban para eliminarlo, más tarde supe por dos compañeros de cárcel, Balvet y Bernard-Manuel Becanas, que varias veces había sido largamente interrogado, incluso por policías españoles, que se presentaban acompañados de alemanas y le hablaban en español. Conocían al detalle su vida de revolucionario en España. Incluso sus años de colegio en los padres Salesianos; su paso por la Escuela Normal, su estancia en las cárceles de Huesca y Zaragoza, etc. Es decir, todo cuanto había hecho antes de la guerra civil y después, haciendo hincapié en los cargos que había ocupado desde 1936 hasta su entrada en Francia en febrero de 1939. Llegaron a decirle:

-Esta vez te tenemos. No te nos escaparás...

El detenido Balvet, en su carta del 27 de junio de 1945, me confirmaba esta impresión con el siguiente párrafo:

Avez-vous une possibilité de contrôle, du cote de la frontière espagnole, où il aurait pu être dirige...? Car François m' avait dit qu'

á chaqué interrogatoire qu' il a subi de la Gestapo, il y avait un policier espagnol qui lui promettait quil ser ait extradé... (13)

Yo esto no lo he creído nunca. Lo que sí sé, es que a partir de este momento su viva imaginación se puso en juego para proyectar la fuga que le permitiese salvarse. Mas... repetiré lo que dije a Federica Montseny en las cuartillas que le entregué y que publicó en su libro *Pasión y muerte de los españoles en Francia* (pág. 117). Cuando las escribí, vivía todavía este drama y tenía presentes los más pequeños pormenores. De ahí que prefiera copiarlas:

"La dirección de la prisión que sin duda había recibido órdenes severas, vigilaba cuantos pasos daba dentro y fuera de la celda. Pero de acuerdo con un preso-enfermero, que prestaba sus servicios en la enfermería, Paco se provocó algunas enfermedades, con el deseo de que lo trasladaran al hospital. A pesar de sufrir una fuerte erisipela y un principio de apendicitis después, no se le toleró el traslado, considerando que la gravedad no era extrema y se trataba de un preso peligroso.

"Todos sus proyectos de fuga fracasaron, por falta de ayuda en el exterior y porque su excesiva miopía (aumentada por haber estado días y días encerrado en calabozos oscuros y celdas con poca luz también) no le permitió tampoco llevar a ejecución muchos de sus planes. Así fueron pasando los días, pendiente siempre de que la Gestapo realizara el suyo, en el que le iba la vida.

"Fue el 5 de junio, como le decía a su amiga, que fue conducido de nuevo a la Audiencia para pasar ante el Tribunal. Por un delito que le valía cinco años de trabajos forzados fue condenado solamente a ocho meses de cárcel, pena que tenía sobradamente cumplida. Teóricamente tenía que haber sido liberado aquella misma tarde, o por lo menos conducido al Servicio de Extranjeros, que lo hubiese hecho internar en un campo de concentración. Pero la Gestapo y el siniestro intendente de policía Marty, habían preparado su plan... Todavía veinticuatro horas de incertidumbre, de esperanza, de temor... ¿Lo llevarían a un campo o sería definitivamente entregado a sus enemigos? De un lado la posibilidad de recobrar un día su libertad. Del otro, el piquete de ejecución. ¿Hacia dónde se inclinaría la balanza de su destino?

Siempre he creído que él tuvo la convicción de encontrarse en un callejón, con una sola salida, en la que el Parca le esperaba. Lo sabía desde que los alemanes lo localizaron e identificaron en noviembre del 43. Lo prueba su testamento, hecho en la Prisión Militar de Fourgolle el veintisiete de diciembre, ante M. Dagot, notario de Toulouse, en el que manifiesta su deseo de que sus restos sean trasladados a tierra española y enterrados en Huesca, al lado de su profesor Ramón Acín. Otro de los deseos expuestos en este documento se halla expresado en este párrafo: "Deseo que el texto de una proclamación, firmada con mi nombre, sea dirigida a los trabajadores de mi región y difundida lo más posible. Esta proclamación se halla entre las manos de uno de mis amigos, que la hará llegar a mi hermana". Desgraciadamente, una buena parte de sus papeles no pudieron ser recuperados.

Todo esto demuestra su convencimiento de que no escaparía a sus adversarios, pero como todo luchador se negaba a admitirlo y en lo más íntimo de su ser quería ver una luz de esperanza, que es la que a todo condenado a muerte le permite esperar con serenidad su postrera hora.

"Nous redresserons le flambeau de la liberté, qu' il a porté avec tant de courage et d' abnégation...!" (14), escribía Balvet en la carta ya citada.

Estaba terminando el rancho que se les sirvió el día 6 cuando sonó el momento de la verdad. No eran gendarmes los que se presentaban a reclamarle sino alemanes. Llevaban una orden escrita a máquina, firmada Marty [que expiró sus crímenes ante un pelotón de ejecución] para que fuese entregado y esta vez la orden fue obedecida.

Ningún amigo le vio palidecer. Con un estoicismo admirable repartió las pocas prendas y objetos que le quedaban, gabardina, ropa, reloj, estilográfica, etc., y después de abrazarles fraternalmente salió decidido.

De los pabellones ocupados por los presos franceses fue trasladado a uno de los que ocupaban los alemanes y que estaban regentados por ellos. Allí debió quedar en una celda, sin que nadie haya logrado saber si se le martirizó o no, si sufrió nuevos interrogatorios. Él se llevó el secreto de esas horas, que debieron ser de las más duras de su breve existencia. Ni un eco salió al

exterior. Durante largas semanas ninguno pudo saber si seguía vivo o había sido muerto a palos, como tantos otros resistentes lo habían sido...

Este silencio fue para mí como un suplicio que se prolongaba día y noche. No era mi cuerpo, mi carne la que sufría, sino mi alma desgarrada de pena y de dolor.

Coincidiendo también con el desembarco de los aliados en Normandía, las detenidas del campo de Brens habíamos sido trasladadas al de Gurs, de triste memoria. ¡Cuántos miles de judíos y de exilados españoles perecieron en él de hambre! Llevábamos tres o cuatro días allí cuando recibí una breve misiva de Maître Fauran, abogado de Paco, diciéndome que desgraciadamente había sido entregado a los alemanes, no ocultándome su pesimismo y su temor de que fuese fusilado, sin poder intervenir en su favor.

La noticia cayó sobre mí como una bomba, con la diferencia de que la bomba me hubiese hecho añicos y mis torturas terminado por fin. Pero seguía viviendo y en las horas que siguieron, día y noche, mi visión fue siempre la misma: mi hermano acribillado a balazos, ensangrentado, destrozado, sin vida...

MI EVASIÓN DEL CAMPO DE GURS

No. No podía continuar encerrada e impasible. Tenía que evadirme como fuere. ¿Qué me importaba que un centinela me descubriese y disparase contra mí, como habrían disparado contra Paco...?

Durante más de dos semanas, mi obsesión fue la fuga. Conseguí casi convencer a tres compañeras de cautividad, pero dudaban todavía creyendo ellas que era una locura intentar escapar sin apoyo en el exterior, sin documentación, sin dinero. Y sin fuerzas, físicamente, puesto que llevábamos días y días sin comer, a excepción de un cazo de lo que llamaban sopa a mediodía y a la noche, aunque en realidad no era más que agua, más o menos caliente, con unos nabos cocidos.

Un acontecimiento imprevisto nos favoreció. Serían las cuatro de la mañana del 27 de junio de 1944, cuando fuimos despertadas bruscamente por gritos y voces, que llegaban de otras barracas. "¿Qué pasa?, -preguntamos-. "Los alemanes están en el campo y los guardias franceses en su mayoría han abandonado sus puestos de vigilancia", nos respondieron.

¿Y si la evasión fuese fácil ahora?, pensamos en seguida. Me sentía agotada por las noches sin sueño y el hambre que me retorció el estómago, haciéndome sufrir horriblemente. Mas el recuerdo de Paco y el pensar que íbamos a estar guardadas por alemanes me dio alas. Hice un pequeño hatillo, como las demás compañeras, con lo más indispensable y corrí tras las otras hacia las alambradas. La oscuridad a la par que nos envolvía en su misterio nos protegía para escapar. Otros grupos de mujeres, las más jóvenes en particular, nos habían precedido ya y los alambres estaban cortados. Fuimos cuatro españolas y tres francesas las que salimos por el mismo sitio.

Cruzamos la carretera y abriendo unos arbustos nos internamos en un campo. Empezaba a amanecer y había que correr si queríamos ganar el bosque, antes

de que la alarma fuese dada y permitiese a unos u otros nuestra captura. Seguimos avanzando lo más aprisa posible, hasta que extenuadas nos paramos para recuperarnos un poco. Luego seguimos la marcha.

El día aparecía nublado, con amenaza de lluvia inminente. A excepción de nosotras, la campiña estaba desierta. Los escasos labradores que habitaban en las casitas de campo que veíamos aquí y allá dormían sin duda aún. Empezaron a caer gotas. De pronto descubrimos una especie de granja abandonada, convertida en pajar la parte alta y en resguardo de los aperos de labranza abajo.

- ¿Y si nos cobijásemos aquí antes de que los dueños aparezcan por algún lado?

No pudimos ponernos de acuerdo. Unas deseábamos protegernos en ella y esperar la noche. Otras preferían continuar andando, deseosas de llegar a un bosquecillo que se veía a lo lejos...

- Ninguna coacción -dijo una-. Que cada cual decida como mejor le parezca. Es cuestión de suerte, con que elegid...

Me alegré. Siete mujeres juntas sería difícil pasar desapercibidas. Nos separamos. Tres francesas se fueron solas, considerando que sería mejor así. Poco después volvían hacia nosotras. Habían encontrado a un labriego que les indicó que, en efecto, el campo de Gurs estaba en poder de los alemanes y que habían fusilado a dos prisioneros que habían intentado fugarse. La noticia nos desconcertó y fácil es comprender el miedo que pasamos todas. Las muchachas, una vez que nos informaron, continuaron su marcha, siguiendo el camino que el hombre les señalara. Nada más supe de ellas.

El resto del grupo optamos por escondernos en la vieja casa y esperar por lo menos que el tiempo despejara un poco. Una vez dentro subimos una escalera movable de madera y nos abrimos paso entre la hierba seca, hasta llegar al fondo de la pieza en donde hicimos un gran hueco en el que las cuatro pudiésemos descansar y dormir, si ello era posible. De este modo si alguien penetraba allí le sería difícil vernos.

Acurrucadas unas contra otras oíamos la lluvia caer abundantemente y llenas de inquietud y de temor guardamos el más profundo silencio. De tanto en tanto, los ladridos de un perro, nos hacían sobresaltar. ¿Se acercaría algún guardián francés o alemán en nuestra búsqueda? No... a excepción del ruido monótono de las gotas de agua todo parecía silencioso...

Como quiera que la lluvia no cesaba y que la tarde avanzaba, decidimos pasar la noche comiendo un bocadillo que una compañera llevaba -restos del paquete que le habían entregado la víspera- y dormimos relativamente bien. Al despuntar el alba del día 28 salimos del escondite, decididas a alejarnos cuanto más mejor. El cielo seguía nublado, por lo que era necesario caminar deprisa y ganar el bosque. Pero cuando se desconoce el camino y se carece del sentido de la orientación, ¡qué de dificultades se encuentran! ¡Cuántos pasos se dan en balde!

Por fin dimos con la buena senda y anduvimos durante tres horas sin encontrar a nadie. La esperanza de que tal vez lográsemos escapar nos daba alas y fuerzas para seguir avanzando más y más. Sin esperarlo, nos encontramos cerca de una casita de campo.

- ¿Y si fuésemos a pedir un poco de comida?, nos preguntamos. Como el tiempo volvía a amenazar y esta vez con tormenta, quisimos tantear nuestra suerte y las dos más jóvenes se dirigieron a ella. ¡Fatalidad! Apenas habían pronunciado las primeras palabras con el dueño de la finca que otro personaje se presentaba. En seguida le reconocieron, pues se trataba de un empleado del campo de concentración que iba a buscar o a comprar caracoles.

¡Malditos caracoles y maldito el instante que decidimos dar este paso! Mas la suerte nos acompañó. El labriego dándose cuenta de lo que ocurría, sin duda por el pánico que se reflejó en las caras de las fugitivas, las hizo entrar en la cocina y después de darles una hogaza, salir por otra puerta trasera, antes de que el visitante se apercibiese de lo que ocurría. Al contarnos lo sucedido corrimos a campo traviesa hasta internamos en el bosquecillo.

La tormenta amenazaba y unas horas después se desencadenaba con todo su furor. Llovía a torrentes. Perdidas en el bosque, cara a la noche, muertas de miedo por el estrépito de los truenos y el resplandor de los relámpagos, nos

pareció que todo estaba perdido. No sabíamos qué solución tomar, si seguir andando o dejamos caer bajo aquellos árboles que tanto temor nos inspiraban, sabiendo lo peligrosos que son (por servir de pararrayos) y terminar como fuere... El instinto de salvación nos hizo optar por la primera solución y chorreando el agua, transidas de frío a pesar de estar en el mes de junio, anduvimos unos ocho o diez minutos más y ¡oh, milagro! encontramos una chabola medio en ruina, construida seguramente por leñadores.

El suelo estaba lleno de inmundicias y las goteras abundaban, pero teníamos un pedacito de techo para cobijarnos y allí nos metimos con inmensa alegría. Amontonadas las cuatro, hacinadas a fin de damos calor unas a otras, pues lo primero que hicimos fue quitarnos toda la ropa mojada, el sueño fue ganándonos y rendidas, extenuadas como estábamos, dormimos como en el más lujoso de los palacios. Yo creo que jamás he encontrado después un lecho en el que descansase mejor y hasta me parece haber soñado que la vida me sonreía por fin.

Otro día de marcha, sin comer apenas. Otra noche durmiendo en el heno, en pleno campo, bajo un cielo tapizado de estrellas y poco después entrábamos en la estación de Olorón Santa María.

Desorientadas, mal guiadas, habíamos necesitado setenta y dos horas para recorrer dieciocho kilómetros que nos separaban finalmente de Gurs. El temporal de lluvia, la tormenta, la falta de sol, no nos fueron tampoco favorables. Dos veces engañadas, incluso, por individuos que querían aprovecharse de nuestra situación para satisfacer sus apetitos sexuales y que no lográndolo nos indicaron el camino opuesto. Así, dando vueltas como alrededor de una noria andábamos horas y horas, para terminar poco más o menos, en el mismo punto de partida. Decepción tras decepción, miedo, hambre, sed, fue todo cuanto tuvimos en aquel lapso de tiempo, pero vencimos en nuestra empresa y eso era lo que contaba...

Mis tres compañeras montaron en el primer tren que salía para Pau, decididas a llegar a Toulouse. No llevaban documentación, mas se jugaron el todo por el todo y les salió bien. ¡Dichosas de ellas que llegaron a sus casas sin el menor tropiezo!

No quise acompañarlas, por no exponerme a ser detenida. El hecho de ser hermana de Ponzán, si llegaban a saberlo, bastaría para condenarme y ¡quién sabe!

Recordaba que en Buziet, pueblecito de 300 habitantes situado a trece kilómetros de Olorón, vivía con su mujer e hijito de dos años un amigo, también de Huesca y exiliado; Blas Viscasillas (fallecido hace muchos años, sin poder haber vuelto a pisar su tierra), aragonés de pura cepa, con sentimientos magníficos.

Me informé en la taquilla y supe que el tren que me llevaría hasta allí era poco vigilado y a veces nada. Cogí billete y me fui en cuanto salió uno en esa dirección. No me habían engañado, pues ni siquiera el revisor pasó. Bajé en la estación que deseaba y anduve un rato hasta llegar al pueblo, en donde me fue fácil encontrar la casa que buscaba.

Como tenía previsto, el buen maño que era Blas me recibió con los brazos abiertos y presentándome a su mujer y a su niño me dijo: "Aquí estarás en familia. No te preocupes, come y duerme, que ya trataremos de arreglarte una documentación". Estas palabras me emocionaron profundamente. Volví a abrazarles.

A no ser por mi tortura moral, mi pena, por ignorar lo que había sido de mi hermano, hubiese podido vivir los primeros días feliz y lo fui, en cierto modo, saciaba mi hambre y gracias a los somníferos podía dormir sin pensar en nada.

¡Hacía tantas noches que lo deseaba!

Viscasillas habló con amigos, exiliados como él y por consiguiente antifascistas y resistentes. Entre ellos se encontraba Jacinto Borrás, otro hombre de la CNT que conocía a Paco y sabía de su lucha constante por las ideas libertarias, que los dos defendían. - Ten paciencia -me dijo cuando me vio- Te prepararé una carta de identidad para marchar a Toulouse.

Pero se precisaba tiempo. Tuve que volver a Olorón para hacerme las fotografías y esperando, esperando, llegamos al 17 de julio. ¡Fatídico día 17!

Serían aproximadamente las dos de la tarde, regresábamos las dos mujeres y el niño de llevar la comida a Blas, que trabajaba en una serrería a unos dos kilómetros de donde vivíamos. Apretaba el sol y teníamos ganas de llegar a casa para estar más frescas y echarnos a descansar un rato. De repente oímos unos disparos que nos sorprendieron. Apresuramos el paso, María con el niño en brazos, y entramos en el piso. Antes de hacerlo preguntamos a una vecina: "¿Qué ocurre?", y nos contestó:

- "Los alemanes están en el pueblo...". Y otra: "Se dice que han rodeado la torre que ocupaban los guerrilleros españoles...".

Me asusté. Nos metimos en casa, puerta y ventanas cerradas, pese a nuestra curiosidad. Las primeras víctimas del pueblo fueron la esposa del alcalde y otra señora que sin comprender el peligro que corrían se asomaron a la ventana para ver lo que pasaba y dos ráfagas de ametralladora les dejaron en un instante tendidas, muertas. Pero no fue todo. Después de asediar y asesinar a los diecisiete exilados españoles, el saqueo del pueblecito empezó y casa por casa fueron registradas minuciosamente. Cuando encontraban alguna persona, sin la documentación a mano para presentarla en el acto, lo hacían salir a la calle y delante de la puerta, sin preguntarle una palabra más, lo fusilaban. "Maquisard, maquisard", les decían y los hombres caían muertos, sin que les fuere posible formular una palabra en su defensa.

He dicho ¡Casa por casa!, pero se salvaron las dos últimas, situadas cerca de la plaza, en la que los soldados alemanes, echados en tierra, protegidos por los pocos árboles que había en ella, disparaban sin saber por qué ni contra quien. Los veía por una rendija de la ventana cerrada y me hicieron la impresión de fieras salvajes a la caza del hombre.

Dos patrullas de las que efectuaban los registros habían llegado hasta allí y una pensando que la otra había ya inspeccionado las viviendas, pasó de largo y a la inversa. Por un extraordinario capricho del azar, ninguna de las dos fue saqueada.

En la penúltima estaba yo, muerta de miedo y torturada horriblemente, además, por las palabras de la mujer del amigo bueno que indiferente a mi pena seguía diciéndome: "Por usted vamos a pagarlo mi marido y yo".

Aceptando mi responsabilidad y deseando hacer cuanto estuviese a mi alcance para salvar a los que me habían dado hospitalidad, le contesté "Cálmese, María. No se atormente. Diré en seguida la verdad y no les pasará nada". Mas no tuve necesidad. Por una vez, la suerte se había puesto de mi lado. Sin duda no había llegado mi última hora y debía seguir viviendo, para sufrir más y más.

En aquella fatídica tarde, veinticinco vidas fueron segadas en menos de tres horas. De no haber sido por la intervención de un personaje, al parecer en perfecto acuerdo con el mando alemán, hubiese habido todavía más víctimas y acaso hubiésemos terminado quemados vivos como en Oradour-sur-Glane, unas semanas antes.

En el cementerio de Buziet, varias tumbas recuerdan esta matanza, estas terribles horas preñadas de espanto y de dolor. Una de ellas dice: "A los diecisiete españoles muertos por la Libertad". En otra, dos nombres también españoles, dos hermanos asesinados por el delito de no haber sabido presentar en seguida sus cartas de identidad. Trabajando de noche, los dos dormían profundamente, cuando empezó la tragedia. Los despertó los fuertes golpes dados en la puerta. Sobresaltados, medio dormidos, descalzos y abrochándose todavía el pantalón abrieron y minutos después yacían sin vida, enlazados en su postrer abrazo. Dos hombres buenos, que sólo pensaban en trabajar para enviar a sus mujeres y a sus hijos el dinero que les permitiese comer en ausencia del marido y padre, exilados en Francia. Dos más que quedaron para siempre lejos de su España amada...

Pero todo tiene un fin. Con la falsa documentación en mano, decidí marchar cuanto antes a Olorón Santa María y de allí a Toulouse, deseosa de conocer lo más pronto posible lo que había sido de mi hermano. El viaje fue rápido y sin ningún control. Sin embargo, mis penas no habían terminado.

Habíamos vivido en dicha capital algunos años y creía poder contar con numerosos amigos y compañeros, que me ayudasen y me tendiesen una mano amiga. Vana ilusión. En cuantas puertas llamé se me cerraban pronto con una excusa más o menos aceptable. Era que mi apellido infundía pánico en aquellos días y el miedo era tal que ninguno quería comprometerse. Uno que se decía compañero e incluso creo que representaba un cargo en la

organización, me lo dijo claro: "No te extrañe. Si no te llamaras Ponzán, muchos te acogerían...", ni siquiera se atrevió a añadir: "te acogeríamos", tal vez avergonzado de su cobardía. Al bajar las escaleras sentí náuseas, deseos de vomitar. ¿Dónde estaban los hombres del temple de mi Paco? Los habría, como siempre los hubo en la CNT, pero no tuve la suerte de encontrarlos en aquellas horas. Sólo días más tarde hallé a uno, Javier. No era la primera vez que daba asilo a uno de los nuestros, pero desconocía su dirección...

¿Qué hacer? La tarde caía. Pronto empezaría a anochecer. ¿Cómo pasar la noche? Caminando despacio, rendida de cansancio, con el estómago vacío, pues no había probado bocado desde que había salido de Buziet, iba pensando en a qué puerta podría llamar todavía. Atravesaba el puente, sobre el Garona, que conduce a Saint-Cyprien, barrio en el que vivían algunos conocidos. Estaba frente al hospital de Dieu, cuando me vino a la memoria el nombre y la casa de la lavandera que nos ayudaba cuando estábamos en la torre de Limayrac. Vivía muy cerca de dónde me encontraba.

Quizás fue esto lo que evocó en mí su recuerdo y cómo mi hermano, que era bueno y generoso, trataba siempre de esta mujer española residente en Francia desde hacía más de treinta años. Siempre le echaba el brazo al hombro para saludarla. Veía en ella a otras muchas mujeres de nuestra España, trabajando incansablemente para dar de comer a sus hijos. Si la creía un poco cansada le decía en seguida con cariño: "Bah, no trabaje más, señora Josefa; siéntese aquí a mi lado y cuénteme sus cosas". Pero pronto se levantaba él y comenzaba a dar vueltas por los armarios de la cocina, no parando hasta que ponía en su cesta cuanto encontraba. Más de una vez, discretamente, le puso un billete en el bolsillo o lo hacía deslizaren su capazo, con cualquier cosilla. Eran los años de las restricciones. De las cartas de alimentación. De las largas colas para conseguir un poco de comida. Del hambre, si no se disponía de dinero para comprar los alimentos en el mercado negro...

¿Se acordaría la buena mujer de todo esto? ¿De la acogida familiar que le reservábamos cuando venía a casa?

Sin pensarlo más dirigí mis pasos hacia rué de la Vigerie, pero el número se me escapaba. Hacia mitad de la calle empecé a leer los nombres escritos en los

buzones, situados en puertas o patios, hasta que encontré "Madame et Monsieur Val...".

Subí las escaleras, lentamente, hasta el tercer piso, para que mi esperanza durase más. Tenía miedo de llegar arriba, de llamar. ¿Se me cerraría la puerta, como tantas otras en aquel día? Por fin, tímidamente golpeé despacio. Pasaron unos segundos, que me parecieron siglos hasta que abrieron y cuán grande no sería mi alegría cuando la oí decir: "¡Hija mía! Pase, pase...". Cuando repuesta de la fuerte emoción pude articular palabras, le expliqué lo que me ocurría, sin engañarla. La verdad escueta: me había escapado del campo de concentración, creía a mi hermano fusilado y no encontraba un rincón para refugiarme... La respuesta fue inmediata y secando sus lágrimas con el dorso de su mano me dijo: "Cálmese. No tenga tanta pena, todo se irá arreglando. Por lo pronto esta noche se quedará con nosotros y mañana ya veremos. Dormirá usted en mi cama y yo me acostaré en el suelo con un colchón".

Me quedé anonadada. ¿Qué más podía decirme que me hubiese reconfortado mejor? Dormimos juntas. De ninguna manera hubiese aceptado su proposición. En lo demás tenía razón la buena mujer. Todo no estaba perdido. Aún quedaban almas grandes y generosas, pero había que descubrirlas. A veces en los hogares más humildes y miserables. Pobres en apariencia, mas inmensamente ricos en sentimientos, en acciones nobles, desinteresadas... Y una vez más comprendí el por qué mi idolatrado hermano había defendido y luchado tanto, por un mayor bienestar de la clase trabajadora...

Al día siguiente manifesté a mis protectores mi deseo de entrevistarme con el abogado, Maître Fauran, para ver si podía informarme de lo que habían sido las últimas horas de aquel ser querido, que tanta falta me hacía. Mi visita fue breve y poco pudo decirme, pero me bastó: "Seguramente vive aún... Lo podría saber con seguridad dirigiéndome a una de sus amigas, que seguía ocupándose de él".

Mi sorpresa, mi alegría, no llegaría nunca a describir las. Por eso no lo intento. La muchacha, que no era otra que Palmira Plá, de la que ya he hablado, vivía en una habitación situada en la avenida Crampel, muy cerca de la cárcel y tras unos minutos de espera monté en un tranvía y me fui a su encuentro.

Nos conocíamos desde 1938, y sabía que mantenía correspondencia con Paco porque él mismo me lo había escrito en una carta, pero ignoraba totalmente su dirección. Fue el abogado quien me la dio. Era también maestra y activa militante del Partido Socialista. Muy inteligente. Ya he hablado de ella al relatar mi llegada a Figueras, días antes de cruzar la frontera, lo que hicimos también con Cari. Fue por esta gran amiga por quien conocí a Palmira en Puigcerdá, pues era la responsable de la Colonia Escolar de los Suizos y por consiguiente trabajaban juntas. Más tarde habían surgido algunas disidencias entre ella y yo y cada una habíamos seguido nuestro camino. Pero esas pequeñas rencillas significaban muy poca cosa al lado de la gravedad del momento que vivíamos.

Las dos estuvimos contentas de vernos, de abrazarnos. En las primeras palabras que pronunció ya supe que Paco vivía. Una inmensa esperanza empezó a sostenerme. La liberación se acercaba y pronto, muy pronto, volveríamos a verlo libre y feliz.

Pero, ¿cómo Palmira había sabido que no había sido fusilado? Primero, por una carta que le dirigió el abogado, fechada el 28 de julio en la que decía:

Chère Mademoiselle,

J' ai une nouvelle importante á vous communiquer: pourriez vous passer á mon cabinet lundi soir?

Je m 'excuse de vous déranger, mais je suis sur que vous en 225eres heureuse.

Veillez croire á mes sentiments dévoués.

Signé: Maitre Fauran. [\(15\)](#)

Segundo, porque siguiendo los consejos del abogado y desafiando el peligro que significaba el entregar un paquete para un detenido tan peligroso, se atrevió a dar este paso y le salió bien. Satisfecha, llena de ilusiones, volvió a su casa y una semana más tarde le llevaba otra muda limpia. Preguntó, no sin temor, si había algo para ella y al decir su nombre el soldado respondió

entregándole otro paquete. En la escritura lo reconoció. La ligazón estaba hecha y lo más interesante se sabía: que estaba vivo y esto la recompensaba con creces del miedo y de los malos ratos que había pasado al acercarse a la cárcel...

Ya en su cuarto deshizo el pequeño hato, que no contenía más que ropa sucia, a la que dio mil vueltas, buscando y rebuscando una palabra escrita. Le extrañaba que la profunda imaginación de Paco no hubiese hallado la manera de comunicar con el exterior. Decepcionada iba a dejarlo cuando se le ocurrió descoser la etiqueta en la que estaba escrito su nombre en grandes letras y ¡oh sorpresa!, bajo el cartón, de catorce centímetros de largo por diez de ancho, había cosido un pedazo de tela blanca del mismo tamaño. Siguió descosiendo y escrito a lápiz pudo leer que seguía bien y siempre confiado en ese mañana mejor, en el que tanto soñaba.

Teníamos, pues, el medio de comunicarle en términos que él sólo comprendiese que yo estaba libre y en Toulouse, dispuesta a hacer lo imposible para salvarle. El día 10 de agosto recibíamos su paquete de ropa y por igual procedimiento escribía, pero esta vez extenso por las dos caras de la tela y en letras pequeñísimas que difícilmente leímos y que decían:

"Estoy más que contento Pili. Moral y salud buenas. Pueden hacerse muchas cosas. Salen equipos a trabajar y entran todos los días. Tratad de conseguirlo para mí e imitaré Catalá [nombre de uno de sus guías que cuantas veces había sido detenido en España había logrado evadirse]. Recibí todo, excepto patatas y huevos. Si posible enviad ocho patatas. Escribid: Mme. Barrau, 121 Bois-Redon, Carmaux(Tam), su marido bien. Escribid: Entreprise Otengue-Aleman-Agde, decir que Ad-el-Kader Ben Kadur está detenido por indocumentado, firmar: un detenido liberado. Vino a comprar ropa el 17-7. Abrazos, 10.8.1944".

Fue esta la segunda y última nota que se recibió. El paquete que se le llevaba el día 15, con ropa limpia, no lo aceptaron, diciendo a cuantos se encontraban allí por el mismo motivo que no se admitían por ser día festivo.

17 DE AGOSTO DE 1944: LOS VENCIDOS SE VENGAN... ¡INMOLACIÓN!

Con la impaciencia que puede imaginarse, esperábamos Palmira y yo la evacuación de las tropas alemanas, que se sabía inminente, pues todo se desmoronaba.

El sábado 19 ninguna de las dos quisimos salir de casa por la mañana. Después de comer supimos por una vecina que las puertas de la prisión se habían abierto y que los presos políticos, ávidos de libertad, habían huido despavoridos, para escapar a los tiros que se oían un poco por toda la ciudad. Mas como a pesar de vivir muy cerca, Paco no había llegado, sin escuchar las amonestaciones que se me hacían, salí corriendo...

- ¡Cuidado, no se fie, que los alemanes se defienden aún! No me detuve. Pregunté en las dos o tres casas de los alrededores, en la que podía haberse refugiado y nada... Llegué a la cárcel. Las puertas se habían cerrado ya, pero una docena de mujeres esperaban todavía. El tiroteo arreciaba...

Al cabo de un rato salió un oficial y nos dijo que no había más detenidos políticos dentro y que debíamos buscar a los que esperábamos lejos de allí. Insistí y pregunté una vez más.

- ¿Ponzán? -contestó el hombre. Le conocía perfectamente-. No le busque. Salió en la expedición del jueves. Iban también mujeres. Seguramente los llevarían a Alemania.

Quedé como petrificada, incapaz de reaccionar, ni de marcharme tampoco. Ni una lágrima pudo salir de mis ojos. Adosada al muro del funesto edificio continuaba indiferente a cuanto me rodeaba. De nuevo se abrieron las puertas, para dar paso a unas camillas llevadas por hombres jóvenes. Eran presas enfermas que evacuaban a los hospitales. Una de ellas gritó:

- ¡Pilar, Pilar!

Me acerqué y la reconocí. Se trataba de una muchacha francesa que había estado conmigo en el campo de Brens y que recordaba haber salido liberada. A su lado, andando, iba otra joven, que resultó ser judía.

- Ven a vernos y hablaremos -me dijeron.

Informada por los camilleros del lugar a donde se las trasladaba me fui en seguida. Por ellas podría seguramente saber lo que habían sido las últimas horas vividas por los prisioneros en el sector alemán. Mi pena era tan intensa que al fin mis lágrimas salieron a borbotones, sin que nada pudiera retenerlas. La gente me miraba. Algunos queriendo adivinar mi tragedia, los más, indiferentes, como diciendo: "esta pobre chica debe de estar loca, para comportarse así".

Llegué al sitio que me habían indicado. La enferma estaba ya en la cama, y su amiga sentada cerca de ella. Hablaban quedamente. Al verme entrar esta última se levantó y viéndome desencajada me preguntó: "¿Qué le ocurre?". Les conté lo sucedido, lamentándome de nuestra mala suerte: "¡Salir mi pobre hermano, cuarenta y ocho horas antes, con rumbo desconocido y acaso para Alemania!". Pero no... pensé entonces, esto no les será posible. La Resistencia les cortará el paso... ¡Se salvarán!, ¿por qué no?

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras que la joven judía intervino en la conversación diciéndome secamente:

- ¡No viva usted engañada! Si ha salido en ese camión no lo verá más. Un alemán me ha dicho antes de escapar: "Nos vamos, pero nos hemos vengado. Todos los presos que salieron el jueves -excepto dos-, han sido fusilados".

El efecto que esto me produjo soy incapaz de describirlo. Todavía la oí decir:

- En la vida hay que ser fuerte. También yo tenía a mi novio en ese camión y no lloro.

¡Un novio! A gusto la hubiese abofeteado. Un novio, salvo raras excepciones, que admiro, se reemplaza casi siempre, tarde o temprano, quise decirle, constatando su resignación, aparente al menos, pero no tuve valor ni de pronunciar una palabra. Sí, las heridas que produce un gran amor perdido son

grandes y sabía por experiencia hasta qué punto una mujer puede sufrir. Mas el tiempo las cicatriza poco a poco y aunque sus trazas quedan marcadas con huellas que no se borran la vida continúa y ésta tiene sus exigencias... Pero un hermano bueno, como una madre, estos no se sustituyen nunca...

Salí deshecha del improvisado hospital. Acababa de dar un paso más, en mi penoso y largo Vía Crucis...

Durante los tres o cuatro días que siguieron fui incapaz de pisar la calle. Toulouse en fiesta celebraba su liberación y las manifestaciones de alegría, de regocijos, se encontraban por doquier. Por eso prefería estar con Palmira o sola.

No quiero decir que no compartiese la satisfacción de los "toulousains", muy al contrario. La derrota de los alemanes, tan esperada, mitigaba mi amargura, pero confieso que sin mi hermano todo carecía de interés. Lo que podía haber sido, también para los dos, horas de júbilo y emoción intensas, fueron únicamente tristeza, soledad, lágrimas...

¡Si al menos me hubiesen dejado su cadáver! Si pudiese recoger sus despojos, enterrarlos, dejarlos descansar en el cementerio..., repetía sin cesar a los que intentaban consolarme... Sabía que había luchado por un ideal. Que millares de hombres antes que él vertieron su sangre y murieron con el mismo callado heroísmo por la causa noble y justa que todos ellos defendían y no olvidándolo, aceptaba su sacrificio como una consecuencia lógica de los hechos, tal y como se desarrollaron estos. Pero... ¿porqué tenía que quedarme aún el suplicio de la incertidumbre? ¿Perecería en Buzet? ¿En España? ¿En Alemania? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Preguntas todas sin respuestas, que en lo más íntimo de mi ser, entretenían la duda y dejaban entreabierto la puerta de la esperanza... ¿Y si viviera todavía? me dije más de una vez...

El 26 de agosto, un periódico de Toulouse, *La Voix du Midi*, encabezaba un pequeño artículo con estas palabras: "¿Qué ha sido de los cincuenta detenidos de Saint Michel?". Y decía entre otras cosas:

Trois camarades, trois de mes amis, étaient dans le nombre.

Ils avaient 18 ans...

Son souvenir me poursuit...

Nazis, Gestapo, Miliciens, Collaborateurs... SOYEZ MAUDITS... Nous les vengerons. (16)

Aunque apenas empezaba a hablarse de los cadáveres quemados, hallados en el bosque de Buzet-sur-Tam, supe que una comisión había sido nombrada oficialmente para investigar lo ocurrido. Entonces me fui a los Servicios de la Cruz Roja, para ver si la directora, que conocía personalmente a mi hermano por haberlo visitado en la cárcel, llegaba a aclararme el misterio de esta desaparición. Ojalá no lo hubiese hecho, pues con una crueldad y una dureza de corazón, raramente vista en estos casos, me confirmó sin ambages ni rodeos, que los sacrificados en Buzet eran los presos que habían salido de la cárcel el día 17... Llegó incluso a decirme que algunos habían sido ya identificados, lo que fue falso.

Anuncios en la prensa, pidiendo noticias de desaparecidos, me hicieron pensar en los dos nombres que Paco nos daba en su última nota. En seguida escribí a Madame Barreau y publiqué un anuncio reclamando la presencia de Ad-el-Kader Ben Kadour, encarcelado en el sector alemán, celda 22, calle 2. Con éxito, porque horas después se presentaba a verme. Se trataba de un joven de 23 o 24 años, de tez casi negra. A pesar de su dura apariencia resultó ser sensible y afectuoso. Admiraba a mi hermano y al decirle que posiblemente lo habían asesinado empezó a llorar como un niño. No hallaba forma de consolarlo ni de que hablara. Pasé un rato malísimo. Por fin me confirmó que había salido de la celda el día 17, hacia las tres y media de la tarde, llevándose como le ordenaron ropa y mantas. Cuando se cerró la puerta clavó el oído en el judas, deseoso de oír y saber algo más, pero el silencio fue largo. Cuando le creía ya lejos oyó que pasaban lista, lo que le hizo suponer que varios otros le acompañaban...

Hecho extraño el que me contó después. En el momento en que el centinela alemán abrió la celda para decirle que se preparara para salir, Paco estaba ya mudado.

¿Qué fuerza, que misterioso presentimiento le impulsó aquel día a ponerse su traje nuevo, sus zapatos, todo aquello que se hubiese puesto en caso de salir a la calle?

¿Por qué azar, o capricho del destino, llevaba más de una hora bromeando con su compañero, diciéndole que iba a salir? ¿Simple deseo de distraer a aquel muchacho, pesimista y miedoso como un chiquillo? o percepción clara, inminente, del riesgo que corría en aquellas horas de la derrota alemana. Nadie lo sabe. Pero cuando el centinela se presentó a decirle que se preparara se quedó sorprendido al verle presto a seguirle. ¡Cuando quiera...! le contestó el aludido. Y sereno, decidido, abrazó a su compañero y marchó una segunda vez hacia lo desconocido.

Como respuesta a la carta de Madame Barreau, la esposa de otro detenido, cuya dirección conocíamos, supe que él había salido de la celda el día 11 y trasladado al Cuartel de Caffarelli, con un gran número de prisioneros. De los cuatro que habían estado juntos no habían quedado más que dos: Paco y el argelino. Me anunciaba la visita inminente de su marido.

Y en efecto le conocí en un café, que mi hermano había frecuentado mucho por razones de trabajo. Esto me entristeció todavía más. El hombre que se adivinaba bueno, no fue capaz de decir gran cosa. Acababa de leer un artículo periodístico, dedicado a los mártires de Buzet, y el pobre señor estaba profundamente emocionado. Lo titulaban: "Lecamagede Buzet-sur-Tam" [\(17\)](#), publicado en *La Voix du Midi*, el 11 de septiembre... Citaré solamente dos párrafos, el primero y el último:

Imaginez un endroit assez sinistre, appuyé à la grande forêt, entouré d'un réseau de fil de fer barbelé et comportant deux bâtiments, l'un debout et l'autre détruit par le feu, et vous êtes en plein coeur de l'ignoble capitale du sang. [...]

Plus la guerre durait, plus les boches devenaient gourmands en fait de cruauté. Ne se contentant pas, cette fois, de faire enterrer les glorieuses dépouilles de nos chers disparus, ils les firent jeter dans les brasiers ardents en espérant certainement cacher la preuve de leur crime.

Camarades français, cet exemple, pris parmi tañí d' autres, va, j' espere, vous guider sur la bonne route. (18)

La lectura de este artículo, en el que su autor daba toda clase de detalles más o menos imaginados, puesto que no hubo ningún testigo, lo desconcertó de tal modo que en los minutos que siguieron no hicimos más que llorar los dos. La escena no podía ser más patética. Cuando logró serenarse un poco, me dijo: -Il était le plus brave, avec un moral extraordinaire, comme il n'y a pas... Y añadió enjugándose las lágrimas:

-Il m'a fallu aller en prison et avoir 60 ans, pour savoir ce que c'est, d'être un révolutionnaire... Sans Frangís, sans ses causeries, ses mots de confiance et d'espoir, je n'aurai supporté, ni la faim, ni les souffrances, que nous avons endurées ensemble... (19)

Así pues, aún sabiéndose condenado, continuaba siendo el mismo. ¡Pobre hermano mío...!

La prensa de la capital, proseguía recordándonos la tragedia: "Calendario sangriento de Buzet-sur-Tarn" (*La Victoria*) "La matanza de Buzet" (*La Voz del Mediodía*).

Todos estos relatos, más o menos verídicos, seguían impresionándome vivamente, pero a excepción de las autoridades civiles y militares, nadie podía acercarse allí y los caminos que conducían al lugar de las ejecuciones, estaban protegidos por soldados o guardias.

En vista de ello, visité el "2éme Bureau des FFI" (Fuerzas Francesas del Interior), con resultado nulo, ya que me dijeron no tener confirmación de que los fusilados fuesen los presos de Saint Michel. Varios jefes del Servicio, antiguos detenidos, resistentes, que conocían a Paco, me fueron presentados, entre estos el capitán Chevenez, el teniente Matzkine y otros. Me reconfortó el magnífico recuerdo que conservaban de él, al que admiraban según sus propias palabras "por su entereza y su inteligencia".

El capitán Chevenez me acompañó a la cárcel y me presentó al nuevo director Monsieur Guilbeau, que también había conocido a mi hermano. A petición nuestra hizo comparecer en su despacho e interrogó al ex director de la prisión, que entonces estaba preso, a fin de saber el por qué lo había retenido veinticuatro horas después de celebrarse el juicio, mas se excusó diciendo que por tratarse de un extranjero sin duda había recibido órdenes.

Estuvimos también en la enfermería para consultar los libros y ver si era cierto que aun estando gravemente enfermo no se le había permitido el traslado al hospital. A pesar de hablar extensamente con el propio médico del establecimiento penitenciario no logramos aclarar nada.

Por fin entramos en la sala de los archivos, oscura y lúgubre. Consultamos los registros de entradas y salidas de detenidos y efectivamente, en este último, sujeta todavía con un alfiler, había una cuartilla, que no era otra que la orden dada por el intendente general de policía Marty, dirigida al director, para que el preso Francisco Ponzán Vidal, fuese entregado a las autoridades alemanas. Jamás olvidaré la firma de este gran criminal, fusilado poco después de la liberación.

Gracias al enfermero que había sido un buen amigo de Paco, logré saber que también él lo había visto en el patio de la cárcel el día 17 de agosto, cuando se disponía a subir en el camión que habían preparado. Encabezaba la larga fila y me aseguró que no llevaba nada en las manos. Con la vista le dio a entender que ignoraba a donde los conducían. Debido a su condición de enfermero gozaba este señor de una cierta libertad y fue al pasar cerca de ellos que pudo presenciar la salida. Mas como el pánico cundía por todo, no tuvo el coraje de pararse, ni de fijar demasiado su mirada. Sin embargo, el hecho de ver a Paco le hizo retener ciertos detalles. Por ejemplo, no vio ninguna mujer y el convoy salió de la cárcel hacia las seis y media de la tarde. La forma de este camión, según nos explicó, no era la misma que me dijeron los vecinos de Buzet, de los que hablaré pronto.

Balvet y Manuel Becanas, dos hombres que lo conocieron perfectamente lo vieron cuando se lo llevaban. Según ellos la marca del camión era Saurer, color gris oscuro, nuevo. Ellos fueron los que me contaron entonces el patético

episodio que relato en el libro de Federica Montseny, que considero necesario transcribir aquí, porque refleja el espíritu de rebeldía, el carácter indómito de aquel hermano, por el que tanto sufrí.

"Durante su estancia en la prisión -sección francesa- varios resistentes fueron condenados a muerte por actos calificados de terrorismo y pasados por las armas.

"El primero de ellos fue Langer Mendel, fusilado el 23 de julio de 1943, al que siguieron Louis-Emile Sabatier, el 17 de febrero de 1944. André Broussin el 13 de marzo. Los hermanos Louis y Henri Devi el 24 de abril y Diego Rodríguez y Enzo Godeas el 24 de junio del mismo año.

"Todos comparecieron ante la Cour Martiale de Toulouse, que los condenó a la última pena. La sentencia era cumplida pocas horas después en el patio de la cárcel. Puede imaginarse los minutos de ansiedad y de pena que vivirían los demás presos, siguiendo tras las rejas de sus celdas los menores ruidos y movimientos de aquellas horas trágicas, esperando la descarga que había de segar las vidas de unos compañeros en plena juventud.

"Una de las veces en medio de un profundo silencio, se oyó gritar: "¡Viva la Libertad!".

"Era la voz de un condenado, que en el postrer instante de su existencia manifestaba ante sus verdugos y ante cuantos podían oírle, el ideal que le había conducido frente al pelotón. Antes de que la descarga sonara, otra voz fuerte, potente, llena de virilidad y de ira le respondió: "¡Viva!".

"Era la voz de Paco, la única voz que entre tantos centenares de presos, sobrecogidos, temblorosos, mudos por el dolor y la impotencia, pudo salir de la garganta. La única que no vaciló ante el peligro, que salió espontánea, sin temor a las represalias. Pero esa voz cuajada de rebeldía tal vez hiciese aparecer una última sonrisa en los labios del que iba a morir, dándole mayor aliento el saber que no estaba solo, que otros luchaban y le vengarían...

Como Palmira se había ido a París, decidí trasladarme a Buzet, para efectuar personalmente la encuesta e interrogar a los testigos del drama, aunque en realidad no los hubo. Me acompañó una señora francesa, antigua compañera

de cautividad en Brens, cuyo nombre he olvidado. Salimos en autocar y al llegar al pueblo nos fuimos directamente al cementerio, situado en las afueras, a un lado de la carretera. Entrando, a la derecha, seguimos una senda que nos condujo a las tumbas que buscábamos. Tres cruces de madera, iguales, señalaban el lugar en que habían sido enterrados los tres féretros que contenían los restos de los mártires. Sobre la tierra fresca había flores, muchas flores, todavía hermosas. Allí, tan cerca de los inmolados, mirando con inmenso dolor aquellas cruces, bajo las que reposaban sus cenizas, podríamos más bien decir, me sentí incapaz de llorar. Ni una lágrima pudo salir de mis ojos. Como convertida en estatua de piedra, permanecí largo rato, hasta que mi acompañante me sacó de aquel estado de inconsciencia, diría yo. Al sentir el contacto de su mano, al tocarme, me pareció despertar de un sueño. Fue en aquel momento cuando la realidad se impuso y que enloquecida pronuncié el nombre tan querido. Pero fueron unos segundos solamente y sin saber por qué, se operó una reacción en mí, que me devolvió la calma. ¡No! Paco no estaba entre aquellos muertos... Había algo que me lo decía, pues no sentía su presencia. Más bien una paz extraña. Un no sé qué, que me obligaba a decir: "No llores, tu hermano no está aquí".

Salimos del cementerio y nos dirigimos a la alcaldía, donde el alcalde nos resumió los hechos: Fue el 17 de agosto, hacia las siete de la tarde... Nos mostró los objetos hallados, entre los escombros, no identificados aún...

Dos dentaduras, una con paladar y algún diente en oro y otro en metal blanco en el lado izquierdo, con enganches de oro. Otro sin paladar, intacto, con diversos dientes en oro. Muelas sueltas, en este metal, tres o cuatro. Dos sortijas, un sello muy estropeado por el fuego y una alianza con la siguiente inscripción: GL-JP 28.1.1939. Otros objetos recogidos: dos rosarios, una medalla, dos varillas de corsé de mujer, de lo que se desprende que hubo entre los fusilados, por lo menos una. Había además dos trozos de cinturón de cuero y bastantes hebillas de pantalón. Todo ello medio quemado. Una navajita pequeña, dos hebillas grandes de correa militar y la insignia de un club. El número de muertos se comprobó, o se calculó -nos dijo- no por los cráneos porque estaban completamente calcinados, si no por el sitio que

ocupaban los restos, aquí una clavícula, allá una tibia, más lejos... ¿para qué seguir?

Nos trasladamos a la casa más próxima del lugar del suplicio, situada a unos dos kilómetros del pueblo, muy cerca del camino que daba acceso al bosque, entrando a este por la carretera, es decir, sin pasar por Buzet-sur-Tam.

Vivía en ella una familia española, residente en Francia desde hacía muchos años, compuesta de cinco personas, de las que cuatro vieron pasar el convoy el 17 de agosto, alrededor de las siete de la tarde. La caravana se componía: de un coche de turismo, ocupado por oficiales alemanes; de un camión descubierto, lleno de soldados, sentados y de pie, que cantaban como verdaderos locos; de otro camión que supusieron de los condenados, cerrado y con toldo; otro camión de soldados, en la misma actitud que los que iban delante. Y por fin, un coche de turismo, más grande que el primero, ocupado por miembros de la Gestapo.

Minutos después oyeron las primeras detonaciones y un grito desgarrador de mujer, seguido de dos o tres ráfagas de ametralladora y fusilería; estos tiros bastante espaciados y acompañados de alguna explosión de bomba.

El tiroteo duró como mínimo tres cuartos de hora.

Más tarde, en la oscuridad de la noche, pudieron ver dos o tres grandes hogueras. Nuevo ruido de coches al pasar por delante de la casa... Los verdugos, saciados de sangre, emprendían el viaje de regreso a Toulouse.

A la mañana siguiente, temprano, otro desfile con el mismo séquito. ¿Irían a contemplar el alucinante espectáculo de su horrendo crimen... o llevarían otras víctimas? Si las hubo, habían sido asesinadas ya y no trasladaban más que cadáveres, porque esta vez siguió el silencio más completo. Ni un disparo, ni una voz rompió la paz de aquella mañanita de agosto, que se anunciaba radiante de sol y que invitaba a vivir y a gozar...

El sábado 19, cuando los alemanes en derrota iniciaron su huida, las autoridades locales se acercaron hasta allí, descubriendo y constatando, aterrorizados, la matanza. Bajo los escombros de dos granjas de las que sólo

quedaban en pie los muros laterales, ennegrecidos por el humo y taladrados por balas y metralla, vieron restos humanos totalmente calcinados.

Fuera, un poco más a la derecha, habían encendido la tercera hoguera, aprovechando los haces de leña seca, que el guardabosques (también fusilado), tenía preparados para el invierno. En esta, algo había escapado del fuego, el busto de un hombre y algunos huesos, tibias, fémurs, cráneos... Los más visibles fueron recogidos y enterrados en tres féretros. Eran las tres tumbas que acabábamos de visitar.

Pocos fuimos los familiares que lloramos en el pueblo a estos muertos y los pocos que éramos todavía dudábamos. Sin embargo, existía una realidad amarga, cruel: 44, 54 o acaso más personas habían sido ejecutadas y sus despojos o cenizas diseminadas en el cementerio de allí; en el Monumento a los Muertos de Toulouse (colocados en una ánfora que vi con horror en el Cuartel Compans) y hasta en casas particulares, como en la mía, por ejemplo. Escarbando, removiendo, ahondando aquellos escombros, fui sacando pedacitos de huesos tan calcinados que se rompían al cogerlos, botones, hebillas, que conservo y conservaré mientras viva, como testimonio infernal de la barbarie nazi...

Lo que sí se supo de manera cierta, por sortijas identificadas, que estas víctimas eran los presos de Saint Michel, aunque para la mayoría de las familias la prueba no se encontrará jamás. Porque... ¿hubo ese fatídico día una expedición o dos de prisioneros? Los testigos no llegaron a ponerse de acuerdo, pues no coincidían en la descripción del camión.

Por lo que respecta a mi hermano, en su certificado de defunción dice:

"Décédé le 17.8.1944 á Buzet-sur-Tarn. MORT POUR LA FRANCE". [\(20\)](#)

Así, pues, el bosque guardará su secreto. ¿Quiénes fueron esos desgraciados, asesinados tan salvajemente la antevíspera de la liberación de Toulouse y cuántos eran? Ninguno puede afirmarlo de manera cierta. Se sabe que había viejos y jóvenes. Grandes resistentes como el coronel André Fourcade, el teniente Kayl, el aviador Maurice Collé; judíos como Cosia, Albert Katz y el

novio de la muchacha que conocí; jóvenes, que nada sabían de la vida, ni de la lucha, apresados unos días antes en una redada: René Peter, Boers, Vialá, Douest, inmolados a sus 18 años, igual que los tres muchachos que ocupaban la celda número treinta... Todos pagaron de la misma manera.

Elegidos como rehenes, al azar o concienciadamente, el viaje hacia la muerte no fue largo. A 25 kilómetros de la capital los sanguinarios encontraron el cuadro ideal, que les había sido señalado por el llamado Renard Noir (Zorro negro), un italiano, agente de la Gestapo, que presentándose como preso evadido, herido por añadidura, a uno de los que sospechaba resistente en Buzet, logró ser albergado por este y socorrido. Pero en cuanto le hizo conocer a los amigos de la Resistencia, desapareció... De este modo empezó la tragedia, que debía sumir en el más gran desconsuelo a numerosas familias de este pueblo mártir, en el departamento del Alto Garona.

Fue el 6 de junio, cuando los alemanes empezaron su sangrienta tarea, matando a seis hombres e incendiando la casa en que vivía uno de ellos, cerca del bosque, por ser guarda forestal. Retirándose ya, penetraron en la propiedad Vieusse y cometieron dos crímenes más, asesinando a los aparceros, esposos Rolland, de una ráfaga de ametralladora.

Todavía pagaron tres más, el padre y los dos hijos Porta, ejecutados delante de la puerta de su casa. No satisfechos, sedientos de sangre, se llevaron seis rehenes cuyos cadáveres atrozmente mutilados y descompuestos eran encontrados en el bosque los días 10, 11 y 12 de julio...

El 15 de dicho mes tres hombres desconocidos morían en el lugar denominado Borde Basse... El 17 de agosto el camión de presos de Saint Michel llegaba allí... El 18, otros hombres, ya sin vida, envueltos en el más profundo anonimato, se consumían entre las llamas...

Después el tiempo fue pasando, cicatrizando heridas, secando lágrimas, esperando... ¿por qué no?

El 15 de abril de 1945 un artículo publicado en Le Cri Public firmado por Jeanine Damay, esposa de uno de los desaparecidos, avivó todos mis recuerdos. Lo titulaba "Le Mystère de Buzet-sur-Tam" y lo terminaba diciendo:

Toulousains, n'oubliez pas les martyrs de Buzet-sur-Tam, symbole de votre résistance. Ils sont morts pour vous, pour que vous continuiez à vivre libres et joyeux! (21)

El 14 de septiembre, asistíamos a la inauguración de un sencillo monumento, erigido a la memoria de los mártires. A él fueron trasladados los restos que habían sido enterrados en tres féretros y varias placas de mármol han sido colocadas en su muro lateral, enclavado en el mismo cementerio, pero cara a la carretera, para que cuantos transiten por ella no olviden estos crímenes, precio de su libertad.

Como el mausoleo fue en principio dedicado a las víctimas de Buzet, los que sobrevivieron cuidan amorosamente las flores que lo embellecen y en cualquier día del año que se visite, vemos con satisfacción que es seguramente en el único lugar que no han sido completamente olvidados...

Treinta y un año han pasado, sin que ninguno de los que salieron en ese fatídico 17 de julio de la cárcel haya vuelto a dar señales de vida, o por lo menos lo ignoro. Hubiese un convoy o dos de prisioneros, montasen en un camión o en otro, todos fueron asesinados, matados en Buzet o en cualquier rincón de Francia o de Europa; pero muertos en definitiva.

En lo que concierne a Paco, a los 33 años, en plena juventud, por haber luchado por una causa que creyó buena; abrir caminos de libertad; encontrar brechas por donde hombres de todas las nacionalidades pudiesen huir. Y esto en medio de la opresión, en pleno dominio del Terror, ayudando a los aliados por todos los medios a su alcance, a ganar la guerra convencido de que tras la victoria y el aplastamiento total de Hitler y sus amigos, llegaría la derrota del régimen franquista, pues se ayudaría a los españoles a recobrar su libertad, como la habían recobrado una gran parte de las naciones europeas. Mas Paco muerto ante todo y sobre todo por sus ideas. Muerto por haber consagrado su vida entera a un ideal. Incomprendido, censurado más de una vez por los

suyos, pero inmolado como su profesor Ramón Acín, Alfredo Atarés, Manuel Lozano, los hermanos Alcrudo y tantos otros hombres de la CNT que lucharon y murieron por la emancipación de la clase trabajadora.

¿Se equivocó exponiendo su vida por una causa que seguiría perdida para los españoles resistentes? No lo creo. En todo caso no sólo ayudó a centenares de hombres a recobrar su libertad, sino que permitió a muchos de ellos, en particular a los aviadores y a los que se alistaron en las Fuerzas Francesas Libres, de continuar el combate. "Mi patria es el mundo", solía decir... Sin embargo, ello no le impedía amar a España y la España que él amaba no estaba ni muerta, ni vencida, sino que seguía triunfando más allá de sus fronteras. Era la España de Pablo Casals, de Machado, de García Lorca, de Picasso... La España tan cerca de nosotros y entonces tan terriblemente lejos, con sus torturas, sus fusilamientos, sus cadenas, que a toda costa quería romper el revolucionario y el hombre bueno que fue mi hermano...

El resistente de la primera hora que también fue, ha sido ensalzado, como lo fueron cientos de los que cayeron, por los gobiernos americano, inglés, francés, belga, otorgándoseles unas medallas; recibiendo sus familias certificados en los que se elogiaba la conducta valerosa del caído durante los años difíciles de la clandestinidad. Por lo que se refiere a él, citándolo incluso varias veces en el diario oficial francés á l'ordre de l'Armée:

D' un courage remarquable et d' un dévouement inlassable, a toujours montré sa solidarité avec la Cause des Alliés,...

Résistant qui a donné, en faisant le sacrifice de sa vie, un beau témoignage de son patriotisme et de son dévouement á la cause de la Liberation. (J.O., 28.5.1947).

En otra:

Magnifique patrióte, chef d' un groupe d' un réseau d' évasions ayant rendu les meilleurs Services á la Résistance...

A fait preuve des plus belles qualités de courage et de dévouement. (J.O.,29.9.1949).

Y todavía:

Ces citations comportent l'attribution de la Croix de Guerre 1939-1945 avec palmes...

La Médaille de la Résistance est décerné a Monsieur François Ponzan, Capitaine á titre postume. (J.O., 13.7.47). (22)

No cabe duda, que estas citas hubiesen hecho sonreír irónicamente al antimilitarista que fue Paco. Capitán él... que no había aceptado en la guerra civil española, más que el mínimo de galones y aún estos, por exigencias de su cargo, que raramente exhibía...

Después el olvido total cayó.

Mas antes que la tierra lo abrazara. Mucho antes de que el dolor de "terminar" mordiese sus carnes y su pensamiento... el olvido había besado su rostro... por eso sus palabras se ahoga ron y su pensamiento murió en silencio.

Época aquella de difícil reconstrucción. Horas que hoy -este hoy preñado de ingratitud- no suenan y que ayer eran extendidas, inagotables.

De amargura e impotencia está hecha la Necesidad del hombre, y en la confluencia de estos dos valores, surge un nuevo río, río triste, sin reflejos, muerto: el Desagradecimiento. Y a este amigo, no sólo lo mataron las balas y las llamas, más tarde de la Gestapo, sino el desagradecimiento, robusto, ventrudo de aquellos que se olvidaron de él.

Olvido, tú no tienes vida de por ti, son los hombres quienes te crean, quienes te engendran. Y te hacen para ser ellos a costa de otros. La consciencia de un hombre actual está repleta de agonías ajenas. He aquí la razón existencial del olvido.

Párrafos de Pasado y presente de un hombre, por Salvador Aguado Andreu, publicado en Guatemala, enero de 1949.

¿Fue Paco una excepción? No. Y entre los franceses tampoco.

Es un fenómeno que se ha repetido por todas las regiones de Francia. Los españoles resistentes pronto volvieron a ser otra vez extranjeros. Volvimos al más completo anonimato y cuando año tras año, se evoca o se retraza lo que fueron las liberaciones de París, Toulouse, Bordeaux, etc., se nos deja de lado, como si no hubiésemos participado en la contienda, como si no hubiésemos contribuido con la sangre de nuestros muertos, con su sacrificio, a la derrota del enemigo, como si jamás los exilados españoles hubiesen tomado parte, ni en el combate, ni en los actos de sabotaje, ni en los maquis, etc.

¿Quién recordará a Ponzán (o a Monsieur Vidal) cuando se hable o se escriba sobre la cadena de evasiones de Pat O' Leary...? ¿Quién pensará en los valientes e incansables guías, que acompañaban a los hombres que se escapaban? Nadie, estoy convencida. Los héroes, los honores, serán siempre para el doctor Alberto-María Guerisse, Louis Nouveau, Jean de la Olla, Marie-Louise Dissard... ¿Quién hablará de la magnífica conducta de los españoles, los primeros en entrar en París para liberarlo en la famosa división Leclerc? Una voz se elevará quizás, la del capitán Raymond Dronne, que no se avergüenza de decir, en pleno debate televisivo: "Les espagnols ont été merveilleux de courage et de bravoure!". [\(23\)](#)

Por tanto, a través de la proyección de las películas hechas cuando la liberación de la capital y mejor aún en los cientos de fotografías que se hicieron en aquellas horas de entusiasmo y delirio colectivos, no es difícil leer en los tanques de guerra y carros de combate: "Madrid", "Teruel", "Guadalajara", "Durruti", "Ascaso", etc., prueba evidente de que los soldados que en ellos iban eran exilados españoles, defensores de la República y combatientes desde el año 1936...

Y cuando se hable de las luchas en Alto Saboya, de la tragedia de Vercors, en donde mezclados con los franceses, murieron tantos de nuestros hermanos españoles, ¿quién habla o hablará de estos últimos?

¿Quién pensará en los que también murieron en el Maquis de l' Ariège, del Perigord, de Lot, etc.?

Pero hay que decir en honor a la verdad, que gracias a las Federaciones Españolas de Deportados e Internados políticos y resistentes, se ha hecho en este sentido una labor positiva, para que el sacrificio de tantos miles de exilados no sea estéril y quede al menos una simple estela, que recuerde a las generaciones venideras la parte activa que tomaron los españoles en la segunda guerra mundial. Ahí está, en el cementerio del Père Lachaise de París, el monumento a su memoria. El de Annecy, en Alta Saboya y otros muchos diseminados aquí y allá, o perdidos en los cementerios de Buziet, Buzet-sur-Tam y algunos más, que recuerdan y recordarán siempre, por qué lucharon estos extranjeros y por qué murieron.

Y cuando la muerte ponga su halo sobre nuestros cuerpos inertes, di a las venideras generaciones lo que fue aquella noche de tinieblas y las vidas que fueron sacrificadas para que resplandeciera una nueva aurora. Diles, sobre todo, que los que ofrecieron sus vidas lo hicieron para que en lugar de monumentos a los muertos, existan inmensos vergeles donde florezca la paz, la justicia, la fraternidad, el mutuo respeto y la libertad.

Dar fe en la dignidad humana e impedir que el musgo del olvido recubra el recuerdo de nuestros muertos, esa será tu misión, modesto Monumento, que ayer eras piedra muerta y hoy tienes una leyenda.

Copiado del periódico Hispania, número 31, dedicado casi en su exclusividad a la jornada de fraternidad de la deportación española e inauguración del monumento en el Père Lachaise, de París.

Por otra parte, desde hace años, algunos escritores españoles se esfuerzan en recoger testimonios y documentos que, paulatinamente, les hace "desenterrar a los muertos", no para ganar como el Cid una batalla después de muerto, sino para darles un nuevo soplo de vida, haciendo conocer y revivir su obra, su gesta, a los lectores que desean conocer lo que fue el largo y penoso camino del Exilio, de miles y miles de españoles, hasta el sacrificio supremo: Ofrenda generosa de la vida por una causa que consideraron noble y justa. Que a través de los relatos que se hagan, se juzgue al hombre y se le sitúe en el puesto que

mereció. La historia lo exige. En nuestro caso, no para hacer héroes, sino para que se conozca la abnegación de esta legión de hombres que no habían cometido más delito que el de amar y defender España, deseando para ella una era de fraternidad y de justicia.

Laudable trabajo, pues, el de Federica Montseny, con su libro *Pasión y muerte de los españoles en Francia*, (1949); el de Alberto Fernández con *La España de los Maquis* (1967); el de Antonio Vilanova con *Los olvidados* (1969); el de Eduardo Pons Prades *Los que sí hicimos la guerra* (1973); y del mismo autor: *Republicanos españoles en la segunda guerra mundial*, finalista del primer premio "Espejo de España", instituido por la editorial Planeta.

Es posible que se hayan publicado algunos otros, con el mismo fin, pero los desconozco.

¿Qué fue de los hombres que formaron el grupo de guías de Paco y que secundaron su obra?

Usaron siempre falsas identidades, cambiándose el nombre cuando las circunstancias lo exigían. Entre nosotros, se les conocía por los de sus respectivas regiones o por apodos.

Tres de ellos, que habían trabajado desde el principio, fueron detenidos en España y aun no siendo identificados, vivieron largos años en cárceles y penales. Otros, apresados en Francia, apaleados, martirizados por la Gestapo, enviados a la cárcel de Fresnes a París o al campo de concentración de Compiègne y de éste a los de Alemania, en condiciones espantosas, encerrados en vagones de ganado y privados de agua y de alimentos.

El tren de la muerte, del escritor francés Christian Bernadac, en el que tantos españoles exilados salidos del campo de Vernet d'Ariège, perecieron de sed y de miseria, es una estampa trágica y dolorosa de lo que fueron estos viajes, de los que miles y miles de deportados ya no volvieron...

Dos de los guías, los más audaces, los más favorecidos por la suerte, o tal vez porque fueron los últimos que se integraron al grupo, no fueron nunca detenidos. Todos merecen la más grande admiración, como así los compatriotas que les prestaron ayuda y que fueron muchísimos.

No hay que olvidar que fue un trabajo de conjunto y que sin esa estrecha colaboración, sin el entusiasmo y la fraternidad que les unió, en particular en un principio, Paco no hubiese podido hacer lo que hizo, ni en Francia ni en España, pues fue repito, una labor de unión, de fuerza moral. Él puso su inteligencia, su sentido de organización, su fértil imaginación, su innata intuición, su espíritu y voluntad de lucha. Sus amigos pusieron lo demás, su resistencia física, su audacia, su coraje, su decisión y por encima de todo, su fe en las ideas y en la causa que defendían.

A pesar de sufrir torturas y cautiverios, ninguno de los guías perdió su vida, como no la habían perdido tampoco ninguno de los hombres que formaron parte del grupo, que en la guerra civil española trabajaron con él, en el SIEP.

Si mi hermano hubiese logrado salvarse, ésta hubiese sido su mejor recompensa.

SÓLO UN TRAIADOR ESCAPA AL CASTIGO QUE MERECE

Tampoco hay que olvidar a los traidores de la cadena de evasión, de la que como ya he dicho a lo largo de estas páginas, fue Paco quien forjó el primero y a la vez último eslabón:

Paul Colé y Roger le Neveu, "El legionario". Y menos todavía al que tan cobardemente denunció a nuestro grupo: Julián Comerás, español, oriundo de ese Aragón del que mi hermano fue siempre un enamorado y un defensor entusiasta.

Pero empecemos por Colé (Harold Colé):

Cuando terminó la guerra se emboscó en el ejército americano, presentándose como agente de información británico, escapado de un campo enemigo. El hecho de conocer a la perfección los lugares en los que los alemanes conservaban las obras de arte robadas, le valió para ser destinado a la sección de "Recouvrement d'Art", disponiendo de un magnífico automóvil con el que acompañaba a sus nuevos jefes, de un escondite a otro. Es decir que servía a los americanos, como había servido a los franceses, a los ingleses y a los alemanes.

Sus sueños de grandeza le perdieron...

Le agradaba organizar cenas, recepciones, en donde pudiese tener un auditorio que escuchara embelesado sus proezas de guerra, fruto de su sola imaginación. Todo fue bien hasta el día que se le ocurrió escribir a una antigua novia, de la que había estado enamorado y que ella, correspondiéndole, no había creído jamás en su traición. En las primeras cartas no le dio su dirección, ni le insinuó siquiera el trabajo que hacía, para evitar que se le descubriese, pero una noche, que sin duda había bebido demasiado, después de ingeniosas justificaciones y juramentos de amor, le dijo que si lo deseaba podía contestarle al Cuartel General del Ejército Americano.

La muchacha, al recibir esta misiva desbordante de cariño y de pasión, llena de alegría y de satisfacción se fue a enseñársela a Donald Darling (que era el que estuvo en Gibraltar como jefe supremo de la red de evasiones), diciéndole con orgullo:

¡ - Ve usted como mi novio fue acusado falsamente! ¡Aquí tiene la prueba de su inocencia!

Apenas había llegado a la calle que el inglés daba órdenes por teléfono para que un agente de los Servicios Secretos de Inglaterra y un policía francés fuesen a detenerlo en seguida.

Tras las presentaciones de rigor en el Cuartel General Americano, preguntaron:

- ¿Podemos ver a Paul Colé?

La respuesta fue:

- Precisamente da una recepción hoy...

Entraron en el salón y acercándosele, después de anunciarle quienes eran, le dijeron:

- ¡Acompáñenos usted afuera!

El traidor vaciló unos instantes, pero no queriendo dar un escándalo y al mismo tiempo temiendo lo peor, salió con ellos. Aprovechando la sorpresa, uno de los policías sacó el revolver y poniéndole las esposas se lo llevaron detenido.

Estuvo en la cárcel varios meses, mientras ingleses, franceses y americanos se lo disputaban para sus tribunales respectivos. Mas antes de que se resolviese esta cuestión, les llegó a unos y otros la siguiente noticia: "Paul Colé se ha escapado...".

Semanas después, un camarero parisiense se presentaba al comisario de su barrio y le decía:

- Hay en la casa un individuo, de fuerte acento extranjero. Su actitud me intriga. No sale nunca de día y desconfía de todo...

Pero como en aquella época las denuncias llovían, no se le hizo caso. No obstante, sin desanimarse, dos días después volvía al ataque:

- Yo le juro a usted que ese fulano es peligroso. Vayan por lo menos a ver...

Por fin fueron enviados dos agentes. La patrona del local negó rotundamente que hubiese allí un hombre, mas cuando vio que la cosa se ponía seria y que sin hacerle caso empezaban a registrar, dijo:

- Chéri..., la pólíce...

Paul Colé salió en pijama, pistola en mano y disparo contra ellos, antes de que pudiesen hacer un gesto de defensa, matando a uno. Al intentar coger a la mujer para resguardarse detrás de ella, el policía que había quedado ileso no se dejó intimidar y de dos balas disparadas en pleno corazón le dejó muerto, vengando así a su compañero que yacía sin vida.

Pat O'Leary, que vivía ya en Londres, fue convocado telefónicamente para que fuera a París a reconocer el cadáver. He aquí como nos relata la escena Vincent Brome, autor del libro Historia de Pat O'Leary en su última página:

Sur la salle froide de la morgue, gisait le corps de Paul Colé. Cheveux rejetés, visage semé de taches de rousseur, l'espion avait les traits déformés par la peur.

Pat regardait cette face encore crispée par l'effroi. Il aurait voulu éprouver de la pitié, mais trop de souvenirs se pressaient dans la mémoire: l'abbé Carpentier, Bruce Dowding, Mario Prassinis, le Dr. Rodocanachi, Guy Berthet, tous morts dans des conditions épouvantables.

Vidal, le Chef des guides espagnols -que l'on disait brulé vif- Dupré, Didert, Ullmann le tailleur, Debaune. Prés de trente hommes avaient succombé par la faute de ce misérable maintenant allongé, inoffensif sur une table de marbre... [\(24\)](#)

De Roger Le Neveu, más conocido por "El Legionario" se sabe que fue herido y finalmente fusilado cuando trataba de emboscarse en un maquis en las cercanías de Clermond Ferrand, para venderlos después, claro está. Pero antes de llegar al bosque, con el grupo de guerrilleros que lo había acogido, el automóvil que llevaba demasiada carga, pues volvía de abastecerse en víveres, tuvo una avería que sus ocupantes tuvieron que reparar en un estrecho camino vecinal.

En un momento de distracción, Roger sacó del bolsillo su llavero y uno de los muchachos se dio cuenta de que llevaba la cruz gamada en miniatura.

Siguió una acalorada discusión que acabó a tiros, resultando gravemente herido. Ya en el maquis el jefe quiso conocer los hechos y castigar al traidor cual merecía. Mas viéndose descubierto, temiendo ser torturado, confesó sus crímenes: que había denunciado a sesenta personas y ejecutado él mismo a veinte. En vista de su cinismo le dieron un tiro en la nuca y rápidamente terminaron con el asesino.

Louis Nouveau en su libro *Des capitaines par milliers* dice que fue identificado gracias a los zapatos un poco raros que llevaba y que él le había regalado el día 13 de febrero de 1943, es decir, en la mañana que fue detenido, con sus compañeros de viaje, por denuncia de "El Legionario".

Escribe en la página 442:

Roger Le Neveu, dit Roger le Legionnaire, est, je le sais de façon certaine, directement responsable de la morí de Lévéque, de la morí de la dame grecque de l' avenue Franklin-Roosevelt, de la morí de Monsieur Mongelard, le propriétaire de l' hotel de París, á Toulouse; de la morí de l' abbé Martin, de Pointivy; de Clément, de Roperts, du boucher de Rostrenen, de Mme. Moise de la Madeleine prés de Lille et de beaucoup d'autres qui travaillaient pour notre organisation dont j' oublie ou dont surtout j' ignore les noms et aussi de l' affreuse maladie de Jean de la Olla. Il a aussi tué Camors dit "Noel". (25)

De Julián Comerás ignoro todo. La muerte del que con tanta felonía denunció le sirvió sin duda para escapar al castigo que merecía. Pero si vive todavía y le queda un soplo de dignidad y de vergüenza, lo que no es fácil cuando se trata de un individuo de su calaña, que si lee estas líneas o se entera de su contenido, lleve al menos el remordimiento y el miedo que supone haber hecho asesinar con su denuncia a un hombre, español como él, nacido en su propia tierra, que creyéndole noble y leal como lo son en general los hijos de Aragón, le abrió su puerta y le acogió como hermano...

Mas una vez más se confirma que no hay regla sin excepción... De ahí que sea necesario desenmascararlo, aunque sea ya demasiado tarde. Los traidores no merecen la indulgencia, como no merecen tampoco la conmiseración los verdugos que aquel 17 de agosto de 1944, se ensañaron tan cobardemente con una cincuentena de prisioneros y como tales indefensos...

¡Pobres amados nuestros! Os perdimos cuando pensábamos poder abrazaros de nuevo. Os sacrificaron los tiranos, para vengar con vuestra sangre generosa su odio hacia los que los vencíais... Os torturaron. Os asesinaron y con refinado sadismo destruyeron vuestros cuerpos para hacerse la ilusión de que con ellos destruían vuestro ideal, ese ideal de Libertad, de Amor y de Justicia, por el que percesteis y por el que Tú, mi buen hermano, sacrificaste y lo diste todo.

Su derrota total, su aniquilamiento momentáneo, el desprecio profundo que inspiraron durante muchos años a los hombres de un mundo libre y mejor, hizo comprender al pueblo alemán hasta qué punto fueron bárbaros y asesinos.

Si a las generaciones sucesivas puede servirles de ejemplo, podremos creer

Pero, desgraciadamente, queda mucho por hacer. Y mientras haya en la tierra niños que mueren de hambre, ancianos que sufren, cadenas que aprisionen, esbirros que torturen, dictadores que aherrojen cuerpos y espíritus, surgirán por doquier legiones de rebeldes, que como Paco, lucharán y expondrán sus vidas en un combate permanente, hasta que la Humanidad entera viva en paz, en sociedades justas, libres y fraternales...

Bordeaux, julio de 1975.

EPÍLOGO

Estas páginas que ahora se publicarán seguramente en forma de libro, las terminé y firmé en julio de 1975, dedicadas a mis sobrinos, para que conocieran la breve vida de su tío Paco y no la olvidasen.

Acababa de obtener mi jubilación, de la empresa en que había trabajado varios años, bien como oficinista, bien como bibliotecaria, lo que hice siempre con gusto, ya que mi pasión por la lectura fue grande. Pero la terrible muerte de mi hermano me obsesionaba, no logrando con nada borrarlo de mi memoria. Y una tarde llena de tristeza, de pena, pensé: "Y ahora que tendrás tiempo, ¿por qué no escribes los recuerdos de los años más duros y dolorosos de vuestro Exilio?"

Y sin pensarlo más, cogí un cuaderno y empecé a volcar sobre el papel, nuestro medio familiar, nuestra infancia, nuestra juventud... Yo misma me sorprendía de mi facilidad, de mi rapidez. Dejé el bolígrafo y continué con la máquina de escribir. Las frases fluían sin esfuerzo, quizá porque no se trataba de rememorar nada, sino de plasmar lo que había estado siempre presente desde el momento que oí por radio Toulouse:

"Terrible noticia: todos los presos que salieron de la cárcel de San Miguel el 17 de agosto fueron torturados, masacrados, quemados vivos... ¿Cuántos eran? ¿50, 60, 70...? Imposible encontrar la respuesta. La identificación no podrá hacerse nunca, pues en tres féretros han sido ya enterrados los restos hallados".

En seguida tuve la convicción de que mi hermano formaba parte de ese grupo de condenados. Todos ellos habían salido de las celdas ocupadas por detenidos que estaban bajo vigilancia de la Gestapo y de los alemanes. Jóvenes y viejos. Unos aprisionados como rehenes, días u horas antes de ser

martirizados. Otros, encerrados durante tres años o tres meses, siempre con la espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas...

Naturalmente, mis palabras tenían que surgir con rapidez, cuando ellas sólo servían para expresar mis pensamientos, mis angustias, mis torturas, acumuladas desde hacía más de 31 años.

Pero los acontecimientos políticos y familiares que siguieron a partir de 1975 y que truncaron de nuevo el curso de mi vida, hicieron que todas esas páginas quedaran, no olvidadas, y menos todavía el recuerdo de mi hermano, sino postergadas para una segunda lectura, es decir corrección de lenguaje, si así lo consideraba, en caso de una posible publicación.

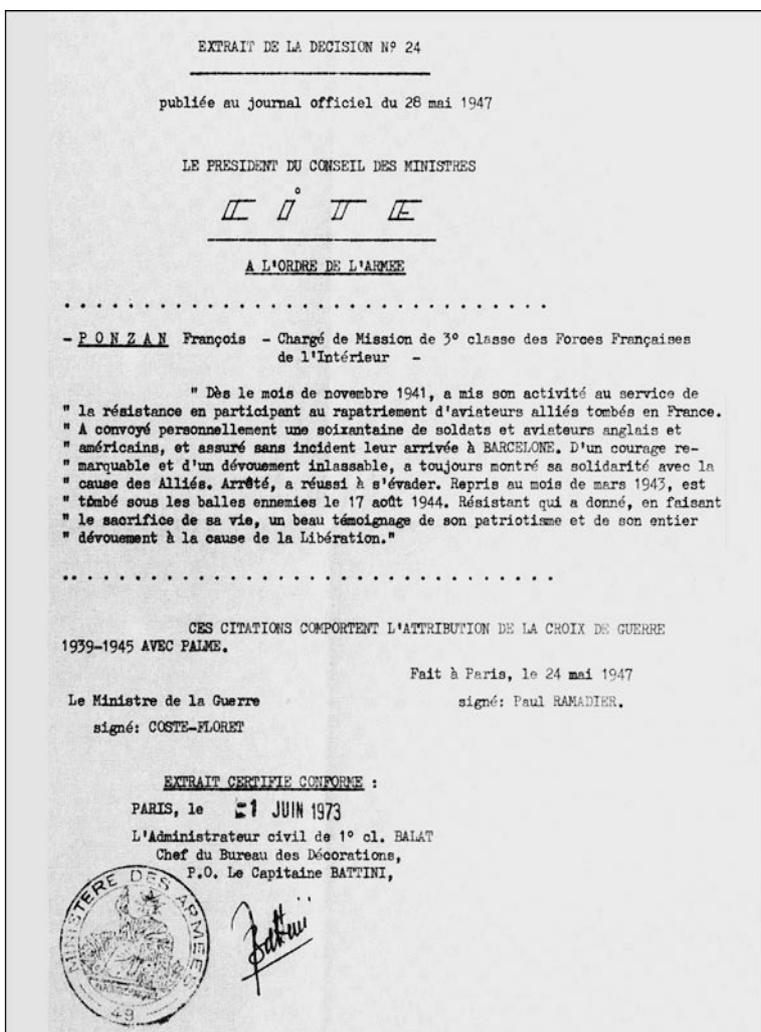
Mi deseo era, no sólo de evocar la memoria de mi hermano, para mí como ya he dicho innecesario, sino que su vida, su lucha por la libertad, no cayera en el olvido. Que evocando su memoria, se recordara también la de tantos y tantos españoles, que lucharon en Francia y que murieron por una vida mejor para todos, por la Justicia, la Solidaridad, la Libertad sobre todo, y que hoy han sido olvidados.

Recientemente, se pusieron en contacto conmigo dos compañeros suyos, Floreal Barberá y Enrique Casañas, manifestándome su deseo de publicar algo sobre el duro y peligroso trabajo realizado por Paco, sobre la Red de evasión "Pat O' Leary", puesto que fue el primero en establecer las líneas por donde los que deseaban evadirse pudiesen encontrar la mayor facilidad. Había sido contactado para ello por el capitán inglés Marshall, quien le pidió su colaboración y ayuda, conociendo perfectamente el trabajo que había realizado en España, durante nuestra guerra civil, en el SIEP (Servicio de Información Especial Periférico), dependiente de los servicios de Información del X Cuerpo de Ejército, cuyo Cuartel General se encontraba en Barbastro. El responsable del grupo en el Estado Mayor fue Paco, de lo que el capitán estaba muy enterado, así como de su fuerte capacidad intelectual. Todo fue convenido entre ambos y los trabajos en Andorra empezaron en 1940.

Ahora, cuando quizá mi deseo de publicar mi libro con las páginas que escribí en 1975 y que titulé: *Lucha y muerte por la Libertad*, lo primero que me pregunté es:

¿Debo releerlos e introducir las correcciones de lenguaje, que sin duda son necesarias?

Mi respuesta contundente es: no.



Si esto se hiciera, el libro tal vez ganase en estilo pero perdería lo que de espontáneo, de expresivo, de ágil, tiene o pretende tener. Además, y ello es importante, mi avanzada edad, mi delicada salud, mi poca vista, podría llevarme a trastocar ideas o hechos y esto es lo único que quiero evitar. Lo que pensaba en 1975, es lo que siento hoy. Solamente quiero y esto lo deseo con toda mi alma, que a mis páginas, entonces escritas, se añadan dos o tres hechos, que han herido todavía más mi corazón, después de tantos años de sufrimiento. Todas las condecoraciones y medallas que le fueron otorgadas a mi hermano por Francia, Inglaterra, Estados Unidos, etc.. Si él hubiese sobrevivido, al leerlas, irónicamente se hubiese sonreído, pensando: ¿Qué vale

todo esto, al lado del honor, de la honra, que me han sido arrebatadas, aunque haya sido por un error involuntario del teniente coronel Garder? Su deber era de verificar la información recibida. "Un Correo, entregado a un "passeur", se había perdido". Se llamaba Francisco Ponzán Vidal y sin pensar, ni discurrir más, escribió en su libro, "La guerra de los servicios secretos", la acusación siguiente: "escroc", contrabandista, estafador y... confidente de la policía..."

"De grâce, monsieur le Colonel, connaissez-vous beaucoup d' hommes libres qui tombent si bas?"

"Trois lignes lui sont dédiées dans le livre cité qu'il écrivait en souvenir de tous ses camarades morts pour la France..." [¡Qué ironía!]

"Trois lignes c' est peu, mais quand elles contiennent tant de boue, tant d'insultes, tant de mensonges c' est beaucoup..."

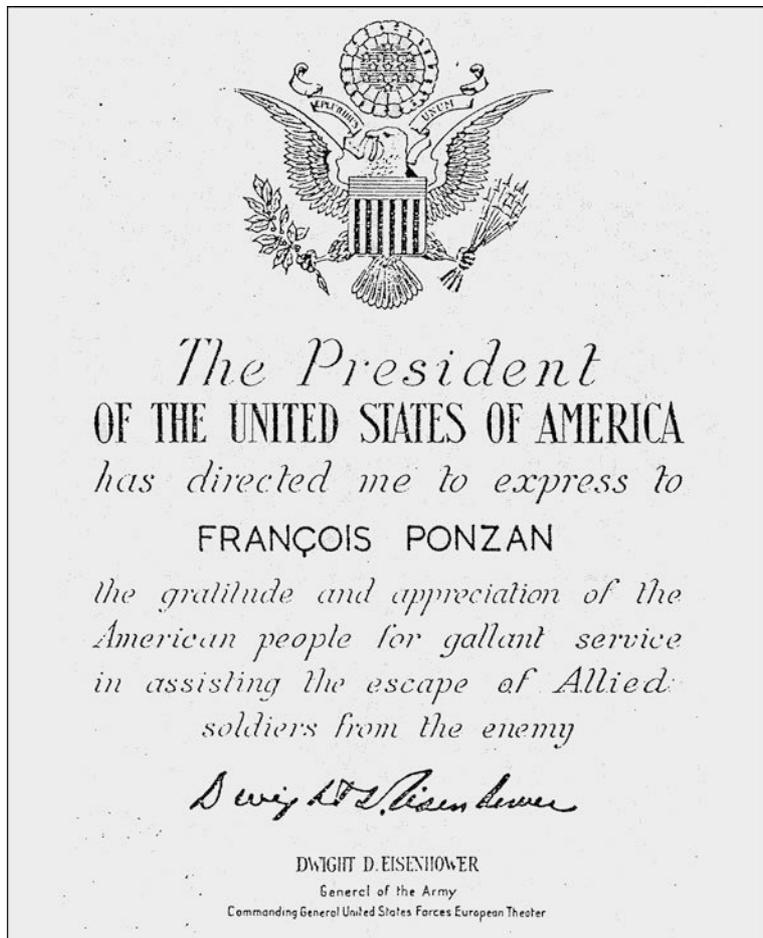
Voilà quelques mots de la lettre que je lui ai adressée. [\(26\)](#)

Más, para que el lector comprenda y sepa toda la verdad, que vea la copia de las cartas del coronel Garder, y su ACLARACIÓN, en español y francés, para que la lea en el idioma que le interese. (Apéndice 5).

La acusación, que leí por casualidad, cayó sobre mí como una bomba. Me sentí anonadada. Por primera y única vez en mi larga lucha, me faltó el coraje que siempre había tenido, en nuestra guerra de España y después en Francia... Mi vergüenza era tal que no quería ver, ni hablar con nadie, y menos todavía con quienes pisoteaban de una manera tan cruel la memoria del idealista y hombre de gran valor intelectual, moral y humano. En tanto que exiliado político, despojado de medios para llevar a cabo sus deseos, rico en valores morales, en honradez y decoro. Por fin escribí al coronel.

Su respuesta a mi carta fue inmediata, explicándome, brevemente la pena que sentía al constatar su error y prometiéndome que haría cuanto estuviese en su poder para lavar la mancha que había dejado marcada sobre nuestro nombre, deshonorándolo en lugar de reconocer en él el valor de nuestra lucha, de nuestros sacrificios, en bien de los perseguidos, o en bien de los ya

condenados a muerte en España o de cuantos deseaban escapar, huir de los alemanes, para continuar la lucha contra ellos.



Al cabo de algunas semanas, el coronel me envió su "Mise au Point" y el periódico *Le Monde* del 23.3.1968 con la rectificación de su falso testimonio.

Yo pienso, que al teniente coronel Garder podríamos llegar a comprenderlo, o por lo menos a justificarlo en parte. Me explicaré:

El nombre de guerra de mi hermano fue: "Francisco Vidal", que era el apellido de nuestra madre, mas Paco era tan conocido, que en España y Francia todos le llamaban Francisco Ponzán Vidal. Muerto, ya no se habló más de él. ¿Por qué? me he preguntado muchas veces.

Su gran amigo y colaborador en los difíciles trabajos de la Resistencia, Salvador Aguado, residente en Guatemala, le ha dedicado desde allí varios artículos recordándole, entre ellos uno titulado: "Pasado y Presente de un hombre". Dice de él:

"Olvido, tú no tienes vida de por ti, son los hombres quienes te crean, quienes te engendran y te hacen para ser ellos a costa de otros. La conciencia de un hombre actual está repleta de agonías ajenas. He aquí la razón existencial del olvido..."

Y Robert Terres, uno de sus jefes, me escribió en una de sus cartas:

"Votre frère et son organisation ont été de tres loin ce qu' il y a eu de plus important dans le Sud-Ouest comme passeurs d' hommes et de courrier et également comme organisation de renseignements, travaillant avec les Services spéciaux de l' armée, sans parler des réseaux de Résistance. Et je dois dire, que si j' ai beaucoup écouté, entendu, ou lu, concernant la Résistance dans le Sud-Ouest je n' ai jusqu' á présent jamais entendu parler de votre frère et c' est un oubli qui mériterait d' être réparé et c' est bien volontiers que j' y participerai" [\(27\)](#)

Fue necesario que yo buscara y rebuscara al fin el por qué de este olvido, de este silencio, durante años y años, pero creo haberlo adivinado ya. Volvamos medio siglo atrás:

Paco está en el campo de Vernet, reflexionando sobre su proyecto, para continuar la lucha contra España, es decir contra el "Franquismo" y pronto contra los alemanes -porque la guerra la veía inminente- e iba buscando o eligiendo amigos o compañeros para formar el primer equipo para pasar a España por Andorra, cuando conoció a un joven llamado Francisco Vidal de origen andorrano, que como tal, conocía perfectamente los difíciles caminos de allá, por haberlos recorrido mucho desde niño. Nacionalizado francés vivía, por lo visto, en el departamento del Ariège.

De acuerdo ya con él, mi hermano le preparó la evasión del campo, gracias a una estratagema, salida de su cerebro, rico en imaginación.

Hace algunos meses, buscando y rebuscando entre el "papeleo" de mis pequeños archivos de Paco, encontré una pequeñita agenda en dónde leí con gran sorpresa estas breves líneas, seguramente escritas por Salvador Aguado:

"Había en Andorra, decía, otro Francisco Vidal; era andorrano de origen. Perdió un correo. ¿Perdió un correo? me pregunté en seguida. ¿Cómo pudo ser posible? Y pensé en el Correo perdido, en los servicios de que nos habla el coronel Garder, y que culpa y acusa de la forma más canallesca a mi hermano.

Ruego a los historiadores, que son los que pueden valorar sus hechos, que si leen mi pequeña biografía sobre él, verán que fue un gran idealista, noble, humano y luchador por la Libertad. Que recobre el honor que le robaron, lo juzguen sin pasión y le sitúen en el lugar que le corresponda.

Todo fue justificado por el coronel en la "Mise au point" que escribió sobre el mismo libro que le acusó, para retractarse de su error, así como en el periódico *Le Monde* del 23.3.68.

Todo fue aclarado por el señor Garder y me pareció apenado y sincero, pero lo dicho o escrito queda sin borrar. Así, estos meses últimos, salió un libro del historiador catalán, Daniel Arasa, "La Guerra Secreta del Pirineu (1939- 1944)", quien en su capítulo III, "Ponzán y sus libertarios", citando al libro de Garder, pero sin haber rastreado sus posteriores rectificaciones de 1968, le carga una vez más las duras y terribles acusaciones salidas del libro que las lanzó.

Y mi nombre, nuestro nombre, que es el más bello tesoro que poseemos, lo que verdaderamente se desea es mantenerlo con honra y dignidad.

El silencio sobre la figura de mi hermano se ha prolongado demasiado tiempo sin descubrir la verdad.

Sólo un gran amigo suyo, español, habiendo asistido en Buzet-sur-Tam a las ceremonias conmemorativas de la liberación de Toulouse el 19.8.1984, se sorprendió de ver que no se nombró para nada a Francisco Ponzán Vidal. ¡Qué decepción la suya...! ¡Pobre Paco, se decía a si mismo...! ¿Cabe mayor indiferencia? ¿Mayor injusticia? Desenredar esta gran madeja es algo ya muy difícil, porque me lo impide la edad y mucho más aún por el gran número de resistentes ya muertos, desgraciadamente.

Termino, pues, con la pena de que haya sido tan mal comprendido, como no mereció. Amó Francia con toda la fuerza de su juventud. Lástima que no supiesen comprenderlo. No obstante, cumpliendo sus deseos, cuando mi vida

acabe, haré lo necesario para que queden en el Nuevo Museo de la Resistencia de Toulouse, una parte de lo que constituyen mis archivos, sobre su trabajo, ya que fue allá, en dónde compartió muchas horas con los grandes resistentes, acogidos en el Hotel París, y murió en sus inmediaciones.

Y basta ya...

Paso la palabra a mis buenos amigos Floreal Barberá y Enrique Casañas, a quienes agradezco profundamente ese deseo de ayudarme (dado mi estado de salud) antes de mi adiós a la vida, que veo cerca, a publicar la pequeña biografía de Paco y mía de los nueve años de guerra y exilio ya que estoy muy arrepentida de no haberlo hecho cuando me fueron adversas las condiciones de la vida, por diversas causas.

Estos amigos conocen más que yo lo que fue su lucha en favor de la Libertad y podrán hablar de muchas gestas que yo debo de ignorar, puesto que estuvimos muchos meses separados, yo en dos campos de concentración, Brens y Gurs, y mi hermano en el Campo de Vernet y en las cárceles tolosanas hasta la matanza de la Gestapo y alemanes, antes de su retirada de Toulouse el 17-8-1944. Gracias por vuestra maravillosa ayuda. El declive de mi salud, normal por mi avanzada edad, no me permite ir más lejos sola. Si bien espero que no he terminado mi misión, aunque ahora más dulcemente, puesto que escapo a mi soledad espiritual y al suplicio moral en el que he vivido durante 50 años ya.

Los calumniadores, los que deshonraron con sus insultos a mi buen hermano, si viven, podrán estar satisfechos de disfrutar de su triunfo...

A vosotros amigos el completar el retrato moral de este idealista que perdió “estúpidamente” su vida puesto que era inocente de lo que se le acusó y le condujo a la muerte.

Gracias por el buen recuerdo que conserváis de él, por el coraje que tuvo en la realización de sus sueños por sus Ideas por las que hubiese dado más a gusto su vida, que por lo que lo llevó hasta el suplicio.

Un gran abrazo.

APÉNDICE TESTIMONIO DE FLOREAL BARBERA

1. Lucha y muerte por la libertad

Al regreso de Burdeos, el 24 de mayo de 1995, me dispuse a leer en el tren la copia del manuscrito que Pilar Ponzán Vidal escribió en 1975 y que tuvo la delicadeza de obsequiarme. Acababa de pasar 3 días con ella para comentar la biografía inédita de su hermano Francisco Ponzán Vidal.

Fueron 3 días inolvidables durante los cuales conversamos desde la mañana hasta la noche evocando gratos y malos recuerdos de una época fascinante y peligrosa en la que nos vimos envueltos, en nuestra juventud, en mayor o menor grado, directa o indirectamente, durante la ocupación alemana de 1940-1944 en Francia.

Para Pilar fue terrible. Detenida con su hermano el 14-10-1942 en Toulouse. Puesta en libertad y luego internada en los Campos de Brens y de Gurs del 23-10-42 al 27-6-44. Su evasión del campo de concentración de Gurs (Francia) cuando lo invaden los alemanes, los peligros que atraviesa hasta llegar a Toulouse donde se entera de la trágica muerte de su querido hermano Paco conocido por Frangís Vidal en la Resistencia y en los Servicios Aliados.

A medida que yo iba leyendo la "Lucha y muerte por la libertad", título original del manuscrito, sentía el deseo de terminar su lectura antes de llegar a Barcelona, dado el interés que despertaba en mí.

Su biografía la relataba con toda sencillez y naturalidad, con una exquisita sensibilidad impregnada de humanismo que produce una sensación agradable

al leerla. Cuenta sus vivencias históricas sin destacar las hazañas bélicas en las que participó.

Tampoco menciona que le otorgaron los títulos de:

Agente P1 del 1-5-1941 al 22-10-1942.

Agente P2 del 23-10-1942 al 27-6-1944.

Red de evasión Pat O'Leary, homologada subteniente de las FFC1 (Fuerzas Francesas Combatientes del Interior).

Carte d' Interné Résistant (prisionera) N° 220703074.

Carta C.V.R. N° 055280, Combattant Volontaire de la Résistance.

Cruz de guerra C.V.R. 1939-45, N° 13351.

Carte du Combattant N° 55788.

Certificado de gratitud del Gobierno de los Estados Unidos, firmado por el General en Jefe Dwight Eisenhower.

En seguida, leyeron el manuscrito mi mujer, mi querido amigo Enric Casañas y varios amigos. A todos les gustó y así nació la idea de publicarlo.

Pilar Ponzán, que no había tenido ninguna actividad política, dedica la primera parte de su libro a sus vivencias durante nuestra desdichada guerra civil 1936-1939. Sus recuerdos de Jaca en poder de los militares sublevados, de su vida de maestra nacional, su familia de educación religiosa, su hermana casada con un militar del ejército rebelde, los fusilamientos y asesinatos así como de sus prisiones en un tiempo en que la vida humana tenía poco o ningún valor hasta que la suerte de un canje de prisioneros le permite reunirse con su hermano Paco que estaba luchando en el bando leal de la República.

Cuando ésta pierde la guerra, pasa a Francia con los restos del Ejército republicano que no quiso rendirse y con los civiles que huían de los vencedores.

Por fin el 17 de enero de 1940 se reúne en Varhiles con su hermano, salido el 18 de agosto de 1939 del Campo de Vernet (Ariège), con un contrato de

trabajo de Jean Benazet y comienza la segunda parte de su odisea cuando se integra en el grupo Ponzán. Y es en esta extraordinaria actividad a favor de la Causa Aliada que cae detenida en Toulouse el 14 de octubre de 1942.

Francisco Ponzán también fue detenido junto a varios miembros de su grupo ese mismo 14 de octubre del 42. Llevados al campo de castigo de Vernet, se escapan gracias a su jefe Robert Terres "El Padre", del servicio secreto francés. Detenido nuevamente el 28 de abril de 1943 es encarcelado en la prisión de Saint Michel, en Toulouse. Es entregado a la Gestapo el 6 de junio de 1944 que lo asesina el 17 de agosto siguiente, como represalia, dos días antes de la retirada de las tropas alemanas y de la Liberación de Toulouse. La muerte de Francisco Ponzán Vidal, para mí, que he sido y soy totalmente independiente y sin militancia política, es el ejemplo de un español valiente que con un puñado de hombres también valientes, tuvo en jaque a los servicios alemanes de 1940 a 1944.

El Grupo Ponzán realizó la hazaña de hacer pasar clandestinamente los Pirineos a unas 2.000 personas, desde Francia a España, la mayoría de ellos para reunirse con las Fuerzas Aliadas. Pilotos de la RAF y aliados derribados en Francia, personalidades políticas y militares, enlaces y correos de los servicios aliados, voluntarios y hasta el propio Pat O'Leary, Jefe de la más famosa red de evasión en la que el Grupo Ponzán fue un eslabón muy importante, prácticamente imprescindible en toda la trama. Paco pagó con su vida en la lucha por la causa Aliada.

Así me parece que el lector debería analizarlo independientemente de su ideología política y teniendo en cuenta que hechos escritos hace 60 años tendrían hoy un contexto diferente actualizados a la vida actual.

Con estas líneas rindo un pequeño y sincero homenaje a Paco que vi por última vez en Saint Michel hacia mayo o junio de 1943.

2. Francisco Ponzán Vidal. Perfil de un luchador.

Paco, de estudiante, se distinguió en la lucha a favor de los obreros y de los campesinos. Si hoy se considera normal que existan unas condiciones laborales

y sociales decentes, sesenta o setenta años atrás, reclamar estas mejoras equivalía, en España, a ser catalogado como elemento peligroso.

Paco obtuvo su título de maestro y tuvo en la persona del profesor Ramón Acín, vilmente asesinado con su mujer en 1936, una gran influencia en su formación cultural.

Durante la guerra civil fue oficial del SIEP (Servicio de Información Especial Periférico) y mandaba un grupo de infiltración e información, detrás de las líneas enemigas. Al perder la guerra civil en 1939, él y varios de sus hombres que pasaron a Francia, fueron internados en el Campo de Vernet (Ariège). Desde allí organizó, en el mismo año 1939, un grupo de resistencia antifranquista. Cuando salió del campo gracias al contrato de trabajo de Jean Benazet, de Varilhes, y se escaparon varios amigos el día 18 de mayo de 1939, apenas terminada la guerra civil, entró clandestinamente a España, en plena represión fascista, el primer grupo compuesto por Pascual López Laguarda "Sixto" del S.I.E.P., Joan Caíala Balafiy Francisco Vidal ("El andorrano"). El primer objetivo de Ponzán era humanitario. Quería, con prioridad, salvar a sus compañeros. El catalán Pallarols, fusilado el 12-9-1939, con otros en Valencia, falsificaban órdenes para liberar prisioneros del campo de Albaterra, dónde vivían en condiciones infrahumanas, conocido como el "campo de los almendros" porque se comían hasta las hojas de los árboles. El grupo Ponzán, además, llevó a Francia cantidad de personas evadidas o perseguidas por la policía franquista.

El capitán Marshall, del Intelligence Service, creó un servicio dirigido sobre la España de Franco, aliada de Alemania y de Italia, desde Foix, y con un secretario e intérprete, José Esteve Coll, oficial de la Marina Republicana, tomaron contacto con él en Noviembre de 1939. Ponzán, con la ayuda de su grupo, al que se le unió el célebre Agustín Remiro, muerto en Madrid el 21 de junio de 1942, jefe de un grupo de guerrilleros del frente de Aragón, entre otros muy aguerridos, organizó a favor de los ingleses una extensa red de información en España.

Ponzán al igual que muchos republicanos españoles, creía que ayudando a la Causa Aliada luchando contra los nazis a ganar la guerra, significaría la caída de

Franco, entonces en pleno apogeo del nazi-fascismo en España. Además, era la manera de obtener medios económicos para continuar la lucha antifascista. Paco era un idealista que tomó esta decisión sin afán de lucro personal. El y sus hombres salían de territorio hostil en Francia, atravesando los Pirineos, con las inclemencias del tiempo, para entrar en España donde se jugaban la vida. Y esto no hay dinero que lo pague. Cuando la debacle francesa de Junio de 1940, el capitán Marshall, camino de Burdeos con José Estevez Coll para embarcar en un submarino hacia Inglaterra, le dice al teniente "Tessier" (Robert Terres) del servicio secreto francés que le acompaña en coche con su ayudante Parayre/Parker que era su enlace con el I.S.:

- "Ya que está usted decidido a quedarse, tengo una oferta que hacerle. Sí, el coche por supuesto..., pero quiero decir... mis Españoles. Voy a tener que abandonarlos, ahora."

Parker le contesta:

- Pregunte al Teniente, yo ya le he hablado.

- ¿Estaría de acuerdo, Tessier, para tomarlos a su cargo? Son los mejores agentes que yo he tenido. Me fastidia dejarlos así, desamparados.

- Estoy totalmente de acuerdo, pero esto no quiere decir nada: no sé dónde estaré mañana... ¿Y ellos ¿qué piensan de esto?

- Ya les he hablado. De todas maneras conocen un poco a Parker. ¿De lo que piensan? Bien. Usted sabe, Tessier, han perdido ya una guerra -la suya- hace casi un año y medio, y han continuado... No es porque están perdiendo una segunda -la nuestra- que van a pararse. De todas maneras, para ellos, los nazis dueños de Francia, significa fatalmente, un día u otro, las prisiones de Franco... O peor.

Y luego le voy a decir algo Tessier... Están convencidos de que sólo la derrota de Alemania, y del campo fascista, puede permitir liberar España. ¿Entonces?

- Si los alemanes no nos comen crudos de aquí a final de semana, creo que podremos tener enorme necesidad de sus Españoles".

Principios de Agosto de 1940, Montgaillard (Ariège). Parayre/Parker hace las presentaciones:

- "Mi teniente, François Ponzán Vidal.
- Encantado de conocerle. Aquí todos me llaman Paco. Haga lo mismo, ya que estamos llamados, según parece, a trabajar juntos..."
- ¡Asombroso! Proscrito, anarquista, luchador aguerrido, un poco terrorista, un poco contrabandista, joven y delgado, con voz suave, que me saluda con una exquisita cortesía, con sus gafas de montura de concha, sus rasgos finos y puros, su sonrisa algo tímida, bajo de la frente ancha marcada de una incipiente calvicie, parece más bien un joven profesor.
- Escuche Paco, nuestro amigo Marshall ha debido explicarle por qué estoy aquí. Podemos ayudarnos mutuamente. Déjeme aclararle primero que no vengo para tratar de ser su patrón, sino su aliado...
- Así lo entiendo... contestó inclinándose ligeramente con una sonrisa algo divertida mezclada de dulzura y de insolencia.
- Quiero decir que no tendré dinero para darle tal como hacían los Ingleses. Estamos vencidos, somos pobres, y como vosotros reducidos a la clandestinidad.
- No es lo mismo, usted lo sabe bien. En fin. Al grano, teniente, ¿qué espera de nosotros exactamente?"

Sin alzar el tono de su voz, sin dejar un momento de sonreír, de repente, la forma de hacerme esta pregunta, detrás de la mirada del joven hombre afable, aparece el hombre de acción, que emana una autoridad tranquila que casi intimida.

Sus hombres, sentados en la mesa, callan y le observan como fascinados. Los noto dispuestos para seguirle adonde sea, subyugados por este magnetismo, esta inteligencia penetrante, esta autoridad natural propia de los que mandan como respiran, sin esfuerzo, sin dar la impresión de imponerse.

- "¿Lo que espero de vosotros? Nada en concreto por el momento. Conocen la frontera, están al corriente de todo lo que ocurre y tiene amigos en ambos lados de la frontera..."

Tessier le pide toda la información que pueda interesar al C.E. francés, infiltraciones de los servicios fascistas españoles y de los nazis favorecidas por España y de pasar sus agentes y correo.

- De acuerdo. ¿Pero qué nos ofrecen a cambio? Estamos completamente sin blanca, como sabe... Por el momento vivimos con el dinero que nos dejó el capitán Marshall, pero no durará...

- Le ofrezco la protección de mis servicios para todas sus actividades. No podemos pagarles. Hablemos francamente. Sabe mejor que yo que hay mercancías, refugiados judíos para pasar... Puedo cubrirle oficialmente por esta clase de actividades con los aduaneros y los gendarmes, facilitarle todos los documentos de identidad, buenos o falsos, todos los salvoconductos que pueda necesitar. Finánciese como quiera, le cubriré todo lo que haga con la autoridad de mi servicio. Deme a cambio algunas informaciones y haga pasar mis agentes cuando se lo pida.

- Creía que eran clandestinos.

- Para los alemanes sí. Para las comisiones de armisticio no existimos, somos clandestinos. Para Vichy, somos un organismo semi-oficial, pero secreto, que depende del Estado Mayor.

Paco sonrío y cándidamente:

- "Teniente Tessier, no estoy loco. Sé lo que le interesa; es también mis contactos con el I.S.. De momento no tenemos más. Pero, si un día estamos llamados a trabajar nuevamente para ellos, no cuente conmigo para traicionarlos.

- No es lo que le pido. Mi servicio, a diferencia de ciertos otros, no tiene nada en contra del I.S. y no transmitiré ninguna información que pueda perjudicar a los ingleses... Queremos estar al corriente de lo que ocurre en casa nuestra. Al contrario, si acepta los contactos con el I.S., nosotros le

cubriremos. Pero ténganos simplemente informados. Tengo que justificar a mis superiores las protecciones que le hago beneficiar... Digamos que será una cuestión de confianza entre nosotros. ¿Está de acuerdo?

- En principio sí. Tengo que consultar con mis camaradas.

Este juego cuyas reglas acabábamos de fijar debía durar, con modificaciones, es verdad, hasta el final de la guerra y permitir el pasaje de unos mil trescientos aviadores, agentes y oficiales de información ingleses, belgas, polacos y gaullistas, así como de innumerables correos de la Resistencia encaminados con regularidad, que iban a dar como resultado, cuatro años después, la liberación del territorio y la victoria de los Aliados".

El grupo Ponzán se mudó de sus Puestos de Mando de Montgaillard y de Varilhes en septiembre de 1940, trasladándose a Toulouse.

Con los fondos que le quedaban del capitán Marshall. 200.000 francos y dos emisoras, que le había entregado a Pilar en ausencia de Paco en misión en España, antes de regresar a Inglaterra, alquiló las casas de Toulouse, 42 rué de Limayrac y la Villa Tallada, que fue la base de Banyuls-sur-Mer. Antes vivieron muy modestamente en unas humildes habitaciones de la calle des Changes.

En una palabra, y es muy importante recalcarlo, el servicio francés obtuvo toda la organización del Grupo Ponzán y de numerosos simpatizantes que le apoyaban, SIN DESEMBOLSAR NADA DE DINERO. La colaboración de Paco con su grupo y los "passeurs", las bases, toda la infraestructura costosa de mantener, ya creada y perfeccionada después, en los dos lados de los Pirineos, los apoyos logísticos de simpatizantes benévoloos que colaboraban con él con todos los riesgos que comportaba, en Toulouse, Perpignan, Banyuls, etc... y en España.

Concretamente, todo un organigrama, de un valor incalculable si hubiera que crearlo, listo para funcionar a mayor escala.

A cambio, luz verde para otras actividades protegidas que, en cualquier momento en que las circunstancias variasen, podían tener efectos funestos para Paco y su grupo porque su nombre y su grupo iban a ser conocidos en organismos oficiales donde habían funcionarios que siguieron fieles al

Gobierno de Vichy. Pero Paco pensaba siempre en ayudar a sus compañeros del Interior y reorganizar la lucha contra Franco. Así reservaba todo el dinero, insuficiente, con un espíritu de sacrificio y abnegación acorde con la meta que se había fijado con determinación y autodisciplina. Hasta el punto que Pilar no disponía de dinero y todo el grupo vivía modestamente.

Conforme se fueron conociendo Paco y Robert Terres, alias teniente Tessier, se inició una gran amistad entre ellos y le dieron el apodo de "El Padre" porque era el protector que arreglaba los problemas con algunas de las autoridades francesas.

Tessier se sentía atraído por la lealtad y la eficacia de sus "españoles", en especial por Paco con quién se identificaba progresivamente. Tessier nació en 1913 y Paco el 30 de marzo de 1911. Tenían 27 y 29 años en 1940 respectivamente, juventud y, además, mucho coraje y luchaban por sus convicciones.

Algunas veces intervenía para arreglar algunos problemas, facilitar salvoconductos y sellos. Le servía de enlace su secretario Gérard "El Rubio", que también ayudaba en estas funciones, que yo veía frecuentemente con Manolo Huet, Conchita, y Caparros en 1942 y parte de 1943, hasta que "quemados", tuvieron que huir, a mediados de 1943.



Manolo Huet Piera. Jefe del eslabón marítimo del Grupo

Cuando Paco, con Pilar y el grupo inicial, se mudó a Toulouse en 1940, entró en contacto con el Dr. Soula, rector de la Universidad de Toulouse y colaborador del I.S., la Señora Cathala, cuyo marido catedrático había huido a Londres, el profesor Friedman, el Dr. René de Norcis, catedrático del Instituto Católico y la Señora Cohén, es decir el núcleo de iniciadores de la todavía débil resistencia.

Louis Nouveau, gran patriota francés de Marsella, conoció al capitán escocés Ian Garrow, evadido de Saint-Hippolyte. Su hijo Jean-Pierre había pasado a España, para reunirse con las Fuerzas Francesas Libres, gracias a Mme. Cathala que tenía contactos con los guías españoles de Ponzán. A través de ella, Nouveau y Garrow conocieron a Salvador Aguado que vivía con su mujer y su hija en la buhardilla de un convento 2 rue Deville, y posteriormente a Paco "Vidal". Era con la ayuda de Mme Cathala, al principio, que se organizaban las expediciones. Louis Nouveau fue una pieza clave de esta Organización. Durante la guerra no se hablaba todavía de "réseau". La llamaban "l'Organisation". Más tarde fue el "Réseau Pat O'Leary", dirigido por el Lieutenant Commander Pat O'Leary.

Robert Terres afirma en su libro *Double jeu pour la France*, pág. 69, que: "La Resistencia, en aquella época, por lo menos en la zona libre, pasaba necesariamente por el contacto con el Intelligence Service y las organizaciones gaullistas. Fue entonces, con mi bendición y bajo mi control, que el grupo Ponzán reanudó su fructuosa colaboración con el I.S. y los servicios belgas, gaullistas y polacos. Agentes, correos, aviadores derribados... Organizó para ellos durante toda la guerra, un número impresionante de pasajes...". Prácticamente todos los correos de los gaullistas, el S.R. polaco, el S.R. belga, el réseau Pat O'Leary y el grupo Sabot.

El réseau Pat O'Leary era de hecho el grupo Ponzán. "Los pasajes para mí, es primero y sobre todo el equipo de españoles del grupo Ponzán Vidal".

Este testimonio es muy elocuente y da la justa dimensión del trabajo del Grupo Ponzán. En los libros escritos sobre la Resistencia hablan poco de él. Era el último eslabón del "Pat O'Leary" porque convergían hacia él muchas de las

personas que tenían que pasar los Pirineos. En realidad fue también el primer eslabón y la base con lo que se vertebró la "Organización" de Ian Garrow, que mandó Pat O'Leary después de su detención.

Sin el Grupo Ponzán, ya funcionando cuando los británicos reanudan el contacto en abril de 1941, no hubieran logrado tanto éxito en tan poco tiempo o, por lo menos, hubieran tardado mucho en desarrollar una organización tan leal como efectiva que contaba con gran cantidad de puntos de apoyo en ambos lados de la frontera y ramificaciones en toda España.

Louis Nouveau, en sus memorias *Des capitaines par milliers*, pág. 293, afirma: "Nuestra Organización es, sin lugar adudas, de las cuatro o cinco redes de evasión que funcionaron con regularidad, laque encaminó sobre Gibraltar el mayor número de aliados". Pat O'Leary le había dado un gran impulso a su red, que se extendió por toda Francia, hasta su detención en marzo de 1943 y que luego continuó al mando de Mlle. Marie-Louise Dissart, "Fransoise".

A continuación, y para resaltar la importancia de la labor desarrollada por el Grupo Ponzán dentro del Pat O'Leary, traducimos una carta que Robert Terres dirige a Pilar Ponzán, el 12 de diciembre de 1973.

"Su hermano queda presente en mi memoria y guardaré siempre un recuerdo fraternal de él para el que he sido "El Padre" aunque teníamos la misma edad.

Antes de dejar los servicios especiales franceses, en 1945, yo mismo intervine para obtener los documentos de residente privilegiado y las citaciones para la Cruz de Guerra de todos los miembros de la red de Ponzán Vidal (por lo menos a los que pude encontrar en Toulouse y que no habían desaparecido) así como a él, a título póstumo...

Su hermano y su organización han sido de muy lejos lo que hubo de más importante en el Sur Oeste como pasador de hombres y de correo e igualmente como organización de información, trabajando con los servicios especiales del Ejército, sin mencionar los réseaux de la Resistencia. Por otra parte, cuando fui detenido en Vichy por Buffet, jefe de la policía de Laval, me dijo, y sobre todo, me acusó de proteger y de dirigir una agencia "Cook" (28) que no pagaba impuestos para el pasaje de las fronteras españolas.

Reintegré la vida civil en 1946 y desde entonces no he tenido ningún contacto.

Quedo a su disposición para todo lo que quiera en memoria de Paco. Aunque no hago ni he hecho nunca política, me he limitado a servir a mi país durante la guerra, es en buena medida gracias a su hermano y a sus amigos que he podido realizar una gran parte de mi trabajo. Por esto le estaré siempre agradecido y quedo a su disposición para atestiguarlo.

Debo decir que si he escuchado mucho, oído o leído en lo que concierne a la Resistencia del Sur Oeste, hasta ahora nunca he oído hablar de su hermano y es un olvido que merecería ser reparado y con mucho gusto yo participaré a ello.

Se despide y firma: Robert Terres".

Con esto está todo dicho. Paco que dio su vida, que su grupo pasó unas 2.000 personas al bando aliado vía Barcelona, Madrid, Gibraltar e incluso Portugal, pasó a engrosar la lista de "Los Olvidados" españoles. Otros se llevaron los honores y la gloria así como el reconocimiento público sin merecerlo tanto como él.

Es posible que de haber sido francés se hubieran preocupado en recordarle.

Mencionaremos párrafos de otra carta de Robert Terres a Pilar Ponzán fechada el 4 de octubre de 1977:

"...¡Cuando digo un poco terrorista quiero decir que él contemplaba la acción armada, pero no quiere decir terrorista en el sentido actual! Un poco contrabandista, yo alenté a Paco en esta vía, porque era el medio de hacer un poco de dinero, lo cual no es difamatorio. Naturalmente no era él que lo hacía pero los pasadores del grupo para los cuales constituía una excelente cobertura."

Ya hemos dicho que el servicio francés no pagaba y la actividad tenía que continuar. El contrabando, si lo había en pequeña escala, era también una tapadera en caso de caer detenido. Era preferible, sin duda alguna, hacerse pasar por contrabandista que por agente secreto. Y Ponzán no fue nunca un terrorista, ni siquiera iba armado cuando lo detuvieron. Hay que tener en

cuenta que en 1940 la mayoría de los republicanos exilados pensaba en la posibilidad de la lucha armada contra Franco, aliado de los alemanes nazis y de los fascistas italianos, según el desarrollo de la guerra mundial o en la liquidación del régimen franquista a su final.

Hay que destacar que la "Organización" de Ian Garrow iniciada en la primavera de 1941, en Marsella, con su esfuerzo personal para ayudar a algunos de sus camaradas evadidos a pasar a España, contó con la extraordinaria colaboración de Louis Nouveau que tomó contacto con Paco Ponzán a través de Salvador Aguado. Nouveau, además de buscar dinero para la "Organización", puso a disposición de la red de evasión su piso en Marsella y dos más que pertenecían a unos amigos suyos, para esconder a los fugitivos, siendo este un apoyo logístico muy valioso que representaba un gran peligro adicional para él y los suyos. Louis Nouveau elogia así a los Republicanos españoles del Grupo Ponzán: "...que eran los únicos para servirles de guías y que había que fiarse de los guías españoles que, en su mayoría, fueron espléndidos, aunque, a pesar de su honradez y su buena voluntad, había que pagarles". Tanto Nouveau como Garrow comprendían que toda la Organización incluido el Grupo Ponzán, necesitaba dinero para realizar su actividad. Cuando Ian Garrow fue detenido en Marsella en julio o agosto de 1941, "Joseph Cartier", cuyo verdadero nombre era doctor Albert Guérisse, médico militar belga y Lieutenant Commander de la Navy evadido del campo de Saint-Hippolyte, tomó la dirección de la red bajo su seudónimo de "Pat O'Leary". La fuga de Ian Garrow fue minuciosamente preparada con un soborno y salió del campo de Mauzac, en Dordogne, vestido con uniforme de Guardia Móvil que le había confeccionado un gran amigo de Paco en Toulouse, el sastre judío Ullman. Permaneció escondido en la casa de Marie-Louise Dissart hasta que el Grupo Ponzán le pasó a España.

Ante el avance enemigo en 1940, y posteriormente tras el armisticio del 25 de agosto, Toulouse se había convertido en una gran capital donde afluyeron miles de refugiados franceses y de todas las nacionalidades, desplazados por la guerra. Ya había en Toulouse y en su región, numerosos republicanos españoles de la guerra civil, unos con documentación legal, bien sea porque habían obtenido un contrato de trabajo o porque algún pariente residente en

Francia les habían arreglado su situación y otros, los más, escapados de los campos donde estaban internados y por tanto indocumentados.

La Villa Rosa, como la llamaban, estaba atestada de coches y de gente huyendo de los alemanes. Muchos querían pasar clandestinamente a España para ponerse a salvo o bien para ir a combatir.

En el Hotel de París, sus dueños, François y Augustine Mongelard, grandes patriotas franceses, dieron hospitalidad a muchos fugitivos y escondieron aviadores aliados derribados, así como agentes del Pat O'Leary, del servicio belga Sabot, de la cadena polaca F-2 del teniente Baychytz, cuyos agentes en esta red de información y de evasión llegaban a todos los países de la Europa en guerra, así como de la Resistencia, de los servicios especiales franceses y del propio Grupo Ponzán.

En este hotel también se refugió Paco con los compañeros de su grupo cuando se escaparon del Campo de Vernet el 22 de diciembre de 1942. Allí estaban ya escondidos el general francés Cochet con otras personalidades y celebraron las Navidades juntos.

El general Gabriel Cochet y el oficial polaco Baychytz fueron pasados a España por el Grupo Ponzán, así como el coronel Segard, jefe del I.S. en Francia, el brigadier general Roupell y otros oficiales de alto rango que luego fueron miembros de la Cámara de los Comunes, el mayor H. C. Hasler y el marinero W. E. Sparks, únicos supervivientes de la operación "Cáscara de Nuez", el famoso "Comando de la Gironde" que realizó la voladura de seis barcos alemanes el 11 de diciembre de 1942 en el puerto de Burdeos; el comandante Thyse, el príncipe de Mérode, ambos belgas, el comandante americano Georges Edward Reeves, el sacerdote canadiense Adrien Brault, el aviador checo Dhumil Snizek, el comandante inglés Robert Challoner, el jefe de la gendarmería belga J. H. J. Quoilin, el comandante polaco Borajdemiez, y centenares de ingleses, belgas, polacos, americanos, combatientes aliados, agentes secretos, correos, todos por la causa aliada.

El 10 de enero de 1948, con ocasión de la inauguración de una placa conmemorativa en el Hotel de París, el resistente Mompezat, en su discurso,

recuerda así la actitud heroica de su dueño y gran resistente Stanislas Frangís Mongelard y su mujer, ambos deportados a Alemania, donde murió Stanislas.

"En el curso del año 1942, el Hotel de París es el centro más activo de la Resistencia en nuestra región; gracias a esta magnífica solidaridad que hizo de la Resistencia la creación humana seguramente la más bella y pura de las diversas organizaciones clandestinas que cohabitaban en este hotel providencial, donde encontraban en cada momento, todos los medios de acción que necesitaban para el cumplimiento de sus respectivas misiones: armas, documentos falsos, emisoras, diarios de la Resistencia y hasta un equipo de pasadores acostumbrados a atravesar la frontera española. En efecto, los españoles evadidos del Campo de Vernet vinieron a refugiarse al Hotel de París en octubre de 1942 (29). Son una docena de hombres y forman un equipo valiente de "passeurs" bajo las órdenes de su jefe Ponzán -alias "François Vidal". Son ellos que llevan a través de los puertos de montaña de los Pirineos obstruidos por la nieve, a los aviadores aliados recogidos por los miembros de la red Pat O'Leary y a los combatientes franceses que quieren continuar la lucha en África del Norte. Después de sus penibles caminatas, estos españoles vuelven al Hotel de París donde se esconden en espera de nuevas misiones".

La alta opinión que el resistente Mompezat tiene de Paco Ponzán, alias "François Vidal" y la que tenían de él los Mongelard, Robert Terres, del C.E. francés, el general Gabriel Cochet, como desde 1939 Jean Benazet de Varilhes (Ariège) y los intelectuales Dr. Soula, rector de la Universidad de Toulouse; la señora Cathala, su marido, catedrático huido a Londres; el Dr. René de Norcis, catedrático del Instituto Católico; el profesor Friedman y el lingüista búlgaro Sergio Georgiev, a los que en una reunión en Toulouse en 1940 Ponzán les dijo: "No es la patria francesa la que está en peligro, ni la libertad de Francia, lo que está en juego: es la libertad, la cultura, la paz mundial"; así como la del capitán Marshall con quien trabajó el Grupo Ponzán desde noviembre de 1939 hasta que abandonó Francia en junio de 1940, cuando antes de embarcar en el submarino que lo llevaría a Inglaterra le dijo al teniente "Tessier": "son los mejores agentes que he tenido y me sabe mal dejarlos abandonados". Esta opinión contrasta con el contenido frívolo, y folklórico del libro de Vincent

Brome sobre los españoles en *L'histoire de Pat O'Leary* publicada en forma de folletín en "La Dépêche" de Toulouse, después de la guerra:

"Vidal no tenía ninguna simpatía particular hacia los ingleses. Los consideraba al mismo nivel que los franceses o los alemanes. El tablero era España".

Es normal que los republicanos españoles no tuvieran simpatía alguna hacia el gobierno británico de 1936-1939 después del triste papel de Chamberlain con el Comité de No Intervención que condenó a la República española durante la guerra civil, y el Pacto de Munich que dejó las manos libres a Hitler para anexionar Checoslovaquia y Austria, e invadir luego Polonia. Este resentimiento no iba dirigido contra los ingleses; estos fueron dignos de admiración durante toda la guerra. La comparación con los alemanes, que dice Brome, es una falacia desafortunada... Ponzán era enemigo de los nazis y de los fascistas; él tomó una posición clara y concreta a favor de los aliados en 1939-1940, antes de que existiera la Resistencia, y perdió la vida en esta lucha por la libertad.

Al contrario del retrato novelesco que hace Vincent Brome, Ponzán era una persona educada, culta y sensible, leal y dotada de una gran inteligencia y personalidad, necesarias para llevar a cabo la inmensa labor que realizó con su grupo, primero con el I.S. de Marshall, el C.E. francés de Robert Terres "Teniente Tessier"; posteriormente con el capitán Ian Garrowy Louis Nouveau en la "Organización" donde el Grupo Ponzán fue la base fundamental en la creación y el éxito de la más famosa de las cadenas de evasión: el réseau Pat O'Leary. El propio Pat O'Leary, Dr. Albert Guerisse, general-mayor belga, tras la guerra, en una carta del 12 de octubre de 1971, dirigida a Mlle. Thieuleux, conservadora del Centre Jean Moulin de Burdeos, le confirma que Ponzán Vidal perteneció a su "réseau" como jefe de un grupo de "passeurs", "...y que me hizo pasar igualmente en febrero de 1942, cuando me dirigí en misión a Gibraltar. Aportó un cuidado minucioso a mi seguridad. He beneficiado de su preciosa ayuda hasta mi detención en marzo de 1943. Era un gran personaje. Estábamos muy unidos a pesar de que era anarquista y que yo era "inglés"..."

En el semanario "La Chaine" n° 63-68, edición especial, aparece un artículo de la Federación española de los deportados e internados políticos de Toulouse:

"Hay que dar al César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios". Si entre los miles de españoles, que han tomado parte activa en la resistencia, en esta lucha clandestina del pueblo francés contra las tropas nazis de invasión, si, entre los exilados de la "Guerra de España" que, desde los primeros días, desde las primeras horas que siguieron a la retirada de las fuerzas inglesas y francesas en 1940, han colaborado estrechamente con los grupos de combatientes en el interior, con las fuerzas aliadas para la liberación de Europa, para la destrucción total del fascismo en el mundo; si hay uno que no ha sido honrado con los reconocimientos como debía haber sido, como él lo merecía, tanto por su esfuerzo como por su inteligente abnegación total a sus actividades directas a favor de esta causa que le llevó hasta la muerte entre las manos de los elementos sádicos de la Gestapo, es ciertamente nuestro querido compañero y compatriota Francisco Ponzán, más conocido entre los miembros de la Resistencia de la región suroeste, bajo el seudónimo de Vidal'.

Añadiremos que Ponzán además participó en organizar dos expediciones marítimas de 30 hombres dirigida por Pat.

Ponzán conoció el verano de 1941 al cenetista catalán Manolo Huet, mecánico, capitán en la guerra civil, que vivía en Séte, y le dio dinero para comprar una barca con motor para trasladar evadidos a las costas catalanas y valencianas. Huet había realizado en 1940 un viaje con la motonave Dora hasta Casablanca en calidad de mecánico, con Conxita la Pequeña (Segunda Montero) que fue una buena enlace. "Gilbert" (Gérard), agente de Terres ("El Padre") y amigo de Ponzán, le comunicó en Séte que iban a organizar, con la idea de Paco, una red de evasión de mayor envergadura con base en Pézenas (Hérault), que funcionó muy bien hasta finales de marzo de 1943, con barcos veleros que transportaban naranjas a Séte cuyos capitanes, mediante fuertes sumas de dinero, accedían a trasladar cientos de evadidos a España. Huet fué avisado que tanto él como "Conxita" estaban "quemados" y debían ponerse a salvo, cosa que hicieron en junio de 1943.



Segunda Montero (Conxita)

Ponzán hizo pasar a España de forma benévola a muchos recomendados por amigos y por la directora de la Cruz Roja y de los cuáqueros americanos de Toulouse, en cuya labor humanitaria y de resistencia destacaba un grupo de libertarios españoles, del cual el más visible era Tió, amigo de Paco, y empleado de esta institución como asistente de la directora.

El coronel Remy, historiador de la Resistencia francesa en "La Maison d'Alphonse", (Librairie Académique Perrin, París, 1969) escribe:

"Albert Guérisse, actualmente general-mayor del ejército belga, dirigió con el seudónimo de "Pat O'Leary" una cadena de evasión cuyas proezas pueden ser colocadas en primera línea, entre las más admirables de la Segunda Guerra Mundial".

Es indudable que Paco y su grupo contribuyeron intensamente en el éxito de la cadena Pat O'Leary.

Si añadimos los servicios del Grupo Ponzán, con sus puntos de apoyo de españoles, muchos de ellos anónimos, prestados principalmente a los servicios francés y británico; al servicio belga Sabot, al polaco, a los gaullistas; a la Cruz Roja y Cuáqueros de Toulouse, en honor a su admirable comportamiento para con los republicanos españoles exilados en Francia desde 1939; su solidaridad con sus compatriotas necesitados y su lucha antifranquista, nos encontramos

ante una gesta sin precedentes de un grupo de valientes españoles poco contada y que no tuvo el reconocimiento que se merecía. Había que tener mucha capacidad para coordinar tanta actividad: Francisco Ponzán era un personaje excepcional que reunía las condiciones necesarias.

3. Dinero y financiación

El tráfico de divisas, actividad ilegal y perseguida en Francia, fue una práctica muy utilizada. Para el servicio secreto francés, en Toulouse, se encargaba Vogel, ("Double Jeu pour la France", pág. 373) más conocido por nosotros por su nombre Gérard, al que volví a ver en París en 1946, con Manolo Huet, Caparros y otros.

Del "réseau" Pat O'Leary, Fabien y luego "Françoise", sucesora de Pat, entraban clandestinamente en Suiza para ver a Farell, en busca de subsidios, en divisas...

Los británicos, muy inteligentemente, sabían que el dinero era imprescindible para mantener una actividad clandestina de esta magnitud en territorio ocupado por los alemanes y que una organización leal y eficaz ya funcionando desde 1940 como el Grupo Ponzán, iniciada con Marshall, les resultaba más práctico que empezar a prepararla ellos mismos. Los ingleses tuvieron en el Grupo Ponzán la plataforma ideal para extender la red de evasión iniciada en la primavera de 1941 por el capitán Ian Garrow.

Louis Nouveau, pieza clave junto a Garrow en los inicios, tuvo la habilidad de convenir con el director de la fábrica inglesa de "Hilos la Cadena" en Francia y con la "Wilson Sons & Co", de disponer del dinero que él les debía de sus negocios con ellas, para que el War Office, Departamento de Guerra en Londres, aceptara pagar a estas empresas en Inglaterra. Fue una buena inyección para la incipiente organización de Ian Garrow. Cuando Pat tomó el mando tras la caída de Garrow, le dio un mayor impulso a la red, necesitando más fondos con el fin que sus agentes abarcaran todo el territorio para localizar a los aviadores derribados, esconderlos, vestirlos y alimentarlos,

facilitarles documentación falsa y hacerles llegar en la mayoría de los casos a Toulouse para que el Grupo Ponzán los pasara a España.

La Cruz Roja y los Cuáqueros de Toulouse, desarrollaron una extraordinaria actividad humanitaria y una intensa labor de salvamiento a favor de republicanos españoles, judíos y fugitivos. Estas Instituciones recibían, entre otros conductos, dinero desde Suiza, vía Annemasse, adonde se desplazaban agentes desde Toulouse.

Merece destacar también el caso de la Resistencia Judía en Francia: l' Armée Juive, l' Organisation Juive de Combat "OJC", dentro de las FFI, las O.S.E. (Oeuvres de Secours aux Enfants). Recibían fondos de varias procedencias: de la Agencia Judía, del Congreso Judío Mundial, del "American Joint Distribution Committee, organización de ayuda a los refugiados judíos y apátridas, etc. En Barcelona este último organismo, con sede en el Hotel Bristol, gozaba de categoría casi consular bajo la dirección del Dr. Sequerra. El y el Dr. Cruspinera coordinaban las embarcaciones de los combatientes hacia África.

Raphaél Delparten "Lesjustes de l'ombre 1940-1944" (Edition Lattes, 1995) escribe: "...el dinero llegaba por Suiza en billetes, lingotes de oro, o piezas de oro". Con este dinero mantenían un "maquis" bajo el mando de Vera Martínez, comandante de la República española en exilio, sus grupos, y su cadena de evasión hacia las Fuerzas Aliadas. Así lograron salvar a miles de niños judíos. La Cruz Roja y los Cuáqueros les prestaron una valiosa ayuda. La Sra Prisner, de la resistencia judía, mantenía contacto con estas organizaciones.

No obstante, lo que sí es seguro es que los hermanos Ponzán vivieron modestamente durante la clandestinidad en Francia y que, al igual que sus hombres, ninguno de los que se salvaron de la contienda tenía dinero. Los libertarios no estaban financiados por ningún partido político ni organización sindical y es obvio que sin dinero no hubiesen podido ayudar a salvar a tanta gente. Destacaron también en la Cruz Roja y los Cuáqueros de Toulouse, así como en otras redes de evasión y de la Resistencia en general. Pero actuaron a título personal o de grupo, sin estar supeditados a ningún partido. Afirmo esto sin ánimo de ofender a nadie, con respeto hacia todos los que hicieron su

aportación en aquella época, pero sí con el deseo de poner las cosas en su sitio.

4. Abandono de personas por guías en las montañas

"El viaje entre Francia y España resultaba una temible expedición. La cadena de los Pirineos, montañas escarpadas, con las cimas cubiertas de nieve eterna. A lo largo de la frontera, los alemanes han establecido una zona prohibida, donde los policías hacen rondas acompañados de perros. Penetrarla es tan peligroso como atravesar la montaña. Los grupos están guiados por los "passeurs". Son a veces Republicanos españoles prestando una fuerte ayuda a las evasiones. A veces son hombres ávidos de lucro y que, una vez embolsado el dinero, abandonan su grupo antes de alcanzar la frontera".

(Anny Latour, "Memorias")

Yo soy testigo del pasaje del convoy posiblemente más numeroso que haya cruzado los Altos Pirineos durante la contienda. Estaba compuesto por 62 personas. Formaba parte de él por contacto de la directora de la Cruz Roja de Toulouse. La salida fue retrasada por la complejidad de coordinar a y equipar a tanta gente procedente de distintos lugares. Entretanto, "Morel" (Jacques Roitman) me encargó de la seguridad de "Dika" (Jules Jefroykin) miembro del Comité Director de la Organización Judía de Combate (Armée Juive), réseau de las F.F.I. y Presidente del movimiento de la juventud sionista. Además, me habían propuesto de organizar vías de pasajes y correo hacia España. Tenía carta blanca para hacer todo lo necesario, instrucciones de "Morel" para, en caso de emergencia, salvamos los dos: Dika Jefroykin no podía caer en manos de los Alemanes. Los dos guías del citado convoy, contratados por la OJC, eran franceses; abandonaron el convoy en plena montaña e indicaron una ruta equivocada que nos llevaba a los alemanes. Dika me dio el mando del convoy. Afortunadamente, evité que cayera en manos de los alemanes y, sin tratar de salvamos sólo nosotros dos, salvé a 60 personas. Dos perecieron. Jack Svita de Auxerre, testigo de esta epopeya, comenta en una carta del 10 de marzo de 1946:

"...declaro haber conocido al Sr. Barberá pasando a España y le doy las gracias por el esfuerzo que realizó para salvar la expedición de la que yo formaba parte y que estaba perdida en la nieve de los Altos Pirineos entre el Pie de Montvallier y el Valle de Aran. Gracias a su actitud enérgica el Sr. Barberá evitó que la expedición cayera en manos de los alemanes que la habían localizado. Nos llevó al refugio de Montvallier y desde allí salió con un pequeño grupo para ir a buscar los que ya sin fuerzas se habían quedado rezagados atrás, particularmente una joven enferma, que trajo en una improvisada camilla. Al día siguiente las 62 personas fueron agrupadas en el refugio de Balongueres incluidas unas de edad y heridos. Uno de ellos, enfermo con gangrena, tuvo que ser hospitalizado en Viella (España). Encontrándonos en una situación desesperada, el Sr. Barberá salió con un grupo de 4 personas para ir a buscar los socorros necesarios para evacuar a los que no podían ya moverse. Teníamos ya bastantes heridos debido a las caídas. Los socorros fueron organizados en el pueblo español de Montgarri. Muías, víveres, etc. fueron llevados al lugar donde estábamos y gracias a este socorro la expedición fue evacuada en territorio seguro y salvada de una muerte segura e ignorada.

Esta odisea que duró cinco días a partir del momento en que los guías habían abandonado la expedición, en lugares hostiles y a más de 2.000 metros de altitud, terminó bien gracias a la conducta valiente del Sr. Barberá.

Por este motivo le extiendo el presente certificado con todo mi agradecimiento por su abnegación desinteresada."

Firmado: Jack Svita.

El 22 de marzo de 1946, me presenté a dar cuentas ante el Comité Director de la OJC en París. Me extendieron esta certificación con fecha del 22 de marzo de 1946. En la Certificación de las F.F.I. (Forces Françaises de l'Intérieur)-Organisation Juive de Combat, que me otorgó Jules Jefroykin, capitán F.F.I., miembro del Comité Central Director de la OJC, certifica:

"...durante el transcurso del paso de la montaña el convoy abandonado por los guías, estuvo a punto de caer varias veces en manos de la policía fronteriza

alemana. Es principalmente gracias al espíritu de iniciativa y del coraje demostrado por el Sr. Barberá que este peligro pudo ser evitado y que el convoy de 60 personas pudo finalmente pasar en territorio español. Es tratando de volver a Francia, encargado por mí de una misión de información, que el Sr. Barberá fue detenido por la policía franquista del 15-7-44 al 23-12-1945".

En mayo de 1968, en ocasión de un viaje mio a Francia desde Venezuela donde residía desde el 2 de mayo de 1948 y alejado de toda actividad política, fui a saludar a Jefroykin con quien mantenía una buena amistad, a su oficina de Viajes Oceania en la Rue Castellane en París. Recordando aquellos hechos me extendió el Certificado de l'ARJ que sigue del 6 de mayo de 1968, siendo él Presidente de l'ARJ y "liquidateur" del Réseau FF1-OJC.

"En París el 6 de mayo de 1968, siendo J. Jefroykin presidente de "Les Anciens de la Résistance Juive" y Liquidateur del réseau "Organisation Juive de Combat", (Organisation membre du Comité d'Action de la Résistance), certifica por la presente que: el Sr F. Barberá fue encargado en 1944 por su Organización de organizar vías de pasajes hacia España para los jóvenes deseando reunirse con las Fuerzas Aliadas. El Sr. F. Barberá, en el cuadro de esta misión, formó parte de un convoy de 60 personas aproximadamente que salió de Francia el 3 de mayo de 1944. En el transcurso de la travesía de los Pirineos y a raíz de la traición de los guías, el Sr. Barberá, al precio de grandes peligros, tomó en mano la dirección de este convoy. Gracias a su coraje y a su espíritu de decisión, logró conducir al grupo sano y salvo hasta territorio español.

Más adelante, el Sr. Barberá fue encargado por nosotros de transmitir un mensaje al Comité Director de l' O.J.C. en Toulouse. Es en el cumplimiento de esta misión que fue detenido por las autoridades españolas y encarcelado hasta diciembre de 1945.

París, 6 de mayo de 1968 El Presidente J. Jefroykin

Médaille de la Resistance

De puño y letra:

Visto por el general de Boissoudy

Presidente de los condecorados de la Resistencia

París, 10 de mayo de 1968. Firma General de Boissoudy.

Nuestra retirada por el desfiladero fue ayudada por una densa niebla que bajó al mismo tiempo que cayó la noche y una nevada intensa. Escalamos hasta unos 2.800 metros de altitud por caminos casi impracticables por las nieves eternas... Esta odisea duró cinco días y llevábamos casi tres días sin comida, chupando nieve... La última noche anterior al paso del convoy a España, la situación era desesperada y parte de los miembros del mismo estaba desmoralizada, agravada por varios heridos que habían sufrido unas caídas impresionantes. Le dije a Dika que pensaba dejar a varios de los más valientes guardando el convoy y salir de madrugada con un grupo de cuatro jóvenes también valientes para alcanzar España, que yo creía cerca, para buscar socorros. Así cumplí con dejar Dika a salvo... Un pastor nos acogió en su humilde cabaña situada en la vertiente española, sin nieve, cerca de Francia y alejada del pueblo de Montgarri. Nos reconfortó con leche caliente y pan. Después de asegurarme que era un simpatizante, le hablé claramente en catalán y con él, cuyo nombre no sé, y su valiosísima colaboración, organicé la ayuda para evacuar la expedición. Lo cual se hizo rápidamente llevando los socorros necesarios de comida y primeros auxilios con unas muías...

Durante mi estancia en Barcelona, vivía en una pensión con otros jóvenes que iban a combatir, pagada por el American Joint Distribution Committee y con el mismo dinero de bolsillo que les daban a ellos.

En enero de 1994, en París, me enteré que hacía cinco años que había fallecido "Dika", Jules Jefroykin. Tomé contacto con la ARJF (Les Anciens de la Resistance Juive en France), Bureau Liquidateur del réseau Organisation Juive de Combat. El Sr. Jacques Marburger, Caballero de la Legión de Honor, Cruz de Guerra 1939-1945, encargado del buró me dijo que el Mando Militar, en aquella época, consideraba que esta operación del paso del convoy, en aquellas circunstancias, era militarmente imposible. De ser así, se podía considerar como "un fait de guerre", digno de figurar en la historia de la Resistencia.

Sinceramente creo que se podrían presentar muchos casos de mucha gente que no se movía por el dinero o por el afán de lucro, y que tenían la disciplina para cumplir con el deber y las obligaciones contraídas.

5. Calumnias sobre Francisco Ponzán Vidal

Tampoco han faltado calumniadores: los que tergiversan los hechos y los envidiosos; éstos bastante numerosos entre nuestros compatriotas.

Lo lamentable es que siempre queda algo de una calumnia a pesar de que pasen los años. He aquí una prueba reciente: en el libro "La guerra secreta del Pirineu -1939-1944", de Daniel Arasa, cuya obra tuvo una excelente crítica en el diario barcelonés *La Vanguardia* (7-8-1994). Se lo leí en castellano a Pilar Ponzán en Burdeos en mayo de 1995. Contiene un error en la página 50, pues su madre no estuvo nunca en Toulouse, ni tan siquiera en Francia.

En el capítulo "Ponzán y sus libertarios", Arasa comenta:

"Francisco Ponzán Vidal dirigió el núcleo de españoles de redes de evasión de mayor resonancia pública. Casi todos los que colaboraron con él eran libertarios y constituyeron el último eslabón de la red Pat O 'Leary, la primera y más célebre de las redes de evasión creadas por los británicos".

En la página 58 de "La guerra secreta del Pirineu -1939-1944", el autor menciona que el Gobierno Británico concede a Ponzán la condecoración de la Hoja de Laurel de su Majestad, y el francés la medalla de reconocimiento del grado de capitán del ejército y destacan la labor de Francisco Ponzán... y añade Arasa:

"Todos estos reconocimientos borran algunas acusaciones formuladas contra Ponzán. La más dura aparece en la obra de Michel Garder "La Guerra Secreta de los Servicios Especiales franceses ", donde se lee literalmente: "El teniente Bonneval, del T.R. 117 ha recuperado a tiempo un importante correo ya que el "passeur" fronterizo español llamado Ponzán Vidal, que une a sus cualidades de contrabandista y estafador, las de confidente de la Policía...".

El teniente coronel Michel Garder en el "Bulletin de l' Amicale des Anciens Membres des Services Spéciaux", n° 56 de 1968, pág. 6, publica una aclaración (Mise au point) rectificando y poniendo las cosas en su sitio y trata a Francisco Ponzán de héroe después de intervenir Pilar Ponzán, José Ester, del Grupo Ponzán y Secretario de los Deportados españoles a Alemania y varias otras personalidades.



José Ester Borrás, de la Columna Tierra y Libertad.
Detenido en la Red de evasión de Ponzán,
organizó la CNT en Mauthausen.

Hablamos de una calumnia escrita equivocadamente por el teniente coronel Garder en "La Guerre Secrete des Services Spéciaux français", página 287, Librairie Pión, 1967, y reproducida en un libro en 1994, ¡27 años después!

Volviendo al libro de Michel Garder, reproducimos su retractación y las tres cartas que envía a Pilar Ponzán con fechas del 14 de setiembre de 1967, 2 de diciembre de 1967, 10 de enero de 1968, disculpándose por su error y para reparar, en la medida de lo posible, el daño irreparable que ha causado sin saberlo. Promete publicar la rectificación en los boletines de ex-resistentes: "El Agente de Enlace ", "El Deportado" y en el de "L' Amicale des Anciens des

Services Spéciaux de la Défense Nationale" y, además, que hablará con amigos de la gran prensa.

En efecto, así fue. En una pequeña nota de 5x3 cms. y en letras pequeñas, aparecida en *Le Monde* del 23 de marzo de 1968, página VI, Michel Garder pide a este diario que haga saber que lo que había escrito en su libro sobre Ponzán Vidal era totalmente erróneo y que Ponzán Vidal era un héroe de la Resistencia, muerto el 17 de agosto de 1944, víctima de la Gestapo.

Lo más lógico y positivo es que hubiera publicado íntegramente su retractación en *La Dépêche* de Toulouse y en otros periódicos de la región donde Ponzán había tenido su actividad y era más conocido. O sea para llegar a un sector más amplio de lectores y en particular, en el numeroso exilio español de la región tolosana y del suroeste.

La edición del libro de Garder quedó completamente agotada en noviembre de 1967. Quedaban solo 30 ejemplares y no se abrió un procedimiento de prohibición de la venta del libro ya ampliamente difundido. El daño ya estaba hecho y sus consecuencias y comentarios se han perpetuado a través de los años.

El propio Robert Terres, ("Teniente Tessier" y "El Padre" en la clandestinidad), encargado del C.E. francés en los Pirineos, opina en su carta del 23 de setiembre de 1976 a Pilar Ponzán que "el coronel Garder se ha permitido escribir cosas difamatorias sobre Ponzán que solo deberían escribirse cuando se está seguro de ello". Él mismo, en la página 388 de su libro "Double jeu pour la France 1939-1944", afirma categóricamente:

"Mi amigo Paco, el heroico jefe de mi equipo de "passeurs", guías, nuevamente detenido en 1943, rociado de gasolina y quemado por los alemanes la víspera de la Liberación de Toulouse: ignorado, calumniado y apenas gratificado con una pequeña medalla a título póstumo".

ACLARACIÓN (Mise au point) Publicado en el boletín n° 56 de l' Amicale des Anciens des Services Spéciaux.

NISE AU POINT.

Michel GARDER, auteur de "LA GUERRE SECRETE DES SERVICES SPECIAUX FRANCAIS" (1) nous prie de publier la mise au point suivante à l'intention de ses lecteurs.

"Relatant dans le chapitre 6 de la III^{ème} partie de mon ouvrage un épisode relatif à un important courrier qui risquait de tomber aux mains de la police de Vichy, j'ai été amené - me référant à des documents confidentiels de l'époque - à reproduire un jugement plus que péjoratif sur le "passeur espagnol", nommé PONZAN-VIDAL, auquel ce courrier avait été confié (cf. page 287).

Ignorant tout de cet homme, j'avais cru, en toute bonne foi, qu'il s'agissait d'un de ces personnages douteux, fort nombreux malheureusement à cette époque troublée, et m'étais contenté de reproduire à son sujet les qualificatifs péjoratifs, contenus, en particulier, dans un compte rendu sur la récupération par le T.R. du précieux courrier.

Or, à la suite d'une démarche faite auprès de moi par la secour et de proches collaborateurs de l'intéressé - tous d'authentiques résistants et anciens déportés - j'ai été amené à réviser radicalement mon jugement sur PONZAN-VIDAL et cela après avoir procédé aux vérifications nécessaires.

Loin d'être le personnage douteux - tel que le présentaient les documents utilisés par moi - l'intéressé, réfugié politique espagnol en France, a eu, au contraire entre 1941 et 1944, une conduite des plus exemplaires et des plus héroïques. A la tête d'une équipe de réfugiés espagnols, il a organisé une série de filières à la frontière espagnole permettant le passage, au profit des services français et alliés, de courriers et de personnels entre la France et l'Espagne.

A ce titre, il devait, notamment, à partir de 1943, s'intégrer dans l'ensemble des réseaux (en particulier le "réseau Christian") qui ont joué un aussi grand rôle dans la vie de la Résistance Française.

Arrêté par la Police de Vichy en octobre 1943 et déporté à la prison Saint-Michel à Toulouse, il devait tomber aux mains de la Gestapo en août 1944 et payer de sa vie, le 17.8.44, son activité au profit de la Résistance.

Son héroïsme lui a valu d'être homologué Capitaine FNOI à titre posthume (J.O. du 4.9.48) et de se voir conférer de nombreuses décorations françaises et alliées. Seul le cloisonnement qui existait au cours de l'été 1941 entre les différents services ou mouvements, lesquels s'efforçaient de lutter contre l'occupant, a été, à mon sens, à l'origine de renseignements tendancieux portés sur la personne de PONZAN-VIDAL. Il faut avoir vécu soi-même cette terrible période pour savoir combien de fois chacun de nous a pu se tromper en bien ou en mal sur tel ou tel "camarade de combat".

En regrettant sincèrement d'avoir, en toute bonne foi, calomnié par erreur un de mes "camarades" inconnus, je tiens à rendre publiquement hommage à sa mémoire et à l'associer pleinement à celle de tous mes camarades morts pour la France, au souvenir desquels j'avais dédié mon livre.

(1) Editions PLON - Paris 1967.

Michel Garder, autor de "La Guerre secreta des Services Spéciaux français (1935-1945)" (30), nos ruela de publicar la declaración siguiente a la atención de sus lectores:

"Relatando en el capítulo 6 de la III^a parte de mi obra un episodio relativo a un importante correo que corría el riesgo de caer en manos de la policía de Vichy, he cometido -refiriéndome a documentos confidentiales de la época- el error al reproducir un juicio más que peyorativo sobre el "passeur" español llamado Ponzán-Vidal, a quién se le había confiado este correo (cf. página 287).

Ignorando todo de este hombre, yo había creído, de buena fe, que se trataba de uno de estos personajes sospechosos, lamentablemente muy numerosos en aquella época turbia, y me había limitado a reproducir con respecto a él, los calificativos despectivos, contenidos, en particular, en un informe sobre la recuperación por el T.R. de este valioso correo.

Tras una exigencia que me dirigieron su hermana y cercanos colaboradores del interesado -todos auténticos resistentes y antiguos deportados- me he visto en la obligación de revisar radicalmente mi juicio sobre Ponzán Vidal después de haber procedido a las verificaciones necesarias.

Lejos de ser un personaje dudoso -tal como lo presentaban los documentos utilizados por mi- el interesado, refugiado político español en Francia, ha tenido, al contrario, entre 1941 y 1944, una conducta de las más ejemplares y de las más heroicas. A la cabeza de un equipo de refugiados organizó una serie de vías de evasión en la frontera española logrando así el pasaje, en provecho de los servicios franceses y aliados, de correos y de personal entre Francia y España.

A este efecto, él debía, particularmente a partir de 1943, integrarse en el conjunto de las redes (en particular en el "Réseau Christian") que jugaron un papel tan grande en la vida de la Resistencia Francesa.

Detenido por la Policía de Vichy en octubre de 1943 (31) y encarcelado en la prisión de Saint Michel, en Toulouse, debía pagar con su vida, el 17 de agosto del 44, su actividad a favor de la resistencia.

Su heroísmo le ha valido ser homologado capitán FFCI a título póstumo (*Journal Officiel* del 4 de setiembre de 1948) y de concederle numerosas condecoraciones francesas y aliadas. Solo el fuerte aislamiento que existía en el curso del verano de 1941 entre los diversos Servicios o Movimientos, los cuales se esforzaban de luchar contra el ocupante, ha sido, a mi juicio, el origen de las informaciones tendenciosas atribuidas sobre la persona de Ponzán Vidal. Hay que haber vivido uno mismo este terrible período para saber cuantas veces cada uno de nosotros ha podido equivocarse en bien o en mal sobre tal o cual "camarada de combate".

Lamentando sinceramente, en toda buena fe, de haber calumniado por error a uno de mis "camaradas" desconocidos, tengo a bien rendir públicamente un homenaje a su memoria y a asociarlo enteramente a la de todos los camaradas muertos por Francia, a los que en su recuerdo había dedicado mi libro".

6. Francisco Ponzan: Su detención del 14 de octubre de 1942 y las de "El Padre" el 26 de enero de 1943 y las fugas.

"El Padre" se enteró en Narbona de la detención de Ponzán y de parte de su grupo efectuada por la P.J. el 14 de octubre del 42 y regresó inmediatamente a Toulouse.

El intendente de policía Danglade se negó a liberar a Ponzán aunque estaba matriculado XP9 como agente de los servicios especiales del Ejército y le contestó:

"Vea usted teniente, sabe muy bien que nuestros servicios no estarían jugando a detener a uno de sus agentes. El caso es que hemos internado a estos tres españoles como delincuentes y traficantes".

A mitad de noviembre, "El Padre" visita a Ponzán en el campo de Vernet para preparar su fuga y la de sus compañeros.

El secretario general de la Prefectura del Ariège, en Foix, y el agente de "El Padre", Baudru, empleado también en la Prefectura, le devolvieron el favor de haber hecho pasar a España, con el Grupo Ponzán, el agente Bereschnikoff del B.C.R.A. de De Gaulle, que había perdido su contacto en Francia, para regresar a Londres.

Le facilitaron documentos y sellos y de lo demás se encargarían los camaradas de Paco, con su taller de falsificación.

El campo de Vernet no se comunicaba directamente ni con Toulouse ni con Vichy. Solamente podían llamar a la prefectura del Ariège y la persona que recibiría la llamada, en caso de que el jefe del campo pidiera confirmación de la orden, sería la persona amiga. Y así fue.

De esta forma salieron del campo de Vernet el 22 de diciembre de 1942 Paco y sus incondicionales compañeros, y pasaron las navidades en el sótano del Hotel de París, en Toulouse, con sus dueños los Montgelard, y el general Cochet, que el Grupo Ponzán pasó a España y que, en 1944, fue Jefe de los servicios secretos en Argel y de las F.F.I. del sur de Francia.

Robert Terres, en su libro "Double Jeu pour la France", pág. 111, comenta:

"Algunos días después, Paco, más despreocupado que nunca, se paseaba libremente por Toulouse con sus camaradas, impaciente por reanudar los pasajes... La Gestapo, la Abwehr, la P.J. de Vichy, todas las policías y todos los servicios enemigos eran desdeñables a los ojos de mis españoles, quienes en una clandestinidad siempre creciente, reanudaron e intensificaron todas sus actividades en las semanas que siguieron. Y esto iba a continuar hasta la liberación".

La evasión de Paco estuvo a punto de fracasar porque Delmas, nuevo jefe del puesto TR 117, ingenuamente legalista y bien intencionado pidió al intendente Danglade, "entre militares", de no oponerse. Danglade previno inmediatamente al ministerio del Interior en Vichy que informó Buffet, jefe de la P.J.. Una orden de traslado de Paco y de sus camaradas a la prisión de Castres fue cursada inmediatamente pero llegó tarde.

Esta evasión provocó la ira de la Policía de Vichy, por esta afrenta, y pronto iba a tener unas consecuencias muy graves.

Mientras Paco estaba recluido en Vernet, se habían producido dos acontecimientos muy importantes: el desembarco aliado en África el 8 de noviembre de 1942 y la invasión alemana de la zona libre el 11 de noviembre de 1942. El 9 de noviembre de 1942, el servicio secreto francés pasa definitivamente a la disidencia apoyando al ejército francés de África. Paillole da las últimas instrucciones de quemar los archivos antes de entrar en la clandestinidad total, en rebelión abierta contra Vichy, y se reorganiza el servicio ante la nueva situación.

El equipo del Grupo Ponzán estuvo siempre en actividad a pesar de la ausencia de su jefe. Según Terres:

"Nuestra larga colaboración (cientos y cientos de pasajes), la seriedad de nuestros españoles, su lealtad absoluta y la variedad de itinerarios que disponían...".



Gilbert Getten "Christian"

La situación se había vuelto muy difícil desde la invasión alemana de la Zona Libre. Gilbert Getten se encargó de una parte del equipo Ponzán mientras que en diciembre de 1942, Robert Terres estaba en Perpignan ocupado en organizar los pasajes a España, desde la disidencia del Ejército de África. En diciembre de 1942, es llamado a Toulouse por Proton/Bertaux cuando descubren que Adolphe Manet, de la red belga Sabot del servicio secreto belga que, al igual que el servicio polaco, trabajaban en unión con el Intelligence Service, es un agente alemán.

- "Será una catástrofe para los belgas", dice Terres.
- "¿Qué harás para tus españoles?"
- "Para ellos no es todavía muy grave. De todas formas están quemados desde hace tiempo. Lo saben perfectamente y les da igual".

El 26 de enero de 1943, en Toulouse, la Gestapo detiene a "El Padre" bajo el seudónimo de teniente "Tessier". Del Hotel L' Ours Blanc, sede de la Gestapo, es llevado a la cárcel militar del cuartel Caffarelli donde, entre los detenidos, hay sobre todo resistentes belgas y polacos que estaban relacionados con su red del Grupo Ponzán.

El 27 de enero, "Tessier" es llevado a París. El 17 de marzo de* 1943 le presentan a Maurice Muller, del Abwehr, el 18 sale en libertad a trabajar para los alemanes y en realidad para engañarlos. El 24 de marzo de 1943, regresa a Toulouse y se pone en contacto con su fiel amigo Getten y también con Paco. El 25 de marzo, interrogado por la Gestapo de Toulouse, se entera que tenían el fichero del TR117 con los nombres de los agentes ingleses y gaullistas. Getten le dice que se ha apartado de los oficiales del puesto de Toulouse, los Delmas y compañía, "los pobres cometían demasiadas tonterías". Tampoco quiere ningún contacto con Verneuil, sucesor de Paillole. Dice:

"Pasaré a Augusto del TR125 de Barcelona todo lo que me has contado. En verdad que he tenido razón. Toquemos madera, pero creo que mi pequeña organización no ha sido todavía localizada por los alemanes".

Gilbert Getten había tomado una buena decisión para ser efectivo y no "quemarse" pues tal era la situación de desconfianza y de máxima precaución. Robert Terres habla de Getten así en su libro:

"Getten mi XP20, ¡Qué irremplazable y leal amigo! Lo alisté a final de 1940. Desde el principio de su actividad fue uno de los mejores elementos en la costa vasca. No se contentó con seguir nuestras directrices sino que organizó rápidamente su propia red de agentes. En noviembre de 1942 era nuestro principal agente en la costa vasca.

Más que un agente, Getten, alias "Germond" y "Christian", fue un amigo, y la aventura del TR queda para mí, inseparable a su recuerdo... Tomó mi relevo en noviembre de 1942... Así sobresalió rápidamente de las sombras para convertirse, más tarde, en uno de los principales jefes de la Resistencia del Suroeste".

También fue un gran amigo de Paco y con Getten pudieron compartir la compra de un pequeño restaurante español de la rué des Potiers que se convirtió en el P.M. (puesto de mando) del grupo.

Recuerdo a Getten, que cuando lo conocí cojeaba de una herida de guerra en la pierna y llevaba elegantemente un bastón. Impecablemente vestido, distinguido, amante de la buena mesa y de la buena compañía femenina.

Gilbert Getten fue elegido diputado en 1946. Una calle de Toulouse, cerca de la rué de Limayrac, donde vivían y fueron detenidos Pilar y Paco así como varios miembros de su grupo el 14 de octubre de 1942, lleva su nombre.

30 de marzo de 1943. Cita de Terres con "M. Maurice" en el bar La Fregate. Le presenta al Dr. Ritter de la Abwehr en el Grand Hotel. Los alemanes consideran que Ponzán es el agente nº 1 de los ingleses en la zona fronteriza. Piensan que se ha escondido en España. ¡Si supieran que el amigo Ponzán Vidal se escondía en las afueras de Toulouse y que se reunía con él a dos pasos de la plaza Wilson, en pleno centro de la ciudad, a cien metros del Hotel L' Ours Blanc de la Gestapo!

El 3 de mayo de 1943 el comisario Valentín, de la P.J., le dice a Terres que está encargado de indagar la evasión de la banda Ponzán Vidal del campo de Vernet.

18 de mayo de 1943. Detención de Terres por Valentín en Vichy.

20 de mayo de 1943. El comisario Mathieu, adjunto a Buffet, jefe de la P.J. de Vichy, le dice con ironía: "En resumen, usted dirige una agencia Cook que no paga impuestos", con clara alusión a los pasajes clandestinos del equipo Ponzán Vidal.

Terres es recluido en Evaux-les-Bains, donde están detenidas personalidades militares y políticas; entre éstas el célebre Blumel, que el Grupo Ponzán pasó a España en 1943 y que fue devuelto por el Gobierno de Franco.

23 de julio de 1943. Es trasladado a la prisión de Castres.

16 de setiembre de 1943. Evasión de Castres con unos internacionales, veteranos de la guerra de España que prepararon la fuga. Se esconde en un convento de Massac, donde su tía Chantal es monja.

20 de setiembre de 1943. Hace contactar a Getten en el restaurante español de la rué des Potiers y el 21 el propio Getten lo va a buscar con Lardy, y le informa: "Paco ha sido nuevamente detenido... ¡Con su imprudencia, algún día tenía que ocurrir!... Imposible de sacarlo por el momento... Está en manos de la Policía francesa, no es todavía muy grave, pero hay el riesgo que los

alemanes acaben por recuperarlo"; o sea que podía ser reclamado y entregado a los alemanes.

¿Qué queda del TR117? Nada. Flow y Lardy. He recuperado algunos españoles después de la detención de Ponzán. Catalá, López Laguarda "El Cotenó"... Finales de octubre de 1943. Terres está escondido en la casa del capitán de Gendarmería Abadie, en el cuartel de la plaza Saint-Michel de Toulouse. Toma contacto con Ricardo Rebola, uno de los supervivientes del equipo Ponzán que vive en Lyon casado con una francesa y que le ha preparado documentación con el nombre Roberto Puig Vidal, obrero español, de la compañía de trabajadores de la organización Todt en Banyuls.

14 de noviembre de 1943. Banyuls. Terres cuenta sus impresiones

"Con la ayuda del equipo Ponzán, he hecho pasar la frontera a decenas, centenas de personas, soldados, judíos, refugiados, políticos, agentes secretos, mensajeros,... y conozco todas las combinaciones mejor que ningún otro oficial francés, pero es la primera vez que me encuentro yo mismo en la piel de uno de estos clandestinos al que he hecho pasar la frontera. Y no es muy tranquilizador. Sin embargo ahora me doy cuenta, en vivo, que la técnica de mis pasadores es impecable, tanto para el correo como para las personas... Decididamente, Ponzán Vidal ha hecho un buen trabajo. [...]...hemos llegado a la torre que había alquilado en 1941 con el nombre de un buen Español para servir de base para mi equipo de "passeurs". Un poco aislada, en las afueras de Banyuls, estaba protegida por la gendarmería que sólo entraba para prevenir de algún peligro. Correos, pasajes, armas; esta verdadera guarida de clandestinos ha albergado todo, desde hace 2 años, a la nariz y barba de los alemanes".

Yo todavía recuerdo bastante bien, después de 53 años, cuando estuve en la base de Banyuls la "Villa Tallada" a fines de agosto de 1942, en misión Toulouse-Gerona-Barcelona, para abrir y consolidar una vía de pasajes con un ferroviario español, aragonés, llamado Gracia. La salida por la parte posterior de la torre, pasando por un viñado y enfilando hacia la montaña...

Las impresiones de Robert Terres "El Padre" cuando Rebola, armado con una metralleta, le da un revolver, quedan plasmadas en su libro:

"Es estúpido pero tenía un miedo terrible, no tanto por el riesgo de caer detenido como por el hecho de pensar que mis rodillas flaquearan. Había oído sombrías historias a propósito de un pasajero con el tobillo roto, que los "passeurs" del comandante Naura [Papa Noel para sus agentes españoles, la mayoría de la CNT: Ausencio, Val, Cosían, etc.] lo tuvieron que matar en plena montaña, para evitar que cayera prisionero y hablara..."

16 de noviembre de 1943. Llegan a Barcelona, trasladándose Terres a Argel el 27 de diciembre.

7. Francisco Ponzan Vidal en la cárcel de Saint Michel, Toulouse, 1943.

Paco, que estaba buscado activa e infructuosamente por la Gestapo y el Abwher, Servicio de Información Militar alemán del almirante Canaris, consideraban a Paco como enemigo peligroso y agente inglés nº 1 de la frontera española. No lograron nunca detenerle a pesar de su activa e infructuosa búsqueda. Para colmo de la ironía, fue un policía francés quien le reconoció, encañonó y arrestó en la calle. Ponzán no iba armado. Era el fatídico 28 de abril de 1943.

Los acontecimientos se precipitaron vertiginosamente en 1943.

El 23 de enero de 1943, había sido detenido Pierre Bouriez, jefe de la red belga "Sabot", para la cual el Grupo Ponzán pasaba a Barcelona su correo, sus agentes, los perseguidos y los combatientes. "Sabot" quedó desmantelada por el traidor Adolphe Manet, agente nazi infiltrado en dicha red.

El 26 de enero de 1943, es detenido el Teniente "Tessier", Robert Terres, "El Padre", del TR117 del C.E. francés, por la Gestapo de Toulouse. Llevado a París, es puesto en libertad el 18 de marzo para colaborar con los alemanes en cuyo doble juego logra burlarlos.

En Toulouse se pone en contacto con su amigo Gilbert Getten del TR117 y con Ponzán, que "quemado" e impertérrito, sigue dirigiendo su grupo en la misma ciudad. El 18 de mayo, ya detenido Ponzán, Terres es arrestado por la P. J. de

Vichy, por orden de su director Buffet para investigar la evasión de Ponzán del campo de Vernet y su relación con el grupo, el I. S. y la resistencia.

El 20 de febrero de 1943, la Gestapo detiene al matrimonio Mongelard, propietarios del Hotel de París, en Toulouse, el centro más activo de la Resistencia.

El domicilio del profesor Salvador Aguado, "El Filósofo", 2 rue Deville, es registrado por la Gestapo. Afortunadamente están ausentes y una monja les alerta del peligro.

Louis H. Nouveau, Jacques Wattebled "l'ami d'Achille", Norbert Fillerin, Jean de la Olla y otros de los mejores agentes de Pat O'Leary, así como muchos miembros de la red caen en manos de la Gestapo. El sacerdote Carpentier y el australiano Bruce Dowding fueron decapitados en Alemania.

En marzo de 1943 caen en Toulouse, el propio Pat O'Leary y el sastre judío Ullman, buen amigo de Paco, por obra del traidor francés Roger Le Neveu, alias "El Legionario", infiltrado en la red en noviembre del 42. Le Neveu junto al sargento inglés Harold Colé, otro traidor infiltrado, asestaron un rudo golpe a la red. No obstante, esta sobrevive. A su mando, desde Toulouse, está Marie Louise Dissart, "Françoise". Y el Grupo Ponzán sigue actuando.

En el mismo mes de marzo, Paco, ante la gravedad de la situación, insta a Salvador Aguado de huir a España. Por fin, con su mujer y su hija pasan, no sin fatigas, por las montañas de Banyuls.

El TR117 del C.E. francés de Toulouse se iba desmoronando...

El Grupo Ponzán todavía aguantaba con dificultades, pero la presencia de Paco en la región tolosana era insostenible. El cerco se iba estrechando rápida y peligrosamente: era el preludio del final. Se la jugó consciente de lo que le podía suceder, tal como me dijo en Saint Michel, en mayo o junio del 43.



Placa en Buzet

Madame Cassagnavère, directora en Toulouse de la Cruz Roja francesa y de los Cuáqueros americanos, con quien estaba en contacto directo desde 1941, me visitó en la cárcel. Me trajo unas medicinas y, con su influencia, nos hizo declarar sarnosos a Paco y a mí. Con esta estratagema tuvimos el privilegio de estar una hora juntos y solos cada tarde durante unos pocos días, en un patio, donde nos aplicábamos un preparado de azufre en el torso para justificar esta supuesta enfermedad. De lo contrario hubiese sido imposible vernos ya que estábamos reclusos en lugares distintos y no coincidíamos en el horario de salida a patios.

Paco tenía la moral muy alta, aunque, de su natural muy serio, no demostraba un optimismo excesivo. Pero mantenía intacto su espíritu de lucha por la Libertad y su fé inquebrantable en la victoria aliada. Parecía que no se sentía solo, por lo menos en mayo-junio del 43 tenía esta esperanza, y ya sabía que seis meses de cárcel por indocumentado era un mal menor estando bajo jurisdicción francesa. Sin embargo era perfectamente consciente de que podía ser reclamado y entregado a la Gestapo si le ponían en libertad. Esta incógnita le preocupaba y me daba la impresión que mientras estuviese en manos de los franceses se sentía protegido aunque tuviese varias condenas. Esto es lo que pensaba y me dijo Paco con su habitual serenidad, en aquellas fechas.

Paco estaba muy afligido porque no había podido hacer escapar a su hermana Pilar del campo de concentración. Yo le mostraba mi afecto sobre el caso, pero evitaba hablar de ello.

También hablamos del futuro que le esperaba a España, de su viejo maestro Ramón Acín, de Viñuales y de Máximo Franco a los que mi hermano conoció cuando perteneció a la 127 Brigada Mixta; de mis padres que estaban en el campo de Noe, debido a una imprudencia mía, por lo que Paco me daba ánimos. Hablando de la guerra, le comenté que esta terminaría pronto; los americanos estaban ya en Sicilia. Él me contestó: "¿Te acuerdas que hablamos de esto hace un año y te dije entonces que la guerra duraría hasta 1944 o 1945?". Se me había olvidado, pero él recordaba los más mínimos detalles.

Los tres españoles que ocupaban conmigo la misma celda, conocían a Paco, en especial Francisco Pérez, que actuaba con Manolo Huet y Gérard. A través mío, le enviaban saludos a Paco, y éste apreciaba mucho las muestras de compañerismo. Yo sentía admiración por él desde que me lo presentó Gregorio Jordán, compañero aragonés de Barcelona, amigo de Paco y de mi padre. Fue en Toulouse a finales de 1940. A mis 19 años le consideraba un héroe, así como a los intrépidos compañeros de su grupo, que atravesaban los Pirineos para plantarse en Barcelona y en otras ciudades españolas en la época de represión más cruenta del régimen franquista. En una ocasión le comenté brevemente que había sentido miedo, en algún momento, en aquella misión de 1942 de Toulouse a Barcelona (pasando por la base de Banyuls), que sólo conocíamos Paco, Tió, de la Cruz Roja, su joven cuñado que era enlace, e íbamos juntos, Gérard, Huet y Gregorio Jordán. Paco con muestras de comprensión sonrió amablemente. Yo ya le había contado a Paco que había sido detenido en mi apartamento de Toulouse, donde tenía escondido a mi amigo madrileño Pedro Rueda, aviador de la República exilado, desde que se escapó del campo de Muret. Esperé a que Rueda se escapara precipitadamente por el tejado con su ropa debajo de los brazos antes de abrir la puerta de la calle que estaba siendo violentamente golpeada por la policía, en aquella madrugada de mayo de 1943.



Paseo en Toulouse

Revolvieron todo el apartamento y no encontraron ni el sello que hacía cierto tiempo me habían dado, o Manolo Huet o Gérard, y que tenía escondido entre la radio y la mesita de noche, ni las piezas de identidad sin rellenar. Yo estaba muy tranquilo pues tenía los documentos en regla ya que vivía en Francia desde los tres años de edad exceptuando el período 1937-39 que estuve en España. Por aquel entonces, era gerente de un pequeño restaurante con Etienne Guillemau, y mi error fue el de conservar en casa de mis padres y olvidar de destruir unos cuantos cupones de racionamiento que ya no servían. Al registrar su casa la policía los encontró, así como los carnets de la CNT y otros documentos que conservaban lo cual representaba el peligro de ser inculcados por actividades antinacionales. Así, de esta manera y con mucha suerte, fui a parar a Saint Michel. Al cabo de un mes de estar recluido, me llevaron ante el juez; era todo un caballero. Me dijo: "Si esto sigue así, pasaremos todos". El mío era un caso insignificante teniendo en cuenta la época en que vivíamos. Me condenó a un mes de arresto, y estuve internado en el campo de Noé durante unas semanas en la barraca de los "peligrosos". Salí con residencia vigilada en Blagnac, donde el jefe de la gendarmería, amablemente, me extendió un salvoconducto para poder desplazarme libremente.

Mi traslado al campo de Noé se hizo en junio, sin poder despedirme de Paco.

Poco tiempo después, le pregunté a la directora de la Cruz Roja si podía intervenir para obtener la libertad de Ponzán. Me contestó que el caso Ponzán era muy complicado y que era imposible obtener su libertad. Recordaremos que humilló a la policía de Vichy cuando su fuga del campo de Vernet, el 22 de diciembre de 1942, y que su actividad a favor de los Aliados era ya conocida y comprobada. Sin embargo siguió tratando de ayudar a Paco.

A pesar de todos estos años que han transcurrido desde entonces, cada vez que pienso en él, me hago la misma pregunta: ¿Porqué no se intentó liberarlo? ¿Se le abandonó a su suerte porque estaba "quemado"? ¿O pensaron los que le protegían que seguiría bajo jurisdicción francesa hasta la Liberación como un prisionero más y así se salvaría? ¿Fue una falta de decisión debido a la dispersión o un fallo dentro de un engranaje tan complejo?

Podría asegurar, para concluir, que el "golpe de mano" que Paco soñó hasta el final era realizable, en particular hasta setiembre de 1943, no en el Palacio de Justicia, pero sí durante los traslados, entre éste y la cárcel. Ignoro si en su caso se podía haber provocado "diligencias", o sea ampliación de interrogatorios para interceptarle en los traslados a jueces.

Floreal Barberá Blanch

Noviembre de 1995

Señora.

Acabo de recibir la visita del Sr. José Ester Borrás con quien he tenido una larga conversación. Me ha entregado su carta y crea Vd. que, en tanto que antiguo deportado resistente, me encuentro yo mismo aniquilado pensando que he podido, de toda buena fe, empañar la memoria de uno de mis camaradas de combate.

Tal como le expliqué al Sr. Ester, he reconstruido de "Documentos" el episodio del correo Fourcaut, estando yo mismo, en aquella época, en misión en la Zona Ocupada desde Septiembre de 1940.

Ignorando quien era su hermano, tuve acceso a un informe oficial explicando la necesidad de recobrar este correo a "un fronterizo español, etc..."

Como sea que el personaje me parecía secundario no he hecho más que tomar los términos utilizados hacia él sin pensar un segundo que se trataba de un auténtico héroe.

Aclarado, en adelante, sobre las actividades reales y de la persona de su hermano, tengo la intención de convocar, en el más breve plazo, una reunión del Consejo de Administración de TAmicale des Anciens des Services Spéciaux", de la que formo parte, con el fin de tratar de hacer una reparación moral.

Como sea que me ausento hasta el 21 de Noviembre espero poder obtener esta reunión la próxima semana y luego invitaré al Sr. Ester para ver, con los miembros de nuestro buró, lo que podemos hacer para rendir justicia a la memoria de su hermano.

Yo sé ¡ay! que el mal ha sido ya hecho, pero puede Vd. estar segura que yo mismo sufro enormemente por ello.

En espera de poder comunicarle otras noticias y expresándole una vez más mi más sincero pesar, le ruego de aceptar, señora, la expresión de mi más respetuosa consideración.

2 de Diciembre de 1967

Señora.

Después de una reciente visita con el Sr. Ester, nos hemos puesto de acuerdo sobre un texto de la "Mise au point", Aclaración, cuya copia le adjunto.

Haré lo necesario para que este texto aparezca en varias publicaciones y, en primer lugar, las que se refieren a los antiguos resistentes:

L'Agent de liaison, Le Déporté, Le Bulletin de l'Amicale des Anciens des Services Spéciaux de la Défense Nationale. Por otra parte veré los amigos que tengo en la gran prensa.

Quedé sorprendido de haber omitido de firmar mi última carta. Crea Vd. señora que este olvido ha sido, ante todo, debido a la emoción que sentía al escribirla.

Esperando poder reparar en una pequeña medida el mal que involuntariamente he causado, le ruego aceptar, señora, mi muy respetuosa consideración.

Firmado: M. Garder

10 de Febrero de 1968

Apreciada señora,

Tengo a bien asegurarle que la primera edición de mi libro está prácticamente agotada desde el pasado mes de noviembre. Pión no ha tomado todavía una decisión en lo que concierne una nueva edición en la cual, por otra parte, el pasaje relativo a su hermano queda totalmente modificado. Es para alentar a Pión indirectamente para hacerla que la Amicale hace todavía publicidad del libro con la esperanza que una nueva, afluencia de demanda incite a la Dirección para hacer una nueva tirada. Anteriormente hemos ya hablado de este problema con el Sr. Ester; él mismo convino que el procedimiento de impedir la venta de una treintena de ejemplares que quedan de un libro ampliamente difundido no era rentable.

Queda bien entendido que tan pronto que mi *Mise au point* aparezca en otras publicaciones a lo que yo me esforzaré - Vd. recibirá varios ejemplares.

Tal como le había escrito desde la primera vez, se trata para mi de un asunto muy importante y no enmendaré mi pena hasta reparar, en la medida de lo posible, el daño que he cometido sin saberlo.

Le ruego aceptar, estimada señora mi muy respetuosa consideración. Firmado:
M. Garder

La más famosa de las redes de evasión fue la que fundó en Bélgica, el capitán inglés Garrow y que fue bautizada con el nombre de Réseau PAT O'LEARY.

El español Francisco Ponzán -Vidal en la resistencia- era parte del eslabón O'Leary (Sur), una línea prodigiosamente tendida desde Bruselas a Lisboa que pasaba por encima de despliegues militares y de fronteras o por debajo de blockhauses y refugios.

A cargo de Ponzán estuvieron los grupos de expertos conocedores de todos los vericuetos pirenaicos capaces de pasar de mano a mano a un hombre que había que dejar sano y salvo, por ejemplo, en la embajada de Inglaterra en Madrid porque era un piloto de caza que hacía falta en la lucha. Entre las mil

quinientas personas pasadas por Ponzán figuraban Henri Spaak, ex ministro belga, el almirante Auphan, que había hundido en Tolón la flota francesa antes de dejarla caer en manos alemanas, etc...

La Gestapo dedicó largas horas a estudiar la manera de destruir el reseau Pat O'Leary... Desesperante e infructuosa búsqueda que llevaba a la desesperación a los altos personajes de la policía nazi. Muchas veces detuvieron a Ponzán, otras muchas registraron su domicilio, siempre sin resultado positivo... Tenía una extraordinaria habilidad para ocultar papeles en los más ingeniosos escondrijos nunca descubiertos por la poderosa Gestapo, la más experta de las policías. Ponzán de insignificante aspecto tras sus espesas gafas de miope ha debido gozar de aquel torneo; él hábil en esconder y los "boches" torpes en hallar. Personalidades como las de Ponzán solo son explícables entendiéndolo bien una especie de travesura que les hace amar el peligro y jugar deliberadamente con él a cambio de una sonrisa interior; porque ni siquiera existe la compensación de revivir la gracia contándola a otra persona...

Me falta tiempo para expresarme mejor. Pero el lector comprenderá que lo que digo no entraña ni el menor reproche de superficialidad, sino todo lo contrario. Admiro los tipos como Ponzán. Y él sólo con sus escondites, con solo sus desenfadados y su fértil ingenio frente al inmenso, real, tangible peligro de unos elementos de la Gestapo encima de él, tendría que ser el protagonista de un exclusivo relato...



PILAR PONZÁN VIDAL. Exiliada en Francia desde 1939, se integra en 1940 en la red de evasión de su hermano Francisco, que jugó un papel destacado en la cadena de evasión Pat O' Leary, la más importante de la Segunda Guerra Mundial y de la Resistencia francesa.

Pilar fue maestra nacional en Huesca y fue condecorada por Francia.

Notas:

- (1). Le habían dicho a mi madre que se trataba de un intercambio con aviadores italianos. <<<
- (2). Los españoles sacaban de su adversidad una orgulloso soberbia que invitaba al respeto. <<<
- (3). Era el más bravo, con una extraordinaria moral, de la que no se encuentra... <<<
- (4). Sí, Paco no era un hombre como los demás, tal era su inteligencia, su ideal de Justicia, de Fraternidad, de Libertad y de Paz. No hay palabras para juzgar el valor justo de un hombre como Paco. Ha sido digno de mi confianza, de mi fraternal afección. Hermano de lucha, hermano de combate por una misma causa... frente al Fascismo, a todo lo que oprimía a la clase obrera... <<<
- (5). Comprendes, trabajando para los Aliados, tendré la facilidad de trabajar para nosotros... <<<
- (6). Vidal no tenía ninguna simpatía particular por los ingleses. Los consideraba al mismo título que los franceses o los alemanes, es decir como peones encima de un tablero de ajedrez. El tablero era España, al otro lado de las montañas. España dominada por Franco. Rebelde contra la vida, impaciente por actuar, arrastrando viejos sueños de anarquista, Vidal siempre reclamaba armas - Revólveres... necesito revólveres... Fusiles también... <<<
- (7). Su hermano y su organización han sido de muy lejos lo que ha habido de más importante en el suroeste, como "passeur" de hombres y de correo, así como organización de información, trabajando con los servicios especiales del Ejército, sin hablar ya de las redes de evasión.

En memoria de Paco, quedo a su disposición para todo lo que desee. En todo caso, en lo que me concierne, no hago ni he hecho nunca política, sino que tan sólo he servido a mi país durante la guerra y es gracias a su hermano y sus amigos que pude realizar una gran parte de mi trabajo. Por ello le estaré siempre agradecido y quedo a su disposición para manifestarlo.

Debo decir que he escuchado, oído o leído mucho sobre la Resistencia en el suroeste, y hasta ahora nunca he oído hablar de su hermano y este es un olvido que merecería ser reparado; con mucho gusto participaría en ello. <<<
- (8). La Señora Cathala estaba relacionada con republicanos españoles, que transportaban y guiaban por los Pirineos, a las personas que querían dejar Francia. El dinero de estos pasajes les permitía comprar armas que servirían a sus partisanos en España. <<<
- (9). Me hizo pasar a España en febrero del 42, cuando me dirigía a Gibraltar en cumplimiento de una misión. Concedió una dedicación particular a mi seguridad. Me beneficié de su preciosa ayuda hasta mi detención en marzo del 43. Era un gran personaje. Estábamos fuertemente unidos a pesar de que él era anarquista y yo "inglés ". <<<
- (10). Al maravilloso equipo de "passeurs" que tienen constantemente a su disposición. <<<
- (11). Para Jean de la Olla, el mejor de todos nosotros, para que olvide... <<<
- (12). Era un buen convoy y vista la época en que se dio, éste paso de la frontera a 14, puede ser considerado como un "tour de forcé" <<<

(13). ¿Tiene usted una posibilidad de control, del lado de la frontera española, hacia donde había podido ser dirigido? Porque Francisco me había dicho que a cada interrogatorio que padeció de la Gestapo, había un policía español que le prometía su extradición. <<<

(14). ¡Alzaremos nuevamente la antorcha de la Libertad que llevó con tanto coraje y abnegación! <<<

(15). Querida Señorita, tengo que comunicarle una noticia importante: ¿Podría pasarse por mi gabinete la noche del lunes? Discúlpeme las molestias, pero estoy seguro de que le será grato. Firmado: Maître Fauran. <<<

(16). Tres camaradas, tres de mis amigos, estaban entre ellos. Tenían 18 años... Su recuerdo me persigue... Nazis, Gestapo, Milicianos, Colaboradores... SEAIS MALDECIDOS... Les vengaremos. <<<

(17). La matanza de Buzet-sur-Tarn. <<<

(18). Imaginaros un lugar bastante siniestro, adosado al gran bosque, rodeado de una alambrada y conformado por dos edificios, uno enderezado y otro destruido por el fuego, y estáis en pleno corazón de la vil capital de la sangre.

Cuanto más duraba la guerra, más afán de crueldad mostraban los alemanes. No contentándose esta vez, de enterrar los gloriosos despojos de nuestros queridos desaparecidos, los echaron en los ardientes braseros con la esperanza de esconder la prueba de su crimen.

Camaradas franceses, espero que este ejemplo, escogido entre tantos otros, va a guiaros sobre la buena vía. <<<

(19). Era el más bravo, con una moral extraordinaria, de la que ya no se encuentra. He necesitado ir a la cárcel y tener 60 años para saber lo que es ser un revolucionario... Sin Francisco, sin sus charlas, sus palabras de confianza y esperanza, no hubiese soportado ni el hambre, ni los sufrimientos que hemos aguantado juntos. <<<

(20). Fallecido el 17-8-1944 en Buzet-sur-Tarn. Muerto por Francia. <<<

(21). Tolosanos, no olvidéis los mártires de Buzet-sur-Tarn, símbolo de vuestra Resistencia. ¡Han muerto por vosotros, para que sigáis viviendo libres y felices! <<<

(22). De un coraje notable y de una abnegación incansable, mostró siempre su solidaridad con la causa de los Aliados...

Resistente que ha dado, haciendo el sacrificio de su vida, un buen testimonio de su patriotismo y de su abnegación a la causa de la Liberación (J.O. 28-5-47).

Magnífico patriota, jefe de un grupo de una red de evasiones que ha dado los mejores servicios a la Resistencia... <<<

(23). Los españoles dieron prueba de su extraordinario valor.

Ha hecho prueba de las más bellas cualidades de coraje y abnegación (J.O. 29-9-49) Estas citas conllevan la atribución de la Cruz de Guerra 1939-45 con palmas... La Medalla de la Resistencia le es otorgada al Sr Francisco Ponzán, capitán a título póstumo. <<<

(24). Sobre la losa fría del depósito de cadáveres, yacía el cuerpo de Paul Colé. Cabellos hacia atrás, rostro sembrado de pecas, el espía tenía los rasgos deformados por el miedo. Pat miraba esta cara todavía crispada por el espanto. Hubiese querido sentir piedad, pero demasiados eran los recuerdos que se amontonaban en su memoria: el abad Carpentier, Bruce Dowding, Mario Prassinis, el Doctor Rodocanachi, Guy Berthet, todos ellos muertos en condiciones espantosas.

Vidal, el jefe de los guías españoles -del que decían que fue quemado vivo- Dupré, Didert, Ullmann el sastre, Debaune. Cerca de treinta hombres habían sucumbido por culpa de este miserable, ahora tumbado, inofensivo sobre una mesa de mármol. <<<

(25). Roger Le Neveu, alias Roger "El Legionario", es, y lo sé con toda certeza, responsable directo de la muerte de Lévêque, de la muerte de la dama griega de la avenida Franklin Roosevelt, de la muerte del Sr Mongélard, el propietario del Hotel de París, en Toulouse; de la muerte del abad Martin, de Pointivy; de Clément, de Roperts, del carnicero de Rostrenen, de la Sra. Moise, de la Madeleine, cerca de Lille y de muchos otros que trabajaron para nuestra organización de los que olvido o sobre todo ignoro los apellidos y también de la horrorosa enfermedad de Jean de la Olla. También mató a Camors, alias "Noel". <<<

(26). Por favor, señor coronel ¿Conoce usted muchos hombres libres que caen tan bajo? Tres líneas le son dedicadas en el libro citado que escribía en recuerdo de todos sus camaradas muertos por Francia.

Tres líneas es poco, pero cuando contienen tanto lodo, tantos insultos, tantas mentiras, es mucho...

He aquí algunas palabras de la carta que le he escrito. <<<

(27). Ver nota (7) <<<

(28). Se refiere a la famosa Agencia de Viajes Wagons Lits Cook. <<<

(29). Es erróneo, fue el 22 de diciembre de 1942. En octubre de 1942, fecha de la detención de Paco, Pilar y varios miembros del grupo, los guías en libertad continuaron yendo al hotel y siguieron cumpliendo con sus misiones. <<<

(30). Editions Pión - París 1967. <<<

(31). Garder comete aquí un error, pues Ponzán fue detenido el 28 de abril de 1943. En octubre de 1943, le hicieron un segundo proceso. <<<